

Kipps

H.G Wells

PRIMERA PARTE

LA FORMACIÓN DE KIPPS

CAPÍTULO PRIMERO

LA TIENDA DE NUEVA ROMNEY

1

Hasta que hubo entrado en la adolescencia, Kipps no logró averiguar por qué razón vivía él con tíos, en lugar de hacerlo con sus padres como todos los demás niños. En un rincón de su mente sobrevivía el lejano recuerdo de una habitación, desde cuya ventana se divisaban grandes edificios blancos; y también la imagen medio borrosa una de mujer, su madre. No recordaba con mucha claridad sus facciones, pero sí uno de sus trajes, blanco con dibujos de flores y un lazo de seda en la cintura. Vagamente acudían también a su memoria escenas de llantos y sollozos en las cuales él tomaba parte y que siempre iban precedidas o seguidas por la aparición de un hombre alto en la casa.

Kipps sabía, aunque no recordaba que nadie se lo hubiera dicho, que el rostro dulce y nostálgico que le contemplaba desde un marco dorado, encima de la chimenea del cuarto de estar, era el de su madre. Pero esta certeza no influía para nada en sus confusos recuerdos. Aquella fotografía representaba a una mujer muy joven, casi niña, con el cabello ondulado y un rostro mucho más bonito que el de todas las madres de sus amigos. Con una mano sostenía la cinta de una pamea y sus ojos miraban al fotógrafo respetuosos y obedientes. Era una imagen vaporosa y encantadora. Pero la madre fantasma que le perseguía en sus recuerdos no tenía ninguna semejanza con ella. Quizá la respuesta a aquella incógnita estuviera en que era más vieja, o únicamente a que fuera vestida de un modo distinto...

Era evidente que había entregado a Kipps al cuidado de sus tíos de Nueva Romney, a los que había dado órdenes explícitas junto con una asignación de dinero. Sin duda debía de poseer el sentido de las diferencias sociales, que más tarde habían de jugar tan importante papel en la vida de Kipps. Dejó dicho que éste no debía ir a una escuela cualquiera, sino a cierta institución de Hastings, que no sólo era una academia para la clase media con un tono social bastante elevado, sino que además era relativamente barata. Parecía haber estado animada por el deseo de dar a Kipps lo mejor de lo mejor, aunque ello significara un sacrificio para ella, como si Kipps fuera en cierto modo un ser superior. De vez en cuando mandaba dinero para sus gastos menudos; pero Kipps no llegó a verla nunca.

Sus tíos se hallaban ya en la cuesta descendente de sus vidas cuando Kipps entró

a formar parte de ellas. Se habían casado al crepúsculo, o, por lo menos, al atardecer de sus vidas. Al principio no fueron para Kipps más que vagas figuras que servían de fondo a realidades más tangibles, realidades como sillas y mesas, como la barandilla de la escalera, el mobiliario de la cocina, los trozos de leña, la tapadera de la olla, periódicos viejos, el gato, la calle donde vivían, el patio trasero y los campos abiertos que se ven siempre tan cercanos en aquel pueblecito. Conocía una por una las piedras del patio y se sabía de memoria las características de los muros cubiertos de musgo, mejor que muchos hombres conocen las facciones de sus esposas. Debajo de la tabla de planchar había un rincón que con la ayuda de un chal podía convertirse en una especie de casa propia; y aquel rincón fue para él, durante años, su torre de marfil. Y los dibujos de la alfombra, las asas de los cajones de la cómoda y las esquinas de la alfombrilla de la chimenea que su tío había conmocionado con trozos de telas viejas, constituyeron si aquellos años parte esencial de sus cimientos mentales. La tienda, sin embargo, no la conocía con tanta perfección; era aquélla una región que le estaba prohibida, pero que a pesar de todo llegó a conocer bastante bien.

Sus tíos eran, por así decirlo, los dioses inmediatos de su pequeño mundo, y, como los dioses del universo real, descendían hasta él en ocasiones con mandatos arbitrarios y castigos desproporcionados, desgraciadamente, en las comidas había que elevarse a su nivel olímpico. Había que decir las oraciones, coger la cuchara y el tenedor de un modo absurdo y antinatural y esforzarse por no comer demasiado de prisa las cosas buenas y los dulces. Al menor descuido en estos detalles su tía le golpeaba los nudillos, a pesar de que su tío acababa siempre rebañando la salsa con los dedos. Algunas veces su tío surgía, pipa en mano, del rincón más remoto la casa cuando el chiquillo se comportaba de un modo natural a su edad, y exclamaba:

—¿Qué está haciendo ahora ese granuja?

Y en otras ocasiones, su tía aparecía en la puerta o la ventana para interrumpir su interesante conversación con niños que, por alguna razón ignorada, eran considerados en la casa como indeseables. Los ruidos más agradables, aunque se esforzara por apagarlos lo más posible, acarrearaban la ira de los dioses. Y no se trataba más que de tamborilear en la bandeja del té, de silbar con ayuda de cualquier llave olvidada, de golpear los cristales de las ventanas o tocar una campanilla en el patio... Algunas veces, sin embargo, los dioses le regalaban juguetes rotos de la tienda, porque la tienda era, entre otras cosas, una tienda de juguetes, y entonces sentía que les quería de verdad. (Las otras cosas incluían libros para leer y libros para prestar y también fotografías de asuntos locales; tenía pretensiones de ser una tienda de objetos de porcelana; se vendía también material de oficina y en los escaparates y en los rincones había caballetes, marcos, biombos, aparejos de pesca, rifles, trajes de baño y tiendas de campaña. En resumen, una gran variedad de cosas, todas ellas muy atractivas para un chiquillo). En una ocasión su tía le regaló una trompeta si le prometía no tocarla, pero poco después se la quitó de nuevo. Su tía le obligaba a recitar el catecismo todos los domingos del año...

Según sus tíos fueron haciéndose viejos y según fue creciendo, su opinión acerca de ellos fue modificándose insensiblemente de año en año, hasta que al fin le pareció que habían sido siempre como los vio cuando, en sus años adolescentes, su opinión de las cosas se hizo estable; su tía se le representó siempre como una mujer angulosa y preocupada, con cierta tendencia a llevar el gorro torcido, y su tío como un hombre rollizo, con doble papada, descuidado en el vestir. Ni hacían visitas ni las recibían en su casa. Estaban siempre a la defensiva respecto a sus vecinos y a su prójimo en general; temían a la gente «baja» y aborrecían a los «engreídos», y, por lo tanto, se mantenían «encerrados en sí mismos» de acuerdo con el ideal británico. De ahí que el pequeño Kipps no tuviera compañeros de juego, excepto aquellos que encontró gracias al pecado de la desobediencia. Era por naturaleza de sociable disposición. En la calle saludaba a los ciclistas y sacaba la lengua a los niños ricos cuando la niñera miraba para otro lado. E hizo amistad con Sid Pornick, el hijo del dueño de la mecería vecina, amistad que con largas interrupción, estaba destinada a durar toda su vida.

Pornick, el mercero, era, en opinión del viejo Kipps, «un verdadero asno», y según el niño pudo decir de sus palabras, un ser completamente opuesto a los ideales de los Kipps. Pornick poseía una voz tonante con la que irritaba al viejo Kipps al gritar a todas horas llamando a sus hijos. También le irritaba por cantar a coro los domingos con toda la familia, por tener cierta cultura, por comportarse como si la pilastra que separaba las dos tiendas fuera propiedad común, por armar ruido por las tardes cuando los Kipps quería echar la siesta, por subir y bajar con las botas puestas las escaleras sin alfombrar, por tener una barba negra, por querer hacerse amigo de él y por toda clase de cosas. En resumen, irritaba al viejo Kipps. Le encalabraba sobre todo con la estera de la puerta. Kipps nunca sacudía la suya, pretendiendo que el polvo se amontonara a su gusto, y sostenía que Pornick esperaba a que se levantara viento apropiado para que el polvo, puesto en libertad por este procedimiento ensuciara la tienda de su vecino. Estos desacuerdos daban lugar a frecuentes peleas, y en una ocasión estuvieron tan cerca de llegar a las manos que Pornick acabó por irse precipitadamente a su propia tienda.

Pero una de estas peleas fue la causa de la amistad entre el pequeño Kipps y Sid Pornick. Los dos chiquillos, contemplando un día una de aquellas escenas, cambiaron unos cuantos comentarios y entonces Kipps declaró que el padre de Sid era «un verdadero asno». Sid dijo que no lo era y Kipps repitió su afirmación. Entonces Sid dijo que con una sola mano podría vencer a Kipps, lo que éste negó no sin cierta vacilación interna. Los dos repitieron sus puntos de vista y el incidente hubiera terminado así de no haber pasado por allí el hijo del carnicero, que insistió en que se jugara limpio.

En vista de ello, los chicos se quitaron las chaquetas y estuvieron peleando hasta que el hijo del carnicero consideró llegado el momento de seguir su camino para cumplir el encargo de una pierna de cordero, hecho por *Mrs. Holyer*. Entonces,

siguiendo sus instrucciones, se dieron la mano e hicieron las paces. Minutos después, orgullosos de haber merecido la aprobación del chico del carnicero, se sentaron el uno junto al otro en la acera y se contemplaron con un nuevo respeto. A los dos les sangraban las narices y los dos tenían un ojo amoratado. Ninguno había cedido y ninguno deseaba volver a pelear.

Fue un excelente comienzo. Después de aquel primer encuentro, ni los atributos de sus familiares ni su valor relativo en las peleas, se interpusieron entre ellos, y si faltaba algo para hacer completa su mutua simpatía, descubrieron que los dos compartían el mismo aborrecimiento hacia el mayor de los Quodling. El mayor de los Quodling ceceaba, usaba un absurdo sombrero de paja y tenía el cutis sonrosado. Además, iba a la escuela con una cartera de color verde claro, hecho ya de por sí despreciable. Se metían con él en la calle y le tiraban piedras y, cuando contestaba con amenazas («Mira, Art Kitpz, zerá mejor que lo dejes zi no quierez que te ajuzte laz cuentas»), intensificaban el ataque y le obligaban a huir.

Después de aquello, rompieron la cabeza de la muñeca de Ann Pornick, que se fue a su casa llorando. Sid recibió una paliza, pero, según explicó más tarde a su amigo, se había colocado un periódico en el sitio estratégico y en realidad no le hicieron ningún daño... Y Mrs. Pornick asomó la cabeza a la puta de la tienda y amenazó a Kipps al pasar. Y eso fue todo.

2

La «Academia de Cavendish» elegida por la madre de Kipps, estaba establecida en una casa particular que se elevaba en la parte de Hastings más alejada del mar. Muchos de sus alumnos tenían a sus padres en la «India» o en otros lugares igualmente difíciles de comprobar; otros eran hijos de viuda, ansiosos, como la madre de Kipps, de conseguir para sus hijos una educación superior con el menor gasto posible; otros eran enviados allí para demostrar la dignidad de sus padres o tutores. Y, naturalmente, había niños que venían de Francia.

El director de la academia era un hombre alto y delgado que disfrutaba de tan mal carácter como mala digestión y que declaraba llamarse George Woodrow, F. S. Sé., letras que indicaban que había pagado cierto número de guineas para agenciarse un diploma. La habitación donde daba la clase estaba esmaltada de blanco, y además de los pupitres gastados y rayados, había en ella una pizarra y dos grandes mapas amarillentos y anticuados, uno de África otro de Wiltshire, que había comprado muy baratos en una venta de ocasión. En su despacho, donde recibía a los familiares de los alumnos, había otros mapas y esferas, pero éstos permanecían ignorados de los chiquillos. En el pasillo aparecía una vitrina en la que se guardaban algunos tubos de ensayo, un trípode, una retorta de vidrio y un mechero Bunsen, todo lo cual ponía de

manifiesto que el «laboratorio científico» mencionado en el prospecto no era simple propaganda.

Este prospecto, escrito en un inglés que se distinguía por su engolamiento ya que no por su corrección gramatical, daba un énfasis especial a la sólida preparación para carreras comerciales que se daba en la academia, pero del Servicio Civil, del Ejército y la Marina se hacía una breve y ambigua mención. En prospecto se hablaba de «éxitos de exámenes» y se declaraba que los estudios incluían las artes y los idiomas extranjeros modernos, así como «una sólida formación técnica y científica». A continuación insistía en el «bienestar moral» de los alumnos y en la excelencia de la instrucción religiosa «tan a menudo olvidada hoy en día, aun en colegios de “fama”». Se hablaba también de los cuidados maternos de *Mrs. Woodrow*, que en realidad era una mujer frágil y diminuta ocupada únicamente en sus problemas domésticos. El prospecto terminaba con una frase de intencionada ambigüedad: «El precio no es fijo. Se consume leche y productos propios».

Los recuerdos de aquel colegio que Kipps llevó consigo a la vida posterior, estaban situados en un ambiente de embrollo mental que incluía innumerable imágenes de sí mismo sentado, ocioso y aburrido, chupando papel secante y bebiendo tinta; leyendo libros rotos con cubiertas pintarrajeadas; jugando a las canicas a escondidas, contando cuentos y pellizcando a su vecino de pupitre; poniéndose de pie siendo golpeado sin razón por faltas imaginarias. Recordaba también los días malos de *Mr. Woodrow* en los que prevalecía la injusticia; la hora de preparación que precedía al desayuno, compuesto de pan y mantequilla; y horribles dolores de cabeza y sensaciones internas sin precedentes, resultado de la cocina maternal de *Mrs. Woodrow*. Recordaba también largos paseos en que los alumnos iban de dos en dos, luciendo todas las gorras que tanto agradaban a sus madres viudas. Cuando llovía, disfrutaban de medias vacaciones y los niños luchaban entre sí, se golpeaban sin cesar y los más fuertes sometían a la fuerza a los más débiles. Había un chiquillo muy cobarde a quien Kipps martirizaba en particular, hasta que un día se rebeló y le dio un buen par de puñetazos. Kipps también recordaba haber dormido con otros dos compañeros en la misma cama; recordaba el olor intenso de la clase cuando volvían a ella después de diez minutos de recreo; recordaba un par de juegos lleno de barro y de piedras. Y recordaba que a escondidas todos los niños decían palabrotas.

«El domingo es nuestro día más feliz» era uno de los *slogans* de *Woodrow* al hablar con los padres de los alumnos. Y afortunadamente Kipps no era tomado como testigo. Para él, los domingos eran horribles intervalos de inacción, sin trabajo, sin juegos, un espacio de tiempo desprovisto de significación durante el cual había que ir dos veces a la iglesia. La tarde se consagraba a juegos furtivos entre los que figuraba someter a tortura a los compañeros más débiles. De la diferencia entre los domingos y los demás días sacó Kipps sus primeras ideas y opiniones sobre la naturaleza de Dios y del cielo, e instintivamente se propuso evitar un conocimiento más íntimo de ellos mientras le fuera posible.

El estudio variaba según el estado de ánimo de Woodrow. Había períodos letárgicos en los que se distribuían cuadernos y se preparaban cuentas mientras tenían lugar profundas conversaciones e interminables juegos de adivinanza, sin que *Mr. Woodrow*, inanimado ante su mesa y mirando fijamente al vacío, se diera cuenta de nada.

En otras ocasiones el F. S. Sé. se ponía en acción, se alzaba adoptando una postura majestuosa frente a sus alumnos y, sembrando la elección de amargas burlas y castigos corporales, les enseñaba un capítulo del libro *Primer curso de francés*. Había obtenido sus conocimientos de francés en un colegio británico semejante al suyo actual, y había refrescado el idioma en el transcurso de algunas semanas de ociosidad y bajas aventuras que pasó en la ciudad de Dieppe. De vez en cuando, durante la lección se acordaba de algo ocurrido en aquellos días brillantes; entonces se echaba a reír inexplicablemente y pronunciaba en francés frases incomprensibles para los chicos.

Entre los ejercicios de este tipo, les hacía aprenderse interminables pasajes poéticos que luego hacía que escuchara uno de los chicos mayores en su lugar. También les hacía leer la Biblia en voz alta, verso por verso, así como la historia de Inglaterra, rendían también nombres geográficos y algunas res, en algún momento de energía, Woodrow les ordenaba buscar los nombres hasta que los encontraran en el mapa. Y una vez, sólo una vez, dieron una clase de química utilizando objetos de cristal de formas extrañas e inundando la clase de un olor parecido al de huevos podridos; un objeto extraño se puso a hervir, *Mr. Woodrow* masculló una maldición, y como los niños cogieron aquel objeto y lo arrojaron al centro del dormitorio, toda la clase sufrió un castigo colectivo que duró una hora.

Pero mezclados con los recuerdos de aquella rutina gris brillaban con vivos colores las vacaciones, sus vacaciones, que a pesar de la lucha sorda que tenía lugar entre sus familias respectivas, pasaba con su amigo Sid Pornick, hijo del irascible mercero de barba negra que era su vecino. Aquéllos parecían recuerdos de un mundo distinto. Había días magníficos en los que paseaban por la playa, se interesara por el misterio y el movimiento incesante de los molinos en los que jugaban a ser contrabandistas y salían descalzos en la oscuridad, para hacer largas excursiones y llegar incluso a Hythe, donde los cañones del Imperio se exhibían majestuosos, y a Rye y Winchelsea, colgadas, como ciudades de ensueño, de verdes colinas. El fondo de estos recuerdos era el firmamento que cubría los campos en verano o el tumulto del cielo y del mar. Cerca de allí habían ocurrido naufragios, naufragios reales, y Kipps y su amigo contemplaban con emoción los restos de la armazón de algún barco de pesca que había sido arrojado a la orilla como una cesta vacía una vez que el mar se hubo tragado a sus ocupantes. Recordaba también haberse bañado desnudo en el mar y haber tratado incluso de nadar a pesar de la prohibición de la tía, así como las excursiones que hacían con el consentimiento familiar, en las cuales llevaban la comida en grandes bolsas de papel de color castaño. Y en lugar de la figura de

Woodrow, sus recuerdos estaban presididos por la de su tía, que aunque insistía en hacerle repetir el catecismo todos los domingos, era con él amable y cariñosa, y la de su tío, corpulenta e irascible, pero sedentario y no muy exigente. Todo aquello significaba la libertad.

Sí, las vacaciones eran muy distintas de la escuela. Eran libres, eran espaciosas, y aunque Kipps nunca las describió con estas palabras, poseían un elemento de belleza. En los recuerdos de su infancia, las vacaciones se destacaban como estrellas que iban cobrando una mayor brillantez según se hacían más y más remotas. Y por fin llegó un tiempo en que al pensar en ellas llegó a sentir deseos de llorar.

Las últimas vacaciones eran las que brillaban con más fuerza y en lugar del calidoscópico efecto de sus predecesoras, su brillo se centraba en una sola figura. Porque durante las últimas vacaciones de su vida escolar, Kipps dio sus primeros pasos tentativos en el misterioso camino del Amor. Pasos muy tentativos, porque se había convertido en un muchacho que domaba sus pasiones y cuya capacidad de afecto era más potencial que real.

El objeto de aquel primer despertar del amor no fue otro que Ann Pornick, a cuya muñeca él y Sid le habían roto la cabeza años atrás, en los días en que había aprendido aún el significado de un corazón.

3

Habían comenzado las negociaciones para convertir Kipps en un pañero, cuando el muchacho descubrió el fulgor que se escondía en los ojos de Ann Pomick. Sus días escolares habían pasado para siempre. Era pleno verano. La despedida de la escuela había sido alegre y el excelente lema de que «el último día se saldan las cuentas», había sido observado escrupulosamente por Kipps para que su honor quedara satisfecho. Había golpeado a todos sus enemigos en la cabeza, había retorcido muñecas y dado puntapiés en un gran número de espinillas; había distribuido todos sus cuadernos sin terminar, sus libros de texto, sus micas y su gorra entre todos los que le querían, y había escrito en secreto al margen de los libros la frase siguiente: «No olvidéis a Art Kipps». También rompió el bastón del anémico Woodrow, grabó su nombre con una navaja en varias paredes del edificio y rompió los cristales de una ventana. Había dicho con tanta frecuencia a todo el mundo que iba a ser marino que casi había llegado a creérselo él mismo. Ahora por fin se hallaba en su hogar y el colegio se había acabado para siempre.

El día de su vuelta a casa se levantó antes de las seis y salió al patio, donde se dedicó a silbar una picante composición de tres notas que los chicos de Academia de Hastings, él y Sid Pornick, consideraban, sin fundamento alguno, como el grito de guerra original de los Hurones. Mientras lo hacía fingía estar ocupado en examinar

con respeto y admiración la nueva ala de la bodega, edificada recientemente por su tío.

Pronto llegó la contestación desde el patio vecino de los Pornick. Entonces Kipps empezó a cantar «A las ocho y media, tralalá, en el patio detrás de la iglesia». El «tralalá» se añadía para hacer la frase incomprensible para aquéllos a quienes no iba dirigida y para ocultar sus planes de un modo aún más seguro, los dos intérpretes de aquel dúo repitieron una vez más la vocalización del grito de guerra de los Hurones, después de lo cual cada uno de ellos entró en su casa para encender el fuego, como convenía a niños bien educados que estaban de vacaciones.

A las ocho y media, Kipps se encontraba encaramado en una verja iluminada por el sol en la pradera que se extiende hasta el mar, moviendo las botas con ritmo lento y silbando a todo pulmón las canciones que conocía. De pronto, junto a la pared del patio de la iglesia apareció una niña de falda corta, cabello castaño y ojos de color azul oscuro. Era un poco más alta que Kipps y a éste le costó reconocerla, tan grande era el cambio que había experimentado desde La últimas vacaciones..., si es que la había visto durante las últimas vacaciones, cosa que no recordaba con claridad.

Al verla sintió una vaga emoción. Dejó de silbar la contempló con extraña timidez.

—No puede venir —dijo Ann avanzando hacia él—. Vendrá más tarde.

—¿Qué Sid no puede venir?

—No. Papá ha vuelto a darle una paliza.

—¿Qué ha hecho?

—No lo sé. Papá está muy enfadado esta mañana.

—¡Oh!

Pausa. Kipps la miró y fue incapaz de mirarla nuevo. Ella le examinó con interés.

—¿Has terminado con el colegio? —preguntó Ann tras unos instantes de silencio.

—Sí.

—También Sid.

La conversación languideció. Ann colocó las manos encima de la verja y se puso a dar saltos como si estuviera haciendo ejercicios gimnásticos.

—¿Quieres que hagamos una carrera? —preguntó pronto.

—Cuando quieras —asintió Kipps.

—¿Me das un poco de ventaja?

—¿Hasta dónde?

Ann reflexionó y señaló a un árbol con la mano. Se dirigió a él y una vez allí se volvió.

—¿Hasta aquí?

Kipps, que se había puesto en pie, sonrió con aire de superioridad.

—¡Más lejos, si quieres! —exclamó.

—¿Hasta aquí?

—Un poco más —concedió Kipps.

Pero arrepintiéndose de su magnanimidad echó a correr de pronto, recobrando de este modo la ventaja cedida. Los dos llegaron al mismo tiempo a la meta, acalorados y sin aliento.

—Empatados —dijo Ann echándose con la mano el cabello hacia atrás.

—Yo he ganado —jadeó Kipps.

Siguió entonces una disputa firme pero cortés.

—Corramos otra vez, si quieres —dijo Kipps—. A mí no me importa.

Ella asintió y los dos echaron a correr hacia la verja.

—No corres mal —declaró Kipps expresando una clara admiración—. Porque debes saber que yo soy uno de los mejores.

Ann volvió a echarse hacia atrás el cabello.

—Pero me diste ventaja —reconoció.

En aquel momento vieron acercarse a Sid.

—Más vale que vuelvas, Ann —dijo a su hermana cuando hubo llegado hasta ellos—. Has estado fuera casi media hora y en casa está todo el trabajo por hacer. Papá dijo que no sabía dónde estabas, pero que cuando te viera te ajustaría las cuentas.

Ann se dispuso a marcharse.

—¿Cuándo hacemos otra carrera? —preguntó Kipps.

—¡Pero, oye! —exclamó Sid, escandalizado—. ¿Has estado echando carreras con ella?

Ann llegó al borde de la verja, con los ojos fijos en Kipps, y después giró bruscamente sobre sus talones y echó a correr campo abajo. Kipps la siguió con la mirada y al fin se volvió hacia su amigo.

—Le di mucha ventaja —dijo excusándose—. Así que no fue una carrera de verdad.

De este modo el asunto quedó zanjado, pero Kipps tuvo pensativo largo rato. En su interior había nacido un sentimiento nuevo.

4

En seguida procedieron a considerar de qué forma dos Hurones auténticos pasarían la mañana. Era evidente que ambos se sentían inclinados a dirigirse hacia el mar.

—He encontrado otros restos de naufragio —dijo Sid—. Y huelen que apestan.

—¿Huelen mal?

—¡Uf! Te digo que apestan. Llevaban trigo, por lo visto, y todo él se ha podrido.

Partiendo de los naufragios empezaron a hablar de acorazados, de guerra y de otros tópicos masculinos. A mitad del camino hacia donde se hallaban los restos,

Kipps hizo un comentario casual.

—Tu hermana no es mala chica —dijo como a quien se le ocurre de pronto una idea.

—La tengo muy bien enseñada —repuso Sidney con modestia; y después de una pausa la conversación versó de nuevo sobre temas más adecuados.

Los restos de que Sid hablara estaban llenos de grano podrido y despedían un olor abominable, lo que para ellos constituyó una ventaja porque nadie acudió a disputarles el botín. Tomaron posesión de él por la fuerza y se dispusieron a defenderlo contra un número elevadísimo de indígenas imaginarios que por huyeron a la desbandada. Después penetraron por entre una flota combinada francesa, alemana y rusa, mandando a pique todos los barcos. Después sufrieron naufragio y se vieron obligados a echarse al mar amarrados a dos tablones.

Todos estos juegos borraron la imagen de Ann durante algún tiempo de los pensamientos de Kipps, cuando, sin bebida ni alimento, iban a la deriva en medio de un océano hostil y oteaban el horizonte intentando divisar una vela, volvió a recordarla de pronto.

—Debe de ser muy agradable tener hermanas —dijo de uno los dos náufragos, Sid se volvió hacia él y le miró pensativo.

—No lo creas.

—¿No?

—En absoluto. Saben demasiado y siempre se meten todo.

Dicho esto siguió avizorando el horizonte. Después escupió entre dientes como había leído que hacían lo héroes marinos.

—Las hermanas no sirven para nada —prosiguió—. Para nada. Las chicas sí, pero no las hermanas.

—Pero ¿es que las hermanas no son chicas?

—¡No! —exclamó Sid con indecible desdén.

—Claro que no —convino Kipps—. No quise decirlo. No me refería a eso.

—¿Tienes novia? —preguntó Sid volviendo a escupir.

Kipps confesó, compungido, que no la tenía.

—Supongo que no sabes quién es la mía.

—¿Quién es? —preguntó Kipps, todavía avergonzado de no poder vanagloriarse de lo mismo.

—¡Ah!

Kipps dejó pasar un momento antes de insistir se esperaba de él.

—¡Dímelo!

Sid contempló con una ligera vacilación.

—¿Guardarás el secreto?

—¡Claro que sí!

—¿Lo juras solemnemente?

—¡Lo juro! —exclamó Kipps empezando a ser curiosidad.

—Su nombre empieza con M —dijo Sid con gran solemnidad, comenzando a deletrearlo—. M-a-u-d Ch-a-r-t-e-r-i-s.

Maud Charteris era una joven de dieciocho era hija del vicario de St. Bavon, además de lo cual poseía una bicicleta. Por lo tanto, al escuchar aquel nombre los ojos de Kipps expresaron un profundo respeto.

—¡Vamos, anda! —exclamó, incrédulo—. No creo, Sid Pornick.

—¡Lo es! —afirmó Sid gravemente.

—¿Lo dices en serio?

—En serio.

Kipps le sometió a interrogatorio.

—¿De verdad?

Sid tocó madera, dio un silbido y repitió con solemnidad que todo lo que había dicho era cierto.

Kipps luchaba todavía por comprender la nueva luz que había caído sobre su mundo.

—¿Quieres decir que ella... sabe?

Sid se sonrojó y siguió atisbando el mar iluminado por el sol.

—Daría mi vida por esa chica, Art Kipps —a por último. Y Kipps no repitió la pregunta—. Haría cualquier cosa que me pidiera —prosiguió Sid—, cualquier cosa. Si me pidiera que me arrojara al mar lo haría inmediatamente.

Permanecieron pensativos algunos instantes y después Sid comenzó a hablar del amor, tema sobre el que Kipps ya había meditado, pero del que nunca había oído hablar a la luz del día. Naturalmente, en el intercambio de conocimientos que tenía lugar a la sombra de Woodrow, habían salido a relucir muchos y diversos aspectos de la vida, pero el amor sentimental no se contaba entre ellos. Sid, que era un muchacho imaginativo, una vez que hubo tocado el tema abrió a su amigo Kipps su corazón, o al menos parte de él. Le enseñó una novela que había jugado un gran papel en su despertar sentimental y se ofreció para que la leyera, diciendo que uno de los descritos en ella era un conde que tenía mucha semejanza con él mismo. Aquel conde era un hombre de pasiones volcánicas que ocultaba bajo una apariencia de «helado cinismo». El único signo exterior que se permitía de vez en cuando era rechinar los dientes, y, ahora que lo pensaba, Kipps recordó que también Sid tenía la costumbre de rechinar los dientes y que había estado haciéndolo toda la mañana. Pasaron algún tiempo leyendo la novela y después Sid volvió a hablar. Dijo que el amor estaba compuesto de una profunda devoción, un gran valor y un toque de misterio. Y mientras él hablaba, ante la imaginación de Kipps se presentaba sin cesar un rostro acalorado y un cabello rebelde continuamente echado hacia atrás con un ademán impaciente de la mano.

Y de aquel modo, sentados sobre los restos de un barco en el que otros hombres habían vivido y habían muerto, y contemplando el mar, hablaron de aquel otro mar en el cual muy pronto habían de embarcarse...

Al fin guardaron silencio y, poniendo el libro entre dos, empezaron a leer cada uno para sí. Pero Kipps se quedaba atrás, y como no quería confesar leía más despacio que Sid, que había sido educado en un colegio considerado inferior, se sumió en la meditación.

—Me gustaría tener una novia —dijo Kipps—. Quiero decir alguien con quien hablar y todo eso...

Un saco flotante les distrajo al fin de su charla. Abandonaron los restos y siguieron al saco durante un kilómetro a lo largo de la playa, bombardeándole con piedras hasta que al fin volvió a reposar en la playa. Los dos se habían hecho ilusiones de que contendría algo romántico y misterioso, pero se trataba únicamente de un gato en estado de putrefacción. De modo que los dos dieron marcha atrás, y pensativos y hambrientos recorrieron de vuelta el camino a sus casas.

5

Sin embargo, la imaginación de Kipps se había calentado con aquella conversación sobre el amor y cuando por la tarde se encontró con Ann Pornick en la calle Mayor y la saludó, lo hizo de un modo muy distinto de como lo hiciera anteriormente. Y cuando se cruzaron, los dos se volvieron para mirar hacia atrás y se sorprendieron haciéndolo. Sí, Kipps necesitaba una novia...

Después se distrajo, al ver un tractor que atravesaba la ciudad. Pero cuando se hubo acostado aquella noche, escondió la cara en la almohada y dijo en voz baja: «Amo a Ann Pornick».

Después soñó que hacía carreras con Ann, que vivían juntos entre los restos de un barco y que ella estaba siempre sonrojada y tenía el cabello revuelto. No hacían sino vivir en el barco y correr y querer mucho...

A la mañana del día siguiente oyó cantar a Ann a la casa vecina. La estuvo escuchando durante algún tiempo y comprendió claramente que tendría que revelar sus sentimientos.

Al atardecer se encontraron los dos junto a la iglesia, pero aunque Kipps deseaba decir muchas cosas, una extraña timidez le impidió hacerlo hasta que se hallaron una vez más en la verja. Entre los dos sobrevino un silencio cargado de electricidad y de pronto Kipps se sintió impulsado a hablar de su amor

—Ann —dijo—. Me gustas muchísimo y quisiera que fueras mi novia... ¿Quieres serlo, Ann?

Ann no fingió el menor asombro y pareció pe los pros y los contras de la propuesta, con los ojos fijos en Kipps.

—Lo haré si quieres, Artie —dijo por fin.

—Muy bien —aceptó Kipps con los ojos brillantes—. Entonces eres mi novia.

—Soy tu novia —convino Ann.

Algo pareció surgir entre ellos y durante unos instantes no se atrevieron a mirarse a los ojos.

—¡Mira! —exclamó Ann de pronto.

Y de un salto se puso a perseguir un escarabajo que se movía a un metro de distancia, y una vez más volvieron a ser dos camaradas...

Durante algunos días los dos evitaron cuidadosamente referirse a las nuevas relaciones existentes entre ellos, a pesar de que se encontraron dos o tres veces. Los dos sentían instintivamente que faltaba algo para que aquel gran cambio pudiera considerarle completo y satisfactorio, pero ninguno de ellos sabía cuál había de ser el primer paso necesario para lograrlo. Kipps hablaba de toda clase de cosas, especialmente de los planes y proyectos de sus tíos para situarle en la vida, y le contó también que le habían hecho dos trajes nuevos, un abrigo y cuatro camisas. Pero, mientras tanto, su imaginación le impelía a dar aquel paso, fuera el que fuera, y cuando estaba solo en la oscuridad llegó a convertirse en un adorador ardiente. Se decía que sería muy agradable coger a Ann de la mano; todas las novelas que leía con Sid daban por sentado que aquello era necesario para lograr una mayor intimidad.

Por fin se le ocurrió una gran idea que estaba dentro de la medida de su incipiente valor: ¡partir una moneda en dos! Se hizo con las mejores tijeras de su tía, sacó una moneda de seis peniques de su hucha y tuvo a punto de destrozarse el dedo al intentar partirla por la mitad. Cuando se encontró de nuevo con Ann la moneda estaba aún intacta. Kipps no haría tenido intención de mencionar el asunto, pero sin darse cuenta se sorprendió a sí mismo hablando Ann del significado de una moneda partida y de su fracaso al intentar partir aquélla.

—Pero ¿para qué quieres partirla? —preguntó Ann—. Si está rota no sirve para nada.

—Es un símbolo —explicó Kipps.

—¿Cómo...?

—Tú te quedas con la mitad y yo con la otra mitad, y cuando estemos separados tú miras la tuya y yo la mía..., ¿comprendes?, y así pensamos el uno el otro.

—¡Oh! —exclamó Ann, pensativa, asimilando toda aquella información.

—Sólo que no puedo partirla a pesar de todos mis esfuerzos —dijo Kipps.

Reflexionaron sobre aquella dificultad durante unos minutos y al fin Ann tuvo una idea brillante.

—Ya sé lo que haremos —dijo de pronto poniendo una mano sobre el brazo de Kipps—. Dame la moneda. Artie. Yo sé dónde guarda papá la lima.

Kipps le entregó los seis peniques y entre los dos se hizo un nuevo silencio.

—Yo la partiré fácilmente —aseguró Ann.

Mientras contemplaban la moneda uno al lado de otro, sus cabezas se tocaron y de pronto Kipps se sintió impulsado a dar un paso más en los ignorados misterios del amor.

—Ann —dijo asombrado de su propia osadía—, te quiero de verdad. Haría cualquier cosa por ti..., cualquier cosa.

Se interrumpió para tomar aliento. Ella no le contestó, pero era evidente que se estaba divirtiendo mucho. Kipps se acercó más aún y su hombro rozó el de la muchacha.

—Ann, quisiera...

Se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Ann.

—Quisiera besarte.

Todo pareció quedar suspendido durante una pausa interminable. El tono de su voz y sus palabras hicieron que todo aquello resultara increíble y fantástico para Kipps. Él no era hombre de los que imponen condiciones...

Por su parte, Ann comprendió que todavía no estaba preparada para que la besaran. Dijo que aquello era una tontería, y cuando Kipps intentó llevarlo a efecto se separó de él. Entonces él intentó hacerla entrar en razón y le dijo que no veía qué ventaja tenía el ser novios si no podían besarse.

Ann repitió que lo de los besos era una tontería. Los dos iniciaron el regreso a sus casas con cierto resentimiento. Cuando llegaron a la calle Mayor, no iban juntos, pero tampoco separados. No se habían cesado, pero entre ambos había surgido una sensación de culpabilidad como si lo hubieran hecho. Cuando Kipps divisó el corpachón de su tío en el umbral de la puerta de la tienda, sus pasos se hicieron menos firmes y la distancia que separaba a la joven pareja se ensanchó. Encima de la tienda de *Mr. Pornick* la ventana estaba abierta y los muchachos vieron a *Mrs. Pornick* que les contemplaba. Kipps dio a sus ojos una expresión de completa inocencia cuando se encontró frente a frente con su tío.

—¿Dónde has estado, muchacho?

—He ido a dar un paseo, tío.

—¿No habrás ido con esa arrapieza de Pornick?

—¿Con esa qué?

—Con esa chica —dijo su tío señalando a Ann con la pipa.

—¡No, no, tío! —repuso en voz muy baja.

—Pasa adentro, muchacho.

El viejo Kipps se echó a un lado lanzando una mirada de soslayo a la ventana de sus vecinos y su sobrino pasó por su lado adentrándose en la gris oscuridad de la tienda. La puerta se cerró detrás del viejo Kipps dejando oír el sonido de la campanilla, y el propietario se dispuso a encender la lámpara de aceite con que se iluminaba por las noches. Era una operación que requería cuidado y un pulso firme, pues de lo contrario se inflamaba o echaba tufo. Y algunas veces lo echaba, a pesar de todo. Por alguna razón desconocida, a Kipps le resultó demasiado ahogado el cuarto de estar, donde su tía estaba dedicada a hacer labor, y subió a su dormitorio.

«Esa arrapieza de Pornick...». A Kipps le parecía que había ocurrido una horrible

catástrofe y sintió que se había identificado con su tío y se había separado de Ann para siempre, al negar haber estado con ella. Durante la cena se mostró tan ostensiblemente deprimido, que su tía le preguntó si no se encontraba bien. Entonces, ante la amenaza de tener que tomar alguna medicina o algún brebaje, Kipps fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir

Aquella noche permaneció despierto durante media hora, dando vueltas en la cama, resentido porque todo había salido mal, porque Ann no le había dejado besarla y porque su tío la hubiera llamado «arrapieza». Kipps sentía como si él se lo hubiera llamado también...

Después de aquello hubo un intervalo de tiempo durante el cual Ann resultó completamente inaccesible. Pasó un día, dos días, tres días, sin verla. Se encontró varias veces con Sid, fueron de pesca y a bañarse, pero aunque Sid le había prestado otras de novelas de amor, no volvieron a referirse a aquel tema. Kipps deseaba hablar acerca de Ann, pero no se atrevía. El domingo por la noche la vio dirigirse a la iglesia, más bonita que nunca con sus ropas domingueras, pero ella fingió no verle porque iba con su madre y Kipps creyó que lo hacía porque estaba enfadada con él para siempre. «¡Arrapieza...!» ¿Cómo podría perdonarle aquello? Se abandonó a la desesperación y dejó incluso de frecuentar los sitios donde creía poder encontrarla.

Y de pronto, impensadamente, llegó el fin.

Mr. Sharford, el pañero de Folkestone con quien Kipps iba a trabajar de aprendiz, expresó el deseo de adiestrar un poco al muchacho antes de las ventas de otoño. Kipps se dio cuenta de que le habían hecho la maleta y de cuál era el estado de cosas la noche antes de su marcha. Y entonces sintió el deseo febril de ver a Ann una vez más. Dio un pretexto in necesario para salir al patio y recorrió tres veces la calle de un lado para otro contemplando las ventanas de los Pornick. Pero ella continuaba oculta y él comenzó a desesperarse. Cuando faltaba media hora para su marcha, se tropezó con Sid.

—¡Hola! —exclamó—. Me marchó...

—¿A trabajar?

—Sí.

Pausa.

—Oye, Sid. ¿Vas a tu casa?

—Sí, ahora mismo,

—¿Quieres hacerme un favor? Pregúntale a Ann si tiene eso.

—¿Si tiene qué?

—Ella sabe lo que es.

Sid prometió que se lo preguntaría.

Pero ni siquiera aquello hizo salir a Ann de donde se hallaba.

Por fin apareció el coche de Folkestone y tuvo que entrar en él. Su tía salió a la puerta a despedirle y su tío le ayudó a subir la maleta. Pudo lanzar una mirada furtiva a las ventanas de los Pornick, pero seguía sin ver rastro de Ann. Creyó que estaba

ofendida con él para siempre.

—¡De prisa! —apremió el cochero.

No; Ann no saldría a decirle adiós. El coche se sabía puesto en movimiento y el viejo Kipps volvió a entrar en la tienda. Kipps contempló fijamente el vacío, repitiéndose que no le importaba. Pero de pronto oyó un portazo y volvió la cabeza. Conocía muy bien el sonido de aquel portazo. De la mercería salía una figurilla esbelta vestida de color rosa, que echó a correr con decisión por la calle y que unos segundos después había alcanzado al coche. Al verla, el corazón de Kipps empezó a latir aceleradamente, pero lo hizo la menor demostración de haberla visto.

—¡Artie! —gritó la muchacha sin aliento—. ¡Artie! ¡Artie! ¡Ya lo tengo!

El coche estaba ya acelerando y dejándola atrás cuando Kipps se dio cuenta de lo que la muchacha quería decir. Inmediatamente cobró ánimos e hizo acopio de todo su valor para rogar al cochero que se detuviera un instante. El cochero gruñó como exigiría la diferencia de edad entre ambos, pero el coche se detuvo.

Ann se encaramó a uno de los radios de la rueda, cuando Kipps la miró, vio que sus ojos expresaban firmeza y decisión. Los dos se miraron en silencio mientras sus manos se unían. Un objeto pasó de una mano a otra, un objeto que el cochero, aunque no dejaba de mirarles atentamente con el rabillo del ojo, no logró ver con claridad. A Kipps no se le ocurría nada que decir y todo lo que ella dijo fue:

—Pude partirla esta mañana.

Fue aquél como un espacio en blanco en el que pudiera haberse escrito algo que no se escribió. Después Ann se dejó caer al suelo y el coche reanudó la marcha.

Hasta que no hubieron pasado unos diez segundos no se le ocurrió a Kipps asomarse y saludarla con sombrero nuevo, mientras gritaba con voz ronca:

—¡Adiós, Ann! ¡No me olvides mientras esté fuera!

Ella permaneció de pie en medio de la carretera viendo cómo se alejaba, y por último le dijo adiós con la mano.

Cuando una curva la ocultó por fin de su vista Kipps se sentó en su asiento y se dispuso a guardar en el bolsillo del pantalón la media moneda de seis peniques que tenía en la mano, mientras miraba de soslayo al cochero intentando adivinar lo que había visto.

Después se puso a pensar y decidió que, pasara lo que pasara, cuando volviera a Nueva Romney por Navidad, besaría a Ann.

Entonces todo se arreglaría y él sería completamente feliz.

CAPÍTULO II

EL ALMACÉN

1

Cuando Kipps dejó Nueva Romney, con una caja de latón amarilla, una maleta pequeña, un paraguas nuevo y media moneda de seis peniques, para convertirse en un pañero, era un muchacho de catorce años, muy delgado, de facciones pequeñas y ojos a veces muy claros y a veces muy oscuros. Además, era por naturaleza un poco confuso en su manera de hablar y hasta en su modo de ser, y sus modales eran más bien tímidos. Un destino inexorable había ordenado que sirviera a su país en el comercio y la misma influencia ignorada que había puesto su educación en manos de *Mr. Woodrow* le colocó ahora bajo la férula de *Mr. Sharford*, del Almacén de Tejidos de Folkestone. El aprendizaje es todavía el medio británico reconocido para adiestrarse en la vida. Si Kipps hubiera tenido la desgracia de nacer en Alemania, hubiera sido educado en una costosa escuela especializada, puesto que aquél era el sistema pedagógico de Alemania. Hubiera sido... ¡Pero por qué hacer reflexiones antipatrióticas en una novela! *Mr. Sharford* no tenía nada de pedagogo...

Era un hombrecillo irascible y enérgico cuyas velludas manos tenía casi siempre metidas en el bolsillo. Era completamente calvo, su nariz aquilina mostraba cierta tendencia a inclinarse hacia un lado y concedía toda clase de cuidados a su barba puntiaguda. Caminaba con rapidez y tenía la costumbre de tararear. Al principio había tenido un gran éxito en el negocio, pero poco después se vio en bancarrota y tuvo que recurrir a casarse por interés. Su establecimiento era ahora uno de los más importantes de Folkestone y su tienda ostentaba los números 3, 5 y 7 de la calle. Durante su primera entrevista con un Kipps aturdido y el admirado de todo, no cesó de repetir alabanzas de sí mismo y de su propio sistema. Se apoyó en el respaldo de la silla, detrás de su escritorio, introdujo los pulgares en las sisas del chaleco y se dispuso a enlazar a Kipps una especie de discurso.

—Esperamos que trabajes como es debido y que tengas en cuenta nuestros intereses —explicó *Mr. Sharford* utilizando la primera persona del plural como corresponde a la realeza—. Nuestro sistema es el mejor que puede encontrarse en ningún sitio. Yo debo saberlo, puesto que fui su creador. Cuando yo tenía catorce años empecé por el peldaño más bajo y por lo tanto no hay un solo escalón que yo ignore. *Mr. Booch* te dará la nota del reglamento y de las multas. Espera un momento...

Fingió estar muy ocupado con unas notas sujeta; por un pisapapeles mientras

Kipps permanecía inmovilizado por una especie de parálisis admirativa, contemplando la calvicie de su nuevo jefe.

—Dos mil trescientas cuarenta y siete libras —murmuró *Mr. Sharford* en voz alta, fingiendo haberse olvidado de la presencia de Kipps. Era evidente que se trataba de un lugar en que se llevaban a cabo importantes transacciones comerciales.

Mr. Sharford entregó a Kipps un papel secante y un tintero (como meros símbolos de inferioridad ya que no los utilizó para nada), y salieron los dos a despacho de contabilidad donde tres empleados pusieron a trabajar febrilmente desde que vieron moverse la puerta.

—Booch —dijo *Mr. Sharford*—, ¿tiene un ejemplar del reglamento?

Un hombrecillo de edad aventajada, y que vestía un traje muy raído, con una regla en una mano y una pluma en la boca, tendió en silencio a *Mr. Sharford* un librito con cubiertas amarillas y verdes, dedicado principalmente, como Kipps tuvo pronto ocasión de descubrir, a un voraz sistema de multas. El muchacho se dio cuenta de que los ojos de todos estaban fijos en él y titubeó un momento antes de dejar el tintero sobre una mesa para tener una mano libre.

—Necesitas más seguridad y más aplomo —dijo *Mr. Sharford* mientras Kipps se guardaba el reglamento—. Aquí hace falta decisión. Vamos —concluyó recogiendo los faldones de la chaqueta como una mujer se recogería el vestido y disponiéndose a acompañarle a la tienda.

A Kipps el local le pareció interminable, con una infinidad de pulidos mostradores atendidos por impecables jóvenes de ambos sexos, todos los cuales tenían los ojos fijos en él. A su derecha había un gran rímero de guantes expuestos en cajas, más allá cintas de todos los colores y, al fondo, ropas de niño. Una jovencita con mitones negros, que estaba haciendo la cuenta a un parroquiano, se equivocó en la suma al sentir sobre ella la mirada de águila de *Mr. Sharford*.

Un hombre joven de calva incipiente y cara redonda, absorto en la tarea de colocar las sillas vacías a lo largo del mostrador a distancias absolutamente males, salió de su abstracción y contestó con respeto a varias observaciones napoleónicas y completamente innecesarias hechas por su jefe. Kipps fue informado de que el nombre de aquel joven era *Mr. Buggins* y que desde aquel momento estaría a sus órdenes inmediatas.

Dieron la vuelta y pasaron a otro local en el que prevalecía un olor nuevo, un olor que estaba destinado a servir de fondo a la vida de Kipps durante muchos años, el olor vago y característico de la mercancía de Manchester. Un hombre grueso, de nariz voluminosa, dio un salto al verles aparecer y comenzó a doblar una pieza de damasco como un autómatas que se pone de pronto en funcionamiento.

—Carshot, ocúpese mañana de este chico —dijo el jefe—. Haga que se espabile.

—Sí, señor —repuso Carshot mirando a Kipps y reanudando su tarea.

—Harás todo lo que *Mr. Carshot* te mande —dijo *Mr. Sharford* poniéndose de nuevo en movimiento. Después cruzaron una amplia estancia llena de las cosas más

extrañas que Kipps había visto en su vida. Un gran número de figuras con cuerpo de mujer cornadas por cilindros negros donde debían de estar las cabezas, se hallaban alineadas a ambos lados. De pronto llegó hasta ellos el rumor de una voz femenina que decía con indignación:

—Le aseguro. *Miss Mergle*, que está muy equivocada al suponer que yo haría algo tan poco femenino.. La voz se interrumpió cuando Kipps y su jefe se acercaron al lugar de donde procedía y allí descubrieron a dos muchachas jóvenes, más altas y más rubias que las demás, ocupadas en escribir en dos mesas contiguas. Kipps supo que también tendrá que hacer lo que ellas dos le ordenaran. Le habían dicho que tenía que hacer lo que le ordenaran *Carshot* y *Booch*. Sin olvidar a *Buggins* y a *Mr. Sharford*.

Descendieron después a un sótano llamado «el almacén», donde Kipps sufrió la ilusión óptica de ver a un grupo de chicos de su edad luchando entre sí. Una voz gritó: «¡Teddy!», y la ilusión pasó. Al mirar de nuevo vio con claridad que estaban haciendo paquetes y que lo último que harían o podrían hacer sería pelear. Sin embargo, de las observaciones que les hizo *Mr. Sharford* dedujo que habían estado peleando..., sin duda en una época remota de sus vidas.

Cuando subieron de nuevo a la tienda y se hallaron entre un gran número de juguetes y «artículos de fantasía», *Sharford* sacó una mano del bolsillo para señalarle una caja de cambios y se perdió en complicados cálculos para sumar los minutos que de ese modo se ahoraban al año.

—Siete por ocho... ¿O es siete por nueve? ¡Vamos, vamos! Cuando yo tenía tu edad no tardaba ni medio minuto en calcularlo. Aquí aprenderás pronto y te convertiremos en un muchacho competente. Volviendo a lo de antes, te aseguro que esto significa libras y libras de ahorro al año. Libras y libras. ¡Sistema, Sistema y orden por todas partes! ¡Eficacia!

Siguió murmurando las palabras «eficacia» y «sistema» con cortos intervalos durante algún tiempo hasta que llegaron a un patio donde *Mr. Sharford* mostró a Kipps tres coches para la entrega de mercancías, pintados a rayas amarillas y verdes. Por todas partes había notas con frases como ésta: «Esta puerta está cerrada después de las siete y media. Por orden de *Mr. Edwin Sharford*».

Mr. Sharford siempre antepone a su nombre las palabras «por orden». Era una de esas personas que hacen colección de tecnicismos, que les resultan imprescindibles, aunque no conozcan bien sus significados. Y además era un hombre no sólo ignorante del idioma inglés, sino incapaz de llegar a aprenderlo con corrección. Siempre omitía los pronombres y los artículos porque el hacerlo así le parecía la esencia del comercialismo. Acortaba las palabras lo más posible, y se hubiera considerado el hazmerreír del comercio en general si hubiera sabido escribir las palabras siguiendo reglas ortográficas y no tal como le sonaban al oído. Pero, por otro lado, aunque ahoraba palabras en algunos casos, las desperdiciaba en transacciones con Londres, ya que al pagar a sus proveedores al por mayor, su sistema no tenía en cuenta los

peniques de sobra, pues, como decía él, «facilitaba el negocio» el hacer las cifras redondas al extender los cheques. A su contable le gustó tanto esta parte del sistema, que se dedicó a imitarlo por cuenta propia en los libros, sin que *Mr. Sharford* llegara nunca a enterarse.

Aquel admirable mercader británico resplandecía de orgullo cuando escribía sus pedidos a Londres.

—¿Crees que alguna vez serás capaz de hacer los pedidos para Londres? —preguntaba orgulloso a Kipps, que esperaba con impaciencia después de la hora de cierre para llevar estos triunfos de la eficacia comercial al buzón de correos, poniendo fin de aquel modo a otro día interminable.

Kipps movía la cabeza ansioso de que *Mr. Sharford* terminara de una vez.

—Por ejemplo, aquí he escrito esto: «1 pieza 1, alg. bl.elas 1 1/2 ó»; ¿sabes lo que quiere decir «ó»?

Kipps declaraba inmediatamente que no tenía la más remota idea.

—Y escucha esto: «2 piezas seda net seg.m.adj». ¿Comprendes lo que significa?

—No, señor.

Pero no estaba en la naturaleza de *Mr. Sharford* el hacer de maestro.

—Es una lástima que no te dieran cierta educación comercial en la escuela, en lugar de todos esos inútiles conocimientos literarios. Bueno, muchacho, si no te despabilas un poco nunca te verás haciendo pedidos a Londres. Eso está claro. Pon sellos en estas cartas con mucho cuidado de pegarlos bien y procura aprovechar la gran oportunidad que te ofrecen tus tíos de abrirte camino en la vida. Si no lo haces, no sé lo que será de ti.

Kipps, cansado, agotado y hambriento, se dedicaba a pegar los sellos a la mayor velocidad posible.

—Pega los sobres con la lengua —decía *Mr. Sharford* para ahorrarse la goma de pegar. El lema de aquel gran hombre era: «Las cosas pequeñas son las que cuentan», lema que consideraba como la filosofía de su vida.

Sus creencias políticas ligaban la Reforma (que para él carecía de significado) con la Paz y la Economía, y su idea de una vida municipal satisfactoria era «saber mantener los precios».

2

El pacto estipulado que puso a Kipps en manos de *Mr. Sharford* era muy complejo. Insistía en los privilegios de este último, prohibía a Kipps el juego y la bebida, y le entregaba en cuerpo y alma a *Mr. Sharford* durante siete largos años, los años cruciales de su vida. A cambio, se hacían vagas indicaciones según las cuales Kipps aprendería el arte y los misterios del comerciante; pero como no se estipulaba

ningún castigo a la negligencia en el cumplimiento de esta cláusula, y como *Mr. Sharford* era un hombre de negocios práctico y aprovechado, consideró esa condición como mera frase retórica y procedió a dedicarse a utilizar a Kipps del modo más conveniente para él, instruyéndole lo menos posible durante los siete años que duró su contacto.

La alimentación que daba a Kipps consistía principalmente en pan y margarina, infusiones de achicoria y té, carne colonial comprada a tres peniques la libra, patatas al por mayor y cerveza con agua. Pero si Kipps quería comprar por su cuenta algún alimento adicional, *Mr. Sharford* tenía la generosidad de poner su cocina a su disposición... siempre que el fuego estuviera encendido. También se le permitía compartir un dormitorio con otros siete jóvenes y dormir en una cama que, excepto en el más crudo invierno, se consideraba suficientemente caliente teniendo por toda ropa su abrigo, su ropa interior y un montón de periódicos. Kipps se aprendió la lista de mullas, aprendió a hacer paquetes, aprendió en qué lugar ataban colocadas las mercancías y aprendió a extender las manos sobre el mostrador y repetir frases como las siguientes: «¿En qué puedo servirle...?», Le aseguro que no es ninguna molestia», etc. Le enseñaron asimismo a medir telas de todas clases, a quitarse el sombrero cada vez que se cruzaba con *Mr. Sharford* en la calle y a practicar una obediencia servil a un gran número de personas. Pero, naturalmente, no le enseñaron cuál era el precio de coste de los artículos que vendía, ni por qué método eran adquiridos. Tampoco se le revelaron las costumbres y las modas sociales. Nunca comprendió la utilidad de la mitad de las mercancías que vendía, como telas para cortinas, cretonas, *chintzes*, etc; tampoco le dijeron para qué servían las servilletas y la ropa blanca de todas formas que enviaban a las familias de alta posición. Los rasos, las crinolinas, los forros, no fueron para él desde el principio más que cosas difíciles de manejar, que debía doblar y volver a doblar constantemente, que cortaba por metros y que veía desaparecer en el mundo misterioso y feliz en que vivían los clientes. Después de pasar horas doblando mantelerías del más fino hilo, que en montón eran más pesadas que el plomo, Kipps iba a cenar encima de un hule en un sótano iluminado por una lámpara de gas, y entonces soñaba con doblar innumerables mantas debajo de su abrigo, de su ropa y de su montón de periódicos. Pero al menos todo aquello le ofrecía la oportunidad de aprender los fundamentos de la Filosofía.

A cambio de estos beneficios, trabajaba tanto que generalmente se acostaba exhausto y dolorido. Su jornada comenzaba a las seis y media de la mañana. Descendía sin haberse puesto todavía la camisa, llevando lo más viejo que poseía y una bufanda, para quitar el polvo y limpiar los cristales hasta que daban las ocho. Después completaba su aseo en media hora, desayunaba austeramente con pan, margarina y lo que solamente un inglés del Imperio llamaría café, y subía a la tienda para empezar la faena del día.

Generalmente ésta empezaba trajinando Kipps de un lado para otro muestras y cajas según las órdenes que le daba Carshot, el encargado de arreglar los escaparates,

que gruñía continuamente, trabajara bien o mal el muchacho, a causa de una indigestión crónica. Otras veces tenía que llevar los maniqués a los que hubiera que mudar de vestido, y los días en éstos no se cambiaban los escaparates tenía que cargar con pilas y cajas de mercancías para ponerlos en orden. Después, venían ejercicios que al principio le resultaron enormemente difíciles; algunas telas que tenían dobladas tenían que enrollarse alrededor de ciertos cilindros, pero se negaban absolutamente a ser enrolladas, al menos por Kipps; otra clase de tejidos que venían de la fábrica enrollados debían ser medidos y doblados, y mientras lo hacía, Kipps desear muchas veces estar muerto. Y lo más triste es que todo aquel trabajo podía evitarse, y si no se evitaba era por lo barata que resultaba la mano de obra; poco que se reflexiona en el mundo... Después había que consignar otros materiales y hacer paquetes. Y durante todo el tiempo Carshot no cesaba de gruñir...

Tenía la curiosa manía de referirse con exclamaciones a sus vísceras, con palabras que el refinamiento de los tiempos actuales y los ruegos de mis amigos me obligan a escribir en términos muy suavizados.

—¡Por mi hígado! ¡Nunca he visto un chico igual! (De este modo transcribiré su exclamación favorita)—. Y aun cuando se hallaba a medio metro de distancia de un cliente, a Kipps le parecía que seguía refunfuñando y murmurando.

A continuación tenía lugar un agradable intervalo durante el cual Kipps era enviado a la calle para comprobar que en las sastrerías a quienes servían, ni los botones, ni las cintas, ni los forros, etc., tenían defecto alguno. Allí le daban papeles con pedidos y con una pequeña muestra fijada con un alfiler; y desde aquel momento hasta que consideraba prudente volver para enfrentarse con los reproches que tendría que sufrir por el retraso, era libre, libre como el viento.

Hizo algunos admirables descubrimientos topográficos, tales como, por ejemplo, que el camino más práctico para ir del establecimiento de *Mr. Adolphus Davis* hasta el de *Messrs, Plummer, Robbis y Tyrrel*, dos de las sastrerías a donde se le enviaba más a menudo, no era el que había seguido siempre en línea recta por la calle *Sandgate*, sino otro que consistía en dar un rodeo por la *Vest Terrace* desde donde podía desviarse hasta *Radnor Park* en los días que hacía buen tiempo.

A su vuelta la tienda se hallaba ya en plena actividad sirviendo a los parroquianos. Su deber era entonces estar en todas partes para ayudar a los empleados en lo que fuera preciso, llevar paquetes y facturas de un lado a otro, recoger de vez en cuando lo que caía por el suelo y sostener telas en alto hasta que le dolían los brazos. O, lo que era más difícil todavía, de vez en cuando se hallaba sin nada que hacer tenía que esforzarse por no mirar fijamente a los clientes al no saber dónde poner los ojos. En tales ocasiones se sentía sumido en un abismo de aburrimiento hasta que lograba olvidarse de lo que le rodeaba y vagar en espíritu por tierras lejanas luchando contra sus enemigos del Imperio o dirigiendo el marco de sus sueños por las aguas misteriosas del océano. Pero estos deleites mentales eran siempre de corta duración y se veía traído a la realidad por una brusca exclamación de cualquiera de sus

innumerables jefes:

—¡Vamos, Kipps, despierta!

A las siete y media de la tarde se procedía con febril actividad al arreglo de la tienda. Con la velocidad de una flecha disparada del arco, Kipps comenzaba a cubrir los maniqués, a poner en orden las pilas de telas y a esparcir serrín por el suelo para barrer el local. De vez en cuando los clientes se quedaban después de la hora de cerrar. «A Sharford no le importa que nos quedemos un poco más», decía las señoras. Y estaba terminantemente prohibido tomar medida alguna para arreglar cajones o poner fin a la labor diaria, hasta que las puertas se hubieran cerrado detrás de ellas.

Kipps contemplaba a esas clientes rezagadas desde cualquier rincón, deseándoles la muerte o la lepra por lo menos. Al fin, a eso de las nueve le esperaba abajo una cena consistente en pan y queso con cerveza. Consumido esto le quedaba el resto del día enteramente a su disposición para leer, disfrutar e instruirse. El cerrojo de la puerta de entrada se echaba a las diez y media, y en el dormitorio la luz de gas se apagaba a las once.

3

Los domingos tenía la obligación de ir una vez a la iglesia, pero generalmente iba dos veces, ya que no tenía otra cosa mejor que hacer. Se sentaba siempre atrás. Era demasiado tímido para cantar, perdía hilo en el breviario y pocas veces escuchaba el sermón, pero tenía la idea de que el hecho de ir a la iglesia era en sí un paliativo de la vida. Su tía quería que recibiera la Confirmación, pero él consiguió retrasar la ceremonia durante algunos años.

En los intervalos entre los dos servicios religiosos vagaba por Folkestone como una sombra en busca de algo. Folkestone no era tan interesante los domingos como los demás días de la semana, porque las tiendas estaban cerradas, pero por la tarde las calles ofrecían un aspecto desusadamente animado. Algunas veces el aprendiz que dormía junto a él condescendía en acompañarle, pero cuando otro compañero declaraba que iría también con ellos, Kipps, por usar todavía ropa hecha en casa y saber que aquélla no era la indumentaria adecuada para tal compañía, se marchaba solo.

Algunas veces salía a las afueras (siempre como un nombre en busca de algo), pero las primeras punzadas del hambre le obligaban a volver atrás, con la puntualidad de un reloj, a las horas de comer. A veces invertía la mayor parte del sueldo semanal de un chelín que le entregaba *Mr. Booch*, en asistir a un concierto. En otras ocasiones recorría la calle de arriba abajo veinte o treinta veces después de cenar, deseando tener el valor suficiente para hablar con cualquier otro de los numerosos individuos que eran empleados como él. Invariablemente terminaba los domingos sintiendo un

gran cansancio en las piernas de tanto andar.

No leía nunca porque allí no había ningún libro que leer y, además, porque a pesar de las enseñanzas recibidas de *Mr. Woodrow* no sospechaba aún que literatura pudiera proporcionar ningún placer, tampoco leía periódicos, excepto, ocasionalmente, algún semanario ilustrado para muchachos, que costaba medio penique. Su principal estímulo intelectual consistía en escuchar las discusiones que surgían durante las comidas entre *Carshot* y *Buggins*. *Kipps* les oía como si sus palabras contuvieran una sabiduría en ingenio sin límites, y las atesoraba para el momento en que él se convirtiera en otro *Buggins* y tuviera la oportunidad y el valor de hablar en público. A veces esta rutina se interrumpía cuando se presentaba trabajo extraordinario, pero esto se veía recompensado por una cena extraordinaria y algunos chelines en concepto de gratificación. Y todos los años (¡no de vez en cuando, sino todos los años!). *Mr. Sharford*, profundamente admirado de su propia generosidad y haciendo comparaciones con los días en que él era aprendiz, concedía a *Kipps* nada menos que diez días de vacaciones..., ¡diez días cada año! ¡Muchos pobres diablos de *Portland* envidiarían al afortunado *Kipps*! ¡Qué insaciable es el corazón del hombre! ¡Pero qué cortos, qué terriblemente cortos se hacían aquellos días!

Una vez al año había que hacer balance y de vez en cuando se «marcaban» materiales recién llegados. Entonces era cuando brillaba con mayor resplandor la personalidad de *Mr. Sharford*.

—¡Orden! —decía—. ¡Sistema! ¡Vamos! ¡Deprisa! —repetía mientras daba órdenes secas, confusas y contradictorias.

Carshot se movía en todas direcciones, reluciente de sudor, con la mirada fija en *Mr. Sharford*, el ceño fruncido y los labios formulando protestas. Los empleados competían en rapidez y en servilismo. Todos aspiraban a ascender de categoría, y por ello se mostraban rastreros con *Sharford* y todos gritaban a *Kipps*. Éste sostenía el secante y tintero y todo lo que le dieran y cumplía toda clase de órdenes. Si dejaba el tintero en cualquier sitio antes de ir a un recado generalmente *Mr. Sharford* lo volcaba, y si se llevaba consigo, *Sharford* lo necesitaba antes de vuelta.

—Me das dolor de cabeza, *Kipps* —solía decir—. Me produces neuralgia. Toda tu persona contiene menos orden y sistema que una patata podrida.

Algunas veces, cuando *Kipps* se llevaba el tinte; *Sharford* parecía a punto de sufrir una congestión y hacía ademanes de mojar la pluma en tinteros imaginarios y maldecía a gritos a *Kipps*, mientras *Carshot* vociferaba a gritos, el primer empleado corría al otro extremo del local y vociferaba también y el segundo aprendiz perseguía a *Kipps* chillando:

—¡Muévete, *Kipps*! ¡Muévete! ¡El tintero! ¡Deprisa! ¡El tintero, estúpido!

En estos períodos de tormenta y de tensión llenaban el alma de *Kipps* un violento aborrecimiento hacia *Sharford* y todos sus congéneres. Sentía que todo aquello era injusto y falto de sentido y los «por qué» resultaban demasiado complicados para su pobre cerebro. Un único deseo inconsciente le guiaba en ciego cumplimiento de su

obligación, el deseo de capear, al menos en parte, la tempestad de gritos e insultos que caía sobre su cabeza. Pero su asco era infinito. Y se veía incrementado por los tobillos hinchados y los pies doloridos, que son el resultado lógico del aprendizaje de pañero. Para colmo, el mayor los aprendices, llamado Minton, un joven malhumorado de cabello negro, labios finos y bigote como un borrón de tinta, llamó la atención de Kipps hacia aspectos más profundos y desesperanzadores de la gestión.

—Cuando te haces demasiado viejo para trabajar, echan a la calle —decía Minton—. Todas las calles están llenas de mendigos y vagabundos que han sido pañeros.

—¿No se establecen por su cuenta?

—¿Cómo quieres que lo hagan? ¡No tienen capital! ¡Cómo quieres que ahorren ni siquiera quinientas libras! Te digo que no puede ser. Hemos de seguir siendo empleados. Estamos en un callejón sin salida y no nos queda otro remedio que seguir en él hasta la muerte.

La idea que fermentaba eternamente en la imaginación de Minton era «dar un buen puñetazo a ese sinvergüenza (ese sinvergüenza era *Mr. Sharford*), y ver como reaccionaba su Sistema y su Orden».

Esta amenaza hacía que Kipps esperara trémulo el desarrollo de los acontecimientos cada vez que Sharford entraba en el departamento de Minton. Les contemplaba a los dos intentando decidir interiormente en qué lugar de la anatomía del jefe preferiría que descargaran los ataques de Minton. Pero por alguna razón desconocida para todos menos para Sharford, que nunca insultaba a Minton como lo hacía al inofensivo Carshot, y aquel interesante experimento sobre las posibles reacciones del Sistema no fue nunca llevado a efecto.

4

Había ocasiones en que Kipps permanecía despierto mientras los demás roncaban en el dormitorio, pensando asustado en el futuro descrito por Minton, comprendía vagamente que su vida estaba presa en el engranaje de la gran maquinaria del comercial que aquélla era una fuerza irresistible de la que no tenía ni voluntad, ni conocimiento, ni valor suficiente para escapar. Esta vida había de ser su vida hasta el fin de sus días. Sin aventuras, sin gloria, sin cambio alguno, sin libertad. Y tampoco podía soñar con el amor y el matrimonio. Noche tras noche decidía ahitarse, escapar al mar, prender fuego al almacén y suicidarse, pero mañana tras mañana se levantaba a las seis y media y bajaba corriendo a limpiar los cátales, temeroso de tener que pagar una multa de seis peniques. Comparaba la esclavitud en que se hallaba sumido con los hermosos días de viento y de sol pasados en Littlestone, con aquellas ventanas de felicidad que brillaban más y más al hacerse más lejanas.

Y le parecía ver la figura diminuta de Ann en todas ellas.

Pero también Ann había pasado por experiencias desagradables. Cuando Kipps llegó a casa para pasar sus primeras Navidades, sintió renovarse el deseo de besarla y recordó la promesa que se hiciera un por lo que, levantándose decidido, salió al patio y se puso a silbar. Hubo un silencio y unos instantes después apareció el viejo Kipps a su espalda.

—Es inútil que silbes, muchacho —le dijo con alta y firme—. Se ha marchado toda la familia. Ella se ha ido a servir a Ashford, hijo mío. Antes a eso lo llamaban esclavitud, pero ahora los tiempos han cambiado.

—¿Y Sid...?

Sid se había marchado también.

—Se ha empleado en una fábrica de bicicletas... —dijo el viejo Kipps.

Kipps sintió como si una mano le apretara el corazón. Giró sobre sus talones y entró en la casa mientras su tío seguía haciendo observaciones en torno de los Pornick desde la ventana.

Cuando Kipps se vio en su dormitorio, se sentó en la cama y permaneció allí mirando al vacío. Todos habían sido apresados por el mismo destino. La vida en general tomaba el aspecto de una perpetua mañana de lunes. Los Hurones se habían desperdigado, los restos de naufragios encontrados en la playa pertenecían al pasado, el sol de aquellos cálidos atardeceres de Folkestone se había puesto para siempre...

El único placer que le quedaba para el resto de las vacaciones era saber que no estaba en la tienda, pero esta esto era transitorio. Dos días más, un día más, medio día más. Cuando volvió a su trabajo pasó dos tres noches en blanco y llegó hasta a escribir a sus as describiendo sus sentimientos y las revelaciones de Minton. Pero *Mrs.* Kipps le respondió preguntándole si quería que los Pornick dijeran que no servía para pañero. Esta terrible posibilidad puso punto final al asunto. No; Kipps decidió que los Pornick no tendrían decir aquello de él.

Poco después tuvo ocasión de oír un sermón precedido con voz ronca por un vicario que acababa de llegar de las colonias por razones de salud, y sintió que sus palabras le hacían mucho bien. Le exhortaron a hacer lo que tuviera que hacer con la mejor voluntad. Y, por otra parte, el repaso del catecismo al prepararse para recibir la Confirmación, sirvió para recordarle que debía cumplir su deber en el estado a que Dios quisiera llamarle.

Poco a poco la desesperación de Kipps se hizo meros profunda y acabó por pertenecer al pasado. Se asignó a ocupar la situación que la vida le había ¡parado, por no ver el modo de evitarlo.

En primer lugar, sus pies y sus tobillos acabaron por acostumbrarse a estar en continuo movimiento, más adelante se le concedió asueto todos los jueves por la tarde. *Mr.* Sharford, después de intentar mantenerse firme y defender lo que él llamaba «la libertad individual» y «mi sistema personal» fundado, aún explicaba, en los motivos más patrióticos, se vio al fin obligado, por la presión de algunos de sus

clientes, a seguir el ejemplo de los demás comerciantes cerrando aquel día por la tarde. Por lo tanto, Kipps salía al mundo después de almorzar y podía disponer de varias horas a su antojo. Además, Minton, el pesimista, les dejó para alistarse en un regimiento de caballería, en el que llevó una vida interesante que se vio cortada bruscamente en una operación en el Valle de Terah. Poco después Kipps ascendió de categoría y dejó de limpiar cristales. Atendía a los clientes de menor importancia hasta que fue nombrado tercer aprendiz. Ya para entonces le asomaba el bigote y había tras él tres aprendices nuevos a los que podía gritar y dar sopapos.

5

Y por fin otras distracciones, las distracciones naturales de la adolescencia, distrajeron su atención de lo inevitable. Por ejemplo, comenzó a interesarse más por el vestir; comenzó a considerarse como un objeto visible y comenzó a gustarle contemplarse en los grandes espejos de la sastrería y mirar a las empleadas.

A esto le ayudó, con el ejemplo y con sus consejos, su inmediato superior, llamado Pearce. En las horas libres, los dos hablaban de corbatas, cuellos, del corte de los pantalones y la forma de sus botas. Kipps acudió a un sastre y su chaqueta corta fue remplazada, por una levita. Animado por esto se compró tres cuellos altos para jubilar los que había llevado hasta entonces. Los nuevos tenían casi diez centímetros de altura, eran más altos aún que los de Pearce, le hacían daño en el cuello y le dejaban una señal roja debajo de las orejas. De aquel modo equipado acabó por considerarse un compañero digno del segundo aprendiz, siempre vestido a la última moda, que había sucedido a Minton.

Lo que más le ayudó a no pensar en la desastrosa situación de su vida, fue que en cuanto hubo cambiado de atuendo las jóvenes del establecimiento comenzaron a descubrir que ya no era un niño. Hasta entonces le habían mirado por encima del hombro sintiéndose superiores, pero ahora descubrieron que era «un muchacho agradable». Me resulta doloroso tener que informar el lector de que su fidelidad hacia Ann quebró al primer encuentro. Comprendo perfectamente que esta historia sería mejor desde el punto de vista sentimental si el héroe hubiera permanecido fiel a aquel temprano amor. Pero entonces hubiera sido una historia distinta. Sin embargo, en ninguno de sus amores posteriores volvió a sentir Kipps lo que sintiera al contemplar la carita sonrojada y el cabello revuelto de Ann. Aunque aquellos amores no estaban desprovistos, por supuesto, de otras emociones distintas.

Una de las jóvenes del departamento de costura fue la primera que demostró, por su comportamiento, que Kipps era un objeto visible y capaz de interesar, descendió a hablar con él, le animó a que él hablara también, le prestó un libro, le zurció un calcetín y le dijo que sería para él una hermana mayor. Hasta le permitió que la

acompañara a la iglesia. Después investigó cuáles eran sus sentimientos acerca de la religión, y venciendo cierta afectación de viril indiferencia hacia la religión por parte de Kipps, le hizo prometer que recibiría la Confirmación. Todo esto impresionó a la otra señorita que trabajaba con ella, que era su rival natural y que se dispuso con gran despliegue de recursos femeninos a capturar el naciente corazón de Kipps. Pero ésta siguió otro sistema. Salió de paseo con él un domingo por la tarde y le explicó que un caballero debe andar siempre por la parte de la calzada cuando va con una señora por la acera, que todos los caballeros usan, o al menos llevan, guantes en la mano, y en general le explicó los principios del ideal social británico. De aquel modo recibió Kipps la *toga virilis* y se convirtió en un objeto reconocido que podía ser ya blanco del platónico Eros cuyos dardos penetran hasta en los establecimientos de más alta categoría. Y de aquel modo también echó raíces en corazón de Kipps la ambición de todo joven inglés de llegar a ser, si no «un caballero», al menos la verdadera imagen de uno.

Kipps se tomó todo esto con el mayor celo. Fue iniciado en los secretos del «flirteo» y poco después, y según instrucciones de Pearce, que era de naturaleza comunicativo en estos asuntos, hasta en las formas más sencillas del beso. Muy pronto tuvo novia. Antes de que hubieran pasado dos años había tenido seis novias consecutivas y comenzaba a convertirse en un jovencito exigente. Exigente y con ademanes de caballero. Además, recibió cuatro lecciones breves de catecismo y fue confirmado como miembro de la Iglesia Establecida.

En las grandes tiendas como la de Sharford, los noviazgos no implican necesariamente el matrimonio. Se trata de relaciones más refinadas, menos prácticas, menos atadas que los noviazgos de los ricos vulgares. A las empleadas de la tienda no les gustaba estar sin novio, y Kipps era un novio fácil de conseguir. Desde el punto de vista de aquellas chicas un noviazgo tiene muchas ventajas. En primer lugar se cuenta con un acompañante para ir a la iglesia, para ir de paseo. Es mucho más agradable pasear con un muchacho o dejarse besar por él, cuando no es un prometido formal o un hermano adoptivo y no tiene nada que ver con las costumbres en ese aspecto de las muchachas de servicio. Tal es la naturaleza de la caridad humana, que, en Inglaterra, la empleada de una tienda siente el mismo horror a hacer cualquier cosa que recuerde a la chica de servicio, que la periodista, por ejemplo, siente a hacer lo que hace la empleada, o la señorita de sociedad a hacer lo que cualquier muchacha que haya tenido que salir al campo de batalla económico para ganarse la vida... Pero el más profundo de estos noviazgos (llamémoslos así) no tenía ningún parecido con el amor; era en el mejor de casos, como ponerse a remar donde está decretado que el hombre debe hundirse o nadar. En ellos un hombre no saboreaba la emoción de los lugares peligrosos o la exaltación de verse levantado en vilo por las olas tumultuosas. En ellos se trataba de ropas y pequeñas vanidades, había celos superficiales, halagos, apretones de mano, tímidos tuteos acompañados de vez en cuando por un paseo o una coincidencia. La más atrevida de sus aventuras, la que más se acerca a la gran Señora

que es la hija de Urano y del mar, era aquélla en que se sentaba, después del crepúsculo, junto a cualquier jovencita de su edad. Las mujeres que reinaban en su corazón iban y venían como los pasajeros de un autobús; existía el vehículo, por así decirlo, y ellas entraban y salían de él sin producir ningún cataclismo de emoción. Pero, a pesar de todo esto, el desarrollo de aquellos continuos noviazgos distrajo a Kipps y le ayudó a soportar el paso de aquellos años de servidumbre.

6

Para colofón de este capítulo, veamos un ejemplo. Es una brillante tarde de domingo; la escena tiene lugar en una callejuela silenciosa, y Kipps tiene cuatro años más que cuando se separó de Ann. Por encima de su labio superior se distingue claramente una sombra de bigote, y su traje es tan elegante y audaz como sus medios le permiten. El cuello que lleva es tan alto que le hace una señal en las mandíbulas, su sombrero tiene el ala curvada, su corbata demuestra buen gusto, sus pantalones están relativamente bien nados y sus botines se abrochan a un lado. Lleva en la mano un bastón a la moda y contempla de reojo a Fio Bates, la cajera, que luce una blusa clara y un sombrero con flores. Rodea a ésta cierto aire de distinción que posiblemente desaparecería bajo el escrutinio de una mujer de mundo, pero que basta para que Kipps se sienta muy orgulloso de ser su acompañante en aquellos días y de haber recibido permiso para tutearla de vez en cuando.

La conversación es ligera y alegre, y Fio no deja de sonreír porque su buen carácter es uno de sus principales encantos.

—Veo que no sabes a lo que me refiero —está disparando Kipps.

—Bien, ¿a qué te refieres?

—No a lo que tú crees!

—¡Dímelo!

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

Una pausa durante la cual los dos se miran significativamente a los ojos.

—¿Sabes que tu especialidad es andarte con rodeos? —dijo la joven.

—Tampoco estás tú muy clara.

—¿Que no soy clara?

—No.

—¿Quieres decir que yo también me ando con rodeos?

—No. Quiero decir... que yo...

Pausa.

—¿Qué?

—Has acabado por aturdirme. Eres muy bonita

Ella le mira con travesura. Le golpea con sus guantes y contempla después el

anillo que luce uno de sus dedos. Su risa se desvanece momentáneamente. H. otra pausa. Vuelven a encontrarse sus miradas y sus labios sonrían de nuevo.

—Quisiera saber... —dice Kipps.

—¿Qué?

—De dónde sacaste ese anillo.

Ella levanta la mano y lo exhibe.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —dice muy despacio, sonriendo con coquetería.

—Me parece que lo adivino.

—Me parece que no.

—¿Que no?

—No. El nombre, no.

—¡Ah!

—¿Lo ves?

—Bueno, al menos déjame mirarlo.

Kipps lo mira. Pausa. Risas, una ligera lucha y nuevo golpe con los guantes en el brazo de Kipps. Aparece un desconocido por la calle y ella retira precipitadamente la mano mientras mira al recién llegado. Todos se mantienen en un silencio azorado hasta vuelven a estar solos...

CAPÍTULO III

LA CLASE DE TALLADO EN MADERA

1

Aunque aquellas concesiones a Venus Epipontia y aquellos progresos en el arte de vestir hicieron mucho para distraer sus pensamientos y mitigar sus primeras desgracias, sería de un optimismo excesivo presentar a Kipps como un ser completamente feliz. Un vago descontento le acompañaba siempre, envolviéndolo de vez en cuando como una niebla marina. Durante aquellos períodos comprendía perfectamente que en su vida faltaba algo vital. Sin que para ello existiera ninguna razón especial, Kipps tenía la sospecha de que de algún modo irrevocable había en su existencia algo que no marchaba bien. La creciente aserción de la adolescencia convirtió aquellas vagas leas en un claro complejo de inferioridad. Estaba muy bien eso de llevar guantes, abrir las puertas a las señoritas y tener éxito entre ellas; pero, ¿acaso no existían otras cosas más profundas? Reconocía en él grandes abismos de ignorancia en campos en que los verdaderos caballeros se movían con firmeza y desenvoltura. Una vez llegó una empleada al departamento de sombrerería que dijo saber hablar francés y alemán. Cuando Kipps intentó conquistarla le rechazó con desdén, haciendo que el muchacho experimentara una amarga sensación de insuficiencia; de todos modos, se esforzó por tomarlo a broma y cada vez que se encontraba con ella decía burlonamente:

—*Parlez-vous francey?*

Incluso tomó algunas medidas medio secretas para remediar las deficiencias que sospechaba existían en su cultura. Se gastó cinco chelines en cinco número de *El educador de sí mismo* y compró (y hasta pensó leer) una obra de Shakespeare y los poema de Herrick a un compañero que necesitaba dinero. Batalló con Shakespeare toda una tarde de domingo, descubrió que la literatura inglesa que había aprendido con *Mr. Woodrow* se había perdido en algún rincón de su memoria. No dudaba que se trataba de una obra magnífica, pero no logró averiguar cuál era su significado. Sabía que la literatura clásica tenía un significado, aunque él no supiera encontrarlo. Cierta día descubrió que también había olvidado cuáles eran los ríos de Inglaterra, lo que le produjo una profunda depresión.

Supongo que una fase parecida de descontento e normal en toda adolescencia. La mente en pleno desarrollo busca algo sobre lo que pueda cristalizar, algo sobre lo que pueda concentrar las emociones discursivas que se hacen más abundantes a cada año que pasa. Muchos jóvenes, aunque no todos, enfocan esta ansia de algo más perfecto

hacia la religión; pero aquellos años el ambiente espiritual de Folkestone estaba libre de cualquier movimiento de resurgimiento que hubiera podido influir en el ánimo de Kipps. Otros se enamoran. En otros, esta inquietud termina en un voto de leer un libro (no una novela) cada semana, de leer la Biblia desde el principio hasta el final en un año, de aprobar con honores los exámenes de fin de curso o de no volver a mentir jamás. A Kipps acabó por conducirlo a recibir una educación técnica... o lo que entendemos por ello en el sur de Inglaterra. Durante el último año que pasó de aprendiz, se decidió a formar parte de la Asociación de Jóvenes de Folkestone, donde conoció a Chester Coote. Chester Coote era un joven de medios semiindependiente que había heredado una participación en una firma constructora, que leía a *Mrs. Humphry Ward* y se interesaba por la obra social. Era de tez pálida, nariz prominente, ojos azules y voz ligeramente temblorosa. Tomaba parte activa en toda clase de comisiones; ocasiones sociales y vivía con una hermana. De vez en cuando leía a Kipps y a sus compañeros de la Asociación de Jóvenes, alguna obra apropiada para darles estímulo en la vida. Decía que el valerse por sí mismo era la más noble de nuestras características inglesas, criticaba continuamente a los alemanes por su excesivo de cultura. En cierta ocasión, un muchacho alemán hizo algunos comentarios condenatorios que dieron lugar a un discurso sobre política hanoveriana.

Como cuando se excitaba su pronunciación se hacía rural y poco líquida, sus oyentes se rieron de él, y Kipps se divirtió tanto que olvidó el propósito que se había hecho de preguntar a Chester Coote de qué truco podría poner en práctica para su propio provecho, y en los estrechos márgenes de tiempo que le permitía el Sistema de *Mr. Sharford*, la cualidad británica de valerse por sí mismo. Más tarde, cuando se halló solo a media noche, volvió a recordarlo.

Unos cuantos meses después, cuando hubo terminado su aprendizaje y *Mr. Sharford* le hubo aumentado el sueldo a veinte libras al año, volvió a pensar en él al leer un artículo sobre «Educación técnica» en un periódico matutino olvidado por un cliente. El artículo estaba escrito con penetrante vehemencia y le estimuló para ir a informarse en las clases locales de Artes y Ciencias. Después de haber hablado con todos sus compañeros acerca de ello, siguió el consejo de cuántos aprobaron su decisión desesperada y se apuntó. Al principio asistió a la clase de dibujo por ser la que correspondía a las tardes en que se cerraba la tienda de *Sharford*. Ya había hecho algún progreso en aquella especialidad que durante dos generaciones ha pasado por arte para el pueblo inglés, cuando se cambió el horario de las clases. Por lo tanto, cuando empezaban a soplar los vientos de marzo, se vio precipitado a la clase de tallado en madera y su imaginación, que se concentró primero en aquella interesante especialidad, pasó después a fijarse en su maestra.

La clase de tallado en madera era extremadamente selecta y estaba presidida en aquella época por una señorita llamada Walshingham. Y como el destino había ordenado que aquella joven enseñara a Kipps muchas otras cosas además del tallado en madera, es conveniente que el lector se represente su imagen con claridad. Era un año o dos mayor que Kipps, su cutis era pálido, sus ojos grises y llevaba el cabello negro peinado de un modo original, a imitación de un cuadro de Rossetti del «Museo de South Kensington». Era esbelta y alta, y sus manos resultaban blanquísimas y bien formadas cuando se las comparaba con las manos de las compañeras de Kipps, habituadas, durante muchos años a enrollar y doblar toda clase de telas y mercancías. Vestía en el estilo suelto y con las tonalidades suaves que estuvieron de moda en Inglaterra en la época socialista-estética y que siguen utilizando actualmente los que leen las novelas de Turgeniev, desdeñan la literatura contemporánea y alientan el pensamiento elevado. Yo creo que era muy bella y Kipps compartía mi opinión. Kipps supo que se había matriculado en la Universidad de Londres lo que en su imaginación constituía una hazaña asombrosa, y el modo magistral con que enseñaba a cortar inofensivos pedazos de madera para convertirlos en inútiles piezas en relieve, excitaba su más profunda admiración.

Cuando Kipps se enteró al principio de que le iba enseñar una mujer, experimentó cierto resentimiento, especialmente porque Buggins se había expresado no hacía mucho tiempo en términos harto condenatorios contra la injusticia que representaba el empleo femenino.

—Nosotros tenemos que mantener a nuestras esposas —había dicho Buggins, aunque en realidad él no mantenía ni a una siquiera—. ¿Y cómo vamos a hacerlo si las mujeres vienen a robarnos todas nuestras oportunidades de trabajar?

Después, y al comentarlo con Pearce, Kipps lo contempló desde otro punto de vista y pensó que la aventura no estaría mal. Por último, cuando la vio y la oyó, se sintió cautivado por su femineidad.

La totalidad de los alumnos consistía en dos muchachas jóvenes y una señora soltera de más edad, amigas las tres de *Miss Walshingham* y más deseosas de ayudarla en un experimento interesante que de convertirse en expertas talladoras en madera, un hombre de unos cincuenta años con gafas y barba negra, que nunca hablaba con nadie y que era tan miope que tenía que mirar sus piezas de trabajo por zonas; un chiquillo al que habían dicho que tenía dotes especiales para el tallado, y la patrona de una isa de huéspedes que asistía a aquellas clases todos los inviernos como si fueran un tónico para la salud, por haber descubierto que «le sentaban bien». De vez en cuando *Mr. Chester Coote* entraba en la clase con o sin papeles, según decía, para hablar de negocios, pero en realidad para hablar con la menos atractiva de las dos jóvenes. Algunas veces un hermano de *Miss Walshingham*, un joven que tenía cierto parecido con Napoleón, aparecía al final de la clase para acompañar a casa a su hermana.

Todos aquellos personajes hicieron sentir a Kipps un complejo de inferioridad que

al compararse con *Miss Walshingham*, se hizo sencillamente abismal. Las ideas y conocimientos que parecía tener su capacidad y libertad personal eran como un mundo nuevo para su imaginación. Aquella gente iba y venía con absoluta seguridad, moviéndose sobre un fondo de modelos de escayola, diagramas y mesas, bancos y acerados, todo lo cual le parecía a Kipps saturado de sabiduría recóndita, como guardianes de los ocultos secretos que constituyen el Arte y la Vida Superior. Se imaginó que volverían a hogares donde se tocaba el piano con distinción, donde habría libros por todas partes y se usaría habitualmente una lengua extranjera. Seguramente tomaban platos complicados en las comidas y conocían las reglas de la etiqueta. Para evitar caer en ridículo, Kipps comenzó a comprarse manuales de un penique que le enseñaban lo que debía evitar, cuáles eran los errores más comunes en la conversación y cosas parecidas. Cada día se convencía más de su ignorancia; era una criatura salida de las tinieblas y cegada por un repentino e insospechado resplandor.

Les oía hablar con toda naturalidad y desenvoltura de libros, de exámenes y de pinturas. En una ocasión determinada la clase, Chester Coote, el joven *Walshingham* y las dos estudiantes tuvieron una discusión sobre algo o alguien llamado «Vagner» o «Vargner», lo que al fin Kipps pudo descubrir que se trataba de un hombre que componía música. El joven *Walshingham* dijo por lo visto algo que constituyó un epigrama y todos le aplaudieron. Sí; Kipps se sentía como una criatura salida de las tinieblas, como un intruso en un mundo resplandeciente. Cuando ocurrió del epigrama, al principio sonrió para fingir que comprendía, pero instantáneamente borró su sonrisa para que creyeran que no estaba escuchando. Después sintió que se sonrojaba, a pesar de que nadie había observado ninguno de los dos gestos.

Era evidente que la única oportunidad que tenía de ocultar su infinita ignorancia consistía en permanecer mudo, mientras era todo oídos y se convertía en ferviente esclavo de *Miss Walshingham*. Ésta se acudía a su lado para ayudarlo y aconsejarle, haciendo lo que Kipps suponía un esfuerzo para ocultar el desdén que sentía por él. Y lo cierto es que al principio se refería a él como «el joven desmañado de las orejas coloradas».

En cuanto salió de la primera fase de admiración y humildad (le ayudó a salir de aquella condición y sentirse como un ser humano la necesidad que ser la patrona de la casa de huéspedes, de hablar mientras trabajaba... de hablar con él, puesto que no sentía simpatía por *Miss Walshingham* ni sus amigas, y el hombre de las gafas era sordo), Kipps comprendía que se hallaba sumido en un estado de adoración a *Miss Walshingham*, que hubiera sido blasfemo considerar amor.

El lector debe comprender que este estado no tenía relación alguna con los «flirteos» y las pasiones superficiales sentidas hasta entonces. Absolutamente ninguno. Así lo comprendió Kipps desde el principio. El rostro pálido e intelectual le colocaba en una situación aparte. Acercarse a un ser como ella, sacrificarse o perecer por ella, parecía el máximo a lo que hombre alguno, podía aspirar. Porque si su amor

llevaba consigo el propio envilecimiento, era también lo suficientemente viril como para abarcar todo su sexo. Todavía Kipps en el fondo de su corazón no había conocido un hombre a quien considerara superior a él. Cuando esto ocurre, es que ya no hay esperanza y la juventud toca a su fin.

Todo otro interés sentimental se desvaneció por completo en Kipps. Pensaba en ella cuando estaba doblando piezas de cretona, tenía su imagen ante los ojos a la hora del té, borrando a todos sus compañeros y haciéndole mostrarse silencioso y preocupado, tanto, que el aprendiz sentado a su derecha se burlaba de él, imitando sus enormes mordiscos al pan y la mantequilla, sin recibir por ello ningún pescozón. Automáticamente su popularidad decreció en los departamentos de vestido, ropa interior femenina y sombrerería. Pero aquello no le importó. Su correspondencia intermitente con Flo Bates, que venía manteniéndose desde que ésta dejó la tienda de Sharford para emplearse en Tunbridge y que había movido a Kipps al principio a hacer incomparables esfuerzos epistolares, murió debido a su negligencia. Poco después se enteró con indiferencia de que Flo «salía con un individuo que tenía una granja».

Todos los jueves se dedicaba a martirizar la madera pinchando y cortando círculos y líneas y todo lo que nuestro mundo insensato llama adornos, aprovechando mientras tanto todas las oportunidades para contemplar a *Miss Walshingham* furtivamente cada vez que ella miraba a otro lado. Por lo tanto, sus círculos estaban muy lejos de ser redondos, y sus dibujos, por carecer de simetría, no resultaban agradables a la vista. En una ocasión hasta se cortó en dedo. Pero se hubiera cortado alegremente todos los dedos de la mano si de aquel modo hubiese podido tener ocasión de expresar en voz alta sus emociones. Evitaba la conversación con la misma intensidad que le hacía anhelarla, temeroso de que surgiera a la superficie su pavorosa ignorancia.

3

Y llegó un día en que ella no pudo abrir una de las ventanas de la clase. El hombre de la barba negra siguió trabajando indiferente y Kipps no tardó un segundo en aprovechar la oportunidad. Dejó el escoplo sobre la mesa y se adelantó hacia ella.

—Permítame...

Pero tampoco él pudo abrir la ventana...

—Por favor, no se moleste —rogó *Miss Walshingham*.

—No es molestia —aseguró Kipps.

El marco siguió resistiéndose y el joven sintió que su masculinidad quedaba en entredicho. Se dispuso a hacer un poderoso esfuerzo, el cristal se rompió con un

chasquido y él introdujo el puño en el vacío mientras los vidrios caían ruidosamente al patio.

Kipps retiró la mano, sintiendo que el borde del cristal roto se incrustaba en su muñeca.

—Lo lamento —dijo volviéndose a *Miss Walshingham*—. No creí que se rompiera así... —concluyó como si hubiera esperado que el cristal se rompiera de otro modo más satisfactorio.

El chiquillo que tenía dotes especiales para el tallado en madera, después de haber contemplado a Kipps con asombro durante unos instantes, se echó a reír ruidosamente.

—Se ha cortado la muñeca —dijo una de las estudiantes poniéndose de pie.

Era una joven pecosa bastante atractiva, que al hacer aquella afirmación empleó el mismo tono que hubiera utilizado una enfermera profesional.

Kipps fijó la mirada en su muñeca y vio que una línea escarlata le cruzaba la mano. El hombre de la barba negra le contempló desde detrás de sus gafas. —Es cierto, se ha cortado la muñeca— repitió *Miss Walshingham*, lo que movió a Kipps a contemplarse la herida con nuevo interés.

—Se ha cortado la muñeca —explicó la solterona a la dueña de la casa de huéspedes—. Tiene la mano llena de sangre —añadió deseando mirar francamente, pero sin atreverse a hacerlo.

—Naturalmente que se ha cortado la muñeca —dijo la patrona de la casa de huéspedes con irritación.

La otra joven, que conceptuaba a Kipps bastante vulgar, siguió con su trabajo, dando a entender que aquello era lo único que podía hacerse en tal situación, a pesar de que nadie parecía opinar lo mismo.

—Tiene que vendarse la mano —dijo *Miss Walshingham*.

—Yo se la venderé —se ofreció la muchacha pecosa—. No tenía la menor idea de que se fuera a romper la ventana de ese modo —repitió Kipps ingenuamente—. Ni la menor idea.

De nuevo miró la sangre que brotaba de su herida viendo que estaba a punto de caer al suelo, para él sagrado, de la clase, se metió la mano en el bolsillo para sacar su pañuelo.

—¡Oh, no haga eso! —exclamó *Miss Walshingham*, al mismo tiempo que la muchacha pecosa hacía un ademán de sobresalto.

El chiquillo siguió riendo, pero a pesar de ello Kipps pensó que el movimiento que había inducido a *Miss Walshingham* a exclamar «¡Oh, no haga eso!», había sido un ademán viril y masculino.

—Hay que venderlo —dijo la dueña de la casa de huéspedes sosteniendo el formón en la mano—. No hay que dejarle sangrar de ese modo.

—Sí, tenemos que venderlo —dijo la muchacha pecosa, que titubeó dirigiéndose a Kipps—. ¿Tiene usted un pañuelo?

—Por casualidad no lo he traído —contestó Kipps—. Yo... Como no estoy resfriado, no pensé...

La sangre seguía brotando, y la joven de las pecas cruzó una mirada con *Miss Walshingham*. Las dos examinaron la herida de Kipps. El chiquillo, que parecía haber estado buscando algo debajo de su pupitre, hizo ademán de ir hacia ellos. *Miss Walshingham* sacó entonces su pañuelo, mientras se oía al fondo la voz de las solteronas.

—Yo he hecho dos veces los cursos técnicos de primeros auxilios y sé que hay que vendar así si se trata de una vena y de este otro modo si es una arteria... O no sé si es al contrario...

—Deme la mano —dijo la joven de las pecas.

Y con la ayuda de *Miss Walshingham* procedió a vendar a Kipps. Sí; entre las dos vendaron la herida de Kipps. Le subieron los puños (que afortunadamente no estaban muy raídos), sostuvieron su muñeca, la envolvieron con el pañuelo y entre las dos hicieron un nudo. Y el rostro de *Miss Walshingham*, el rostro de aquel ser casi divino, se acercó hasta casi rozar el de Kipps.

—¿Le estamos haciendo daño? —preguntó.

—Claro que no —dijo Kipps, que lo mismo hubiera dicho aunque le hubieran estado cortando un brazo.

—No lo hacemos tan bien como si fuéramos provisionales —se excusó la chica de las pecas.

—Es una herida muy profunda —dijo *Miss Walshingham*.

—No es nada —contestó Kipps—. Se están usted preocupando demasiado. Lamento haber roto la ventana. No sé en lo que estaba pensando...

—El peligro no está en el corte en sí, sino en que se le infecte después —se oyó decir a la solterona.

—Naturalmente estoy dispuesto a pagar un cristal nuevo —declaró Kipps.

—Tenemos que atarlo lo más fuertemente posible para que deje de sangrar.

—Le aseguro que no es nada —dijo Kipps—. Lo que lamento es haber roto el cristal.

—Sujeta el nudo con el dedo, querida —dijo la muchacha pecosa.

Las dos jóvenes se concentraban en el vendaje y Kipps se concentró en las dos jóvenes.

—... se infectó y hubo que cortarlo... —se oyó decir a la solterona.

—¿Hubo que cortarlo? —preguntó la patrona de la casa de huéspedes.

—Sí, hubo que cortarlo —repitió la solterona volviendo a coger el escoplo.

—Ya está —anunció la joven de las pecas—. ¿Está seguro de que no le aprieta demasiado?

—En absoluto —aseguró Kipps.

Sus ojos se cruzaron con los de *Miss Walshingham* y sonrió para demostrar la poca importancia que concedía a los cortes y a la sangre.

—No es más que un rasguño sin importancia —añadió.

Entonces la solterona se agregó al grupo.

—Debían haber lavado antes la herida. Estaba diciendo a *Miss Collins*... —comenzó a decir mientras contemplaba con ojos críticos el improvisado vendaje—. Debió usted hacer un curso sobre primeros auxilios. ¿Le duele mucho? —preguntó a Kipps.

—En absoluto —repuso éste sonriendo como si fuera un soldado herido en la guerra.

—Estoy segura de que le duele —dijo *Miss Walshingham*.

—De todas formas, es usted muy buen paciente —añadió su amiga.

Kipps sintió que enrojecía.

—Lo único que lamento es haber roto el cristal. Pero ¿quién hubiera pensado que iba a romperse de ese modo?

Pausa.

—Temo que hoy no va a poder seguir tallando —opinó *Miss Walshingham*.

—Lo intentaré. En realidad no me duele mucho. No tiene importancia.

Poco después, mientras Kipps seguía tallando sirviéndose de la mano vendada con el pañuelo de su adorada, ésta se acercó a él expresando en sus ojos un interés nuevo.

—Supongo que tendrá que hacerlo muy despacio —dijo.

La estudiante de las pecas levantó la vista y miró a *Miss Walshingham*.

—Pero al menos hago algo —dijo Kipps—. No me gusta perder el tiempo. Yo no tengo mucho tiempo para desperdiciar.

Las dos jóvenes pensaron que la humildad de aquella frase era muy meritoria. *Miss Walshingham* fue a decir que el trabajo hecho por Kipps hasta entonces era prometedor, y le preguntó si pensaba perseverar en aquel campo del arte. Kipps contestó que no lo sabía con seguridad, que dependía de muchas cosas pero que si al invierno siguiente estaba todavía en Folkestone seguiría asistiendo a las clases. A *Miss Walshingham* no se le ocurrió preguntar en aquella ocasión por qué sus estudios dependían de su presencia en Folkestone. Siguieron hablando durante algún tiempo, a pesar de que Chester Coote había entrado ya en la clase, y cuando al fin terminó la conversación, Kipps se dio cuenta de lo que el corte de su muñeca había significado para él.

Aquella noche se durmió repasando aquella chara por vigésima vez, atesorando esta frase y aumentando aquélla, e insertando cosas que él podía haber dicho y que quizás algún día podría decirle a *Miss Walshingham* en relación más o menos explícita con su persona. No llegó a decidir si le gustaría más que su herida se infectara ligeramente, lo que le haría más interesante a sus ojos, o que se curara del todo, que serviría para demostrar la pureza excepcional de su sangre...

El incidente del cristal roto tuvo lugar a fines de abril, y las clases terminaban a fines de mayo. En aquel intervalo ocurrieron varias cosas y varios cambios. No he hecho justicia a Kipps si en algún momento he dado a entender que carecía de atractivo

Su cara era «interesante», como la joven pecosa hizo notar a Helen Walshingham, que dejó de considerarle como «el joven desmañado de las orejas coloradas».

Las dos hablaron a menudo de él y las dos estuvieron de acuerdo en que tenía una simpatía natural. La muchacha pecosa se dispuso a dibujar a Kipps. Tenía diecinueve años y prefería el dibujo al tallado en madera. Para ella estaba perfectamente claro que Kipps amaba a Helen Walshingham, lo que en su opinión constituía un fenómeno extraño, romántico profundamente interesante. Y como en aquella época consideraba a Helen como «un encanto», le pareció justo ayudar a Kipps en sus modestos esfuerzos para ofrendarse ante su altar.

Como era cariñosa y comprensiva, Kipps hizo de ella su confidente y le dijo que era incomprendido. Cuando él explicó que «no parecía entenderse con los clientes», ella tradujo aquel fenómeno diciendo que «era demasiado sensible». El descontento por el vacío de su vida, la terrible sensación de que la Educación estaba pasando de largo por su lado, preocupaciones que el tiempo y la costumbre habían acabado por ir borrando poco a poco, revivieron con toda su antigua amargura aunque ya sin sensación de fatalismo. Y como motivos para inspirar compasión, llegaron a ser para Kipps hasta una fuente de placer.

Un día, durante la cena, Carshot y Buggins empezaron a hablar de escritores, de Dickens y de Thackeray, y de cómo Samuel Johnson había entrado en Londres descalzo después de haberse deshecho por orgullo de su único par de botas.

—Lo que tienen no es más que suerte —dijo Buggins desdeñosamente—. Por casualidad escriben algo que gusta al público y ya no tienen que preocuparse de nada más.

—Se dan muy buena vida —opinó *Miss Mergle*—. Escriben durante una hora o cosa así y ya está hecho el trabajo del día. Están casi tan ociosos como la nobleza.

—Trabajan más de lo que pensamos —manifestó Carshot inclinándose para tomar una cucharada de sopa.

—De todas formas, no me importaría nada cambiarme por uno de ellos —declaró Buggins—. Me gustaría ver a uno de esos escritores vendiendo telas.

—Creo que se copian unos a otros —dictaminó: *Miss Mergle*.

—Aun así tienen que escribir los libros desde el principio hasta el fin por su propia mano.

Durante toda la cena siguieron hablando de la vida literaria, del bienestar y la dignidad y las consideraciones sociales concedidas a los que la llevan y de las

grandes satisfacciones de su vanidad.

—Se ven sus caras por todas partes, no se hacen un traje nuevo sin que les fotografíen; son casi como los reyes.

Todo aquello produjo una profunda impresión en la imaginación de Kipps. He aquí una clase social que había saltado el abismo. Se trataba de personas de clase baja, pero que por circunstancias accidentales habían sido capaces de penetrar en el nivel de superioridad social al que aspira todo verdadero inglés, el nivel en que, si uno se encuentra dentro de él, puede dar una propina a un mayordomo, desdeñar a un sastre y codearse con los que conducen a los soldados a la batalla. Aquella noche dio vueltas a todas ésta; ideas hasta que se convirtieron en sueños. Se imaginó que tenía la oportunidad de escribir un libro utilizando un seudónimo, un libro que se hacía muy famoso... Era imposible, naturalmente, pero suponiendo que no lo fuera... Era un sueño muy bonito...

Durante la siguiente clase de tallado hizo saber a sus compañeros que su verdadera vocación era la de ser escritor..., sólo que hasta entonces «no había tenido oportunidad».

Después de aquello hubo ocasiones en que Kipps disfrutó de la agradable sensación que produce el saber que se inspira interés. Todos le consideraban como un nuevo Dickens o algo parecido, y el descubrimiento de aquello hizo mucho para reducir el abismo que le separaba de *Miss Walshingham*. Era pobre, era ignorante, pero no era «vulgar». Las dos amigas, sobre todo la de las pecas, hicieron lo posible por sacar a la superficie todas las cualidades potenciales de Kipps. Eran todavía lo bastante jóvenes como para creer que a los miembros simpáticos y atractivos del sexo masculino nada hay que sea del todo imposible, especialmente bajo el estímulo del aliento femenino.

Sí; la joven de las pecas era la que dirigía el asunto, pero *Miss Walshingham* era la divinidad que lo presidía. A veces, cuando miraba a Kipps, sus ojos adquirían una expresión de propiedad. Kipps era suyo incondicionalmente... y ella lo sabía.

El joven casi nunca se dirigía a ella de un modo directo. Las cosas que se imaginaba decirle permanecían silenciadas o se las decía, con las modificaciones necesarias, a la muchacha pecosa. Y un día ésta se decidió a poner el dedo en la llaga. Mirando al otro extremo de la clase, donde su amiga alcanzaba algo de una repisa, dijo a Kipps:

—A veces creo que Helen Walshingham es la persona más bella del mundo. ¡Mírela ahora!

Kipps contuvo la respiración durante irnos instantes. Como el silencio se prolongaba, su amiga le contempló como un cirujano contemplaría una operación llevada a cabo sin anestesia.

—Tiene razón —dijo Kipps al fin, sintiendo que se ruborizaba hasta la raíz del cabello—. Yo también lo creo —añadió con voz ronca.

Después se aclaró la garganta y, permaneciendo pensativo unos momentos,

prosiguió la tarea de tallado.

—Eres maravillosa —dijo la joven de las pecas a *Miss Walshingham* cuando volvían juntas hacia su casa—. Kipps adora el suelo que pisas.

—Pero, querida, ¿qué he hecho yo? —arguyó Helen.

—Exactamente. ¿Qué has hecho tú?

Sin que apenas tuvieran tiempo de darse cuenta, llegó la última clase del curso para poner fin del todo a aquellas platónicas relaciones. Kipps no sabía nunca en el día que vivía y aquello le cogió completamente de sorpresa. Justamente cuando los pétalos de su ilusión comenzaban a extenderse con una cierta esperanza, la planta se veía cortada de raíz. Pero Kipps no comprendió del todo que el fin era real y verdaderamente el fin, hasta que volvió a la tienda.

La cosa comenzó mediada la última clase, cuando su amiga, la joven de las pecas, abordó el tema del futuro. Le preguntó qué pensaba hacer cuando ya no hubiera clases, y le dijo que esperaba de él que llevara a cabo todos sus buenos propósitos. Le dijo también que se debía a sí mismo hacer lo posible por aprovechar todas sus posibilidades. Kipps expresó su firme decisión de hacerlo así, pero entre otras dificultades que expuso, explicó que carecía de libros. Ella le dijo que para sacar libros de la biblioteca pública tenía que pedir un impreso que habría de ser firmado por un comerciante de importancia. Cuando le indicó que *Mr. Sharford* podría hacerlo, él contestó que «desde luego», aunque sabía perfectamente que nunca pediría a *Mr. Sharford* una cosa semejante. Después la joven le dijo que iba a pasar el verano en el norte de Gales, información que él recibió sin sentir gran pesar. En un intervalo expresó su intención de seguir asistiendo a las clases de tallado en madera después del verano, si...

La joven de las pecas se sintió orgullosa de su tacto al no pedir una explicación de aquel «si» condicional.

Después Kipps se dedicó a tallar en silencio y a contemplar a *Miss Walshingham*.

Por fin llegó la hora; todos se levantaron, *Miss Collins* y la solterona de edad madura se despidieron dando la mano a todo el mundo, y Kipps se encontró fuera de la clase con sus dos amigas. Le pareció que hasta aquel momento no había comprendido bien que aquél era el último día. Hubo una pequeña pausa y de pronto la joven de las pecas volvió a entrar en la clase, dejando solos a Kipps y a *Miss Walshingham* por primera vez. Kipps sintió que se le cortaba la respiración. La joven le miró a la cara con una mezcla de simpatía y curiosidad y le tendió la mano.

—Bien, adiós, *Mr. Kipps* —dijo.

Él retuvo la mano de su adorada entre las suyas.

—Haría cualquier cosa... —comenzó a decir interrumpiéndose al comprender que no tenía el valor suficiente para añadir «por usted». Le estrechó la mano y concluyó—: Adiós, *Miss Walshingham*.

Hubo una pequeña pausa.

—Espero que pase unas agradables vacaciones —dijo ella al fin.

—De todas formas, yo volveré a esta clase el curso que viene —dijo Kipps volviéndose y dando unos pasos...

—Así lo espero —dijo *Miss Walshingham*.

Kipps volvió instantáneamente a su lado.

—¿De verdad?

—Espero que vuelvan todos.

—Yo al menos... volveré. Puede contar conmigo —aseguró Kipps intentando dar a su voz un profundo y oculto significado.

Durante un breve intervalo de silencio, los dos se miraron a los ojos.

—Adiós —dijo ella.

Kipps saludó con el sombrero y *Miss Walshingham* volvió a entrar en la clase.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la joven de las pecas saliendo a su encuentro.

—Nada —repuso Helen—. Al menos... por ahora.

Y sin dar más explicaciones se dedicó a poner en orden los instrumentos que había sobre su mesa. La joven de las pecas salió un momento a la puerta y contempló la escalera. Cuando volvió a entrar miró fijamente a su amiga. El incidente le había parecido de gran importancia. Era el triunfo de su sexo. Y no pudo remediar pensar que Helen se lo tomaba con demasiada tranquilidad.

CAPÍTULO IV

CHITTERLOW

1

El jueves siguiente, durante la hora de la clase Kipps se vio sumido en una melancolía de intensidad casi increíble. Estaba sentado con los ojos fijos en el reloj de la sala de lectura, con la barbilla apoyada en los puños y los codos puestos sobre varias revistas acumuladas con las que intentaba en vano distraerse. Ni siquiera se fijaba en el hombrecillo de las gafas que, sentado frente a él, le miraba furioso por no tener nada que leer. Allí era donde se había sentado tarde tras tarde, cada tarde más feliz que la anterior, esperando que fuera la hora de ir hacia ella. Hoy, en cambio, no había clase. No habría clase hasta el mes de octubre, y hasta era posible que para él aquello hubiera terminado para siempre.

Existía tal posibilidad porque Sharford, enfadado por una cierta inatención que llevó a Kipps a cometer algún que otro error, la había tomado con él aquellos días.

Kipps suspiró profundamente, echó a un lado las revistas, que fueron inmediatamente capturadas por el hombrecillo de las gafas, e intentó olvidar sus penas sumiéndose en la contemplación de los grabados de la antigua Folkestone, que colgaban de todas las paredes. Pero tampoco aquello pudo consolar a su atribulado corazón. Vagó durante un rato por los corredores y contempló a la gente que iba y venía, pero al oír sus risas le hizo sentirse aún más desgraciado. Por lo tanto abandonó el edificio y salió a la calle, donde un organillo se burló de sus penas. Entonces concibió el propósito desesperado de bajar a la playa donde tal vez podría estar solo.

«Aunque me arrojara por el malecón al mar, ella no me echaría de menos...», se dijo amargamente.

Hundido en la más negra melancolía, bajó por Dover Street al mismo paso y con el mismo estado de ánimo que si fuera acompañando su propio funeral, y dobló la esquina de Tontine Street sin apenas darse cuenta de lo que veía. Y allí fue donde el destino se le hizo el encontradizo, en la forma de un grito, del grito de una persona que poseía una voz de volumen poco corriente y que fue seguido por un violento golpe en la espalda.

El sombrero le cayó sobre los ojos y sintió un enorme peso en los hombros y un agudo dolor en las piernas.

Y entonces cayó en un charco de barro que el destino, en colaboración con el Ayuntamiento de Folkestone, habían dejado allí para recibir a Kipps.

Permaneció en aquella posición durante irnos segundos, esperando el desarrollo de los acontecimientos. Deduciendo por último que la violencia momentánea había pasado, se puso en pie ayudado por una mano amable y se halló frente a un hombre que montaba una bicicleta y le sometía a un ansioso escrutinio.

—¿Se ha hecho mucho daño, amigo? —le preguntó solícito.

—¿Fue usted el que me atacó?

—Fue por culpa del manillar —dijo el desconocido con aire compungido—. Está demasiado bajo, y si no me acuerdo de ello voy chocando con la gente por las esquinas.

—Pues siento que esta vez haya tenido que ser conmigo —lamentó Kipps llevándose una mano a la parte más dolorida.

—Bajaba la cuesta —explicó el ciclista—. Estas cuestas de Folkestone le hacen volar a uno. Siento que usted estuviera en mi camino.

—Puede creerme si le digo que yo lo siento mucho más —declaró Kipps.

—Yo venía dando para atrás a los pedales con todas mis fuerzas, aunque... es posible que el total de mis fuerzas no sea muy grande...

Miró a su alrededor e hizo un ademán como para volver a montar en su máquina. Después se volvió de nuevo hacia Kipps que, inclinado, hacía un examen general del aspecto de su traje.

—Tengo el pantalón desgarrado y creo que estoy sangrando —dijo—. Verdaderamente debería ir usted con más cuidado...

El desconocido investigó con atención los daños causados.

—¡Santo Dios, así es! —Puso una mano amistosa sobre el hombre de Kipps—. Oiga, venga conmigo a mi casa y allí le curaré y se lo coseré. Ya sé que he sido culpa mía, pero... —Su voz se convirtió en un murmullo—. Aquí viene un «poli». Voy a hacerle un ruego. No diga que le atropellé. No llevo luces y podría costarme un disgusto serio.

Kipps levantó la vista y contempló la figura de un policía que se acercaba. Aquel ruego hecho a sus instintos generosos no fue inútil. Inmediatamente se dispuso a ayudar a su asaltante. Al ver acercarse al representante de la ley se puso en pie como si nada hubiera ocurrido.

—Está bien, vámonos.

—Vamos —repitió el ciclista echando a andar. Después, al parecer para engañar al policía, añadió a gritos—: Me alegro mucho de haber vuelto a encontrarle, amigo. Mi casa está sólo a cien metros de aquí —explicó cuando hubieron dejado atrás al policía—. A la vuelta de la esquina.

—Naturalmente —dijo Kipps, cojeando—, no quiero que nadie tenga un disgusto con la ley por culpa mía. Un accidente puede ocurrir en cualquier momento, pero...

—¡Ya lo creo! Ocurren accidentes a todas horas especialmente cuando yo monto en bicicleta. —Se echó a reír—. No es usted el primero a quien he atropellado. ¡Nada de eso! Pero tampoco creo que le haya causado una herida de importancia. Usted no

me vio llegar y a lo mejor cree que iba como un loco. Le aseguro que no fue así y lo que le golpeó fue el pedal. Se portó usted muy bien con aquel policía, amigo. Si le hubiera dicho lo ocurrido quizá me hubiera puesto una multa de cuarenta chelines. ¡Cuarenta chelines! En ese caso hubiera tenido que decirle que en el momento actual este servidor no cuenta con reservas monetarias de ninguna clase.

»Claro que si me hubiese denunciado lo hubiera comprendido perfectamente —añadió—, porque después de un golpe como el que usted ha recibido cualquiera querría vengarse. Lo menos que puedo hacer es prestarle una aguja, hilo y dedal y un cepillo para la ropa. No todo el mundo hubiera reaccionado como usted. Le digo que su reacción cuando llegó el “poli” fue digna de verse. Cuando le pedí que no me denunciara no esperaba que me hiciera caso. No hay muchos hombres que hubieran actuado como usted. Se portó como un caballero.

La indignación que al principio sintió Kipps había desaparecido totalmente. Avanzaba cojeando uno o dos pasos detrás del desconocido, haciendo ruidos guturales al escuchar todas aquellas alabanzas y examinando a la persona que las pronunciaba. Al pasar junto a los faroles encendidos, advirtió que se trataba de una figura regordeta que avanzaba decidida, vistiendo los calzones usados por los ciclistas y exhibiendo unas enormes pantorrillas, que a Kipps le parecieron más grandes aún por contraste con las suyas propias. Llevaba, ladeada, una gorra de ciclista, debajo de la cual salían mechones de cabello rojo oscuro. Las recias mejillas de aquel hombre, así como su barbilla, estaban completamente afeitadas. Y tampoco llevaba bigote. Sus pasos eran firmes y sus gestos, mientras avanzaban por la calleja oscura y desierta, parecían indicar que todo aquello era de su exclusiva propiedad. Cada vez que pasaban junto a un farol, una sucesión de sombras gesticulantes nacían una tras otra de sus pies, se agrandaban y tomaban posesión de la calle hasta fundirse con las otras en el infinito. A la luz vacilante de un farol, Kipps vio que se hallaban en la calle Fenchurch. Después doblaron una esquina, entraron en un callejón aún menos iluminado y se detuvieron a la puerta de una casa más pobre que las demás, que se alzaba entre otras dos mucho más altas, como un borracho entre dos policías.

El ciclista apoyó cuidadosamente su máquina junto a la pared, sacó una llave y sopló vigorosamente en el agujero de la cerradura.

—La cerradura es un poco complicada —dijo dedicándose durante unos momentos a la tarea de abrir la puerta.

Después de dar salida a una serie de ruidos parecidos a los que hubiera podido producir una gran catástrofe mecánica, la puerta se abrió.

—Más vale que espere aquí mientras voy a buscar una bujía —dijo a Kipps—. Probablemente tendí; que echarle aceite —añadió desapareciendo en la oscuridad del pasillo.

Kipps vio al hombre encender una cerilla, y a la he de aquel destello creyó descubrir un pasillo con una habitación al fondo, por la cual desapareció su nuevo amigo. Tanto le interesaron estas cosas que se olvidó momentáneamente del golpe

recibido. Un momento después se sintió cegado por el resplandor de un lámpara de petróleo.

—Entre usted mientras yo meto la bicicleta —dijo el desconocido.

Kipps permaneció solo unos instantes en la iluminada habitación. Con una mirada de conjunto abarcó inmediatamente una mesa redonda cubierta con tapete rojo lleno de rotos y manchas, sobre la que descansaba la lámpara, un espejo empañado encima de la chimenea, el fuego apagado, un montón de portales llenas de polvo, una serie de fotografías, una mesa lateral cubierta de papeles y de ceniza y un sifón. En seguida apareció el ciclista y Kipps vio por primera vez su rostro afeitado y lleno de animación y sus ojos de color castaño. Era un hombre unos diez años mayor que Kipps, pero su rostro sin barba hacía parecer en cierto modo coetáneos.

—Se portó usted como un caballero con aquel policía —repitió al adelantarse hacia Kipps.

—Es lo único que podía hacer —afirmó Kipps con modestia.

El ciclista examinó a su invitado por primera vez y decidió mostrarse hospitalario.

—Debemos dejar que se seque el barro antes de intentar cepillarlo. Tengo un buen *whisky* canadiense, «Tres Estrellas», y una botella de coñac que no está mal. ¿Qué prefiere tomar?

—No lo sé —repuso Kipps cogido de sorpresa. Pero viendo que no le quedaba otro recurso que aceptar, añadió—: Bien, tomaré un poco de *whisky*.

—Bien hecho, muchacho, y si quiere seguir mi consejo, debe tomarlo seco. Es posible que yo no sea buen juez en esta materia, pero conozco muy bien esta marca de *whisky*. «Tres Estrellas». Henry Chitterlow se entiende bien con ella.

Se echó a reír alegremente, miró a su alrededor, titubeó y se retiró, dejando a Kipps en posesión de la estancia y en libertad de hacer un examen más detenido de todo cuanto contenía.

2

Se fijó especialmente en las fotografías de mujeres que adornaban la habitación, una de las cuales exhibía una escasez de ropa que a Kipps le pareció «un poco fuerte». No tardó mucho tiempo en deducir de todo ello que probablemente se trataba de actrices y que su anfitrión era también actor, como parecía confirmar el gran número de programas y carteles esparcidos por todas partes. En un marco demasiado grande para su tamaño se exhibía una carta con firma ilegible.

Kipps se dispuso a enterarse de su contenido. «Estimado *Mr.* Chitterlow —decía—. Si me envía la carta de que me habló, intentaré encontrar un momento para leerla».

Junto a la ventana vio un hábil diseño de un ciclista, de un inconfundible parecido

con Chitterlow. Los papeles amontonados encima de la mesa, junto al sifón, estaban escritos en todas direcciones.

Por fin Kipps oyó el ruido metálico anunciador de que la cerradura de la puerta de entrada se había puesto en funcionamiento, y al punto reapareció *Mr.* Chitterlow sin aliento, con una botella en su pecosa mano.

—Siéntese, amigo, siéntese —le dijo—. Tuve que salir a buscarlo porque no me quedaba ni una triste gota en casa. No, no se siente en esa silla porque esos papeles son parte de mi obra. Siéntese en aquella butaca que tiene el brazo roto. Creo que este vaso está limpio, pero más vale que le eche un poco de sifón que lo agite un poco y lo vacíe en la chimenea. ¡Traiga, yo lo haré!

Mientras hablaba, Chitterlow extrajo un sacacorchos de uno de los cajones de la mesa, descorchó la botella con un estilo que hubiera podido envidiar cualquier encargado de un bar, lavó con gran sencillez y naturalidad dos vasos y echó cinco centímetros del dorado líquido en cada uno de ellos. Kipps tomó el suyo, dio las gracias y después de una momentánea duda sobre si debía o no brindar a la salud de su nuevo amigo, se lo llevó a los labios sin cumplir aquel rito. Durante irnos segundos los fenómenos que tenían lugar en su garganta ocuparon todo su interés con exclusión de cualquier otro asunto. Por último descubrió a Chitterlow con una enorme pipa en la boca preparando una segunda ronda de *whisky* al lado de la chimenea.

—Después de todo —dijo el dueño de la casa con la mirada fija en la botella, mientras sus labios dibujaban una amplia sonrisa—, el accidente pudo haber tenido peores consecuencias. Yo necesitaba hablar con alguien y no quería ir a una taberna, por lo menos no a una taberna de Folkestone, porque he prometido no hacerlo a *Mrs.* Chitterlow, que se encuentra ausente (aunque, naturalmente, si hubiese quería ir, hubiese ido de todos modos). ¡Y aquí estamos! Es curioso cómo el ciclismo hace aumentar el círculo de nuestras amistades.

—Sí, es curioso —afirmó Kipps sintiendo que había llegado el momento en que debía decir algo.

—Aquí estamos sentados juntos y charlando como viejos amigos, cuando hace media hora no conocíamos nuestra mutua existencia. Por lo menos no sabíamos que el otro existía. Quizá yo hubiera pasado por su lado en la calle o usted por el mío, sin que yo pudiera saber que, puesto a prueba, se comportaría usted con la decencia y caballerosidad con que lo ha hecho. Pero no está fumando. ¿Quiere un cigarrillo?

Kipps dio una confusa respuesta en la que dijo algo en el sentido de que no le importaría fumar, y para disimular su confusión echó otro trago de *whisky*. Le fue fácil seguir el itinerario de este segundo trago por su interior. Fue como si tuviera una antorcha encendida en las entrañas, que le tocara aquí y allá hasta que todo su ser llegó a hacerse incandescente. Chitterlow sacó una bolsa de tabaco y papel de fumar, y haciendo un paréntesis en la conversación para mencionar a una joven llamada Kitty o algo parecido, que le había enseñado el arte de liar cigarrillos cuando él no era

nada más que un chiquillo, armó uno para Kipps. Y con una consideración que le ganó para siempre la gratitud de su invitado, le dijo que, después de todo, quizá le conviniera añadir un poco de sifón al *whisky*.

—A algunas personas les gusta más así —explicó Chitterlow, que añadió con énfasis—: ¡A mí, no!

Envalentonado al ver así debilitado a su enemigo, Kipps bebió el contenido que quedaba de su vaso y vio que volvían a llenarlo en seguida. Empezó a creer que tenía más resistencia de la que creyera anteriormente y se dispuso a concentrar su atención en Chitterlow y a tomar parte en la conversación de un modo más brillante que hasta aquel momento. Comprobó también que expelía el humo por la nariz con bastante soltura, a pesar de ser aquél un arte adquirido muy recientemente.

Mientras tanto, Chitterlow le había estado explicando que era un autor teatral, a lo que Kipps, respondió que conocía a un individuo, o, mejor dicho, que uno de sus compañeros conocía a un individuo, o, para ser totalmente exactos, que el hermano de uno de sus compañeros conocía a un individuo que había escrito una comedia. A las preguntas de Chitterlow no tuvo más remedio que contestar que no recordaba el título de la comedia, ni dónde se había representado, ni el nombre del empresario, aunque creía que el título era algo así como El rescate del amor.

—Pero lo que sí sé, es que ganó quinientas libras con su obra —añadió Kipps.

—Eso no es nada —repuso Chitterlow con aire de suficiencia—. Nada en absoluto. Es posible que a usted le parezca una cantidad elevadísima, pero puedo asegurarle que eso es lo que gana cualquiera el día que se lo proponga. Escribiendo una obra buena se puede ganar cualquier suma. ¡Cualquiera!

—Supongo que sí —contestó Kipps echando otro trago de *whisky*.

—¡Cualquier suma!

Chitterlow comenzó a darle un serie de ejemplo; que así lo demostraban. Era evidente que se trataba de un hombre con dotes especiales para el monólogo. Fue como si un dique hubiera estallado dejando paso a un torrente de palabras. Habló de toda clase de asuntos teatrales. Poco después llegó al capítulo de anécdotas sobre empresarios de fama «mimados y perseguidos por las mujeres de sociedad». Chitterlow describió varios encuentros suyos con aquellos personajes y representó con mucha gracia en honor de Kipps, una imitación de uno de ellos con unas cuartas copas de más, después de lo cual se bebió dos nuevas dosis de *whisky*.

Kipps redujo el extremo de su cigarrillo a una pipa mientras permanecía escuchando a Chitterlow. Éste, de vez en cuando, asentía con una exclamación, admirando la facilidad con que había llegado a intimar con aquel divertido y extraño personaje. Éste le lió otro cigarrillo y después, asumiendo insensiblemente la actitud de un autor teatral de moda al ser entrevistado por un joven admirador, se dispuso a contestar a las preguntas que unas veces formulaba Kipps y que otras formulaba él mismo, acerca de los detalles y costumbres de su carrera. Llevó a cabo esta tarea con gran seriedad, tratando el asunto de un modo tan extenso que a veces parecía que iba

a perderse en una intrincada selva de paréntesis, notas explicativas y episodios adicionales que iban reproduciéndose hasta que su origen se perdía completamente de vista. En resumen, hizo la biografía de un hombre que había estado en todas partes, que había hecho de todo y que sobre todo había tenido un gran éxito económico (citó varias anécdotas de «cuando yo ganaba treinta, cuarenta o cincuenta dólares a la semana») en América y en todo el mundo civilizado.

Y mientras hablaba y hablaba con su bien modulada voz de bajo aquel admirador del *whisky* se ocupaba en encender lámpara tras lámpara en el interior de Kipps, hasta que todo el cuerpo de nuestro joven estuvo iluminado y transformado en una pura llama, Chitterlow se convirtió en verdad en el hombre que reescribía, lleno de experiencia, de genialidad y de sentido del humor, seguidor de Shakespeare, Ibsen y Maeterlinck (tres nombres que con gran modestia reconocía que se hallaban por encima del suyo), y ya no estaba vestido ambiguamente con calzones de ciclista, sino con un traje de corte elegante; la habitación dejó de ser un cuarto pequeño y pobre en un suburbio de Folkestone para convertirse en una estancia ricamente amueblada; las fotografías se hicieron cuadros antiguos y la lámpara de parafina irradió una luz suave y acariciadora. Cierta calorcillo que para muchos hubiera servido para poner en duda la tensión de aquel líquido de tener una gran antigüedad, se desvaneció por completo; dos quemaduras y un zurcido del tapete se convirtieron en detalles agradables, naturales en la mansión de un genio. Y en cuanto a Kipps..., Kipps era un joven brillante con un porvenir prometedor, que se distinguía por haber llevado a cabo una noble acción y que, por lo tanto, había sido premiado permitiéndosele la entrada a un «Sancta Sanctorum» por el que suspiraban en vano toda clase de personajes.

—No los necesito para nada, muchacho. Todo lo que dicen es falso. ¡No crea usted nunca sus palabras!

Y entonces, en medio de una digresión sobre las personas que forman parte de compañías teatrales bajo la equivocada impresión de que son buenos actores, sonaron las campanadas del reloj.

—¡Santo Dios! —exclamó Kipps como el que sale de un sueño—. ¿Están dando las once?

—Sí, deben de ser las once. Eran las diez cuando fui a buscar el *whisky*. Es pronto todavía...

—De todas formas, debo irme —dijo Kipps poniéndose en pie—. No tenía idea de que fuera tan tarde. El portal se cierra a las diez y media... Debía haberme dado cuenta de la hora...

—Bueno, si tiene que marcharse... ¡Yo iré con usted, muchacho! ¡Santo Cielo! Me había olvidado completamente de su traje. No puede ir por la calle de ese modo. Coseré el roto y mientras tanto sírvase otro *whisky*.

—Debería marcharme —protestó débilmente Kipps. Pero Chitterlow, sin hacer caso de sus palabras dijo que se arrodillara encima de una silla para poder coserle el

pantalón con facilidad, mientras el *whisky* (la tercera ronda) se ocupaba una vez más en reponer el calor arterial de Kipps. De pronto Chitterlow se echó a reír y tuvo que dejar de coser para explicar a Kipps que aquella escena no estaría mal en su comedia. De allí pasó a explicarle el argumento de la comedia, y ello le llevó a una digresión sobre otra comedia para la que había escrito una magnífica escena primera que no tardaría diez minutos en leerle. Contenía algo que no había sido nunca llevado al escenario. Se trataba de un hombre a quien se le había posado un insecto en la nuca, que intentaba moverse y hablar con naturalidad en un salón lleno de gente—. No tenga miedo, que no le dejarán en la calle —declaró Chitterlow para animar a su invitado, o entras se disponía a leer y a representar lo que declaró ser (no porque él lo hubiera escrito, sino porque así se lo decía su experiencia en cosas de teatro) una de las mejores escenas que jamás se habían escrito. Y Kipps se mostró entusiásticamente de acuerdo.

Cuando hubo terminado de leer, Kipps declaró unas seis veces seguidas que aquello era magnífico, después de lo cual Chitterlow dijo que nunca había tropezado con una inteligencia tan clara como la de Kipps (quizás hubiera conocido una inteligencia mayor; eso no podía decirlo porque al fin y al cabo acabarían de conocerse, pero que, de eso sí estaba seguro, la de Kipps era la inteligencia más clara con que tropezara en la vida), que era una vergüenza que un muchacho con aquella inteligencia tuviera que encerrarse a las diez y media y que estaba tentado de recomendar a uno de sus amigos empresarios (o al director de un diario londinense) que diera a Kipps el puesto de crítico teatral en lugar del ignorante que tenía en la actualidad.

—Nunca he publicado ningún escrito —dijo Kipps—, aunque creo que tendría mucho éxito si tuviera ocasión de hacerlo. ¡Estoy seguro! He escrito cientos de carteles publicitarios aunque, claro, eso es distinto...

—El hecho de carecer de experiencias sería una ventaja para usted y daría a sus escritos una mayor sinceridad. Muchacho, la atención con que ha escuchado hasta la última frase de esa escena ha sido extraordinaria. Es posible que su estilo no fuera muy literario, pero yo no tengo fe en los críticos que escriben con estilo literario, como tampoco la tengo en los autores teatrales que se empeñan también en hacerlo así. Una comedia no es literatura. Esto es lo que la gente no quiere ver. Las comedias son comedias. ¡No! Eso no será un inconveniente para usted, se lo aseguro. Como tampoco lo fue para mí antes de dedicarme al teatro. Me gustaría que fuera usted el crítico de los primeros actos de la obra que estoy escribiendo. ¿Todavía no le he hablado de ella? No tardaría ni una hora en leérsela...

Después, y por lo que Kipps pudo recordar más tarde, se bebió otra nueva dosis de *whisky* mientras insistía en que verdaderamente tenía que marcharse. Desde aquel momento todo se hizo algo confuso. Recordó claramente más tarde algunas cosas, y como es de todos sabido que los borrachos olvidan cuanto les sucede en ese estado, es evidente que no estaba borracho. Chitterlow le acompañó, en parte para comprobar que no le ocurría nada y en parte para refrescarse un poco la cabeza antes de meterse en la cama; Kipps recordó al día siguiente con claridad que al llegar a la calle Fenchurch descubrió que no podía andar derecho y que la aguja y el dedal de Chitterlow colgando todavía por un hilo del roto de su pantalón producían un ruido metálico al ir chocando con la acera. Intentó coger la aguja atacándola por sorpresa, pero por una u otra razón tropezó y cayó al suelo. Chitterlow le ayudó a levantarse, riendo ruidosamente.

—Esta vez no ha sido una bicicleta lo que le ha tirado, amigo —exclamó.

Aquello les pareció a ambos la broma más ocurrente del mundo y rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Durante algún tiempo Kipps fingió estar completamente borracho y no poder andar, y Chitterlow le siguió la broma y le sirvió de apoyo. Después aquello Kipps lloró de risa al darse cuenta de lo absurdo que era ir cuesta abajo por la calle para volver a subir por la que conducía al almacén. Recordó después haber intentado explicárselo a Chitterlow y no haberlo conseguido a causa de su propia risa y de la borrachera de su amigo. Su recuerdo siguiente era la fachada oscura y silenciosa del almacén que parecía contemplarle con reprobación. La fuerza con la palabra «Sharford» resaltaba sobre la puerta minada por la luz de la luna, se grabó con especial vigor en su memoria. Kipps se dijo que el establecimiento le cerraba sus puertas para siempre. Aquellas letras le decían que sus años allí habían terminado y que sería desterrado de Folkestone. Nunca volvería a tallar en madera ni a ver a *Miss Walshingham*. No es que esperara volver a verla, pero aquello era el cuchillo que cortaba hasta la más pequeña de sus ilusiones; aquello era ya definitivo. No había acudido a cenar, se había emborrachado, y esto, unido a la reprensión tres o cuatro días antes por haber arreglado mal un escaparate... En el fondo Kipps sintió que estaba completamente sobrio y que era muy desgraciado, pero resolvió comportarse como un valiente y declaró con voz firme y decidida que no le importaba que le hubieran cerrado la puerta.

Entonces Chitterlow le dio una fuerte palmada en la espalda y le dijo que cuando él había estado empleado en Sheffield antes de dedicarse al teatro, se había encontrado igualmente con la puerta cerrada durante seis noches consecutivas.

—¿Y cuál fue el resultado? —preguntó Chitterlow—. Que si quisiera, ahora podría volver y allí me recibirían con los brazos abiertos... Es decir, si todavía se acordaran de mí, lo que seguramente no es muy probable.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó Kipps con voz menos firme.

—Quedarse fuera —contestó Chitterlow—. Si llamara a la puerta se delataría. Más vale que intente colarse por la mañana al mismo tiempo que el gato. Eso es lo

mejor que puede hacer. Probablemente conseguirá que no lo adviertan y el jefe ni llegará a enterarse.

Después, y quizás a causa de la palmada recibida la espalda, Kipps comenzó a sentirse muy mal, y siguiendo el consejo de Chitterlow, le acompañó a tomar un poco el aire. Al poco rato devolvió todo lo que había bebido. Chitterlow le aseguró que en seguida se sentiría del todo bien, como así ocurrió. El viento había cesado. La noche era magnífica, iluminada por la luna, toda ella a la disposición de Kipps que se encontraba con muchas horas por delante para hacer su santa voluntad. Así, pues, siempre con su nuevo amigo, se dispuso a caminar hasta Sandgate. Mientras andaban, Chitterlow comenzó a hablar de cómo la luna transformaba el mar y las caras de la gente y de allí pasó al tema del amor, en el cual se extendió considerablemente, con gran número de anécdotas y de imágenes. Todo ello le pareció a Kipps extremadamente interesante y de nuevo olvidó a *Miss Walshingham* y a su incomprensivo jefe.

Chitterlow había tenido aventuras, un sinnúmero de aventuras. Era un hombre que tenía un pasado y que parecía disfrutar sacando aquel pasado a la luz. No le hizo una narración consecutiva, pero sí describió a Kipps innumerables escenas en relación con las mujeres que había amado. Tan pronto huía del marido de una malaya en Ciudad del Cabo, como estaba sumido en apasionadas relaciones con la hija de un vicario de York. De allí pasó a recordar sus recuerdos en Seaford.

—Dicen que no se puede amar a dos mujeres al mismo tiempo —dijo Chitterlow—, pero yo le aseguro que eso es una tontería —terminó gesticulando y elevando la voz.

—Sí, lo sé —asintió Kipps.

—Cuando yo tenía relaciones con Bessie Hopper, amaba a tres... —Se echó a reír y añadió—: Sin contar a Bessie, naturalmente.

De allí pasó a revelar la clase de vida que se vive en las compañías teatrales y que consiste principalmente en una maraña inextricable de romances y amoríos.

—La gente dice que el amor no sirve más que para entorpecer el trabajo. Pero yo le aseguro que no es así. Nuestro trabajo no podría proseguir de no existir entre nosotros el amor. Los actores lo necesitan y si carecieran de él perderían temperamento y cualidades artísticas. Y si carecieran de temperamento no querrían actuar.

—Tiene usted razón —convino Kipps—. Está clarísimo...

Chitterlow procedió después a exponer ciertas opiniones históricas de *Mr. Clement Scott* respecto a la moral del teatro. Por estar hablando con confianza y no en público, Chitterlow reconoció tristemente la exactitud de aquellos comentarios. Examinó varios ejemplos típicos que le habían rozado muy de cerca, e hizo notar el contraste entre su propia actitud hacia las mujeres y la del honorable *Thomas Norgate*, con quien, por lo visto, había estado en un tiempo en términos de gran intimidad...

Kipps escuchaba con emoción el relato de aquellos recuerdos. Para él resultaban maravillosos y desde luego completamente creíbles. La vida avanzaba por aquellos canales tumultuosos, apasionados y atrayentes..., en todas partes menos en los establecimientos como el de Sharford. Aquellas cosas pasaban en las novelas y en el teatro, sí, pero él había sido un estúpido al no comprender que también ocurrían en la vida. Su participación en la charla quedó reducida, como si dijéramos, a notas marginales. Chitterlow hablaba sin detenerse. De vez en cuando soltaba grandes risotadas, otras veces convertía su voz en un susurro confidencial, otras, la voz se hacía nostálgica y reminiscente y todo el tiempo aquella figura iluminada por la luna hablaba y hablaba sin cesar, exponiendo ante la imaginación de Kipps un mundo nuevo de aventuras y de sensualidad, pero con una especie de resignado sentimentalismo, latente en el fondo de todas sus palabras. ¡La cantidad de aventuras que había tenido! Cuando era más joven que Kipps, estaba ya de vuelta de todo...

Y al fin, dijo con brusca transición, había quemado sus naves y, como ya creía haber mencionado anteriormente, se había casado y era feliz. Indicó que su esposa era «toda una señora». Su padre, era un famoso abogado de Kentish Town; su madre era prima segunda de la mujer de Abel Jones, el retratista de moda. Eran «casi gente de sociedad». Pero aquello carecía de importancia para Chitterlow. Él no era un *snob*. Lo que importaba era que su esposa poseía lo que Chitterlow se atrevía a asegurar que era la más hermosa voz de contralto existente en el mundo («Pero para apreciarla como es debido —dijo Chitterlow—, se necesita un gran local»). Sus palabras se hicieron más vagas cuando intentó explicar cuándo y por qué se había decidido por el matrimonio. Por lo visto, su esposa estaba «con su familia» fuera de Folkestone. Kipps comprendió que Chitterlow no se llevaba muy bien con aquella familia. Sin duda, ninguno de ellos apreciaba sus obras, considerando su carrera como algo muy poco remunerativo, a pesar de que, como él y Kipps sabían, dentro de muy poco tiempo serían más ricos de lo que nunca pudieran imaginar. Sólo se necesitaba para ello paciencia y perseverancia.

De allí pasó a sentirse hospitalario e invitó a Kipps a ir de nuevo a su casa. Era una tontería pasarse toda la noche paseando por la calle, cuando en su casa les esperaba una buena botella de *whisky*.

—Puede usted dormir en el sofá. No le molestarán los muelles rotos porque los quité yo todos hace dos o tres semanas. No comprendo por qué tienen que poner muelles a los sofás. Yo conozco sus inconvenientes por experiencia, porque tuve ocasión de sufrirlos cuando pasé tres meses con Bessie Hopper viajando por Inglaterra, por el norte de Gales y por la isla de Man. Nunca nos tropezamos con un sofá que no tuviera un muelle roto. No, no comprendo por qué los ponen... —añadió meditativo.

Descendieron por la calle en pendiente, hacia el puerto, y no tardaron en dejar atrás el «Hotel Pavilion».

Una vez más se hallaban en presencia de su vieja amiga la botella de *whisky*, y ésta; bajo la experta dirección de Chitterlow, pronto volvió a iluminar el interior de Kipps. El dueño de la casa bebió también una generosa ración. Luego volvió a encender la pipa y se sumió durante algún tiempo en sus meditaciones, de las que Kipps le sacó al comentar que suponía «que los actores tienen muchas veces grandes altibajos de fortuna». Aquello animó a su amigo a seguir hablando.

—Ya lo creo —dijo—. Algunas veces tenemos nosotros la culpa, y otras, no. Pero generalmente la tenemos. Cuando no es por una cosa es por otra. Le digo que en esta vida nuestra ocurren toda clase de cosas. Yo soy un fatalista. Creo que nuestro carácter es lo que domina nuestros destinos y de eso no puede uno escapar. Todos creemos que podremos escapar de él, pero no es cierto. —Hizo una pausa y reflexionó durante algunos segundos—. El carácter de cada persona es lo que origina las tragedias. O, mejor que el carácter, la psicología. En eso se tasa la literatura de los griegos, de Ibsen y de otros autores también brillantes.

De allí pasó a hacer una crítica resumida de la vida moderna, como si estuviera repitiendo una lección mientras pensaba en otra cosa. Pero cuando repitió el nombre de Ibsen pareció revivir.

Sintió entonces un gran interés por explicar a Kipps (que estaba dispuesto a recibir gustoso cualquier información sobre aquel tema) cuáles eran los puntos en que Ibsen estaba equivocado y en los que por casualidad él, Chitterlow, estaba muy fuerte. Naturalmente, no deseaba bajo ningún concepto que Kipps pudiera creer que él se comparaba con Ibsen, pero existía el hecho indudable de que su propia experiencia en Inglaterra y en América había sido mucho más extensa que la del famoso dramaturgo. Probablemente Ibsen no había sido testigo en su vida de una pelea en un bar. De eso, naturalmente, no tenía él la culpa, pero el hecho subsistía. Decían que el verdadero genio es capaz de superar la falta de experiencia, pero él personalmente se sentía algo inclinado a dudar. Él, Chitterlow, tenía entre manos una obra que quizá no fuera del gusto de William Archer (cuya opinión, después de todo, no tenía en tanto respeto como la opinión de Kipps), pero que él consideraba tan bien construida como cualquiera de las obras de Ibsen.

De aquel modo, por caminos tortuosos, Chitterlow llegó al fin a hablar de su obra. Decidió no leérsela a Kipps, sino contarle el argumento, lo que era más sencillo ya que todavía no estaba terminada. Era un argumento muy complicado. El protagonista era un miembro de la nobleza que lo había visto todo, que lo había experimentado todo y que sabía todo cuanto sabía Chitterlow acerca de las mujeres. El autor fue entusiasmándose gradualmente, y en un momento dado se puso a representar una escena difícil de escribir. Fue una representación muy real y Kipps aplaudió con vehemencia.

—¡Magnífico! —exclamó el nuevo crítico teatral (que ya para entonces sabía lo que se esperaba de él), golpeando la mesa con el puño y casi volcando su tercera ración de *whisky* (de la segunda ronda)—. ¡Magnífico, Chitterlow!

—¿Comprende el significado? —preguntó Chitterlow, de quien había desaparecido para entonces todo vestigio de su incipiente melancolía—. ¡Bravo, muchacho! Sabía que lo comprendería. Esto es precisamente lo que no hacen conmigo los críticos teatrales. Pero algún día...

Volvió a llenar el vaso de Kipps y prosiguió la representación.

Al poco tiempo ya no parecía necesario conceder a ese Ibsen el derecho de preferencia que le había dado hasta entonces. Kipps y Chitterlow eran amigos y por lo tanto podían hablar franca y amistosamente de cosas no confesadas por lo general.

—De todas formas —dijo Kipps, llevándose el vaso a los labios—, lo que me acaba de leer es magnífico. Eso nadie podrá negarlo.

Veía las cosas con una borrosidad que en cierto modo resultaba agradable y, poniendo cuidado, no tuvo dificultad alguna en volver a colocar el vaso sobre la mesa. Después advirtió que Chitterlow proseguía su representación y que la botella estaba casi vacía. Se alegró de esto último porque de aquel modo no llegaría a emborracharse. Sabía que no estaba borracho, pero también sabía que había llegado el momento de parar. Kipps se dijo que él era una de esas personas que saben cuándo tienen que parar. Intentó interrumpir a Chitterlow para decírselo, pero no logró encontrar la ocasión adecuada. Se dijo entonces que quizá Chitterlow fuera de los que no saben cuándo tiene que parar. Descubrió que desaprobaba la conducta de Chitterlow. Éste seguía hablando y hablando, y sus palabras se sucedían ininterrumpidamente como la corriente de un río. Durante algún tiempo Kipps se sintió inexplicable e injustamente enojado con Chitterlow y quiso decirle: «Tiene usted tantas dotes de escritor como un cangrejo». Pero sólo le había dicho: «Tiene usted tantas dotes...», cuando su amigo le interrumpió, le dio las gracias y le dijo que desde el principio comprendió que era mucho mejor crítico que Archer. De modo que Kipps se limitó a contemplar a Chitterlow con mirada iracunda hasta que se dio cuenta de que estaba ocurriendo una cosa extraordinaria. Chitterlow mencionaba a alguien llamado Kipps. Esto sumió a Kipps en la perplejidad. De un modo vago, pero con absoluta certeza, se dijo que allí había algo que no marchaba bien.

—Oiga —dijo de pronto—. ¿De qué Kipps está hablando?

—De ese Kipps que le digo. —¿Qué Kipps me dice?

—Ya se lo he dicho.

Durante una breve pausa Kipps se debatió en silencio con algo que no estaba claro. Después reiteró con firmeza:

—¿De qué Kipps está hablando?

—Del que sale en mi obra. El que besa a la chica. —Yo no he besado a una chica en mi vida —dijo Kipps—. Al menos...

Se interrumpió de pronto, porque no recordaba si había besado a Ann o no. Sabía

que había tenido intención de hacerlo. Entonces, con tono de infinita tristeza y dirigiéndose a la chimenea, explicó:

—Mi nombre es Kipps.

—¿Eh? —dijo Chitterlow.

—Kipps.

—¿Qué le pasa a Kipps?

—Que Kipps soy yo. —Señaló al pecho con el dedo índice para indicar dónde se hallaba su ser esencial, y se inclinó hacia delante con gravedad—. Mire, Chitterlow —prosiguió—, no tiene usted derecho a utilizar mi nombre en su obra. Si lo hace perderá todo mi apoyo.

Kipps recordó después que a sus palabras había seguido una discusión, y que Chitterlow se había empeñado en explicarle de dónde había sacado los nombres para sus personajes. Los había sacado casi todos de un periódico que andaba rodando por algún sitio de la habitación. Incluso se dispuso a buscarlo, y mientras lo hacía, Kipps continuó la discusión dirigiéndose a la fotografía de la joven ligera de ropa, que parecía contemplarle desde su marco. Kipps le dijo que al principio su modo de vestir no le había parecido muy conveniente, pero que en realidad parecía una muchacha sensata. Le dijo también que si tuviera ocasión de conocer a Buggins se sentiría atraída por él. Y añadió que seguramente ella estaba de acuerdo en que no se debían utilizar en las comedias los nombres de los amigos. Hasta se podía demandar judicialmente al autor.

Sintiéndose más y más confidencial, explicó que ya estaba metido en bastante lío por haberse quedado fuera toda la noche sin necesidad de que dieran su nombre al personaje de una comedia. Estaba seguro de que al día siguiente le esperaba al menos el despido. ¿Por qué había hecho aquello? ¿Por qué no se había marchado a las diez? Porque una cosa le condujo a la otra. Las cosas siempre se conducen unas a otras...

Estaba diciendo a la fotografía que él, Kipps, era completamente indigno de *Miss Walshingham*, cuando Chitterlow abandonó la búsqueda del periódico y le acusó de estar borracho y de decir tonterías.

CAPÍTULO V

-¡DESPEDIDO!

1

Kipps despertó en el sofá que había sido despojado de todos sus muelles, y aunque estaba seguro de no haberse emborrachado, despertó con lo que Chitterlow declaró ser «el resultado natural de lo de anoche». Se había dormido vestido y se sentía profundamente incómodo, pero la jaqueca que sentía y la pastosidad de su lengua le hicieron olvidar las otras pequeñeces. Su cabeza albergaba una idea, una idea grande, una idea triangular que le producía un dolor físico. Si movía la cabeza la idea iba de un lado a otro y le atormentaba. La idea era que había perdido su empleo, que estaba arruinado... Sharford se enteraría de su escapada, y eso, unido a la falta cometida días atrás...

Ayudado por Chitterlow, consiguió al fin sentarse en la cama improvisada y se sometió como un niño a los cuidados de su anfitrión. Chitterlow, por su parte, declaró que tampoco él se sentía muy bien y que necesitaba tomar unas gotas de coñac..., solamente lo que cabía en una cucharilla de café. Así, pues, puso manos a la obra y administró aquel remedio a Kipps como una madre cuidaría a su único hijo. Comparó la «pastosidad» de Kipps con otras que había visto en su vida, especialmente con una experimentada por el honorable Thomas Norgate.

—No resistía el alcohol —explicó a Kipps—. Hay hombres a los que les pasa eso...

Una vez que el dueño de la casa hubo dado al novato bebedor un poco de pasta de anchoas sobre una rebanada de pan con mantequilla, lo que constituía su remedio favorito, Kipps se arregló el cuello y los puños, se cepilló concienzudamente y se dispuso a afrontar a *Mr. Sharford* y cuales fueran las consecuencias de aquella noche sin precedentes..., la primera «noche de juerga» de su vida.

Siguiendo el consejo de Chitterlow de que tomara un poco el aire antes de volver al almacén, Kipps caminó por las afueras y entró en un bar cerca del puerto para tomar una taza de café. Sintió que aquello le infundía nuevo valor y subió por la calle principal, preparado para afrontar lo inevitable. Un cierto orgullo de su depravación, endulzaba y hacía disminuir sus fundados temores. Después de todo, su dolor de cabeza se debía a haber demostrado que era un hombre; había estado fuera toda la noche, había bebido, y su dolor de cabeza así lo atestiguaba. Si no hubiera sido por el recuerdo de Sharford, se hubiera sentido orgulloso de verse en aquel estado. Pero el recuerdo de Sharford era espantoso. Se encontró con dos aprendices que daban un

paseo antes de empezar a trabajar. Al verlos procuró animarse, se echó el sombrero para atrás, introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y asumió un aire despreocupado. Al pasar junto a ellos les sonrió con superioridad. En aquel momento incluso se alegró de exhibir aquel desgarrón en la rodilla y de que parte del barro que cubría su ropa se hubiera resistido a desaparecer al ser cepillado por Chitterlow. ¿Qué creerían sus compañeros que había estado haciendo? Pasó junto a ellos sin hablarles y se imaginó el nuevo respeto con que le estarían contemplando. Pero en seguida volvió a recordar la existencia de *Mr. Sharford*...

Intentó encontrar una explicación plausible a lo ocurrido. Podría explicar que le había atropellado un hombre en bicicleta; que durante algún tiempo estuvo casi inconsciente (aun ahora todavía sentía los efectos del golpe) y que el causante de aquello le había dado *whisky* para que se recuperara. «Y debo confesarle, señor», ensayó nuestro hombre subiendo y bajando las cejas como si quisiera expresar con ello su asombro ante lo ocurrido, «que se me subió a la cabeza...».

Puesta de aquel modo, la cosa no parecía tan terrible.

Llegó al almacén poco antes de las ocho, y el ama de llaves, que siempre le había tenido mucha simpatía, le dio una taza de té caliente con una tostada.

—Supongo que el jefe... —comenzó Kipps.

—Está enterado, sí.

Kipps bajó a la tienda un poco antes de la hora y muy pronto le dijeron que se presentara ante *Mr. Booch*.

Diez minutos después salía de la oficina de éste.

El empleado con quien había estado trabajando le escudriñó, y Buggins le hizo una pregunta sin rodeos.

Kipps le contestó con una sola palabra:

—¡Despedido!

2

Kipps se apoyó en la pared con las manos en los bolsillos y se sumió en un monólogo.

—Me tiene sin cuidado que me hayan despedido. Hace mucho tiempo que estoy harto de Teddy y de su sistema. Fui un idiota al no marcharme por mi cuenta. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

Al poco rato apareció Pearce, y Kipps repitió sus pensamientos.

—¿Por qué ha sido? —preguntó Pearce—. ¿Por lo del otro día?

—¡Nada de eso! —repuso Kipps, asumiendo un aire de profunda disipación—. Anoche no aparecí por aquí —añadió, haciendo que hasta Pearce, el «hombre de mundo», abriera desmesuradamente los ojos.

—¿Qué? ¿Dónde te metiste?

Kipps dio a entender que había «estado por ahí con un escritor amigo suyo».

—No podemos vivir siempre como ermitaños —añadió.

—Claro que no —asintió Pearce queriendo ponerse a su altura.

—Dios mío, ¡si vieras en qué estado tenía la cabeza y la boca esta mañana antes de tomar el remedio! —dijo Kipps a otro de sus compañeros cuando Pearce se hubo marchado.

—¿Qué fue lo que tomaste?

—Pasta de anchoas en una tostada. Es lo mejor que hay. Créeme, Rogers. Es lo que yo tomo siempre y te aconsejo que hagas lo mismo.

Cuando le pidieron más detalles de su escapada, repitió que había andado por la ciudad con un escritor amigo suyo, y cuando le preguntaron qué había hecho, contestó: «Es fácil suponerlo». Y ante su insistencia declaró que había cosas que unos buenos chicos como ellos no debían saber.

De aquel modo, y durante mucho tiempo, Kipps rehuyó la contemplación de «la puerta de la calle» que Sharford le había mostrado.

3

Todo aquello estaba muy bien cuando se trataba de hacerse admirar por los aprendices, pero cuando Kipps se halló solo consigo mismo, la cosa varió de aspecto. Se sentía muy incómodo y el dolor de cabeza y el mal sabor de boca, aunque algo menos intensos, persistían aún. A decir verdad, se sentía pegajoso, sucio y profundamente asqueado de sí mismo. La idea de trabajar le parecía espantosa, y la de permanecer inactivo, más espantosa aún. El desgarrón de la rodilla constituía un reproche constante. Aquellos pantalones eran los segundos en calidad de los tres pares que poseía, y le habían costado trece chelines y tres peniques. Habían quedado completamente inutilizados. Los que usaba para limpiar no eran adecuados para la tienda y tenía que recurrir a degradar los de los domingos. Cuando advertía que le miraban, asumía una expresión de suprema indiferencia; pero cuando se veía solo, dejaba de fingir.

Consideró el aspecto financiero de la situación. Todo su capital ascendía a cinco libras en la caja de ahorros y cuatro chelines y seis peniques en el bolsillo. Suponía que recibiría el sueldo de un mes, pero no estaba seguro. La caja de hojalata que había traído consigo de Nueva Romney, ya no bastaba para contener todas sus posesiones y tendría que comprarse otra porque además quería hacer buena impresión en su nuevo empleo. También tendría que comprar papel y sellos en abundancia para contestar a los anuncios. Se vería obligado a escribir cartas, en lo que no estaba nada fuerte... Probablemente, si no encontraba nada antes de que pasara un mes tendría

que volver a casa de sus tíos...

—¿Cómo lo tomarían los viejos...?

Sin embargo, por el momento decidió no escribirles.

Tales eran los desagradables pensamientos que alentaban en la imaginación de Kipps, mientras aseguraba con fanfarronería a sus compañeros que «hacía tiempo que necesitaba un cambio de ambiente, y que si no le hubieran despedido se hubiera ido él por su cuenta...».

A solas consigo mismo no logró explicarse cómo había sucedido todo. Había sido víctima del destino, o al menos de un personaje tan inexorable como él, Chitterlow. Intentó recordar las fases sucesivas que habían culminado en aquel desastre, pero todo resultaba demasiado intrincado...

Aquella noche Buggins le administró consejos y consuelos.

—Es curioso —le dijo—; cada vez que me han despedido de un sitio creía que nunca encontraría otro empleo. Pero siempre lo he encontrado. Siempre. Así que, pase lo que pase, no te desanimes. Aunque te despojes de todo lo demás, conserva los cuellos y los puños para hacer buena impresión. Si puedes, conserva las camisas, pero sobre todos los cuellos. Tienes la suerte de que sea verano y de no necesitar abrigo... Además, tienes un buen paraguas... Vete en seguida a Londres, alquila la habitación más barata que encuentren y dedícate a buscar. No comas demasiado. Hay muchos que tienen la tendencia de cuidar su estómago en primer lugar. Para almorzar toma una taza de café y un huevo frito si quieres, y recuerda sobre todo que debes presentarte limpio. Creo que los mejores sitios para encontrar trabajo son las tabernas donde comen los cocheros. No te desprendas de tu reloj mientras puedas... Hay muchas tiendas como ésta. ¡Muchas! —Hizo una pausa y añadió pensativo—: Aunque quizá no sea muy fácil encontrar empleo en una de ellas en esta época del año.

Calló un momento y comenzó a recordar sus experiencias pasadas.

Allí se encuentra uno a toda clase de chicos. Algunos parecen verdaderos duques, usan sombrero de copa y magníficos gabanes. En cambio, hay otros... Tienes que tener mucho cuidado, Kipps...

4

Durante la mañana que siguió a la despedida de Kipps, *Miss Walshingham* fue a comprar a la tienda, acompañada de una señora a quien Kipps más tarde había de conocer como su madre. Las descubrió en la nave principal, junto al mostrador donde se vendían cintas y botones, cuando venía de la sección de guantes con un paquete en la mano. Las dos mujeres estaban inclinadas sobre una caja que contenía cintas de todos colores.

Titubeó durante unos instantes. No estaba muy seguro de lo que la etiqueta requería en aquella situación. Dejó el paquete sobre el mostrador y permaneció mirándolas en silencio. Pero cuando *Miss* Walshingham se enderezó, se sintió poseído por el instinto de la huida...

Volvió a su puesto en un estado de profunda agitación. No bien hubo perdido de vista a Helen, sintió un abrumador deseo de volver a verla. Se paseó de arriba abajo frente al mostrador y dirigió varios comentarios cáusticos a uno de los aprendices cuando pasó por su lado. Cogió un paquete, lo desató, volvió a atarlo sin darse cuenta de lo que hacía y por fin salió de nuevo en dirección a la nave central, mientras escuchaba el tumultuoso latir de su corazón.

Las dos mujeres estaban de pie. Habían acabado de hacer sus compras y esperaban a que les dieran el cambio. *Mrs.* Walshingham contemplaba cuanto le rodeaba sin gran interés; Helen escudriñó todos los rincones de la tienda con ojos que se iluminaron al descubrir a Kipps.

Éste, por la fuerza de la costumbre, apoyó las manos en el mostrador y permaneció unos instantes contemplándola sin hablar. ¿Cómo reaccionaría? ¿Haría como si no le conociera? Pero Helen atravesó inmediatamente la tienda en dirección a Kipps.

—¿Cómo está usted, *Mr.* Kipps? —dijo con toda claridad tendiéndole la mano.

—Muy bien, gracias —dijo Kipps—. ¿Y usted?

La joven le explicó que había estado comprando cintas.

Entonces Kipps recordó la presencia de *Mrs.* Walshingham, y aunque pensaba hacer una alusión a las clases de tallado, cambió de parecer y dijo a Helen que suponía que estaría disfrutando de sus vacaciones. Ella repuso afirmativamente, explicando que tenía más tiempo para leer y distraerse. Kipps le preguntó si pensaba ir al extranjero, y ella repuso que era posible que fueran a Knocke o a Brujas por irnos días.

Hubo una pausa y Kipps sintió que su alma se rebelaba en su interior. Quería decirle que dejaba la tienda y que no volvería a verla, pero no encontró palabras adecuadas. Los segundos pasaban veloces. La empleada entregaba ya el cambio a *Mrs.* Walshingham.

—Bueno, adiós —dijo Helen tendiéndole la mano de nuevo.

Se volvió hacia su madre y Kipps hizo una inclinación. Ya era demasiado tarde... ¡Demasiado tarde! No podía hablar delante de su madre. Todo se había perdido y no le quedaba sino mostrarse cortés. Se precipitó hacia la puerta y permaneció allí mientras ella salía sonriéndole, sin poder adivinar la lucha que se desarrollaba en su interior. Sonreía como una diosa satisfecha, que viera elevarse hacia ella el humo del incienso. *Mrs.* Walshingham se inclinó también, con un leve titubeo.

Kipps se quedó unos instantes manteniendo la puerta abierta después que las dos mujeres hubieron salido, y en seguida se dirigió al escaparate para verlas avanzar por la calle. *Mrs.* Walshingham parecía estar haciendo preguntas y la actitud de Helen

daba a entender que contestaba con la soltura y naturalidad de quien considera el mundo como un lugar satisfactorio para vivir.

—Vamos, mamá. No podía fingir que no conocía a uno de mis propios alumnos...

—Estaba diciendo en aquel momento.

Un instante después habían doblado la esquina, desapareciendo de la vista de Kipps.

Y nunca más volvería a verla... ¡Nunca!

Sintió como si le hubieran dado un latigazo en el corazón. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Y ella no lo sabía! Se apartó del escaparate y comprobó que el mundo en general, y la tienda con todos sus empleados, se le habían hecho de pronto insoportables.

Titubeó y se dirigió rápidamente escalera abajo al sótano que hacía de almacén. Rogers le hizo una pregunta, pero fingió no haberla oído.

El local estaba tenuemente iluminado por una pequeña luz de gas. Kipps no se acercó a ésta. Se dirigió al rincón más oscuro, donde, en el estante inferior, se hallaban guardados los tíquets de venta para colocar en los escaparates. Sacó con manos temblorosas la caja que los contenía y la volcó sobre el suelo. De aquel modo, habiendo hallado una excusa para poder estar inclinado con la cabeza en la oscuridad, logró que su pobre corazón se desahogara.

Allí permaneció hasta que oyó que le llamaban a gritos. Entonces se dispuso una vez más a enfrentarse con el mundo.

CAPÍTULO VI

LO INESPERADO

1

Aquel mismo día, después de la comida y antes de que acudieran los compradores de la tarde, Chitterlow fue a buscar a Kipps para hablarle de una asombrosa coincidencia. No entró directamente preguntando por Kipps, sino que asumió una actitud misteriosa. Cuando Kipps le vio por primera vez, tuvo la impresión de que se trataba de un objeto oscuro que se movía cautelosamente al otro lado del escaparate. Chitterlow estaba inclinándose y alargando el cuello, intentando escudriñar el interior de la tienda por entre una abundante profusión de medias y calcetines que se exhibían detrás de los cristales. Después transfirió su atención a la puerta, y, tras un escrutinio similar, pasó al escaparate de ropa de niño. Todos sus gestos y movimientos revelaban que se hallaba consumido por el nerviosismo y la excitación.

Visto a la luz del día, Chitterlow no hacía tan magnífica figura como a la luz nocturna y cubierto por el oropel de sus propias interpretaciones. Sus facciones y su porte exterior eran los mismos, pero su contextura había cambiado. Su gorra característica no había sido cepillada desde hacía mucho tiempo, y su chaqueta brillaba por el uso. Su cabello rojo y su perfil, aunque todavía atractivos, no recordaban ya a Miguel Ángel y se limitaban a darle un aspecto pintoresco. No obstante, y a pesar de todo esto, los ojos que escudriñaban el interior del local por entre las prendas de niño del escaparate, no habían perdido nada de su fulgor.

Kipps no deseaba en modo alguno encontrarse de nuevo con Chitterlow, y si hubiera estado seguro de que éste no iba a entrar en la tienda, se hubiera escondido en el sótano hasta que hubiese pasado el peligro. Pero como no tenía idea de hasta dónde llegaría su amigo, decidió esperar a que éste se personara ante el escaparate contiguo a su departamento y entonces salir al exterior (como para inspeccionar las mercancías expuestas) y explicarle que era imposible una entrevista en aquel momento. Le diría que había perdido su empleo...

—Hola, Chitterlow —dijo apareciendo a su lado.

—Es usted precisamente el hombre que buscaba —repuso su amigo sacudiéndole la mano con fuerza—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintidós —repuso Kipps—. ¿Por qué?

—Ésta es la más asombrosa de las coincidencias. ¿Y su nombre de pila es...? ¡Un momento! —añadió indicándole con la mano que no contestara—. ¿Se llama usted

por casualidad Arthur?

—Sí.

—¡Usted es! —afirmó Chitterlow.

—¿Quién soy yo?

—Es la coincidencia más asombrosa con que he tropezado en mi vida —repitió Chitterlow, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta—. ¡Ahora voy a decirle el nombre de pila de su madre!

Se echó a reír y comenzó a buscar en sus innumerables bolsillos. Sacó primero un cuaderno y dos lápices que cambió de sitio, después la mitad de un cigarro, un trozo de caucho de una rueda de bicicleta, unas monedas, un bolsito de mujer y por último una cartera. De ésta, después de dejar caer y recuperar de nuevo varias tarjetas de visita, extrajo un trozo de periódico.

—Eufemia —leyó, acercando su cara a la de Kipps—. ¿Qué le parece? —Se echó a reír ruidosamente—. Es demasiado fantástico para ser real. No me diga que no se llamaba Eufemia, Kipps, porque entonces todo se estropearía.

—¿Que quién no se llama Eufemia...? —preguntó Kipps.

—Su madre.

—Déjeme ver lo que dice ese papel.

Chitterlow le tendió el recorte sin dejar de reír, y Kipps comenzó a leer.

«WADDY o KIPPS. Si Arthur Waddy, o Arthur Kipps, hijo de Margaret Eufemia Kipps, que...».

El dedo de Chitterlow recorrió las líneas impresas.

—Yo aproveché todos los nombres para ponerlos en mi obra porque no creo en los nombres inventados, como le dije anoche. En eso pienso igual que Zola. Me gusta que los nombres de mis personajes sean reales. ¿Comprende? Y dígame: ¿quién era Waddy?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿No oyó nunca el nombre de Waddy?

—¡No!

Kipps intentó seguir leyendo y abandonó su propósito.

—¿Qué significa todo esto? No lo entiendo.

—Significa por lo que yo he podido colegir —dijo Chitterlow explicando por una vez las cosas con claridad—, que va usted a ser rico. No se preocupe por lo de Waddy... Eso no es más que un detalle. ¿Qué significan siempre estas cosas? Pronto se enterará de algo concerniente a usted, que le hará rico. Por pura casualidad elegí ese periódico para sacar los nombres de mi obra. Y en cuanto lo vi esta mañana y lo leí de nuevo, supe que se trataba de usted. Yo creo en las coincidencias, aunque la gente diga que éstas no ocurren en la vida. Yo aseguro que sí que ocurren. Todo es una coincidencia. ¡Ésta es una de ellas, por ejemplo! ¡Increíble? ¡En absoluto! ¡Se trata de usted! ¡Kipps! Mi obra trae suerte. ¡Créame! Y no se preocupe por lo de Waddy.

—¿Eh? —dijo Kipps completamente aturdido.

—Es usted un hombre afortunado —prosiguió Chitterlow—. ¡No se preocupe por lo de Waddy! ¡Está tan claro como la luz! ¡No se quede ahí mirándome, hombre! Lea ese papel si no me cree. ¡Léalo! —añadió agitando el recorte ante las narices de Kipps.

Éste advirtió entonces que uno de los aprendices les observaba desde el interior de la tienda, y el comprobar que estaba inspirando su curiosidad, le infundió confianza en sí mismo.

«... que nació en East Grinstead...».

—Sí, yo nací allí... He oído muchas veces contar a mi tía...

—Estaba seguro —dijo Chitterlow cogiendo uno de los extremos del recorte y acercando su cara a la de Kipps.

«... el primero de setiembre de 1878...».

—Todo coincide —dijo Chitterlow—. Ahora lo único que tiene que hacer es escribir a Watson y Bean y recibirlo.

—¿Recibir qué?

—Lo que sea.

Kipps se llevó la mano al bigote.

—¿Usted escribiría si estuviera en mi lugar?

—¡Ya lo creo!

—Pero ¿de qué puede tratarse?

—Eso es lo mejor de todo —dijo Chitterlow iniciando de puro gozo unos pasos de danza—. ¡Eso es lo mejor de todo! ¡Puede tratarse de cualquier cosa! ¡Quizás hasta de un millón! Y si es así, no se olvidará usted de su amigo Harry, ¿verdad?

—Pero... —reflexionó Kipps— si usted estuviera en mi lugar, ¿qué cree que haría respecto a ese Waddy...?

Levantó la vista y vio que el aprendiz que le observaba desaparecía con asombrosa rapidez en el interior de la tienda.

—¿Qué? —preguntó Chitterlow.

Pero su pregunta no llegó a recibir respuesta.

—¡Ahí está el jefe! —dijo Kipps precipitándose hacia la puerta.

En el interior vio que Sharford estaba en su departamento y preguntaba por él.

—Hola, Kipps —dijo—. ¿Qué hace afuera?

—Estaba comprobando el orden del escaparate, señor.

—¡Hum! —exclamó Sharford.

Durante algún tiempo Kipps estuvo demasiado ocupado para pensar en Chitterlow o en el recorte de periódico que permanecía arrugado en el bolsillo de su pantalón. Lo que sí observó fue un movimiento inusitado en la calle. La nariz de Chitterlow se cernía interrogante sobre el primer panel de la puerta de entrada intentando adivinar el porqué de la brusca desaparición de su amigo. Pero pronto distinguió la calva reluciente de Sharford, comprendió cuál era la situación y se alejó.

Entonces Kipps (con el anuncio en el bolsillo) pudo prestar atención a lo que sucedía a su alrededor y se dio cuenta de que Sharford le había hecho una pregunta.

—Sí, señor; no, señor; muy bien, señor... Mañana estará listo, señor... —aseguró al jefe.

Cuando al fin logró disponer de un momento, se situó detrás de la una pila de telas para cortinas recién llegada, sacó el periódico y volvió a leerlo. Aquello no resultaba muy claro. Ese «Arthur Waddy o Arthur Kipps», ¿implicaría a dos personas o a una sola? Lo consultaría con Pearse o Buggins, si no fuera por...

Siempre había tenido el convencimiento de que todo lo referente a su madre debía ser mantenido en secreto.

«No contestes a ninguna pregunta sobre tu madre —le había dicho siempre su tía—. Te pregunten lo que te pregunten, tú di siempre que no sabes absolutamente nada».

¿Y ahora...? Kipps se sumió en una profunda meditación mientras se tiraba con fuerza del bigote. Hasta entonces había descrito a su padre como un granjero. «Soy huérfano de padre y madre», explicaba siempre. A todo el mundo decía que vivía con sus tíos, pero sin añadir ningún otro detalle sobre sus ocupaciones, ni decir que su tío había sido mayordomo (¡un criado!), lo que hubiera sido la más insensata de las indiscreciones. Casi todos los empleados del almacén eran igualmente vagos y reticentes al hablar de sus familias, tan grande era el miedo que sentían de verse despreciados. Si sacara a la luz aquel «Waddy o Kipps», descubriría todo lo que había querido mantener oculto. Kipps no estaba muy seguro todavía de cuál era su verdadera situación en el mundo (en realidad no estaba muy seguro de nada), pero sabía que había algo en su situación que no se veía muy claro...

¿Entonces...?

Pensó que se ahorraría preocupaciones destruyendo el recorte inmediatamente.

¡Y en ese caso tendría que vérselas con Chitterlow!

—¡Kipps! —gritó Carshot—. ¡Kipps! ¡Aquí!

Kipps volvió a introducir el papel arrugado en su bolsillo y se dispuso a atender a la compradora que acababa de entrar.

—Quisiera... —dijo la clienta mirando a su alrededor a través de un par de gruesas gafas—, quisiera un trozo de cualquier clase de tela para tapizar un banquillo. Cualquier cosa me serviría..., un retal cualquiera.

El asunto del anuncio tuvo que esperar durante media hora, al cabo de la cual la mujer no había decidido aún cómo cubrir el banquillo, y Kipps se encontraba con una colección bastante representativa de la producción textil sobre el mostrador. Todo aquello tendría que ponerlo en orden más tarde. Estaba tan furioso que el anuncio continuó durante algún tiempo en su bolsillo, completamente olvidado.

Sentado aquella noche a la luz de gas, Kipps buscaba la palabra «Eufemia» y hallaba su significado en el libro «Respuestas para todo» que constituía toda la biblioteca de Buggins. Kipps esperaba que éste, según su costumbre, le preguntara qué era lo que estaba buscando. Pero Buggins estaba ocupado con la ropa que tenía que mandar al lavado aquella semana.

—Dos cuellos... Dos pares de calcetines... Debe de haber otro cuello por algún lado.

—Eufemia —dijo Kipps por fin, incapaz de guardar para sí una sospecha que había cruzado por su mente... ¿pertenería a una familia de abolengo?—. Eufemia no es un nombre que se daría a una niña de clase baja, ¿verdad?

—Es un nombre que no se daría a una niña de ninguna clase, ni alta ni baja —declaró Buggins.

—¿Por qué?

—El darles nombres como ése es la causa, en la mayoría de los casos, de que vayan por mal camino. Les hace sentir inquietudes. Si yo tuviera una hija, o si tuviera una docena de hijas, a todas las llamaría Juana. A todas. No hay un nombre mejor que ése. ¡Eufemia...! ¿Hasta dónde hemos llegado? Eh, oye, eso que está debajo de tu cama, ¿no es uno de mis cuellos?

Kipps se lo alcanzó.

—No veo que Eufemia tenga nada de malo —dijo tendiéndoselo.

Después de aquello fue sintiéndose más y más inquieto e intranquilo y musitó una o dos veces como hablando consigo mismo, pero con voz lo suficientemente alta para que le oyera Buggins, que estaba tentado de escribir la carta después de todo. Pero su compañero seguía absorto en la lista de su ropa y no le hizo ningún caso.

Kipps cogió entonces su tintero, pidió a Buggins una pluma prestada y, sin tropezar con excesivas dificultades en la ortografía o redacción, escribió la carta.

Una hora después, nervioso y ligeramente pálido, volvía al dormitorio.

—¿Dónde has estado? —preguntó Buggins, que ahora estaba leyendo el *Daily World Manager*, como le correspondía hacer, después de Carshot, en turno riguroso.

—He salido a echar unas cartas —respondió Kipps colgando el sombrero.

—¿Pidiendo empleo?

—La mayor parte, sí —declaró Kipps—. Naturalmente —añadió con una risa nerviosa—. ¿Para qué otra cosa iba a escribir?

Buggins siguió leyendo. Kipps se sentó sobre la cama y, pensativo, contempló durante algún tiempo el reverso del *Daily World Manager*.

—Buggins... —dijo por fin.

Su compañero inclinó el periódico y le miró a la expectativa.

—Oye, Buggins: ¿qué quieren decir estos anuncios diciendo que fulano de tal

recibirá noticias sobre algo que le interesa?

—Se refieren a personas desaparecidas —repuso Buggins, disponiéndose a reanudar su lectura.

—¿Es para comunicarles que les han dejado dinero o algo así? —preguntó Kipps.

—En la mayoría de los casos se trata de deudas —contestó Buggins moviendo la cabeza.

—Pero eso no es «algo que les interesa».

—Ponen eso para atraerlos. Y a menudo también se trata de mujeres.

—¿Cómo?

—De mujeres a quien han abandonado sus maridos. Intentan localizarles de este modo.

—Supongo que algunas veces también se tratará de algún legado, ¿no crees? Si alguien legara a algún desconocido cien libras, por ejemplo...

—Pocas veces se trata de eso —dijo Buggins.

—Entonces... —comenzó a decir Kipps, deteniéndose en seguida con cierta vacilación.

Buggins siguió leyendo. Estaba profundamente interesado en cierto artículo sobre la India.

—¡Qué barbaridad! ¡Sería un disparate conceder el voto a esos negros!

—No hay miedo de que lo hagan —dijo Kipps.

—Son completamente distintos a nosotros —prosiguió Buggins—. No tienen el sentido común de los ingleses, ni tampoco nuestra fuerza de voluntad. Están acostumbrados a hacer cosas de las que un inglés no tiene la menor idea, cosas que no son honradas, como falsos testimonios y todo eso. Sé lo que me digo.

Kipps, y te aseguro que tienen toda clase de testigos de alquiler. Es un negocio como otro cualquiera. Cuando entran en la sala de audiencia, se tocan el sombrero para darse a conocer. Los ingleses no tienen la menor idea de todo esto. Ellos lo llevan en la sangre. Los indios, quiero decir. Son demasiado tímidos para ser honrados. No están acostumbrados a ser libres como nosotros, y si les diéramos la libertad no sabrían qué hacer con ella. En cambio, nosotros... ¡Maldita sea!

El gas se había apagado de repente, por lo que Buggins no había tenido tiempo de leer la columna de noticias sociales.

Después no habló de otra cosa sino de la mezquindad de Sharford al apagar el gas tan temprano. Y después de mostrarse extremadamente sarcástico sobre su jefe, se desnudó en la oscuridad, tropezó con el pie desnudo contra una caja y después de varias exclamaciones de dolor se sumió en un silencio iracundo.

Aunque Kipps hizo desesperados esfuerzos por dormirse antes de que el recuerdo de la carta que acababa de escribir se posesionara totalmente de su imaginación, no le fue posible conseguirlo. Una y otra vez repasó todo lo ocurrido y se dijo que no podría dormirse nunca.

Ahora que sus primeros temores iban calmándose, no lograba saber si se alegraba

o si lamentaba haber enviado aquella carta. Si se trata de un legado de cien libras...

¡Tenía que ser eso!

Si lo fuera podría vivir un año, incluso dos, sin preocuparse por conseguir un empleo.

¡Aunque sólo fueran cincuenta libras...!

Buggins respiraba con regularidad cuando Kipps habló de nuevo.

—Buggins...

Su amigo fingió dormir y convirtió su respiración en ronquidos.

—Oye, Buggins... —insistió Kipps, después de una pausa.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Buggins no muy amablemente.

—Supón que descubrieras un anuncio a tu nombre en el periódico pidiéndote que fueras a ver a alguien para recibir noticias de interés... ¿Qué...?

—Esconderme —interrumpió Buggins.

—Pero...

—Yo me escondería.

—¿Eh?

—Buenas noches —dijo Buggins en tono concluyente.

Kipps permaneció inmóvil largo rato, después suspiró profundamente, se volvió y contempló la oscuridad.

¡Había sido un idiota enviando la carta!

¡Un verdadero idiota!

3

Cinco días después de la noche en que se apagó la luz, cuando Buggins estaba leyendo el periódico, un joven de rostro muy pálido y ojos brillantes y abiertos surgió de una calleja lateral frente al Leas. Iba vestido con sus mejores ropas, y aunque hacía un tiempo muy hermoso, llevaba paraguas como si hubiera ido a la iglesia. Titubeó y se volvió hacia la derecha. Escudriñó cada una de las casas al pasar junto a ellas y por fin se detuvo bruscamente. A la entrada de la casa ante la cual se había detenido, se leía la palabra «Hughenden» escrita con grandes caracteres negros. Era una casa grande y decorativa cuya terraza estaba pintada de color verde mar, con adornos blancos. El joven permaneció inmóvil contemplándola.

—¡Caray! —exclamó al fin en el colmo del pasmo.

Todas las ventanas del piso bajo tenían cortinas de color rojo. En la de la sala se veía una espléndida planta tropical subiendo de un artístico búcaro. También había un llamador de bronce y dos timbres..., uno de los cuales tenía escrita encima la palabra «Servicio».

—Servicio, ¿eh?

El joven pasó junto a la casa con objeto de examinarla, dio media vuelta y retrocedió. Volvió a titubear y por último se retiró unos pasos, se sentó en un banco, pasó el brazo por el respaldo y se sumió en la contemplación de «Hughenden», mientras silbaba inclinando la cabeza a la derecha y a la izquierda. Después guardó silencio y miró al edificio con fijeza.

Un caballero muy grueso de rostro congestionado y ojos protuberantes se sentó junto a Kipps, se quitó el sombrero, se pasó el pañuelo por la frente y suspiró. Luego se puso a limpiar el interior del sombrero. Kipps le contempló durante algún tiempo preguntándose cuál podría ser su renta anual y dónde habría comprado aquel sombrero, pero pronto el imán de «Hughenden» volvió a atraerle por encima de todo lo demás.

Una fuerza desconocida le impulsó a hablar.

—Caballero... —dijo inclinándose hacia su compañero de banco, que dio un respingo y se le quedó mirando lleno de asombro.

—¿Qué decía usted? —preguntó.

—Nadie diría que esa casa me pertenece —dijo Kipps señalando con el dedo índice.

El desconocido hizo girar su cuello para contemplar a «Hughenden». Después miró a Kipps, observó su ropa raída y dio un resoplido por toda respuesta.

—Pues es mi casa —dijo Kipps con bastante menos aplomo.

—¡No sea imbécil! —contestó el desconocido poniéndose el sombrero y limpiándose los ojos con el pañuelo—. Ya hace bastante calor, sin necesidad de oír y decir tonterías.

Kipps paseó la mirada de aquel hombre a la casa y de la casa a aquel hombre. El caballero grueso le miró a su vez, dio un gruñido, fijó la vista en el mar y, volviendo a gruñir despreciativamente, miró una vez más a Kipps.

—¿Quiere insinuar que no me pertenece? —preguntó éste.

El desconocido se limitó a contemplar la casa en cuestión por encima del hombro y después fingió ignorar la existencia de Kipps.

—Me ha sido legada esta misma mañana —explicó el joven—; además, no es la única.

—¡Oh! —exclamó el caballero grueso y acalorado, con acento de impaciencia. Parecía esperar que de un momento a otro cualquiera de los que pasaban por la calle le desembarazara de la fastidiosa compañía de Kipps.

—Lo que le he dicho es cierto —insistió éste. Y durante un breve intervalo guardó silencio mientras seguía contemplando la casa—. Tengo... —prosiguió. Pero volvió a interrumpirse—. Es inútil que se lo diga, si no me cree.

Su compañero de banco, después de luchar consigo mismo, decidió que hacía demasiado calor para sufrir un ataque apoplético.

—Intente burlarse de mí y haré que le encierren —jadeó—. Conozco su juego.

—¿Qué juego?

—Mire, no he nacido ayer. Y además... —añadió con desdén—, no hay más que mirarle para comprender que está mintiendo. Ni usted ni ninguno como usted puede engañarme. —Se interrumpió al sufrir un golpe de tos y fijó la vista en el horizonte.

Kipps miró dubitativamente a la casa, volvió después la vista al viejo y una vez más a la casa. Comprendió entonces que la conversación había llegado a su fin.

Por último se puso en pie y avanzó por encima del césped hasta llegar al portal. Allí su boca formuló la palabra mágica «Hughenden». ¡Era cierto! Miró por encima del hombro como si sintiera deseos de convencer a aquel desconocido, pero decidió que era mejor no intentarlo. Giró sobre sus talones y se alejó. Evidentemente, aquel caballero no deseaba atender a razones.

Permaneció durante un momento inmóvil a cierta distancia de la casa, como si una cuerda invisible tirara de él hacia atrás. Después siguió andando y cuando ya no le fue posible ver la casa desde la acera, saltó al centro de la calle. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, consiguió sobreponerse y siguió adelante.

Avanzó por una silenciosa calle lateral y allí se desabrochó la chaqueta con ademán furtivo. Extrajo de un sobre tres billetes de Banco, los contempló y volvió a guardarlos. Luego sacó cinco soberanos del bolsillo del pantalón y los examinó. Era evidente que su exacta semejanza con el retrato de su madre muerta había inspirado una confianza total a los señores Watson y Bean.

Era cierto.

Era realmente cierto.

Volvió a guardar las monedas cuidadosamente y siguió su camino con repentina prisa. Era cierto. Se había convertido en un hombre rico. Avanzó por una calle, dio una vuelta a una esquina, recorrió otra calle, echó a andar en dirección al Pabellón y por último cambió de parecer y de rumbo, decidido a volver al almacén y contárselo todo a sus compañeros.

De pronto vio a alguien que cruzaba la calle junto a él. Era Chitterlow. Y Chitterlow había sido el que primero le habló del asunto. El escritor avanzaba por la calle, pletórico de energía. Iba mirando al cielo, llevaba la gorra ladeada y sostenía en la mano dos novelas pertenecientes a la biblioteca pública, uno de los periódicos de la mañana, un sombrero nuevo y una bolsa de malla llena de cebollas y tomates...

Cuando Kipps se decidió a ir hacia él para revelarle el asombroso cambio que había tenido lugar en el Orden del Universo, su amigo dobló una esquina y desapareció.

Kipps emitió un débil grito, movió el paraguas y echó a correr hacia el lugar por donde le había visto desaparecer. Alcanzó la esquina, pero Chitterlow no estaba allí; corrió hacia la siguiente y tampoco vio rastro alguno de él; volvió para atrás y buscó con los ojos otra posible salida. Se llevó la mano a la boca y permaneció unos instantes mirando aturdido a su alrededor. Pero todo fue inútil y no consiguió encontrar a su amigo.

Pero el haberle visto siquiera un momento sirvió para poner cierto orden en sus

ideas, ligando el pasado con el presente. Y ello era precisamente lo que Kipps necesitaba...

De pronto experimentó un profundo deseo de contar a todos sus compañeros de almacén lo que le había sucedido. Era lo primero que quería hacer. Tenía la sensación de que si explicara el asunto éste cobraría una mayor realidad. Agarró el paraguas por el centro y echó a andar rápidamente.

Entró en la tienda por la puerta de su departamento (a través de cuyo panel había contemplado con aprensión la nariz de Chitterlow pocos días antes) y descubrió al segundo aprendiz en conversación con Pearce. Éste se estaba hurgando una muela con un alfiler, mientras hablaba de las características de Buen Estilo.

Kipps se acercó a ellos por el otro lado del mostrador.

—Escuchad, ¿sabéis lo que ha pasado? —les dijo.

—¿Qué? —preguntó Pearce manipulando con el alfiler.

—A ver si lo adivinas.

—Te has escapado, porque el jefe está en Londres.

—Algo más.

—¿Qué?

—He heredado una fortuna.

—¡Vamos, anda!

—Te aseguro que es cierto.

—¡Largo de aquí con ese cuento!

—Es la pura verdad. He heredado mil doscientas libras... ¡Mil doscientas libras al año!

Se dirigió hacia la puerta que comunicaba el departamento con la nave central, dejando a Pearce boquiabierto y con el alfiler en el aire.

—¡No! —exclamó por último.

—Como te lo digo —repitió Kipps—. Y me marchó.

Y al atravesar la puerta mirando para atrás, tropezó en el felpudo y dio con la cabeza en el suelo.

4

Sucedió que *Mr. Sharford* estaba entonces en Londres comprando material y entrevistándose sin duda con varios aspirantes al puesto de Kipps.

Por lo tanto, no había nada que pudiera hacer callar los rumores, que iban haciéndose cada vez más fuertes, de extremo a extremo de la tienda. Todos los miembros masculinos del personal empezaban sus conversaciones con la misma frase:

—¿Te has enterado de lo de Kipps?

La nueva cajera lo había sabido por Pearse y se había precipitado al departamento de modas femeninas para ser la primera en dar la noticia. Kipps había heredado mil doscientas libras... ¡Mil doscientas libras al año! Kipps había heredado un millón doscientas mil libras. Esta cifra podía o no ser exacta, pero los factores esenciales sí lo eran. Kipps había subido a su cuarto. Kipps estaba haciendo la maleta. Kipps había dicho que no se quedaría allí ni un día más, aunque le dieran mil libras. Se rumoreaba que estaba diciendo todo lo que opinaba sobre el viejo Sharford.

¡Había bajado de su cuarto! ¡Entraba en el departamento de contabilidad! Hubo un movimiento general de todos los empleados en aquella dirección... (El pobre Buggins, que estaba atendiendo a un parroquiano, no podía comprender a qué demonios se debía aquel inusitado movimiento).

Los empleados corrían de un lado para otro y por todas partes se oía repetir mil veces el nombre de Kipps. La campana llamando a comer pasó inadvertida. El almacén entero estaba sumido en una fiebre de excitación y todos, con los ojos brillantes, deseaban encontrar a alguien que no supiera nada para ser el primero en darle la noticia.

—¡Kipps ha heredado treinta..., cuarenta..., cincuenta mil libras!

—¿Qué? —exclamó el portero, corriendo hacia el departamento de contabilidad como si Kipps se hubiera roto la cabeza.

«Uno de nuestros compañeros acaba de heredar sesenta mil libras», explicó un empleado a su compradora, para excusarse por haberla abandonado bruscamente.

—¿De repente? —preguntó la compradora.

—Si alguien se merece este golpe de suerte, es, desde luego, *Mr. Kipps* —dijo *Miss Mergle* corriendo en dirección al departamento de contabilidad.

Allí estaba Kipps recibiendo las felicitaciones de todos. Tenía el cabello en desorden y sujetaba toda vía el sombrero y el paraguas con la mano izquierda. La derecha pertenecía por el momento a sus compañeros que rivalizaban en estrecharla. (Mientras tanto la campana seguía llamando a todos a comer, pero nadie parecía oírla siquiera).

—¡Vaya con el bueno de Kipps! —exclamó Pearce sacudiéndole la mano—. ¡Vaya con el bueno de Kipps!

Booch, que se frotaba las manos, preguntó a Kipps si se encontraba bien.

—Todos le felicitamos —dijo *Miss Mergle*.

—¡Santo Dios! —exclamó una empleada nueva de la sección de guantes—. ¡Mil doscientas libras al año...! ¡Qué atrocidad! ¿Y no piensa usted casarse por ahora?

—Tres libras, cinco chelines y nueve peniques al día —dijo *Mr. Booch* sumido en profundos cálculos mentales.

Todos repetían que se alegraban de que fuera Kipps el agraciado, excepto el primer empleado, que, por ser hijo único de madre viuda, estaba acostumbrado a ser siempre el centro de toda la atención y a que en casa su palabra fuera ley. Una envidia insoportable le atenazaba el corazón. Todos los demás se alegraban honradamente, se

alegraban incluso más que el propio Kipps, porque no estaban tan aturridos como él...

El agraciado de la diosa fortuna bajó a comer emitiendo frases fragmentarias e inconexas.

—Nunca me imaginé nada parecido... Cuando ese Bean me lo dijo creí que iba a desmayarme... Me dijo: «Le han dejado en herencia una cantidad de dinero...». Aun entonces me imaginé que se trataría de unas cien libras o algo por el estilo...

Cuando todos se hubieron sentado a comer, el orden quedó restablecido, hasta cierto punto. El ama de llaves le felicitó mientras cortaba la carne, y la criada parecía encontrar el rostro de Kipps tan fascinante que a cada momento amenazaba con volcar los platos encima de los comensales. Todos estaban contentos y tenían más apetito que nunca (excepto el primer empleado), y el ama de llaves repartió la carne con desacostumbrada liberalidad.

—Si alguien se merecía una cosa así... (pásame la sal, por favor), es, desde luego, *Mr. Kipps* —dijo *Miss Mergle*.

El tumulto perdió volumen cuando Carshat dirigió la palabra a Kipps desde el otro extremo de la mesa.

—Te convertirás en uno de los elegantes, Kipps —dijo—. Ni tú mismo vas a reconocerte.

—Será un verdadero caballero —añadió *Miss Mergle*.

—Muchas familias de la más alta alcurnia cuentan con mucho menos que usted —opinó el ama de llaves.

—Supongo que irás a Londres —dijo Pearce—. Te convertirás en un soltero de moda y te veremos paseando por Burlington Arcade con un manojo de violetas en la solapa.

—Tendrás un piso en el West End. Y serás socio de uno de los clubs más elegantes.

—Tengo entendido que es muy difícil ser admitido como socio de esos clubs —objetó Kipps sin dejar de comer.

—No lo creas. Para el dinero no hay obstáculos —sentenció Pearce.

—Hoy día, con dinero se consigue todo, *Mr. Kipps* —declaró una empleada de la sección de ropa interior femenina, que había adquirido un punto de vista cínico sobre la sociedad moderna leyendo las opiniones de Marie Corelli.

Pero Carshot se mostró netamente británico.

—Si yo fuera Kipps —dijo, haciendo una pausa momentánea para llevarse el tenedor a la boca—, me iría al Canadá a cazar osos.

—Yo me iría a Boulogne —manifestó Pearce—. Por la Pascua pienso hacerlo por mi cuenta, de todas formas. Es un proyecto que tengo hace mucho tiempo.

—Vaya a Irlanda, *Mr. Kipps* —aconsejó Bidy Murphy, que trabajaba en el taller de costura—. Vaya a Irlanda, el país más hermoso del mundo. Allí se puede pescar y cazar y todo está lleno de chicas bonitas. ¡Los lagos de Killamey son dignos de verse,

Mr. Kipps! —concluyó elevando los ojos al cielo y haciendo un chasquido con los labios para expresar su entusiasmo.

Y de pronto se les ocurrió una gran idea. Fue Pearce quien la formuló:

—Kipps, debes invitarnos a todos a champaña.

—¡Magnífico! —exclamó Kipps riendo.

El resto fue fácil. Todo se redujo a una cuestión de detalle y a enviar un voluntario en busca de las botellas.

—¡Aquí viene! —exclamaron cuando el aprendiz apareció de vuelta por la escalera.

—¿Y la tienda? —preguntó alguien.

—¡Al diablo la tienda! —exclamó Carshot pidiendo con ademanes un sacacorchos y algo con que cortar los alambres.

Pearce tenía una navaja con sacacorchos en el bolsillo. (¡Con qué ojos hubiera contemplado Sharford las botellas envueltas en papel dorado, si hubiera podido coger el primer tren!). Los corchos saltaron disparados hacia el techo produciendo simultáneos estampidos y haciendo que la espuma se desbordara.

Kipps se vio entonces rodeado de todos sus compañeros y escuchó cómo exclamaban solemnemente: «¡Kipps!» con los cubiletes en la mano.

—Esto no se puede beber en vaso —había dicho Carshot—. No es como si fuera vino o jerez. Esto alegre, pero no emborracha. Apenas es más fuerte que la limonada. Hay gente que lo toma todos los días en las comidas.

—¿Cómo? ¿Estando, como está, a tres chelines y tres peniques la botella...? —preguntó incrédula el ama de llaves.

—A esa gente no le importa el precio.

El ama de llaves hizo un gesto con los labios y movió la cabeza.

Cuando Kipps vio que todos brindaban por él de aquel modo, sintió tan extraña sensación en la garganta, que por un momento creyó que iba a echarse a llorar.

—¡Por Kipps! —repetían una y otra vez.

Kipps pensó que eran muy buenos y que era una lástima que no todos hubieran tenido la misma suerte.

Sin envidia y con naturalidad, todos sus compañeros le felicitaban y se alegraban con él de la suerte que había tenido.

Los sucesos ulteriores fueron muy diversos. Carshot, por ejemplo, ocupado en despachar unos metros de cretona y queriendo hacerse más sitio en el mostrador para poder medir la tela con comodidad, apartó un montón de piezas con fuerza no muy bien calculada, por lo que cayeron con estrépito, parte sobre el suelo y parte sobre los pies del primer empleado, todavía taciturno y malhumorado. Buggins, por su parte, se paseó por toda la tienda exhibiendo una sombrilla nueva que mantenía en equilibrio sobre un dedo. Se dedicó además a detener a cada uno de los compañeros que pasaban por su lado y a dirigirles una mirada penetrante.

—La nueva sombrilla tiene una línea muy atractiva —les decía. Y añadía, tras

una pausa adecuada—: Uno de nuestros compañeros ha heredado una renta de mil doscientas libras al año. Muy atractivo también. ¿No desea nada más por hoy? ¿No?

Y a continuación mantenía abierta la puerta para que pasaran, balanceando elegantemente la sombrilla con la mano izquierda...

El segundo aprendiz, que servía una tela barata a un cliente, contestó cuando éste le preguntó si era fuerte:

—¡Oh, no! ¿Fuerte? Es menos fuerte que la limonada...

El encargado de hacer paquetes decidió batir el récord y recuperar el tiempo perdido, y como consecuencia *Mr. Swaffenham*, de la Sandgate Riviera, que estaba invitado a cenar aquella noche a las siete, recibió a las seis y media, en lugar de la camisa de seda que necesitaba urgentemente, un corsé adaptable especialmente para personas con tendencia al *embonpoint*. Un paquete de ropa interior de verano escogida por la mayor de las señoritas Walder Shawe, fue distribuido en forma de adiciones gratuitas entre otros paquetes de naturaleza menos íntima, y una caja de sombreros que había sido adquirida por *Lady Pam Short*, se vio enriquecida con la presencia de la gorra del niño que ayudaba a hacer los paquetes...

Todas estas cosas sin importancia revelan de forma elocuente la generosa alegría que sentía el establecimiento en pleno por el extraordinario y repentino enriquecimiento de *Mr. Kipps*.

5

El coche que hace el recorrido entre Nueva Romney y Folkestone está pintado de rojo y tiene anuncios a ambos lados. Es un coche lento y majestuoso. Aun de joven debió de ser lento y majestuoso. Por debajo tiene una especie de maletero sostenido entre ambas ruedas, y en verano se puede bajar la capota. Detrás de los caballos tiene en primer lugar un asiento para el cochero y otra persona, por encima hay otro asiento y encima de éste, si la memoria no me engaña, hay un tercer asiento. El coche hace ese recorrido en ciertos días, y otros días no lo hace. Es necesario averiguar cuándo lo hace. Éste es el único medio de llegar a Nueva Romney y seguirá siéndolo durante muchos años, porque la concesión del ferrocarril por la costa está en poder de la Compañía de Ferrocarriles del Sudeste y, por lo tanto, la paz de aquel lugar se mantiene inviolada, siendo turbada únicamente por las bicicletas de personas como Kipps y como yo. Fue aquel coche, aquel coche viejo, venerable, y por la gracia de Dios inmortal, el que descendió la cuesta de Folkestone, atravesó Sandgate y Hythe y salió a los espacios abiertos llevando consigo a Kipps y su fortuna.

Imagínale allí, lector. Estaba sentado en el asiento más alto, justamente encima del cochero. La cabeza le daba vueltas y más vueltas por efecto del champaña y también al pensar en su maravilloso golpe de suerte. El corazón parecía a punto de

saltársele del pecho y el rostro que elevaba al cielo estaba transfigurado. No decía ni una palabra, pero, de vez en cuando, al recordar algún detalle se echaba a reír. Parecía rebosante de risas, de risas independientes de su voluntad, que surgían de su interior como burbujas en una copa de vino... Tenía un banjo en la mano y de vez en cuando lo hacía descansar en sus rodillas como un cetro. Siempre había deseado tener un banjo, de modo que se había comprado uno mientras esperaba la llegada del coche.

A su lado se sentaba una criadita joven que chupaba un caramelo de menta, y un niño que evidentemente sentía una gran curiosidad cada vez que Kipps se echaba a reír. Junto al cochero había dos jóvenes que no cesaban de hablar. Allí iba Kipps, sin que nadie pudiera imaginar que disfrutaba de una renta de mil doscientas libras al año... Allí iba Kipps, a no ser por el banjo, disfrazado de hombre vulgar. Uno de los jóvenes que se sentaban junto al cochero, miraba a Kipps y a su banjo, especialmente a éste, como si les considerara un misterioso enigma. Muchos reyes han entrado en sus ciudades sin sentirse tan graciosamente triunfantes como se sentía Kipps.

Las sombras se alargaban a su paso y las caras de los viajeros se hacían doradas según iban acercándose al Oeste. El sol se ocultó antes de que dejaran atrás Dymchurch, y cuando entraron en Nueva Romney pasando junto al molino, se había hecho casi de noche.

El cochero bajó el banjo y la maleta. Cuando le hubo pagado, Kipps le indicó que se quedara con el cambio, como hacen los verdaderos caballeros. Después dio la vuelta y tropezó con el viejo Kipps, a quien el sonido del coche al detenerse había hecho salir a la puerta de la tienda en un estado de ánimo agresivo y con la boca llena de comida.

—Hola, tío. No le había visto —dijo Kipps.

—Siempre serás un atolondrado. ¿Qué te trae por aquí? ¿Han cerrado el almacén?

—Tengo que darle una noticia, tío —contestó Kipps dejando caer la maleta.

—No habrás perdido el empleo, ¿verdad? ¿Qué es eso que tienes en la mano? ¡Un banjo! ¿Estás loco? ¡Gastarse el dinero en un banjo! Y no dejes aquí la maleta estorbando el paso a todo el mundo. No he visto nunca un chico como tú. ¡Molly! ¡Ven aquí! ¿Y por qué has traído la maleta? En serio, no habrás perdido el empleo, ¿verdad?

—Ha ocurrido algo importante —dijo Kipps con el ánimo un poco encogido ante aquel recibimiento—. No es nada malo, tío. Se lo explicaré en seguida.

El viejo Kipps cogió el banjo mientras su sobrino levantaba la maleta del suelo. Entonces se abrió la puerta del cuarto de estar, mostrando una mesa preparada con sencillez para la cena. En el umbral apareció *Mrs. Kipps*.

—¡Pero si es Artie! ¿Qué te trae por casa?

—Buenas noches, tía Molly —dijo Artie—. Tengo algo que decirles. He sido muy afortunado.

Pero no quería decírselo de pronto. Pasó con la maleta junto al mostrador, dejando caer al suelo unos juguetes con gran estrépito, y entró en la habitación.

Depositó el equipaje en un rincón, al lado del reloj, y se volvió de nuevo hacia sus tíos. La mujer le contempló indecisa; la luz amarilla de la lámpara que se hallaba sobre la mesa, iluminaba su frente y la punta de su nariz. El viejo permanecía de pie en la puerta con el banjo en la mano, respirando ruidosamente.

—He tenido mucha suerte, tía Molly.

—No habrás estado apostando en las carreras, ¿verdad?

—Nada de eso.

—Estoy seguro de que ha ganado en el juego —dijo el viejo Kipps, que todavía no se había repuesto del encontronazo sufrido—. Mira, Molly, ha ganado este banjo y ha dejado su empleo. Eso es lo que ha dicho Y ahora se va a dedicar a ser cantante. Tiene el mismo temperamento que la pobre Pheamy. Ella tenía que hacer su santa voluntad y nadie podía oponérsele

—No habrás dejado tu empleo, ¿verdad, Artie? —dijo Mrs. Kipps.

Kipps aprovechó la oportunidad.

—Sí, lo he dejado. Lo he abandonado.

—¿Por qué? —preguntó su tía.

—Para aprender a tocar el banjo.

—¡Santo Dios! —exclamó el viejo Kipps, horrorizado.

—Voy a dedicarme a ir de un lado a otro tocando el banjo —repitió Kipps riendo alegremente—. Voy a pintarme la cara de negro, tía Molly, y a cantar en las playas. Voy a tener un éxito apoteósico y a ganar mucho dinero. Ya verán. Voy a ganar veintiséis mil libras con la mayor facilidad.

—Kipps —dijo su tía—, ¡este chico está borracho!

Los dos contemplaron a su sobrino a través de la mesa, con expresión preocupada, y Kipps estalló en carcajadas al ver que su tía movía la cabeza sin dejar de mirarle tristemente. Y de pronto se puso serio. No podía ocultar la noticia por más tiempo.

—No se preocupe, tía Molly. No estoy loco ni he bebido. He heredado dinero, mucho dinero. ¡He heredado veintiséis mil libras!

Pausa.

—¿Y has dejado el empleo? —preguntó el viejo Kipps.

—Sí. ¡Naturalmente!

—Y después te has comprado este banjo, te has puesto tus mejores pantalones y has venido aquí, ¿verdad?

—¡Pero, Artie!

—Éstos no son mis mejores pantalones, tía —dijo Kipps tristemente—. Hace mucho tiempo que no me he hecho un par de pantalones.

—Nunca hubiera creído que ni siquiera tú pudieras ser tan tonto —dijo el viejo Kipps.

Pausa.

—¡Pero si es verdad! —dijo Kipps un poco desconcertado ante aquella

desconfianza—. Es verdad. Veintiséis mil libras y una casa.

El viejo Kipps movió solemnemente la cabeza.

—Una casa en el Leas. Hubiera podido ir a vivir allí, pero no quise hacerlo. Quería venir a decírselo a ustedes.

—¿Cómo conociste la casa?

—Ellos me dijeron cómo se llamaba.

—Hijo mío —dijo el viejo Kipps mirando a su sobrino y esbozando una mueca desdeñosa en la comisura de los labios—. Hijo mío, eres un ingenuo.

—¡Nunca lo creí de ti, Artie! —exclamó *Mrs.* Kipps.

—¿Pero de qué están hablando? —preguntó Kipps pasando la vista del uno a la otra.

El viejo cerró la puerta de la tienda.

—Se han burlado de ti —dijo en voz baja—. Eso es lo que te estamos dando a entender. Querrían ver cómo reaccionaba un ingenuo como tú.

—Estoy segura de que ese muchacho Quodling ha tenido algo que ver en el asunto. No me extrañaría nada, conociendo su modo de ser.

(Porque Quodling se había convertido en el terror de Nueva Romney).

—Probablemente se trata de alguien que codiciaba tu puesto.

Kipps contempló los rostros reprobatorios de sus tíos y paseó después la mirada por la habitación que tan familiar le era, con su maleta, la silla rota y su banjo encima de la mesa. ¿Sería verdad que era rico? ¿Sería verdad que habían ocurrido aquellas cosas? ¿O se había apoderado de él una fantástica locura?

Sin embargo... Quizá cien libras...

—¡Pero si todo lo que le he dicho es verdad, tío! ¿No creerá que...? Recibí una carta.

—Falsificada.

—La contesté y fui a una oficina.

El viejo Kipps vaciló un momento, pero siguió moviendo la cabeza con escepticismo. Al recordar la entrevista con *Mr.* Bean y lo ocurrido en la tienda de Sharford, Kipps recobró la confianza.

—Tuve una entrevista con un caballero, tío, un auténtico caballero, que me explicó todo el asunto. Me dijo que su nombre era Watson & Bean... Al menos Bean. Dijo que era una herencia... —Kipps se metió la mano en el bolsillo del chaleco— de mi abuelo...

Al oír aquello los dos viejos dieron un respingo.

Su tío lanzó una exclamación y se dirigió a la chimenea, sobre la cual el retrato de su hermana menor sonreía feliz al mundo entero.

—Su nombre era Waddy —dijo Kipps manteniendo la mano dentro del bolsillo—, y su hijo era mi padre...

—¡Waddy...! —exclamó el viejo Kipps.

—¡Waddy...! —exclamó *Mrs.* Kipps.

—Ella nunca nos quiso decir su nombre.

Sobre los tres se cernió un largo silencio.

Kipps sacó una carta, un trozo de periódico y tres billetes de Banco y titubeó al contemplar aquellos objetos.

—¡Molly! Aquel hombre que vino a hacernos preguntas... —dijo el viejo Kipps mirando completamente aturdido a su mujer.

—Sí, aquél debió de ser —contestó *Mrs.* Kipps.

—No cabe duda.

—James —dijo *Mrs.* Kipps casi en un susurro—. Después de todo, ¡quizá... sea verdad!

—¿Cuánto has dicho? —preguntó el viejo—. ¿Cuánto dices que has heredado?

La cosa estaba resultando emocionante, aunque distinto a como Kipps se lo había imaginado. Les contestó casi con humildad y les enseñó las pruebas documentales.

—Mil doscientas libras aproximadamente, fue lo que me dijo. Mil doscientas libras al año. Escribió el testamento poco antes de morir, hará cosa de un mes. Parece que fue entonces cuando cambió de opinión. Al menos eso me dijo *Mr.* Bean. Hasta ese día no había perdonado a su hijo, que murió en Australia hace muchos años. Ya sabéis que su hijo era mi padre. Pero cuando se puso enfermo y comprendió que iba a morir, empezó a preocuparse y a echar de menos a alguien de su propia sangre. Entonces dijo a *Mr.* Bean que él había tenido la culpa de que no se casaran. Y así fue cómo se le ocurrió nombrarme su heredero...

6

Horas después, con una vela en la mano, Kipps subía por la estrecha escalera hasta la pequeña habitación del desván que había sido su refugio durante los días de su infancia y de su juventud. La cabeza le daba vueltas. Había recibido consejos, advertencias, le habían halagado y felicitado, le habían dado *whisky* y agua con limón y azúcar, y se había brindado por él con ambas cosas. Su tío le aconsejaba que se dedicara a la política, y su tía tenía, por encima de todo, una gran preocupación.

—Temo que se case con alguien que esté por debajo de él.

—Debes irte a cazar al extranjero —aconsejó el viejo Kipps.

—Tu deber es casarte con una mujer de alto rango, Artie, no lo olvides.

—Habrá muchos jóvenes ociosos que estarán más que dispuestos a hacerse amigos tuyos, para acabar pidiéndote dinero prestado. Y después, si te he visto no me acuerdo.

—He de tener mucho cuidado —dijo Kipps—. Ya me lo advirtió *Mr.* Bean.

—Y has de tener también mucho cuidado con ese Bean —dijo su tío—. Es

posible que aquí en Nueva Romney estemos algo alejados del mundo, pero, no obstante, estoy enterado de que casi todos los abogados son unos trapisondistas. Sigue mi consejo y no te fíes de ese Bean, hijo mío. ¿Cómo podremos averiguar lo que está haciendo con tu dinero, en este mismo momento?

—Parecía muy honrado y respetable —dijo Kipps.

Ya en su habitación, se desnudó con lentitud sumido en sus meditaciones. ¡Veintiséis mil libras!

La preocupación de su tía había hecho que volviera a fijar la atención en ciertos asuntos que su nueva renta de mil doscientas libras al año habían borrado totalmente de su memoria. Sus pensamientos se concentraron en la clase de tallado en madera. ¡Mil doscientas libras al año! Se sentó en el borde de la cama y sus botas cayeron al suelo una detrás de otra, con ruido sordo. ¡Veintiséis mil libras! ¡Hum! Dejó caer al suelo la ropa que había llevado puesta y se metió en la cama. Después se cubrió con las mantas y apoyó la cabeza en la almohada que había sido la primera en conocer su amor por Ann Pornick. Pero no era en Ann en quien pensaba en aquel momento. Parecía estar pensando simultáneamente en todo lo que podía existir en el mundo... menos en Ann Pornick. Los acontecimientos del día pasaron y volvieron a pasar por su mente sobreexcitada. *Mr.* Bean dándole explicación tras explicación, el caballero del Banco que no había querido creerle, un penetrante olor a menta, el banjo. *Miss* Mergle diciendo que nadie mejor que él se merecía aquel golpe de suerte. Chitterlow desapareciendo al dar la vuelta a una esquina, la prudencia, las advertencias y los consejos de sus tíos. ¿De modo que su tía Molly temía que se casara con alguien que estuviera por debajo de él? Ella no sabía que...

Sus pensamientos se trasladaron a la clase de tallado y Kipps pudo verse a sí mismo dejando asombrados a todos al hacer un comentario con la más asombrosa naturalidad: «Acabo de heredar veintiséis mil libras...». Después declaró ante todos que siempre había amado a *Miss* Walshingham, siempre, y que por lo tanto había traído consigo las veintiséis mil libras para entregárselas allí mismo y en aquel momento. No pedía nada a cambio... No, no pedía nada a cambio. Le entregaría el dinero en un sobre y se marcharía. Naturalmente se quedaría con el banjo..., con un regalito para cada uno de sus tíos..., tal vez con un traje nuevo..., y con una o dos cosas más que Helen no echaría de menos. Al llegar a este punto sus pensamientos cambiaron de rumbo. Podía comprarse un coche, podía adquirir uno de esos aparatos que tocan por sí mismos el piano sólo con dar a unos pedales... ¡Buggins se quedaría con la boca abierta! Fingiría que había aprendido a tocar el piano. Podía comprarse una bicicleta y un traje de ciclista...

En su cerebro se amontonaron, atropellándose unos a otros, una multitud de planes, de cosas que podía hacer y sobre todo de imágenes de objetos que podía comprar. Cuando al fin se durmió pasó a sumirse en una serie de sueños desordenados, en uno de los cuales se veía conduciendo un coche de cuatro caballos por la colina de Sandgate mientras se decía: «He de tener mucho cuidado». Vestía

innumerables trajes, aunque por una razón desconocida todas las chaquetas, los chalecos y los pantalones eran distintos, con el resultado de que la gente se reía de él. El coche se desvaneció de sus sueños y los trajes le sustituyeron en el puesto de honor. Ahora llevaba pantalones de golf y un sombrero de seda. Este sueño pasó a convertirse en una pesadilla en la que se veía paseando por Folkestone con traje de escocés, con una falda que se encogía cada vez más y seguido de Sharford a quien acompañaban tres policías. «Es mi ayudante —repetía Sharford—. Se ha escapado. Le conozco bien. Decimos que son lavables, pero no lo son...». Sentía que la falda iba encogiéndose más y más y que ya le subía por las piernas. Quería tirar de ella hacia abajo, pero tenía los brazos paralizados. Lanzó un grito de desesperación. «¡Ahora!», exclamó Sharford. Se despertó sumido en un sudor frío, y descubrió que las mantas le habían caído al suelo.

Tuvo la impresión de que acababan de llamarle, de que había dormido más de lo debido y de que tenía que levantarse para ir a limpiar cristales. Después advirtió que todavía era de noche, que la luz provenía de la luna y que él no estaba ya en el almacén. Se preguntó dónde podría estar. Tenía la curiosa sensación de que el mundo había sido barrido y enrollado como una alfombra y de que se hallaba en el vacío. Entonces se preguntó si se había vuelto loco.

—¡Buggins! —exclamó.

No hubo respuesta. No oyó siquiera el ronquido que le era tan familiar. No había habitación, no había Buggins, no había nada...

Al fin la luz se hizo en su memoria. Permaneció durante un rato sentado al borde de la cama y si alguien hubiese podido verle entonces, hubiera advertido que estaba pálido y que sus ojos miraban aturridos y fijos al vacío. Al fin, exclamó con un hilo de voz:

—¡Veintiséis mil libras!

En aquel momento aquello le parecía el peor de los desastres.

Arregló la cama y se acostó de nuevo. No podía dormir. De pronto comprendió que ya no tendría jamás la obligación de levantarse con puntualidad a las siete de la mañana, y aquel hecho resplandeció en sus pensamientos como una estrella a través de un cielo de nubes. Era libre de seguir en la cama todo el tiempo que quisiera, de levantarse cuando quisiera, de ir donde quisiera. Podía tomar huevos todas las mañanas para desayunar, o pasta de arenques... Iba a dejar asombrada a *Miss Walshingham*.

Tan asombrada como lo estaba él...

Le despertó un tordo que cantaba alegremente al amanecer. La habitación estaba inundada por los rayos del sol. «¡Escucha! —Parecía decir el tordo—. ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Mil doscientas libras al año! ¡*Mil doscientas libras al año!* ¡Escucha! ¡Escucha!».

Kipps se sentó en la cama y se restregó los ojos con los nudillos. Después saltó al suelo y comenzó a vestirse apresuradamente. No quería perder tiempo en empezar su nueva vida

SEGUNDA PARTE

MR. COOTE O EL MENTOR

CAPÍTULO PRIMERO

LAS NUEVAS CONDICIONES

1

En los acontecimientos que tuvieron lugar a continuación toma parte muy principal una influencia buena, una figura amable y refinada, *Mr. Chester Coote*. El lector debe imaginárselo a punto de penetrar en esta historia, avanzando en dirección a la biblioteca pública, seguro de sí mismo, bien portado, con una cabeza de grandes proporciones (que ejerce un perfecto control y dominio sobre su cerebro poderoso) y llevando un gran sobre blanco en la mano huesuda. En la otra mano lleva un bastón con mango dorado. Viste un traje de color gris pálido, abrochado hasta el cuello, y de vez en cuando le da un golpe de tos. Posee una nariz prominente, ojos rasgados y grises y boca bien formada que en este momento está ligeramente entreabierta. Lleva el sombrero de paja algo inclinado hacia delante, mira directamente a los ojos a las personas con quien, se cruza y aparta la vista cuando le devuelven la mirada.

Ésta es la descripción de *Mr. Chester Coote* en la tarde en que se tropezó con *Kipps*. Se trata de una persona pulida y activa, de un caballero consciente de su deber, de la sociedad que le rodea y del aspecto serio de la vida. Desde los aficionados al teatro hasta los estudiantes de ciencia, pocas asociaciones podían valerse por sí solas, sin recurrir a él. Contribuía con su voz de bajo profundo, un poco temblorosa a veces, pero siempre rica y poderosa, al coro de *San Stylites*...

Ahora se dirige a la biblioteca pública, levanta el sombrero para saludar con él a un conocido, sonrío y entra en el edificio...

Y allí, en la biblioteca pública, es donde se encuentra con *Kipps*.

Para entonces hacía una semana o más que *Kipps* era rico, y el cambio de situación era ya visible en su persona. Llevaba un traje nuevo de franela, un sombrero panamá y una corbata roja y se apoyaba en un bastón con contera de plata y mango de carey. Se sentía un hombre muy distinto (quizá más distinto de lo que era en realidad) del empleado que había sido la semana anterior. Se sentía como creía que debían sentirse los duques, pero en el fondo experimentaba la misma humildad de siempre. Estaba apoyado en el bastón, estudiando el indicador con el mismo respeto con que lo había mirado desde hacía años. De pronto se volvió y encontróse con la sonrisa obsequiosa de *Coote*.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó *Mr. Chester Coote*.

Kipps se sintió de momento totalmente aturdido.

—Oh, he venido a dar una vuelta... —dijo al fin con lentitud.

El hecho de que Coote se hubiera dirigido a él con aquella familiaridad le recordó que ahora su posición social había cambiado.

—Sí, a dar una vuelta. No llevo más que tres días en Folkestone. Acabo de instalarme en mi nueva casa.

—¡Ah! No he tenido todavía la oportunidad de felicitarle por su buena fortuna.

Kipps le tendió la mano.

—Fue para mí una enorme sorpresa —dijo—. Cuando *Mr. Bean* me comunicó la noticia, creí que iba a desmayarme.

—Todo esto ha debido de significar un cambio tremendo para usted.

—¡Ya lo creo! ¿Un cambio? Mucho más que eso. De mí puede decirse, como del chico de esa canción que canta todo el mundo, que no sé siquiera dónde estoy.

—Un cambio extraordinario... —dijo *Mr. Coote*—. Me imagino perfectamente lo que siente. ¿Piensa quedarse en Folkestone?

—Sí, durante algún tiempo. Ya sabrá que tengo una casa, la que perteneció a mi abuelo. Estoy viviendo en ella, con la misma ama de llaves que tenía mi abuelo. Qué casualidad, ¿verdad?, que la casa estuviera aquí mismo...

—En efecto —asintió Coote llevándose la mano a la boca para toser.

—*Mr. Bean* me aconsejó que volviera aquí para atender a varias cosas. He estado hasta ahora en Nueva Romney, donde viven mis tíos. Pero resulta agradable volver. En cierto modo...

Hubo una pausa de unos minutos.

—¿Ha venido a sacar un libro? —preguntó Coote.

—Todavía no me he hecho socio, pero pienso hacerme, y dedicarme a la lectura. Éste ha sido uno de los deseos de toda mi vida. Precisamente estaba mirando este indicador. Es una magnífica idea. Explica todo lo que uno desea saber.

—Es muy sencillo —dijo Coote, tosiendo de nuevo y con los ojos fijos en Kipps.

Durante unos momentos permanecieron silenciosos. Era evidente que ninguno de los dos tenía muchos deseos de separarse del otro. Entonces Kipps recordó la idea que se le ocurriera uno o dos días atrás, no relacionada especialmente con Coote, sino con cualquier otro personaje como él.

—¿Está usted muy ocupado ahora?

—Acabo de terminar con las clases.

—Porque... ¿Querría venir conmigo a mi casa y acompañarme con un cigarro? —preguntó haciendo movimientos indicativos con la cabeza, mientras se sentía dominado por la horrible duda de si una invitación semejante no constituiría una enorme falta de etiqueta (¿sería aquélla una hora correcta para hacer una invitación?) —. Me sentiría muy honrado si accediera... —añadió.

Mr. Coote pidió a Kipps que le dispensara un instante para entregar el sobre a la

bibliotecaria. Luego declaró estar a su disposición. En la puerta se retrasaron unos segundos al insistir ambos en que el otro pasara delante, pero al fin se vieron en la calle.

—Al principio todo esto resulta muy extraño —dijo Kipps—. Sobre todo el verme instalado en una casa que me pertenece y disponer de las veinticuatro horas del día para hacer lo que se me antoje. No estoy acostumbrado a disfrutar de tiempo libre y casi no sé qué hacer con él. ¿Usted fuma? —preguntó de pronto sacando de la nada, como por arte de magia, una magnífica pitillera de piel de cerdo con adornos de oro. Coote titubeó y al fin rehusó el tabaco—. ¿De verdad no quiere fumar? —insistió Kipps con liberalidad.

Habiéndose convencido de que no era así, nuestro joven prosiguió su camino en silencio, preocupado principalmente por el efecto que causaría su traje nuevo y vigilando las reacciones de Coote con el rabillo del ojo.

—Ha sido una herencia grande, ¿verdad? Le da una renta de...

—Mil doscientas libras al año —contestó Kipps—. Algo más de mil doscientas libras al año.

—¿Piensa quedarse a vivir en Folkestone?

—Todavía no lo he decidido. Quizá me quede, o quizá no. Tengo una casa amueblada, pero es posible que la alquile.

—¿No ha hecho todavía ningún proyecto?

—Ninguno.

—La puesta de sol ha sido hoy muy hermosa —dijo Coote.

Kipps contestó que lo había sido, en efecto, pasando después a hablar en términos generales de los méritos de las puestas de sol. ¿Era Kipps aficionado a la pintura? No había pintado desde la infancia y no creía que ahora pudiera hacerlo. Coote le dijo que su hermana era pintora, y Kipps recibió aquella información con un profundo respeto. Coote afirmó después que muchas veces deseaba pintar él también, pero que era imposible hacerlo todo a la vez. También en aquello Kipps se mostró de acuerdo con él.

Habían llegado ya al puerto. Los dos jóvenes contemplaron el faro y los muelles moteados de luces, sobre el fondo grisáceo del mar.

—¡Si se pudiera pintar esto! —exclamó Coote.

Kipps echó la cabeza hacia atrás, la ladeó un poco, contempló el puerto guiñando un ojo y declaró que resultaría muy difícil hacerlo. Después Coote hizo un comentario, al parecer en un idioma extranjero. Kipps no contestó, limitándose a encender un nuevo cigarrillo con lo que quedaba del primero, todavía casi entero.

—Estoy completamente de acuerdo con usted... —contestó aspirando el humo.

Se dijo a sí mismo que hasta entonces había llevado bien su parte en el diálogo, pero que por momentos iba haciéndose necesario poner en juego una extremada discreción.

Dejaron atrás el puerto. Coote comentó que hacía un tiempo muy bueno y

apropiado para navegar. Luego preguntó a Kipps si había viajado mucho por mar. Kipps contestó que no había viajado «mucho», pero que tenía pensado hacer pronto un viajecito a Boulogne. Coote procedió entonces a ensalzar los encantos del viajar, mencionando de pasada un gran número de ciudades desconocidas para Kipps. Éste permanecía a la defensiva, pero sintió que detrás de sus defensas le invadía una profunda depresión. Fingir estaba muy bien, pero muy pronto se descubriría que él no sabía nada de todo aquello...

Hablando de aquel modo, se acercaron a la casa. Al llegar a la puerta Kipps comenzó a experimentar un profundo nerviosismo. Era una puerta maciza e impresionante. Llamó con el aldabón, no dando un golpe, ni dos, sino algo así como uno y medio..., como si con aquel medio golpe pidiera excusas a algo. Fueron admitidos por una irreprochable doncella ante la cual Kipps se encogió tímidamente. Colgó el sombrero y tropezó con todos los muebles del vestíbulo.

—¿Está encendido el fuego en el estudio, Mary? —Tuvo la osadía de preguntar.

Pero como evidentemente sabía que así era, condujo a su amigo al piso de arriba. Cuando fue a cerrar la puerta descubrió a su espalda a la doncella, que había acudido para encender la luz. Aquello le aturdió más aún y guardó silencio hasta que la puerta se cerró tras ella. Mientras tanto, para demostrar su sangre fría, se dirigió, tarareando, a la ventana.

Coote se acercó a la chimenea y contempló a su anfitrión. Se llevó una mano a la nuca y se acarició el occipucio, además que era en él característico.

—Bien, ¡aquí estamos! —dijo Kipps mirando a su alrededor con las manos metidas en los bolsillos.

Se trataba de una habitación decorada al estilo Victoriano. Del techo pendía una gran lámpara de gas. En una de las paredes había dos librerías con puertas de cristal, sobre la chimenea un espejo, y encuadraban la ventana cortinas de rico brocado. Encima de la chimenea descansaba un reloj de forma clásica, dos grandes jarrones de porcelana, varios ceniceros y una caja para cerillas de gran tamaño. En el sitio de preferencia, bajo la ventana, había un escritorio de palisandro. De la misma madera eran también las sillas y los demás muebles de la estancia.

—Esto —dijo Kipps hablando casi en voz baja— era el estudio de aquel caballero... Es decir, de mi abuelo. Solía sentarse a escribir en aquel escritorio.

—¿Libros?

—No. Cartas al *Times* y cosas así. Las había recortado todas y pegado después en un álbum... Creo que está en esa librería... ¿No quiere sentarse?

Coote así lo hizo y Kipps fue a situarse en el lugar que había quedado libre delante de la chimenea. Abrió las piernas y se esforzó por aparentar aplomo. La alfombra, la chimenea de mármol, el fuego y el espejo, todo contribuyó a darle un aspecto insignificante. Rodeado de aquellos objetos orgullosos y con su propia sombra dibujándose en la pared opuesta, parecía estar pensando que todo aquello era muy cómico y que se estaba burlando de él...

Durante algún tiempo Kipps siguió manteniéndose a la defensiva y fue Coote quien dirigió la conversación. En ningún momento tocaron el tema del enorme cambio que se había operado en la vida de Kipps, y Coote se dedicó a hacer comentarios sobre asuntos locales y sociales. «Ahora debe usted interesarse por estas cosas», fue todo lo que se atrevió a decir en aquel terreno resbaladizo.

Pero pronto se puso de manifiesto que Coote era una persona de amplia cultura social. Dijo que en Folkestone «la sociedad» estaba muy mezclada y que era muy difícil convencer a la gente para que unieran sus esfuerzos e hicieran algo útil. De vez en cuando, en medio de una frase, y de pasada, hacía alusiones a personajes de alto rango militar, y una vez incluso se refirió a una dama con título nobiliario. *Lady Punnet*.

No la nombró por esnobismo ni deliberadamente, sino como quien no quiere la cosa. Por lo visto, había hablado con *Lady Punnet* sobre cosas de teatro. Y también sobre algo relacionado con un hospital. La dama se había mostrado muy razonable y él muy firme en sus pretensiones.

—Agradecen que uno no se incline ante ellos, y entonces siempre son ellos los que ceden —explicó Coote.

Kipps dedujo también que su nuevo amigo estaba en términos de gran intimidad con el clero. Se refería a sus miembros como «mi amigo *Mr. Densmore*, vicario, y mi amigo el reverendo y honorable...», etcétera. Coote iba creciendo en importancia a los ojos de Kipps mientras iba diciendo aquellas cosas; se convertía, poco a poco, no sólo en el exponente de «Vagner o Vargner», en el hombre cuya hermana había pintado un cuadro que se exhibía en la Academia, en la encarnación de ese algo misterioso llamado «Cultura», sino como si dijéramos en un delegado, o al menos en un intermediario de ese mundo en el que existían lacayos y mayordomos, en el que se movían personajes con títulos nobiliarios, en el que la gente se vestía de etiqueta para cenar y bebía vino en las comidas, un vino que a menudo costaba tres peniques y tres chelines la botella..., de un mundo en el que, a través de una maraña de etiquetas, imperaban las más exóticas costumbres...

Coote se reclinó en la butaca fumando cómodamente, experimentando la satisfacción que le producía su evidente superioridad y *savoir faire*. Kipps estaba sentado en el borde de su butaca, atento a todas las palabras de su invitado y con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Imaginósele según iba sintiéndose más y más empequeñecido y vulgar en medio de sus nuevas posesiones... Sin embargo, aquella conversación era enormemente estimulante y, para él, llena de interés. Pronto se hizo menos general y más seria e íntima. Coote habló de personas que habían salido adelante y de otras que, por el contrario, no lo habían logrado; de personas que parecían estar en el centro de todo, y de otras con las que nadie parecía contar nunca

para nada. Por último, comenzó a hablar de Kipps.

—Usted se sentirá muy a gusto en sociedad —dijo de pronto con una sonrisa que hubiera causado admiración a un dentista.

—No lo sé —repuso Kipps.

—Naturalmente, quizá cometa algún error.

—Eso es lo que temo.

Coote encendió un nuevo cigarrillo.

—No puedo remediar sentirme interesado y curioso por lo que hará usted —comentó—. Por supuesto, un joven como usted, que de pronto se ve dueño de una fortuna, estará rodeado de tentaciones.

—He de tener cuidado. Eso fue lo primero que me dijo *Mr. Bean*.

Coote pasó entonces a hablar de los terribles abismos de la tentación, del juego y las malas compañías.

—Sí..., lo sé —asintió Kipps.

—Tendrá usted muchas dudas. Conozco a un joven con una brillante carrera, rico, agraciado y adorado por las mujeres, y que, sin embargo, es completamente escéptico. Un verdadero escéptico.

—¡Jesús! ¿Un ateo?

—Me temo que sí —dijo Coote—. En el fondo es un muchacho excelente, pero se ha dejado dominar por las tendencias modernas, por todo lo que se habla del superhombre. Nietzsche y todo eso... Me gustaría poder ayudarle.

—Sí —afirmó Kipps dejando caer la ceniza de su cigarrillo—. Yo también he conocido a un hombre así. Era uno de nuestros empleados. Nunca estaba contento. Se marchó del almacén. —Se detuvo un momento pensativo y después continuó—: Se alistó en el Ejército.

—¡Ah! —exclamó Coote—. Y, generalmente —añadió después de una breve pausa— eso suele ocurrirles a quienes más amamos, a los que son más inteligentes y a los que valen más.

—Es la tentación —concluyó Kipps.

Contempló a Coote, se inclinó hacia adelante, volvió a sacudir la ceniza del cigarrillo sobre la chimenea y prosiguió con tono solemne:

—Sí, eso es, uno se ve tentado sin tener tiempo para defenderse.

—¡La vida moderna es tan compleja...! —comentó Coote—. No todos somos fuertes. La mitad de los que siguen el camino equivocado no son malos en el fondo.

—¡Exacto! —asintió Kipps.

—Se ven influidos por el ambiente...

—Sí, sí, así es —Kipps se detuvo y reflexionó antes de continuar—. Yo conozco a un tipo muy curioso. Un actor que también escribe comedias y dramas. Un hombre muy listo, pero... —Dio a entender, con un movimiento de cabeza, que la moralidad de aquel individuo era bastante dudosa—. Naturalmente, la culpa la tiene la vida —añadió.

Coote fingió comprender el significado del comentario de Kipps.

—¿Vale la pena? —preguntó.

—Ésa es la cuestión —dijo Kipps. Guardó silencio y decidió continuar por aquel camino—. Empieza uno a hablar; luego, como la cosa más natural del mundo, se ofrece una copa, por ejemplo de *whisky* canadiense... Yo me he emborrachado —confesó con un tono de profunda humildad. Y añadió—: Muchas veces.

—¿Sí?

—Docenas de veces. —Kipps sonrió tristemente y añadió—: Últimamente. —Su imaginación se puso en movimiento y siguió hablando—. Una cosa conduce a la otra. El juego, las mujeres...

—Lo sé, lo sé... —convino Coote.

Kipps contempló el fuego y se ruborizó al pronunciar una frase que no hacía mucho había oído a Chitterlow.

—No se puede mentir cuando se ha pasado la edad de ir a la escuela.

—No, claro que no —asintió Coote.

Kipps le miró con expresión confidencial, y bajó la voz.

—La cosa no era tan grave cuando no tenía dinero, pero ahora tengo que sentar la cabeza...

—Es necesario —confirmó Coote con la misma solemnidad.

—Sí —dijo Kipps levantando las cejas y moviendo la cabeza de un lado para otro. Contempló el cigarrillo que tenía entre los dedos y lo arrojó a la chimenea. Empezaba a creer que al fin y al cabo estaba llevando la conversación bastante bien.

Pero Kipps nunca supo mentir de un modo convincente y, por lo tanto, él fue quien rompió primero el silencio.

—No quiero decir que haya sido un depravado ni tampoco un borracho empedernido. Habré bebido más de la cuenta dos o tres veces a lo sumo. ¡Pero ya es bastante!

—Yo no he probado el alcohol en toda mi vida —dijo Coote con franqueza—. ¡Nunca!

—¿No?

—Nunca. No es que tema poder llegar a emborracharme... No es eso. Y tampoco voy tan lejos como para decir que beber en pequeñas cantidades (por ejemplo, en las comidas) sea nocivo. Pero si yo bebiera, lo harían otros que no saben cuándo ha llegado el momento de dejar de beber.

—Exacto —dijo Kipps mirándole con profunda admiración.

—Naturalmente, fumo igual que los demás, como usted puede ver —admitió Coote—. No quiero parecerle un fariseo.

Kipps pensó entonces que aquel Coote era un muchacho excelente. No sólo era inteligente y educado y un caballero y conocía a *Lady Punnet*, sino que, además de todo, ello, era bueno. Parecía dedicar todo su tiempo y su voluntad a hacer bien a su prójimo. De pronto Kipps sintió el impulso de confiarse en él. Al principio dudó entre

declarar que sentía grandes deseos de ejercer el bien, tal como Coote había explicado, o seguir describiéndose como un ser depravado. Las dos cosas le resultaban atractivas. Por fin se decidió a adoptar la actitud de un libertino bien intencionado. Pero, de pronto, sus impulsos cambiaron totalmente de dirección. Acababa de ocurrírsele que Coote estaba en situación de hacer por él algo que le era muy necesario.

—Lo más difícil es elegir las amistades adecuadas —estaba diciendo su nuevo amigo.

—Exacto —contestó Kipps—. Naturalmente..., en mi nueva situación..., ahí está precisamente la dificultad.

Una vez abordado el tema, no le costó trabajo revelar la naturaleza de sus secretas preocupaciones. Sabía que le faltaba refinamiento y cultura. Lo sabía perfectamente. Pero ¿cómo podía conseguir ambas cosas? No conocía a nadie, no tenía amigos... Hizo una pausa significativa antes de continuar. Los compañeros de la tienda estaban muy bien, eran muy buenos chicos y todo lo demás. Pero no eran precisamente lo que él necesitaba.

—Me siento inferior, me siento distinto a los demás y, por lo tanto, nunca puedo estar tranquilo. Y si llega a presentarse la tentación...

—Exacto —dijo Coote.

Kipps le habló entonces del respeto que sentía hacia *Miss Walshingham* y su amiga la joven de las pecas, esforzándose por mostrarse natural.

—Me gustaría hablar con gente de esa clase, pero es imposible. Tengo miedo de que adviertan mi ignorancia.

—Es natural —dijo Coote—. Desde luego.

—Yo asistí a una escuela de la clase media, no vaya a creer que estuve en una de esas escuelas gratuitas —prosiguió Kipps—. Pero, de todas maneras, estaba muy lejos de ser un colegio de primera categoría. Al menos el maestro no se esforzaba mucho por enseñarnos. Si no queríamos aprender, no aprendíamos y no sucedía nada. Creo que al fin y al cabo aquella escuela no era mucho mejor que las nacionales. Ahora, con todo este dinero, me siento como un pez fuera del agua. Cuando la semana pasada me enteré de lo de la herencia, pensé al principio que tenía todo lo que deseaba. Pero ahora no sé qué hacer. —Miró a su amigo con gravedad y su voz se hizo más aguda al añadir—: Es inútil tratar de ser hipócrita. Yo sé que en el fondo soy un caballero.

Coote asintió con toda seriedad.

—Y tiene las responsabilidades de un caballero —dijo.

—Exacto. Por ejemplo, está la cuestión de las visitas. En muchas ocasiones no sé lo que debo hacer. Sobre todo cuando se trata de alguien a quien conocí anteriormente bajo otro plano distinto. —Kipps se echó a reír con nerviosismo—. Me siento exactamente igual que un pez fuera del agua —repitió fijando sus ojos en Coote.

Pero éste se limitó a indicarle que prosiguiera.

—El escritor de quien le hablé —prosiguió Kipps, pensativo— es un buen hombre, pero no lo que yo llamaría un caballero. Habré de tener mucho cuidado con él, o de lo contrario en poco tiempo acabaría haciendo un sinnúmero de locuras. Él es casi la única persona que conozco, aparte de los empleados de la tienda. Éstos han venido ya una vez a cenar aquí, y después de la cena les canté algunas canciones. Me he comprado un banjo, ¿sabe? Y he aprendido a tocarlo un poco, lo suficiente para acompañar canciones. Todo esto es, en cierto modo, muy divertido, pero ¿a qué conduce? Además, tengo que pensar en mis tíos, que son unas excelentes personas a las que quiero mucho. Es posible que sean un poco entrometidos y que se muestren demasiado inclinados a considerarme como un niño, pero esto carece de importancia. Sin embargo, no es eso lo que deseo. Siento que me he quedado atrás de todo y quiero recuperar el tiempo perdido. Quiero conocer a personas educadas, que sepan hacer las cosas como deben hacerse.

Aquella humildad hizo que Coote comenzara a experimentar una gran simpatía hacia su anfitrión.

—Si yo pudiera contar con alguien como usted y pudiera verle con regularidad... —insinuó Kipps.

Desde aquel punto la cosa resultó ya muy sencilla y comenzó a moverse como si fuera sobre ruedas.

—Si yo puedo serle útil... —ofreció Chester Coote.

—Pero usted está demasiado ocupado...

—No tanto como para no poder ayudarle. Mire usted, su caso es muy interesante. Ésta fue, en parte, la razón que me impulsó a hablarle en la biblioteca. Un hombre como usted, con su falta de experiencia y con todo este dinero...

—Exacto —afirmó Kipps.

—Cuando le conocí me dije que me gustaría oírle hablar y saber cómo piensa, y debo confesarle que pocas veces he sostenido con nadie una conversación tan interesante como la nuestra.

—No sé por qué me resulta fácil confiarme a usted —dijo Kipps.

—Eso me alegra y me enorgullece.

—Necesito un amigo en quien poder confiar.

—Si yo puedo...

—Sí, pero...

—También yo necesito un amigo.

—¿De verdad?

—Sí. Mira, querido Kipps... ¿Me permite que le llame así?

—Sí, sí, sigue.

—Yo también me siento muy solo. Lo de esta noche también a mí me ha hecho bien. No había hablado con nadie de mi trabajo con tanta libertad como lo he hecho aquí.

—¿No?

—No. De modo que si hay algo que yo pueda hacer para ayudarte a guiarte...
Coote exhibió todos los dientes al sonreír bondadosamente. Sus ojos brillaban.

—¡Chócala! —exclamó Kipps profundamente conmovido.

Los dos se pusieron en pie y se dieron la mano con emoción.

—Eres muy amable conmigo —dijo Kipps.

—Haré por ti todo lo que pueda —declaró Coote.

Y de este modo llegaron a un acuerdo. Desde aquel momento eran amigos, amigos íntimos, confidenciales, secretos. El resto de su conversación, que parecía que iba a ser interminable, no fue más que una reiteración de lo mismo. Aquella noche Kipps se confió totalmente a Coote, y éste se comportó como quien recibe una sagrada misión. La siniestra pasión por la pedagogía en la que suelen caer tan fatalmente las personas bien intencionadas, la infinita presunción que permite a un débil ser humano abrogarse la dirección de los asuntos de otro ser humano igualmente débil, se había adueñado de Coote. Convinieron que éste sería una especie de confesor y director espiritual de Kipps; había de ayudar a Kipps de mil maneras; había de hacer, en una palabra, de dama de compañía de Kipps para enseñarle todo cuanto ignorara y hacerle participar en una vida social más elevada y mejor. Había de mostrarle sus faltas y aconsejarle sobre lo que debía hacer.

—Hay muchas cosas que desconozco —dijo Kipps—. Por ejemplo, no sé cuál es el traje apropiado para cada momento, ni siquiera sé si ahora estoy vestido como requiere la etiqueta...

—Confía en mí —dijo Coote, afirmando con la cabeza para demostrar que comprendía perfectamente—. Yo te ayudaré.

Según iba avanzando la velada, la actitud de Coote cambió y fue convirtiéndose poco a poco en la de dueño y señor. Comenzó a poseerse de su papel y a estudiar a Kipps con afecto crítico. Era evidente que el nuevo orden de cosas le agradaba.

—Será muy interesante. Porque en ti hay buena madera, Kipps.

(Ahora terminaba ya cada frase diciendo «Kipps» o «mi querido Kipps» con un curioso tono autoritario).

—Sí, lo sé. Lo que ocurre es que hay muchísimas cosas que no comprendo. Ahí está lo malo.

Y siguieron hablando y hablando en este sentido. Kipps lo hacía ya con absoluta libertad. Hablaron de toda clase de cosas, especialmente del carácter de Kipps, sobre el cual éste se mostró dispuesto a dar a su mentor toda clase de información.

—Cuando estoy excitado, no me importaría hacer cualquier cosa.

—Yo soy así.

—No me gusta hacer cosas a escondidas.

—Siempre he sido muy franco.

Las llamas hacían cabriolas a su espalda y su sombra, dibujándose en el techo y en las paredes, parecía agitada por la risa.

Kipps se acostó por fin con la sensación de que había dejado solucionado un problema importante, y permaneció despierto durante largo rato. Se dijo que había sido muy afortunado. Sabía —Buggins, Carshot y Pearce se lo habían hecho ver claramente— que su posición en la vida había cambiado y que debía adaptarse a otro medio ambiente, pero esta adaptación le había parecido completamente fuera del alcance de sus posibilidades. Y ahora, de pronto, del modo más sencillo y natural, había dado con la persona que podía ayudarle a llevar a cabo tan necesaria adaptación. La cosa se había hecho posible. Seguía sin ser fácil, pero ya era posible.

Tenía muchas cosas que aprender, y, entre ellas, el modo de dirigirse a la gente y de saludar y una serie de leyes sociales que requerirían un gran esfuerzo intelectual por su parte. El hombre que rompiera una de tales leyes se convertiría en un proscrito social. ¿Cómo, por ejemplo, debía dirigirse a *Lady Punnet*? Entraba dentro de lo posible que algún día tuviera incluso que hacerlo. Quizá Coote se la presentara. «¡Santo Dios!», exclamó con voz alta con una mezcla de satisfacción y de terror. Se imaginó a sí mismo yendo a la tienda de Sharford a comprarse una corbata, o cualquier otra cosa, y decir delante de Buggins, Carshot, Pearce y todos los demás: «Voy a ver a mi amiga *Lady Punnet*...». Y quizá la cosa no acabara ahí. La imaginación de Kipps dio alas a su fantasía y llevado por ellas se elevó a altitudes poéticas y románticas...

Quizá algún día tuviera que conocer a la familia real. Después de todo..., mil doscientas libras al año es una cantidad que puede permitirle a uno subir muy alto. ¿Cómo tendría que hablar a los reyes? Seguramente tendría que ponerse de rodillas. Siguió desarrollando sus ideas y se perdió en toda clase de sueños. Una renta de más de mil libras al año le convertía automáticamente en un *Esquire*. ¿No es eso? Creía que sí. Y en tal caso, ¿no tendría que ser presentado a la Corte? Tendría que ponerse un traje de terciopelo y llevar una espada. ¡Qué cosa más curiosa debía de ser una Corte! Todo el día arrodillándose la gente y haciendo reverencias. ¿Y qué era lo que decía *Miss Mergle*? ¡Ah, sí! Hablaba de señoras con traje de ceremonia andando para atrás. Kipps sabía que en la Corte todo el mundo andaba para atrás cuando no estaban de rodillas. Aunque naturalmente debía de haber alguien que hablara de pie con el rey que hablaba con él como Kipps podía hablar con Buggins. Quizá fueran los duques los que lo hicieran, pero con permiso especial. ¿Y los millonarios? ¿Cómo le hablarían los millonarios?

Tal fue el proceso mental por el que aquel ciudadano libre de una República coronada pasó insensiblemente a soñar túrgidos sueños sobre el ascenso social que constituye la aspiración de gran parte de los súbditos británicos, y cuyo objetivo final consiste en pertenecer a una minoría que avanza retrocediendo y tiene por postura normal una espada inclinada.

A la mañana siguiente Kipps bajó a desayunar con expresión grave, la del hombre que lleva sobre los hombros el peso de una importante misión que cumplir en la vida.

Nuestro joven concedía un especial interés al desayuno. Diariamente se convertían entonces en realidad sus sueños más ambiciosos en materia de comida. En el almacén era costumbre suplementar con adquisiciones privadas la ración generosa, o mejor dicho, ilimitada de pan y margarina que Sharford concedía a sus empleados, lo que había dado a Kipps ideas muy definidas sobre lo que debía de ser un desayuno. Allí se tomaba una chuleta o dos, o un trozo de cordero (esto, según Buggins, se desayunaba en los grandes clubs londinenses), bacalao, arenques ahumados, tostadas con caviar, un par de huevos pasados por agua o revueltos, tocino, y de vez en cuando riñones o hígado. Además de esto, se hacía servir salchichas, queso, verduras y ostras. A aquello seguían latas de carne de muchas clases, rosbif, callos, mermelada y dos especies de jamón. Cuando había terminado, se sentaba rodeado de platos vacíos, fumaba un cigarrillo y contemplaba con beatífica aprobación todas las fuentes que cubrían la mesa. El desayuno era su comida principal. Se hallaba sentado, cigarrillo en mano, contemplando la habitación con la complacencia que da el haber efectuado una buena comida, cuando le trajeron la correspondencia.

Ésta fue muy abundante aquella mañana... Circulares, tarjetas, peticiones (porque su buena fortuna había trascendido a los periódicos) y una carta de un hombre de letras, pidiéndole una contribución de diez chelines para ayudar a combatir el socialismo. Con la carta le enviaba también un libro para dar más fuerza a su solicitud. El libro explicaba claramente la necesidad de que todos los propietarios tomaran inmediatamente la ofensiva, si querían que sus posesiones continuaran en su poder. Kipps se sumió en su lectura y comenzó a sentirse profundamente preocupado. Había también una carta de su tío diciendo que le resultaba muy difícil abandonar la tienda para hacerle otra visita, pero que había estado en Lydd el día anterior y había comprado unos cuantos libros antiguos que sería difícil encontrar en Folkestone. «Aquí no conocen el valor de estas cosas —le escribía el viejo Kipps—, pero puedes estar seguro de que son muy valiosas». Seguían unas líneas de carácter crematístico. «Uno de ellos tiene grabados, y es posible que el día menos pensado alguien te ofrezca por ellos una gran cantidad de dinero. Ten la seguridad de que constituyen la mejor inversión que puedes hacer...».

Su tío había sido siempre un adicto de las subastas, y la buena suerte de su sobrino había convertido lo que hasta entonces no había sido más que un deseo en una placentera realidad. El día en que hizo la compra y se atrevió a pujar por los libros, el viejo se había divertido mucho.

Mientras Kipps releía las peticiones de dinero, deseando tener el sentido común

que había sido siempre una de las cualidades de Buggins, le trajeron un paquete con los libros anunciados. Venían en un cajón de aspecto no muy seguro, cerrado con grandes clavos y atado con lo que el Ministerio de la Guerra británico hubiera reconocido inmediatamente como una de las cuerdas pertenecientes al ejército.

Kipps la cortó con un cuchillo de la mesa ayudándose con el atizador de la chimenea, y logró al fin extraer del cajón una gran cantidad de libros y otros objetos antiguos.

Había tres volúmenes encuadernados de los primeros números del *Chamber's Journal*, un ejemplar del anuario del *Punch* para 1875, las *Reflexiones* de Sturms, una primera edición (algo rara) de la *Geografía* de Gill, un volumen ilustrado sobre la curvatura espinal, *La Fisiología Humana* de Kirke, *Los Reyes de Escocia* y un librito sobre el lenguaje de las flores. Había también un grabado antiguo con su marco, una tetera de cobre, un par de despabiladores, una herradura de bronce, dos licoreras (una sin tapa), y lo que era probablemente un trozo de sonajero de un niño del siglo XVIII. Kipps examinó aquellos objetos uno por uno, deseando entender algo de antigüedades. Volviendo de nuevo a hojear la *Fisiología*, tropezó con una ilustración en la que un joven de agradable perfil exhibía todo su interior a la vista del público, con la mayor naturalidad. Aquél era, para el pobre Kipps, un nuevo aspecto de la humanidad, y durante algún tiempo lo contempló pensativo.

—¡Cuántos tubos! —exclamó asombrado.

La ilustración le hizo olvidar durante algún tiempo que «en el fondo era un caballero». Estaba todavía contemplando aquella extraordinaria fotografía cuando hizo su aparición (detrás de la criada) un nuevo personaje procedente de un mundo totalmente distinto de aquél a donde sus sueños habían conducido a Kipps la noche anterior. El hombre que hizo su aparición detrás de la criada era Chitterlow.

5

—¡**H**ola! —dijo Kipps poniéndose en pie.
—¿Está ocupado? —preguntó Chitterlow, sacudiendo la mano de su amigo y dejando caer la gorra de ciclista encima del aparador de madera tallada.

—Estaba hojeando estos libros.

—Leyendo, ¿eh? —Chitterlow dejó descansar por un momento la mirada sobre los libros y demás objetos, antes de continuar—: Esperaba que volviera cualquier noche por mi casa.

—Pensaba hacerlo —dijo Kipps—. Pensaba hacerlo anoche mismo, pero me encontré con un amigo...

Se dirigió a la chimenea, mientras Chitterlow se paseaba por el cuarto contemplando los objetos y disponiéndose a hablar.

—Desde la última vez que nos vimos he hecho muchas alteraciones en mi obra — dijo—. Ni usted mismo la reconocería.

—¿Qué obra es ésa, Chitterlow?

—Aquélla de que le hablé. ¿No se acuerda? Usted insinuó que quería comprar la mitad de los derechos. No me refiero a la tragedia. ¡No! No vendería los derechos del drama ni a mi propio hermano gemelo si lo tuviera. ¡No! Me refiero a la nueva comedia en que he estado ocupado. La de la escena del insecto.

—Ah, sí —dijo Kipps—. ¡Ya recuerdo!

—Sabía que no la olvidaría. Usted me dijo que invertiría en ella cien libras...

—Creo recordar algo...

—Bien, pues la he cambiado completamente. Le contaré los cambios. ¿Recuerda lo que me dijo usted sobre una mariposa? Sus ideas no estaban muy claras, ¿sabe...? Continuamente llamaba mariposa al insecto, y aquello, créalo o no, fue lo que me dio la inspiración. Lo he cambiado todo por completo. En vez de hacer que Popplewaddle... (buen nombre para una comedia; lo saqué de la Lista de Visitantes) tuviera un insecto en la nuca mientras estaba en una reunión, le he convertido en un coleccionista de mariposas. Un día encuentra un ejemplar verdaderamente interesante. —Chitterlow comenzó a accionar con gestos adecuados a sus palabras—. ¡Entró por la ventana! Se abalanza sobre ella intentando cogerla y olvida que no quiere que nadie sepa que está en la casa. Al fin entran todos y entonces dice que se trata de una mariposa rarísima que vale mucho dinero (como usted sabe, esto ocurre algunas veces). Después de aquello todos la persiguen. La mariposa no puede salir de la habitación... Como verá, la escena no es la misma. Y además...

Chitterlow se acercó confidencialmente a Kipps. Extendió una mano y la golpeó con los dedos de la otra.

—Y además he hecho otros cambios que podrían ser de Ibsen... Como en *El pato salvaje*, he hecho a la mujer más frívola y ella lo comprende. Cuando están persiguiendo a la mariposa, exclama: «¡Ésa soy yo!». *Ella* es la mariposa. Es realista, mucho más realista que *El pato salvaje*, ¡donde no hay siquiera un pato! Va a ser un gran éxito. Su inversión en la obra será una mina para usted, Kipps. No crea que se lo digo con ninguna doble intención. A mí me convenía en aquel momento vender y a usted le convenía comprar.

Chitterlow interrumpió su discurso para preguntar:

—¿No tendrá usted un poco de coñac? No es que quiera beber, pero necesitaría tomar una gota para recuperarme. Me duele un poco el hígado... Si no tiene, no se preocupe. No, no se preocupe. ¿Que tiene *whisky*? Es lo mismo. ¡Mejor aún para el hígado!

Kipps titubeó un momento, se volvió y abrió el aparador. Sacó de éste una botella de *whisky* y la colocó sobre la mesa. Después extrajo un botellín de soda y, tras una levísima vacilación, un segundo botellín para él. Chitterlow cogió la botella de *whisky* y leyó la etiqueta. «Viejo Matusalén». Kipps le entregó el sacacorchos y

después se llevó la mano al bigote.

—Ahora tendré que llamar para que nos traigan dos vasos —dijo.

Volvió a titubear y por fin se decidió a tocar el timbre. Cuando apareció la doncella, estaba una vez más de pie con las piernas abiertas, delante de la chimenea. Parecía desesperado.

Una vez apurados los *whiskies* (Chitterlow se sirvió un segundo vaso), Kipps sacó cigarrillos y reanudaron la conversación. Chitterlow recorría la estancia de un lado a otro. Explicó que se había tomado un día de vacaciones y que por eso había venido a visitar a Kipps. Cada vez que se le ocurría una modificación importante en la obra que estaba escribiendo, se tomaba un día de vacaciones y, por extraño que pudiera parecer, aquello le ahorra tiempo porque evitaba que se precipitara a escribir lo que quizá más tarde tuviera que destruir por inútil. No tenía sentido perder el tiempo en algo que luego tendría que rehacer.

Por último salieron a dar un paseo. Pasaron junto al sanatorio y llegaron hasta el trozo de campo lleno de cardos y zarzas, hasta la maleza de rosas silvestres y gayombas, que constituye uno de los mayores atractivos de Folkestone. Pasaron por allí y subieron a lo alto de las rocas que quedan a la izquierda, por un camino que inspiró a Chitterlow para pronunciar un canto de alabanza al alpinismo. De vez en cuando contemplaba el mar y las rocas con una ingenuidad tan infantil, que recordaba a Kipps sus primeros años en Nueva Romney y sus juegos de niños junto al mar. Pero sobre todo habló de su obsesión de comedias y dramas y de ese absurdo que tanta importancia tiene para sus seguidores, el arte. Era aquello algo que requería un gran número de explicaciones. Siguieron paseando, a veces el uno junto al otro y a veces uno tras otro, camino arriba, camino abajo, entre los zarzales o por el borde de las rocas, mirando a las aguas glaucas. Kipps, como siempre, se esforzaba por hallar la solución de pronunciar una palabra insignificante de vez en cuando; los ademanes de Chitterlow seguían siendo ampulosos, su voz se elevaba y descendía de volumen exponiendo ideas, sentando principios y desarrollando teorías.

Llegó a embarcarse nada menos que en la empresa de reformar el teatro británico, y Kipps se encontró, de pronto, clasificado entre otros aficionados opulentos, e incluso pertenecientes a la aristocracia (entre ellos el honorable Thomas Norgate), interesados en la realización práctica de los más altos ideales en lo referente al teatro. Sólo que Kipps comprendía con mayor claridad que los demás aquellas cosas y tenía la suerte de que, en lugar de ser engañado por los profesionales, Chitterlow estuviera a su lado. Kipps empezó a vislumbrar un rayo de luz entre aquella maraña de palabras. Estaba claro que había comprado la cuarta parte de una comedia (una verdadera mina de oro), y por lo visto era conveniente que comprara la mitad. Creyó advertir también la sombra de una insinuación de que lo mejor sería que comprara la comedia entera y la produjera por su cuenta. Por lo visto tenía que producir una comedia utilizando un sistema nuevo de derechos..., de lo cual él no entendía ni una palabra. A continuación Chitterlow expresó ciertas dudas sobre sí, después de todo,

aquella comedia bastaría para regenerar por sí misma el actual estado lamentable en que se hallaba sumido el teatro británico. Quizá más adecuado para aquel fin fuera el drama (todavía sin terminar) en el que Chitterlow exponía cuanto sabía sobre las mujeres y en el que la figura principal era un miembro de la nobleza rusa, personificación viviente de las cualidades fundamentales de Chitterlow. Kipps creyó entender después que tenía que producir varias obras. Kipps tendría que producir un gran número de obras teatrales. Kipps debía fundar un Teatro Nacional...

Es posible que Kipps hubiera desaprobado todo aquello si hubiera sabido cómo expresarse. De vez en cuando su rostro asumía una expresión meditativa, pero sus protestas internas no hicieron ninguna otra manifestación exterior.

Siempre en las garras de Chitterlow y de lo desconocido, Kipps se encontró de pronto frente a la casa de Fenchurch Street y allí se le hizo participar de la comida de mediodía. Entró en la casa olvidando ciertas confidencias y recordó la existencia de una *Mrs. Chitterlow* (la mejor voz de contralto de Inglaterra), al aparecer ésta en la puerta. Parecía mayor que Chitterlow, aunque probablemente no lo era, y su cabello era rojizo con vetas doradas. Vestía una de esas prendas indefinibles que pueden ser batas de noche, vestimenta casera o albornoz de baño, según las exigencias del momento (Kipps vio desde el primer instante que poseía un cuello blanco y mórbido, y sus brazos bien moldeados quedaban también completamente al descubierto). Sus ojos eran grandes y expresivos y Kipps los descubrió una y otra vez fijos en los suyos con expresión enigmática.

Sobre la mesita redonda de la habitación decorada con el espejo y las fotografías, se distribuyó con toda naturalidad una comida sencilla, pero suficiente para los tres. Cuando, siguiendo instrucciones de Chitterlow, se hubo echado mano de un plato que estaba en el armario debajo del bote de mermelada y se hubo buscado el único cuchillo que no tenía el mango flojo, para que lo utilizara Kipps, se sentaron a comer. Chitterlow comió con verdadero apetito, pero éste no entorpeció para nada el flujo de sus palabras. Había hecho las presentaciones entre su mujer y Kipps sin ninguna ceremonia. Era evidente que ella le conocía ya por referencias y, además, Chitterlow, le dio a entender que el objetivo principal de la reunión era llegar a un acuerdo para la producción de la comedia. Tampoco en sus modales utilizó el anfitrión ninguna ceremonia. Cuando *Mrs. Chitterlow*, que al principio tenía plena conciencia de sus deberes sociales, le reprendió por comer una patata con el cuchillo, su esposo contestó:

—¡No debiste casarte con un genio!

Era evidente que el talento de Chitterlow no se mantenía secreto en aquel hogar. Bebieron «Viejo Matusalén» con sifón y nadie hizo el menor movimiento para llevarse los platos usados. Éstos continuaron encima de la mesa. *Mrs. Chitterlow* cogió la bolsita de tabaco de su marido, lió un cigarrillo y se puso a fumar sin dejar de mirar a Kipps con sus grandes ojos castaños. Kipps había visto fumar de vez en cuando a una mujer, pero no de aquel modo. Comenzó a asustarse. Se dijo que no

debió dar pie a aquella señora... al menos en presencia de Chitterlow.

Los tres se sentían muy optimistas y Chitterlow se puso a alabar a Kipps con voz sonora. Dijo que desde el principio se había dado cuenta de que Kipps era un joven excelente, que lo había advertido casi antes de que se levantara del barro en aquella noche memorable.

—Para estas cosas tengo un sexto sentido. Por eso...

Se interrumpió, pero evidentemente quiso dar a entender que su seguridad de que Kipps era un joven excelente, fue lo que le movió a convertirle en un hombre rico. Pronunció un gran número de frases de tono filosófico e incoherente sobre la teoría de las coincidencias. Consideraba que la crítica teatral estaba decayendo por días...

A eso de las cuatro de la tarde, Kipps se encontró solo, sentado en un banco frente al puerto. Chitterlow tenía un exceso de personalidad. Se llenó de aire los pulmones y resopló. No cabía duda de que esto era conocer la vida, pero... ¿había deseado acaso conocer la vida aquel mismo día? En cierto modo Chitterlow le había interrumpido al aparecer en su casa. Los proyectos que Kipps se había trazado para aquel día habían sido completamente distintos. Tenía pensado leer un libro que le había enviado Coote referente a las cosas que debía evitar, un libro para él de valor incalculable, en el que estaban contenidas todas las reglas del buen comportamiento según las normas inglesas. Tenía un único defecto, aunque pequeño: estaba ligeramente pasado de moda.

Recordó entonces que había pensado hacer una visita de cumplido a los Coote, como ensayo para la que haría muy pronto a los Walshingham. Pero ya era demasiado tarde.

Volviendo a Chitterlow, tendría que decirle inmediatamente que estaba dando demasiadas cosas por sentadas. Sí, tendría que decírselo así. Aunque no resultaba tan fácil hacerlo en su presencia como cuando estaba solo. Eso de dedicarse a producir y fundar un teatro, etc., era ir demasiado lejos.

No le parecía mal contribuir con la cuarta parte de lo que le pidió Chitterlow, y aun así... ¡cien libras! ¿Resistiría su fortuna la entrega de cien libras?

Tuvo que recordarse a sí mismo que, en cierto sentido, Chitterlow había sido el instrumento de que se sirviera el destino para poner en sus manos aquella fortuna.

No debes juzgarle con demasiada severidad, lector. Para Kipps no existía todavía el sentido de la proporción en estos asuntos. Cien libras le parecían una cantidad tan enorme como el total de cualquier gran fortuna.

CAPÍTULO II

LOS WALSHINGHAM

1

Los Coote vivían en la plaza de Bouverie, en una casita cuya fachada principal estaba cubierta de enredaderas.

Kipps no había acabado de decidir si sería conveniente dar uno o dos golpes con el llamador, pero afortunadamente la casa tenía timbre y no hubo problema.

Le hizo pasar una sirvienta tocada con un gran gorro blanco, que le introdujo en una salita decorada con un piano negro con adornos dorados, una librería cubierta de cristal, un diván de estilo morisco y un gran espejo sobre la chimenea, toda la cual estaba llena de adornos y fotografías. En el marco del espejo se veían incrustadas una serie de invitaciones para reuniones de varios tipos, y una lista de los miembros del club de *criquet* local, con el nombre de Coote como vicepresidente. Sobre la librería había un busto de Beethoven, y las paredes aparecían cubiertas con varios paisajes en óleo y acuarela, todos ellos con marcos dorados. En un extremo de la habitación y frente a la luz, se veía el retrato de una persona a quien al principio tomó Kipps por el propio Coote con gafas y vestido de mujer. Pero después decidió que debía tratarse de su madre. Sin embargo, pronto hizo su aparición el original en cuestión y el visitante descubrió que se trataba de la única hermana de su amigo, que vivía con él y le llevaba la casa. Tenía el pelo recogido en la nuca en un gran moño, al ver el cual Kipps se explicó el frecuente y característico ademán de Coote de llevarse la mano a la parte de atrás de la cabeza con gesto exploratorio. Pero instantáneamente se dijo que aquella era una idea descabellada.

—¿Mr. Kipps? —dijo la recién llegada.

Kipps contestó sonriendo que así era y entonces ella le dijo que Chester se había ido a la Escuela de Arte y que volvería en seguida. Preguntó después a Kipps si sabía pintar y le mostró las pinturas de las paredes. Kipps quiso saber de dónde era cada una, y cuando ella le explicó que una de las acuarelas representaba las rocas de las afueras de Folkestone, el joven declaró que nunca las hubiera reconocido.

—Pero son muy bonitas —añadió—. ¿Las ha pintado usted?

Contempló el cuadro con el cuello inclinado como el de un cisne y se acercó para verlo mejor.

—Sí, son muy bonitas —repitió—. Me gustaría saber pintar.

—Eso es lo que dice Chester —repuso ella—. Pero yo le digo que hay otras cosas más útiles que hacer.

En tan agradable conversación se hallaban sumidos, cuando Coote volvió de la Escuela de Arte. Entonces dejaron sola a la mujer y subieron juntos al piso superior, donde pasaron largo rato hablando de libros y de las reglas de la vida y la sociedad. O, para ser exactos, fue Coote quien habló y expuso sus teorías acerca del pensamiento y las lecturas...

El estudio de Coote consistía en realidad en un reducido dormitorio amueblado como un estudio. Sobre la chimenea se exhibían varias cosas que él creía indicativas de cultura y refinamiento: un autotipo de «La Anunciación» de Rossetti, un autotipo del «Minotauro» de Watts, una gran pipa grabada en madera, de fabricación suiza, una fotografía de la catedral de Amiens, un busto frenológico y unos cuantos fósiles. Una librería contenía la décima edición de la Enciclopedia Británica y una cuantas revistas, y encima de ella se veía una caja de cigarrillos. Bajo la ventana había una mesita y encima de ésta un pequeño microscopio, unos polvillos en un plato y unos pedacitos de cristal. Porque Coote era un aficionado a la biología. La pared más larga de la habitación estaba cubierta con estanterías, y dentro de éstas, una colección de libros que no envidiaba a cualquiera de las que exhiben las bibliotecas públicas. Había una gran abundancia de clásicos, novelas que habían alcanzado un éxito contemporáneo, antiguos libros de texto, guías, el Atlas del *Times*, las obras completas de Ruskin, las de Tennyson también completas y encuadernadas en un solo volumen. Longfellow, Charles Kingsley, Smiles, un anuario o dos, varios folletos médicos, revistas atrasadas de varias clases y una serie de escritos sin valor alguno..., en resumen, un compendio del pensamiento británico contemporáneo. Y frente a todo aquello Kipps permaneció mudo de admiración y de respeto y, al menos por el momento, dispuesto a ilustrarse, mientras Coote, el ejemplar Coote, le hablaba de sus lecturas y de la virtud de los libros.

—Nada ensancha tanto el pensamiento como el viaje, el viaje y la lectura... —dijo Coote—. Y ambas cosas, ¡son tan fáciles de conseguir hoy en día y tan baratas!

—Leer ha sido siempre una de mis aspiraciones —replicó Kipps.

—No puedes figurarte el bien que hacen los libros. Siempre que evites, naturalmente, lo que no vale la pena. Deberías hacerte el propósito, Kipps, de leer un libro serio a la semana. Desde luego se puede aprender también en las novelas, pero no lo mismo que se aprende con la lectura seria. Yo hice hace tiempo el propósito de leer un libro serio y una novela a la semana. En esa mesa está lo que he leído últimamente: *Sartor Resartus*, *La vida acuática*, de Mrs. Twaddletome, *Grandes escoceses*, *Vida y cartas de Dean Farrar*...

2

El fin llegó hasta ellos el sonido del gong y Kipps descendió para tomar el té, sumido

A en un estado de nerviosa aprensión ante las dificultades con que tendrían que enfrentarse para comer y beber en compañía, sin faltar a la etiqueta. Por encima del hombro de Coote vio que había una cuarta persona sentada en el diván, y al volverse, dejando sin terminar una frase que estaba dirigiendo a *Miss Coote* referente a su respeto por la literatura, descubrió que la cuarta persona era *Miss Helen Walshingham*, que estaba sin sombrero y con el mismo aplomo que si se hallara en su casa. Inmediatamente se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Está usted viviendo en Folkestone, *Mr. Kipps*?

—Sí, tengo aquí unos asuntos —respondió *Kipps*—. Creí que estaba usted en Brujas.

—No nos vamos por ahora. Estamos esperando a que mi hermano tenga vacaciones y entonces procuraremos alquilar nuestra casa. ¿Dónde vive usted en Folkestone?

—Tengo una casa cerca del puerto.

—Esta tarde me he enterado de su cambio de fortuna.

—¿Verdad que es asombroso? —dijo *Kipps*—. Todavía no me he acostumbrado del todo. Cuando *Mr. Bean* me lo dijo, estuve a punto de desmayarme... Ha sido un cambio absoluto en mi vida.

Miss Coote le estaba preguntando en aquel momento si tomaba leche y azúcar con el té.

—Me da igual. Como usted quiera.

Coote se mostraba muy activo ofreciendo a todos pan y mantequilla. Las tostadas eran muy finas y muy tiernas. La mitad del pedazo que cogió *Kipps* cayó al suelo. Lo había estado sujetando por el borde, porque no estaba acostumbrado a aquel método de tomar el té, sin platos o mesa. Aquel pequeño incidente le dejó mudo durante algún tiempo y ni siquiera logró enterarse de la conversación. Cuando por último pudo recobrase de su azoramiento, los otros tres estaban hablando de una persona prodigiosa, a quien muy pronto tendrían el privilegio de escuchar, que, por lo visto, se llamaba «Padrooski». *Kipps*, sentado muy rígido en su silla, se tragó lo que quedaba de su tostada, rehusó cuando volvieron a ofrecerle y de aquel modo fue capaz de manejar con mayor soltura la taza y el plato de té.

Aparte de la confusión que le producía aquella función social de tomar el té, se hallaba en un estado de trémula agitación debido a la presencia de *Miss Walshingham*. Pasó la mirada de *Miss Coote* a su hermano, para dejarla por último reposar en Helen y no dejó de contemplarla mientras sorbía el té por el borde de la taza. Allí estaba su amada en carne y hueso. Era maravillosa. Contempló, como lo había contemplado tantas veces, el abundante cabello negro que le caía por encima de las orejas, la forma de sus manos y la delicada línea de su frente.

De pronto ella volvió la vista hacia él y le sonrió.

—¿Asistirá usted al recital? —le preguntó.

—Si estoy en Folkestone, desde luego iré —dijo *Kipps* después de aclararse la

garganta—. No entiendo mucho de música, pero me gusta escucharla.

—Estoy segura de que le gustará Paderewski.

—Si a usted le gusta, me gustará a mí.

En aquel momento Coote le liberó amablemente de la taza y el platillo.

—¿Ha decidido usted vivir para siempre en Folkestone? —preguntó *Miss Coote*, desde su puesto junto a la chimenea.

—No —dijo Kipps—. Todavía no he decidido nada.

Añadió que deseaba viajar un poco antes de instalarse definitivamente en ningún sitio.

—¡Hay tantas cosas que considerar! —exclamó Coote llevándose la mano a la nuca.

—Es posible que vuelva a Nueva Romney, donde viven mis tíos —dijo Kipps—. En realidad no tengo nada decidido.

Helen le contempló pensativa durante un momento.

—Tiene que venir a visitarnos antes de que nos vayamos a Brujas —le dijo.

—Será un placer para mí. Es usted muy amable.

—Sí, venga a vemos.

De pronto se puso en pie, sin dar tiempo a Kipps para preguntarle cuál sería el día y el momento más oportuno para hacer su visita.

—¿Está segura de que no necesita esa caja de di bujo? —preguntó Helen a *Miss Coote*.

Ya era demasiado tarde para volver a hablar del asunto. Cuando se hubo despedido de *Miss Walshingham*, Kipps volvió a subir al estudio con Coote para elegir ciertos libros entre los que mencionaron anteriormente.

Poco después, Kipps se dirigía a su casa llevando bajo el brazo los siguientes títulos: *Sésamo y las lilas*. *Sir George Tressady* y un libro de autor desconocido llamado *Vitalidad*, que Coote tenía en gran estima.

Al llegar a su propia sala de estar, abrió *Sésamo y las lilas* y se sumió en la lectura durante algún tiempo.

3

Pronto, sin embargo, se reclinó sobre el respaldo de su butaca y se dedicó a intentar imaginarse lo que

Miss Walshingham habría pensado de él. Sintió que le invadía la duda de si el traje de franela gris habría estado adecuado para la ocasión. Se volvió hacia el espejo que había sobre la chimenea y después se subió a una silla para poder contemplar el corte de los pantalones. No estaban mal. Afortunadamente ella no le había visto el sombrero. Kipps sabía que el ala estaba mal doblada, pero no había logrado averiguar

de qué modo y hasta qué punto debía inclinarse. Pero, en fin, ella no lo había visto. Iría a preguntarlo a la tienda donde lo compró.

Contempló largamente la imagen de su cara en el espejo sin acabar de decidir si le gustaba o no, y por fin descendió de la silla y se acercó a una mesita sobre la que reposaban dos libros muy importantes uno de ellos encuadernado en rojo y oro y el otro en piel verde. El primero se titulaba *Modales y reglas de la buena sociedad*, cuyo autor era un miembro de la aristocracia. Debajo del título se leían las palabras «Vigésima edición». El segundo era ese admirable clásico que se titula *El arte de conversar*. Kipps volvió con ellos a su asiento, abrió el segundo lanzando un suspiro y se reclinó para atrás. Después, con el ceño fruncido, comenzó a leer para sí moviendo los labios, desde el sitio donde tenía trazada una señal.

«Habiéndose posesionado de este modo de una idea, el barquichuelo no debe enviarse repentinamente a alta mar, sino que debe permitírsele que se deslice con suavidad a lo largo de la costa; es decir, que no debe comenzarse una conversación exponiendo un hecho desnudo, o expresando didácticamente una opinión, puesto que, de hacerlo así, el tema quedaría agotado completamente, recibiendo, por lo tanto, el conversador, por toda respuesta, un “Verdad” o “En efecto”, u otra palabra cualquiera igualmente corta. Si la persona a quien se dirigió el comentario mantiene una opinión opuesta, no debe expresarla como contradicción directa. El fin deseado es deslizarse imperceptiblemente en la conversación...».

Al llegar a este punto, Kipps introdujo los dedos por entre el cabello con expresión de profunda perplejidad y volvió a leer todo el párrafo desde el principio.

4

Cuando Kipps fue a visitar a los Walshingham, todo ocurrió de una manera tan distinta a la descrita en *Modales y reglas de la buena sociedad* que desde el principio se sintió aturdido. En lugar del criado o la criada que el libro indicaba, fue la propia Miss Walshingham en persona quien le abrió la puerta.

—¡Cuánto me alegro de verle! —exclamó dedicándole una de sus encantadoras sonrisas, y haciéndose a un lado para permitirle que pasara al estrecho pasillo que servía de vestíbulo.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió hacerle una visita —dijo Kipps, sin soltar de la mano el sombrero ni el bastón.

La joven cerró la puerta y le condujo a una pequeña salita que a Kipps le pareció de tamaño más reducido que la de los Coote y en la que al principio no distinguió más que un jarrón de cobre con un ramo de amapolas.

—Espero que el entrar en casa sin que esté mi madre no vaya en contra de sus principios, *Mr.* Kipps. Da la casualidad que ha salido esta tarde.

—Si a usted no le importa, tampoco a mí —repuso Kipps sonriendo amablemente.

Ella dio la vuelta a la mesa y permaneció contemplándole desde allí con la misma mezcla de especulativa curiosidad y de aprobación que recordaba haber visto en sus ojos durante la última clase a que asistiera.

—Me he preguntado varias veces si vendría a visitarnos antes de abandonar Folkestone.

—No pienso abandonar Folkestone por el momento, pero de todos modos no hubiera dejado de venir a verla.

—Mi madre lamentará haber salido. Le he hablado de usted y sé que desea conocerle.

—La vi el día que fue usted a la tienda..., si es que se trataba de ella.

—¡Ah, sí, sí, es cierto! Ha salido a hacer varias visitas de cumplido y yo no la he acompañado porque tenía mucho que escribir. Yo escribo un poco, ¿sabe usted?

—¿De veras?

—Cosas sin importancia. —La joven lanzó una mirada a un escritorio que, situado debajo de la ventana, estaba cubierto de papeles—. Hay que hacer algo para entretenerse.

Se interrumpió y se dirigió a la ventana. Kipps atravesó la habitación y se acercó a ella.

—¿Ha visto el paisaje que tenemos? Nuestra casa da a la plaza... En fin, no puedo quejarme; podría ser peor. Aquel puesto es horrible y también lo son los raíles, pero aun esto es preferible a hallarse frente a frente con nuestra réplica social, ¿no cree? En la primavera resulta muy agradable y también en el otoño.

—A mí me gusta —dijo Kipps—. Esas flores son muy bonitas.

—De vez en cuando los niños las arrancan.

—Sí, supongo que sí.

Kipps se apoyó en su bastón mientras contemplaba la plaza. Helen le lanzó una mirada rápida. Kipps se acordó entonces de una idea que había leído en *El arte de conversar*.

—¿Tienen jardín? —preguntó.

—Uno muy pequeño —repuso ella encogiéndose de hombros—. ¿Quiere que se lo enseñe?

—A mí me gusta mucho la jardinería —dijo Kipps pensando en las verduras que plantara muchos años atrás en el patio de la casa de su tío.

Miss Walshingham le condujo hasta el jardín, sintiéndose secretamente aliviada.

Atravesaron una puerta de cristales y salieron a un pequeño mirador con varios escalones que conducían al jardín. Éste era tan diminuto que apenas cabía en él un macizo de flores. En un rincón se elevaba un tupido sauce llorón. Pero las primeras flores de junio, grandes narcisos y una profusa cantidad de margaritas florecían con vivos colores.

—Éste es nuestro jardín —dijo Helen—. No es muy grande, ¿verdad?

—Es encantador —repuso Kipps.

—Es pequeño..., «pero éste es el día de las cosas pequeñas...».

Kipps no comprendió lo que aquello quería decir.

—Si estaba escribiendo cuando vine, la habré interrumpido —dijo.

Helen se volvió a mirarle y apoyó las manos sobre el borde del mirador.

—Había terminado. No sabía cómo seguir.

—¿Estaba inventando algo? —preguntó Kipps.

Hubo una breve pausa antes de que ella contestara con una sonrisa.

—Intento escribir cuentos... Es necesario tener una ocupación. No sé si algún día escribiré algo que valga la pena... Ahora que mi hermano se ha ido a Londres, tengo mucho más tiempo libre para dedicarlo a escribir.

—Yo he visto alguna vez a su hermano, ¿verdad?

—Acudió a la clase una o dos veces, de modo que probablemente le habrá visto allí. Se ha ido a Londres para examinarse y sacar el título de abogado. Supongo que cuando lo saque, eso será para él una oportunidad de salir adelante en la vida. Es más afortunado que yo.

—Usted tiene sus clases y todo lo demás.

—Que no me satisface. Supongo que soy una persona muy ambiciosa. Los dos lo somos —añadió contemplando por encima del hombro el reducido jardín.

—Yo diría que usted puede hacer todo lo que quiera —dijo Kipps.

—Pues se equivoca. No puedo hacer nada de lo que quiero.

—Ya ha hecho bastante.

—¿Qué he hecho?

—¿No pasó un examen en la universidad?

—¡Bah!

—Yo estaría orgulloso si hubiera podido hacerlo —dijo Kipps.

—*Mr. Kipps*, ¿sabe usted cuántas personas sacan un título en la Universidad de Londres todos los años?

—¿Cuántas?

—Entre dos y tres mil.

—Bueno, ¡pues piense en todas las que no lo sacan!

Helen se echó a reír.

—¡Oh, éstos no cuentan! —exclamó. Pero comprendiendo que aquello podía ofender a Kipps si le daba tiempo para digerirlo, añadió—: El hecho es que soy una mujer descontenta, *Mr. Kipps*. Folkestone es un lugar en el que la gente es calificada según su prosperidad económica. Nosotros no somos una familia próspera. Vivimos en una calle lateral. Tenemos que vivir aquí porque ésta es nuestra casa, y podemos dar gracias a Dios por no vernos obligados a alquilar habitaciones. Pero, de todas formas, mi hermano y yo sentimos que no se nos ha dado una oportunidad en la vida. Es posible que, de haberla tenido, no la hubiéramos utilizado, pero...

Kipps iba sintiéndose cada vez más halagado al ver que ella le consideraba digno de su confianza.

—Exacto —dijo. Se apoyó en su bastón y añadió con tono convencido—: De todas formas, sigo creyendo que usted podría hacer todo lo que se propusiera.

Helen hizo un gesto negativo con la mano.

—Lo sé —repitió Kipps moviendo la cabeza—. He tenido ocasión de observarla durante las clases de tallado en madera.

Por alguna razón desconocida aquello hizo reír a la joven, y Kipps se dijo que, después de todo, llevaba camino de convertirse en un conversador ingenioso y elocuente.

—No cabe duda de que es usted una de las pocas personas que creen en mí, *Mr. Kipps*.

—¡Claro que sí, desde luego!

En aquel momento llegó hasta ellos el eco de los pasos de *Mrs. Walshingham* que se aproximaba por el pasillo. Un momento después atravesaba la puerta de cristales y aparecía ante ellos con el mismo sombrero que llevaba el día que entró en el almacén de Sharford. Kipps sintió cierta aprensión a pesar de las seguridades que le había dado Coote.

—*Mr. Kipps* ha venido a hacernos una visita —explicó Helen.

Mrs. Walshingham dijo que había sido muy amable por parte de Kipps y añadió que últimamente no recibían muchas visitas. Su actitud era muy distinta de la que había asumido aquel día en la tienda. Kipps se dijo que quizá se hubiera enterado de que ahora era un caballero. En la tienda le había producido la impresión de ser una persona envarada y altiva, pero no bien le hubo dado la mano, a cuyo contacto respondió la dama con una presión amistosa, comprendió que se había equivocado en su juicio. *Mrs. Walshingham* explicó a su hija que *Mrs. Wace* no estaba en casa y a continuación se volvió hacia Kipps y le preguntó si había tomado el té. Kipps contestó que no y Helen desapareció en el interior de la casa.

—¡Pero, por Dios —protestó Kipps—, no se molesten por mí, se lo suplico...!

Pero Helen ya se había marchado y se encontró solo con *Mrs. Walshingham*, lo que, naturalmente, le azoró durante algunos minutos.

—¿Era usted uno de los discípulos de Helen? —preguntó la dueña de la casa observándole con la superioridad inherente a su posición.

—Sí —repuso Kipps—. Así fue como tuve el placer...

—Helen se interesa mucho por su clase de tallado en madera. Mi hija es una persona llena de energía y la clase es para ella como una válvula de escape.

—Yo opino que es una magnífica profesora.

—Todo el mundo dice lo mismo. Yo creo sinceramente que Helen haría bien todo lo que se propusiera. Es muy inteligente y se entrega a lo que hace en cuerpo y alma.

Mrs. Walshingham se desató la cinta del sombrero con simpática naturalidad.

—Me ha contado muchas cosas de la clase, entre ellas todo lo que pasó aquel día

que usted se cortó la mano.

—¿En serio le contó eso?

—Sí. Y me dijo que había sido usted muy valiente.

(En realidad el único comentario de Helen había sido que aquel muchacho tenía gran facilidad para la coagulación de la sangre).

Kipps se ruborizó.

—Me dijo que no se quejó usted ni una sola vez.

Kipps pensó que tendría que pasarse varias semanas aprendiéndose de memoria *El arte de conversar*. Seguía todavía turbado cuando apareció Helen, trayendo en una bandeja todo lo necesario para tomar el té.

—¿Quiere hacer el favor de acercar la mesa? —rogó *Mrs. Walshingham*.

Aquello le hizo sentirse más a gusto. Kipps dejó el sombrero y el bastón en un rincón y acercó una mesita de hierro, pintada de verde. Después siguió a Helen al interior de la casa, a fin de traer las sillas necesarias.

En cuanto se hubo librado de la taza y el platillo del té (rehusó tomar nada sólido y afortunadamente ellas no insistieron), se sintió como en su casa. Pronto se puso a hablar con toda sencillez sobre su cambio de situación, sus dificultades y sus planes. Les mostró lo que parecía ser toda su alma. Antes de que pasara mucho tiempo, ellas se habían acostumbrado a su acento y empezaban a darse cuenta de lo que la muchacha de las pecas había advertido mucho antes, es decir, de que Kipps tenía cierto atractivo.

El muchacho hizo confidencias y expuso sus problemas, sin perder ni un momento su tono de admiración y respeto hacia las dueñas de la casa.

Permaneció allí casi dos horas, olvidando lo incorrecto que es hacer una visita de tanta duración. Pero ni a *Mrs.* ni a *Miss Walshingham* les importó en absoluto.

CAPÍTULO III

PROMETIDO

1

A los dos meses de aquello, a los cincuenta y tres días, para ser exactos, Kipps había visto convertirse en realidad los más ambiciosos deseos de su corazón.

Esto se hizo posible cuando los Walshingham decidieron (aparentemente intrigados por Coote) no pasar por fin las vacaciones en Brujas, sino quedarse en Folkestone. Fue esta afortunada casualidad la que ofreció a Kipps las oportunidades necesarias.

El día de su triunfo fueron a Lympne, mucho antes de que el verano comenzara siquiera a vislumbrar su fin, es decir, mientras el mes de agosto estaba en todo su esplendor. Habían organizado una excursión por el antiguo canal militar de Hythe. Después almorzarían en el puente de ladrillos, para subir por último al castillo de Lympne. El huésped de honor, todos lo sabían sin decirlo, era Kipps.

Formaban un grupo bullicioso. El canal estaba lleno de hierba y tenía muy poca agua, por lo que se repartieron en tres canoas. El primer deporte que Kipps había abrazado era el remo y el segundo el ciclismo (todavía le faltaban tres o cuatro de las diez lecciones que se había comprometido a tomar). Kipps no remaba nada mal y sus músculos, fortalecidos por muchos años de mover piezas enteras de tela, hacían buen papel al lado de los de Coote. Llevaba de compañera en su canoa a la muchacha de las pecas, la que desde el principio había sabido comprenderle, y los dos desafiaron a una carrera a los hermanos Walshingham.

Coote, siempre cortés y considerado, avanzaba detrás con *Mrs.* Walshingham. No podía esperarse que ésta remara (aunque, claro es, se ofreció a hacerlo), por lo que iba reclinada sobre un montón de almohadones y protegida por una sombrilla blanca y negra. Desde allí se dedicó a observar a Kipps y a su hija, preguntando de vez en cuando a Coote si se cansaba demasiado y quería que ella llevara un rato los remos.

Todos iban vestidos con atuendos deportivos; las jóvenes miraban a sus parejas por debajo de las anchas alas de sus pamelas y hasta la muchacha de las pecas estaba hermosa. Helen, moviéndose al compás del remo, produjo a Kipps por primera vez la impresión de que, además de tener un bello rostro, poseía un cuerpo grácil y airoso. Kipps estaba vestido con el traje más completo y moderno que había encontrado para la ocasión. Sin sombrero, con el cabello despeinado por el viento y vistiendo con naturalidad su pantalón de franela blanca, se convirtió de pronto en un joven notablemente bien parecido.

Todo aquello le favorecía, el día le favorecía, el mundo estaba de su parte. El joven Walshingham, la muchacha de las pecas, Coote y *Mrs.* Walshingham estaban pendientes de él. Entre el lugar de desembarco y Lympne, la Fortuna había puesto una pradera completamente a la disposición de un toro adolescente. No era un toro grande y feroz, pero, por otro lado, tampoco era un ternerillo; se trataba de un toro joven en el mismo estado de desarrollo emocional que aquél en que se hallaba Kipps. Nuestros amigos se dirigían inmediatamente hacia aquel lugar.

Después de desembarcar, el joven Walshingham abandonó a Helen con Kipps con la sencilla naturalidad de un hermano, y se dedicó a la joven de las pecas, dejando a Coote que llevara el chal de *Mrs.* Walshingham. Inmediatamente procedió a dejar la mayor distancia posible entre él y los demás. Creo haber mencionado anteriormente que el joven Walshingham era moreno y atractivo, con cierto perfil napoleónico. Por lo tanto, era natural que sus ideas fueran osadas y que hablara en epigramas. Hacía tiempo que había descubierto que la muchacha de las pecas tenía grandes cualidades. Aquel día se sentía en un estado de ánimo muy feliz, porque le había sido confiado el manejo de los asuntos financieros de Kipps (el viejo Bean había visto que se prescindía inexplicablemente de sus servicios). No era aquél mal principio para un abogado que sólo dos meses atrás había conseguido el título. Para colmo, había estado leyendo a Nietzsche y pensaba que con toda probabilidad él era el Superhombre amoral descrito por aquel pensador. Deseaba desarrollar el tema de la amoralidad ante la muchacha de las pecas, y a fin de poder efectuar tal exposición de las ideas del maestro, se apartaron del camino y se internaron en un bosquecillo, alejándose del toro. Pero Coote y *Mrs.* Walshingham, ambos poco dispuestos, por excelentes razones personales, a molestar a Kipps y a Helen, les seguían pisándoles los talones. Los dos se dirigieron inadvertidamente a la valla que rodeaba la pradera, y al descubrir la presencia del toro, salió a la superficie la innata aversión que Coote sentía hacia cualquier forma de brutalidad. Declaró, pues, que la valla era demasiado alta y que sería más conveniente dar un rodeo. Y *Mrs.* Walshingham accedió con profundo alivio.

Aquello dejó el camino libre para Helen y Kipps, que se encontraron de lleno con el toro. Helen no lo vio en seguida, pero sí Kipps, que, al menos aquella tarde, se sentía capaz de enfrentarse hasta con un león. El animal les contempló con un ojo grande, azulado y maligno, abrió la boca y mugió, mientras movía la cabeza dando a entender que de un momento a otro pensaba lanzarse al ataque. Helen se asustó sin llegar a perder la dignidad, y Kipps se puso extremadamente pálido. Pero tampoco perdió la calma, y la joven se dijo que había perdido el último vestigio de su acento vulgar y de su inseguridad social. Indicó a Helen que anduviera sin apresurar el paso hacia la valla y él avanzó oblicuamente en dirección al animal.

—¡Largo de aquí! —exclamó.

Y, cosa extraña, el toro obedeció. Sin duda alguna, fue un incidente sin importancia, pero bastó para borrar de la mente de Helen la idea inexacta de que un

hombre que, como Kipps, tanto miedo tenía a una taza de té, debía necesariamente tener miedo en todos los momentos críticos de la vida. Y hasta quizá fue demasiado lejos al pensar ahora lo contrario. Hasta entonces Kipps le había producido un efecto de inestabilidad. Ahora, de pronto, descubría que era fuerte y robusto. Vislumbró en él aspectos insospechados. ¡He aquí un hombre en quien una joven como ella podía confiar...!

Mientras dejaban atrás Portus Lemanus y subían la cuesta que conducía al castillo, esta nueva idea se grabó con fuerza en sus pensamientos.

2

Todo el que permanece algún tiempo en Folkestone, va a Lympne más pronto o más tarde. El castillo se ha convertido en una granja y ésta se envuelve en las paredes de la fortaleza como un hombre insignificante se envolvería en el abrigo de un gigante. La más amable de las granjeras atiende a un perpetuo flujo de visitantes, exhibe su cocina y dependencias y conduce a los turistas a una terraza bañada por el sol. Desde ésta se contemplan las laderas, en las que pacen pacíficos rebaños de ovejas, así como los lugares donde duermen para siempre los vestigios de la gloria de Roma. Se sube por una escalera de piedra muy gastada y se contempla el espectáculo. Allá abajo, casi al final de la colina, se extienden los campos hasta el mar, campos en los que se distinguen los torreones de olvidadas ciudades medievales sobre el fondo de montañas de Winchelsea y Hastings; al Este, entre el cielo y el mar, se halla suspendida Francia; y al Norte, el panorama de granjas, casas y bosques se extiende bajo las sombras pasajeras de las nubes.

Allí, lejos del mundo de todos los días y en presencia de toda aquella belleza, fue donde Helen y Kipps se encontraron a solas. Los seis habían tomado la misma dirección pero al comenzar a subir las empinadas escaleras *Mrs. Walshingham* había sentido un mareo, por lo que ella y la joven de las pecas permanecieron abajo, paseando a la sombra del castillo; Coote se acordó entonces de pronto de que no tenían cigarrillos y se llevó consigo al joven *Walshingham* para comprarlos en el pueblo. Explicaron todo esto a gritos desde abajo, y, cuando lo hubieron comprendido. Helen y Kipps se volvieron para contemplar el paisaje y permanecieron largo rato silenciosos.

Helen estaba sentada al borde del mirador y Kipps se hallaba de pie a su lado.

—Siempre me han gustado los paisajes verdes —dijo Kipps después de un gran intervalo, en el que ninguno de los dos habló. Después cambió bruscamente de conversación—. ¿Cree usted que Coote estaba de verdad en lo cierto?

Ella le miró sin saber a qué se refería.

—En lo que dijo respecto a mi nombre —explicó Kipps.

—¿Que su verdadero nombre debe ser «Cuyps»? Tengo mis dudas. Al principio creí...

—Estaba pensando... —dijo Kipps.

Ella le lanzó una rápida mirada y volvió después a fijar sus ojos en el mar.

Durante algún tiempo Kipps no supo qué decir. Había pensado pasar de aquello a hablar de los apellidos en general y del cambio de nombres; ello le había parecido la manera más ingeniosa de llegar a lo que se proponía, pero de pronto se dijo que el proyecto era completamente tonto y vulgar. Contempló un momento el perfil de *Miss* Walshingham, enmarcado por la piedra antigua y el cielo azul. Entonces se olvidó de la cuestión de los nombres, y cuando habló de nuevo, se refirió al paisaje.

—Cuando veo un paisaje como éste y cosas bellas como éstas, me siento...

Helen le miró, comprendiendo que luchaba por encontrar las palabras exactas, certeras y adecuadas.

—... sentimental —concluyó Kipps.

Ella le envolvió en una mirada que contenía cierto calor.

—*Mr.* Kipps, tiene usted un concepto demasiado pobre de sí mismo —dijo con voz acariciadora.

Kipps la miró asombrado como quien despierta de un sueño y ella bajó la vista.

—¿Quiere decir que... usted no tiene un concepto pobre de mí?

Helen levantó los ojos y movió la cabeza.

—Pero..., por ejemplo..., usted no me considera su igual.

—¿Por qué no?

—Pero... —Su corazón latía atropelladamente—. Si yo creyera que... ¡Usted es una mujer tan culta!

—Eso no es nada.

Después, y durante lo que a ambos les pareció un interminable espacio de tiempo, guardaron silencio, un silencio que expresaba y daba a entender muchas cosas.

—Yo sé perfectamente lo que hago —dijo Kipps al fin—. Si creyera posible... Si usted... Creo que sería capaz de hacer cualquier cosa...

Se interrumpió. Helen permanecía con los ojos fijos en el suelo, en una completa inmovilidad.

—*Miss* Walshingham, ¿es posible que usted... sienta algún cariño hacia mí? ¿Querrá ayudarme? *Miss* Walshingham, ¿siente usted algo por mí?

Kipps se dijo que nunca iba a recibir respuesta. Pero al fin ella levantó los ojos y le miró.

—Creo que es usted el más generoso (¡mire lo que ha hecho por mi hermano!), el más generoso y el más modesto de los hombres. Y esta tarde se ha portado usted como el más valiente.

Volvió la cabeza, miró hacia abajo, saludó a alguien que estaba en la terraza inferior y se puso en pie.

—Mi madre nos está haciendo señas —dijo—. Debemos bajar.

Kipps se mostró instantáneamente cortés y deferente, pero sus pensamientos se hallaban sumidos en un tumulto que nada teman que ver con aquello. Precedió a su amada a la puerta que daba a las escaleras («un Caballero siempre debe preceder a una dama al subir o bajar las escaleras»), y en el segundo escalón se volvió con semblante decidido.

—Pero... —comenzó a decir desde la oscuridad.

Helen le contempló con la mano sobre la baranda de piedra.

—¿No quiere decírmelo? Debe saber...

—¿Qué es lo que debo saber?

—Si siente algo por mí.

La joven permaneció unos instantes en silencio, y a Kipps le pareció que todo cuanto le rodeaba permanecía en suspenso y estaba a punto de desmoronarse.

—Sí. Lo sé —dijo ella por fin.

De pronto, con impalpable intuición, Kipps supo cuál sería la respuesta y permaneció silencioso. Helen se inclinó hacia él y sus ojos se suavizaron.

—Prométame que si yo no tengo un concepto pobre de usted, tampoco lo tendrá usted de sí mismo.

—¿Qué quiere decir?

Helen se inclinó aún más y habló en voz baja.

—Yo le quiero...

—¿A mí?

Ella se echó a reír francamente.

Kipps, asombrado hasta más allá de toda medida, y queriendo asegurarse de que sus oídos no le habían engañado, preguntó:

—¿Querrá casarse conmigo?

Helen seguía riendo, embargada por la sensación de poder, de dominio y de triunfo, que toda la escena le había hecho experimentar.

—Sí. ¿Qué otra cosa podrían significar mis palabras?

Kipps se sintió como se sentiría un ermitaño al verse arrancado de pronto de sus devociones, de sus hábitos burdos y de sus cenizas y arrojado por las puertas del Paraíso, entre los querubines de alas iridiscentes y ojos clarísimos. Se sintió conducido de pronto al seno mismo de la felicidad...

Su mano se agarró convulsivamente a la cuerda que sirve de barandilla a las escaleras de piedra. Sintió impulsos de besar la mano de Helen, pero no lo hizo.

No dijo una palabra más. Giró sobre sus talones y con expresión un poco asustada se sumió en la oscuridad del descenso...

Todos parecieron comprender lo que había sucedido. No se dijo nada ni se dio ninguna explicación; los ojos de ambos expresaban lo suficiente. Kipps recordó más tarde que cuando cruzaban las puertas del castillo. Coote le cogió del brazo como de casualidad y se lo apretó. Era evidente que lo sabía todo. Sus ojos, su nariz y toda su persona brillaban con benevolente aprobación, brillaban también con la satisfacción de haber conducido a buen término un satisfactorio asunto. *Mrs. Walshingham*, que hasta entonces se había sentido algo fatigada, se recuperó y se mostró extremadamente cariñosa con su hija. Pidió a Kipps que le diera el brazo al bajar la cuesta y el muchacho obedeció como un sonámbulo.

Ella y Kipps se pusieron a hablar como personas responsables que eran y avanzaron despacio, mientras los otros cuatro descendían juntos y alegremente cuesta abajo. Kipps se preguntó de qué hablarían los dos, pero pronto se vio sumido con toda naturalidad en una conversación con *Mrs. Walshingham*. Conservaba, por así decirlo, su personalidad superficial, mientras su ser interno permanecía aturdido y como en éxtasis. Fue una conversación interesante y amistosa, la primera que mantenían los dos solos. Hasta entonces Kipps había tenido un cierto miedo a *Mrs. Walshingham*, a quien consideraba como una persona satírica. Pero aquel día se mostró comprensiva y hasta sentimental, y Kipps, a pesar de su abstracción, se entendió con ella admirablemente. Hablaron del paisaje y de la melancolía inherente a las ruinas del pasado y al recuerdo de las generaciones desaparecidas. Después, *Mrs. Walshingham* tocó el tema de Helen y habló de las ambiciones literarias de su hija.

—Estoy segura de que hará algo. *Mr. Kipps*, para una madre es una gran responsabilidad saber que su hija tiene una inteligencia excepcional.

—No cabe duda de que así es —repuso Kipps, convencido.

Mrs. Walshingham habló también de su hijo, que era casi exacto a Helen, aunque tenía su personalidad propia, y consiguió que Kipps acabara por sentirse paternal.

—¡Son tan listos, tan artistas! ¡Están tan llenos de ideas! A veces hasta tengo miedo. Ellos necesitan una oportunidad, del mismo modo que las demás personas necesitan aire para respirar. —De aquí pasó de nuevo a hablar de los escritos de Helen—. Cuando era muy pequeña ya componía versos. Su padre tenía las mismas aficiones. —*Mrs. Walshingham* se sumió en patéticas reminiscencias del pasado—. Era más artista que hombre de negocios y eso fue lo que le perdió... Su socio le engañó y cuando ocurrió el desastre todo el mundo le culpó a él... Pero es mejor no pensar en cosas desagradables... Especialmente hoy. Hay días buenos y días malos, *Mr. Kipps*. Y los días de mi vida no siempre han sido buenos.

Kipps la miró con una expresión que imitaba perfectamente a la de Coote.

De allí *Mrs. Walshingham* pasó a hablar de flores, mientras Kipps se representaba una y otra vez la imagen de Helen inclinándose hacia él en la escalera de piedra...

Tomaron el té bajo los árboles, delante de la posada, y en cierto momento Kipps advirtió que todos los componentes del grupo le estaban mirando simultánea y

furtivamente. Se hubiera creado cierta tensión en el ambiente, sino hubiera sido por Coote y su tacto instintivo en primer lugar, y en segundo por un enjambre de avispa que eligió aquel instante para hacer su aparición. Coote estaba decidido a que aquel día memorable terminara bien, y para conseguir ese fin puso en juego todo su sentido humorístico. Después el joven Walshingham se puso a hablar de las ruinas romanas de Lympne, proponiéndose pasar de allí a la exposición de las teorías de Nietzsche sobre el Superhombre.

—Los romanos... —comenzó.

En aquel momento aparecieron las avispa y todos se lanzaron al ataque. Kipps tomó parte en la matanza como en sueños, teniendo que hacer tremendos esfuerzos para mantener una apariencia de cordura. Helen se esforzaba por no mirarle y se comportaba con asombrosa naturalidad, pero en un momento dado Kipps creyó advertir un ligero tinte color de rosa bajo el marfil de sus mejillas...

Por un acuerdo tácito, los demás concedieron a Kipps el privilegio de volver con Helen en la misma canoa. La ayudó a penetrar en ella, cogió el remo y remando despacio logró quedarse detrás. Estaba profundamente conmovido y no dijo ni una palabra. ¿Cómo podría volver a hablarle alguna vez? Ella le habló de cuando en cuando del reflejo del agua, de los árboles y de las flores, y él se limitó a mover la cabeza por toda contestación. Comenzaba a darse cuenta del significado de lo que había ocurrido en el castillo de Lympne, pero no osaba todavía pensar en aquella mujer como cosa suya, ni siquiera en lo más íntimo de su corazón. Pensó, sí, que la diosa había descendido de su altar y le había cogido de la mano...

El cielo brillaba con generoso esplendor. Junto a ellos se erguían protectores los árboles y brillaba la superficie de las aguas. Helen le vio como una figura joven y erguida, manejando los remos con habilidad y haciendo con su rítmico movimiento que el agua salpicara estrellas de plata. Y no le pareció del todo mal. De extremo a extremo del mundo, la juventud atrae a la juventud, y el alma de Helen se sintió triunfante al sentirse adorada. Y, por añadidura, Kipps representaba dinero, la oportunidad, la libertad, Londres..., un sinnúmero de seductoras posibilidades. Kipps no podía ver sus ojos, pero su cerebro embrujado por el amor creyó comprobar que brillaban como estrellas crepusculares...

Para él, el mundo se redujo aquella tarde a la imagen de Helen enmarcada por el cielo cada vez más oscuro, el agua y las sombras de los árboles. Le pareció ver las cosas con extraordinaria claridad y ella se le reveló como la causa y la esencia de la vida misma.

Había logrado el deseo de su corazón. Era aquél uno de los momentos de la vida en los que parece que no existe el futuro, en los que el tiempo se detiene y creemos que ha llegado el final. Kipps no pudo pensar aquella tarde en el mañana. Había conseguido cuanto su imaginación había deseado y todo su ser detuvo su proceso, sorbiendo la felicidad de aquellos instantes.

A las nueve de la noche apareció Coote en el nuevo apartamento de Kipps (porque había alquilado amueblada la casa de su abuelo). Kipps estaba sentado junto a la ventana en la oscuridad, completamente inmóvil. Coote se sintió profundamente conmovido al apretar su mano y le habló con la emoción adecuada a los momentos de crisis. También Kipps estaba muy sensible aquella noche y, por lo tanto, trató a Coote como si fuera un hermano muy querido.

—Es una mujer magnífica —dijo Coote abordando resueltamente el tema.

—¿Verdad que sí?

—Mi querido Kipps, esto es mejor aún que lo de la herencia.

—No lo merezco —dijo Kipps.

—No hay razón para que digas eso.

—Apenas puedo creerlo. No puedo creerlo, no.

Siguió un silencio expresivo.

—Es maravilloso —dijo Kipps.

Coote lanzó un suspiro y los dos se sumieron en el silencio.

—¿Y todo comenzó... antes de que heredaras?

—Cuando yo daba clase con ella —respondió Kipps con unción.

Desde la oscuridad en que se hallaba y que iluminó al encender una cerilla, Coote dijo que todo lo sucedido era muy hermoso y que no hubiera podido desear a Kipps nada mejor... Encendió un cigarrillo y Kipps hizo lo mismo con expresión emocionada.

Poco después hablaron ya con más naturalidad.

Coote comenzó a alabar a Helen, a su madre y a su hermano, habló de fechas y convirtió la cosa en algo concreto y real.

—Son de una familia muy ilustre, ¿sabes? Están relacionados con los Beauprés... ¿Has oído hablar de Lord Beauprés?

—¿De verdad? —preguntó Kipps.

—Es un parentesco muy lejano, desde luego. Pero aun así... —Sonrió, haciendo que sus dientes brillaran a la media luz del crepúsculo.

—Es demasiado —dijo Kipps, abrumado—. Es demasiado...

Coote exhaló el humo del tabaco y durante algún tiempo Kipps escuchó sus alabanzas de Helen y de la excepcional inteligencia de Helen.

—Oye, Coote —dijo de pronto—. ¿Qué debo hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—A cuándo debo ir a verla y todo eso. —Hizo una pausa y reflexionó—. Naturalmente, quiero hacer las cosas bien.

—Por supuesto —dijo Coote.

—Sería horrible estropearlo todo haciendo algo incorrecto ahora.

Su amigo reflexionó profundamente.

—Desde luego debes ir a visitarlas en seguida. Tendrás que hablar con *Mrs. Walshingham* y decirle que quieres casarte con su hija.

—Me parece que ya lo sabe —dijo Kipps con defensiva penetración.

Coote movió la cabeza de un lado para otro.

—Y luego está la cuestión del anillo. ¿Qué debo hacer?

—¿Qué anillo?

—El anillo de compromiso. *Modales y regalos de buena sociedad* no dice nada sobre eso. Ni una palabra.

—Desde luego debes comprar algo de buen gusto.

—¿Qué clase de anillo?

—Algo bonito. Ya te lo indicarán en la tienda.

—Sí, claro. ¿Y tendré que llevárselo y ponérselo yo mismo en el dedo?

—¡No, no! Será mucho mejor enviárselo.

—¡Ah! —exclamó Kipps por primera vez con una nota de alivio en la voz—. Y en cuanto a la visita a *Mrs. Walshingham*..., ¿cómo debo ir vestido?

—Es una ocasión muy solemne —reflexionó Coote.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Frac?

—Creo que sí —repuso Coote hablando con extrema lentitud.

—¿Pantalones claros?

—Sí.

—¿Y una rosa?

—Creo que estaría muy adecuada en el ojal.

La cortina que ocultaba el futuro se hizo de pronto menos opaca a los ojos de Kipps. El día siguiente y los demás días comenzaban a hacerse por fin perceptibles. ¡Frac, sombrero de copa y una rosa! Con cierta solemnidad se contempló así mismo en el proceso de transformarse en un caballero inglés. Arthur Cuyps, vestido de frac, conocido de *Lady Punnet*, prometido oficial de una parienta lejana del conde de Beauprés...

La magnitud de su buena fortuna le dejó aturdido. Sintió que el mundo se abría como una flor mágica, transformándose al contacto de su varita de oro. Y en el corazón de la flor, Helen se recostaba bellísima. Diez semanas atrás, él había sido el más humilde de los empleados, despedido ignominiosamente de la tienda. Y, sin embargo, era la simiente enterrada, por así decirlo, de todas estas maravillas. Decidió que el anillo de compromiso sería de la mejor calidad; en una palabra, el mejor que tuvieran en la tienda.

—¿Debo mandarle flores? —preguntó.

—No es necesario. Aunque naturalmente es un detalle delicado.

Kipps quedó pensativo.

—Cuando la veas tendrás que decirle que fije la fecha.

Kipps salió bruscamente de su ensimismamiento.

—No será muy próxima, ¿verdad?

—No veo ninguna razón para que lo retraséis.

—Pero... Pongamos un año.

—Un año me parece mucho tiempo —observó Coote.

—¿Sí...? —Kipps volvió la cabeza con brusco ademán—. Pero...

Hubo una larga pausa.

—Oye, Coote —dijo al fin con voz alterada—. Tendrás que ayudarme en lo de la boda.

—Será un placer para mí.

—Yo no creí... —De pronto cambió el curso de sus pensamientos—. Dime, ¿qué es un *tête-à-tête*?

—Un *tête-à-tête* —explicó Coote— es una conversación a solas.

—¿Ah, sí? Yo creí... El libro dice que no debemos tener un *tête-à-tête*, ni estar juntos, ni dar paseos, ni montar a caballo, ni vernos a solas a ninguna hora del día. Es bastante desconsolador, ¿no crees?

—¿Dice eso el libro?

—Acababa de aprendérmelo de memoria cuando tú llegaste. Me pareció muy extraño, pero supongo que habrá que hacerlo así.

—No creo que *Mrs. Walshingham* sea tan estricta —opinó Coote—. Me parece que ese libro es un poco exagerado. Eso sólo se hace ahora en las familias más antiguas y aristocráticas. Además, los *Walshingham* tienen unas teorías muy modernas y estoy seguro de que tendréis muchísimas ocasiones de estar los dos juntos.

—Tengo muchas cosas en qué pensar —dijo Kipps dando un profundo suspiro—. ¿De modo que tú crees que dentro de unos meses quizá estaré casado?

—Tendrás que estarlo. ¿Por qué no?

Era ya medianoche y Kipps seguía, un poco cansado, pasando con estudiosa expresión las hojas del libro de cubiertas encarnadas. Se detuvo un momento en la página 233 al ver las palabras siguientes:

«Por un tío o una tía políticos, el período de luto riguroso es de seis meses».

—No —dijo Kipps con un vigoroso esfuerzo mental—. Esto no es.

Siguió pasando páginas y al fin se detuvo ante el capítulo titulado: «Bodas».

Quedó pensativo y contempló la lámpara que pendía del techo.

—Supongo que tendré que ir a decírselo... —dijo por fin.

5

Kipps fue a visitar a *Mrs. Walshingham* vestido como para una importantísima y solemne ceremonia. Llevaba sombrero de copa y vestía de frac; sus botines

eran del mejor cuero y sus pantalones de un elegante color gris oscuro. Exhibía puños blancos con gemelos de oro y llevaba en la mano los guantes grises, uno de cuyos dedos había estallado al ponérselos. En la otra mano llevaba un paraguas exquisitamente enrollado y apretado. La sensación de estar hecho todo un caballero elegante, inundaba su ser y competía con la solemnidad de la ocasión para ocupar el primer puesto en sus pensamientos. De vez en cuando se llevaba la mano derecha a la corbata de seda. El perfume de la rosa que lucía en la solapa le producía un delicioso placer.

Se sentó en una butaca que había sido tapizada recientemente de cretona.

—Lo sé... —le dijo *Mrs. Walshingham*—. Lo sé todo.

Kipps volvió a decirse que aquella era una mujer refinada y exquisita.

—Todo esto es conmovedor para una madre —prosiguió la dama dejando descansar la mano sobre una de las mangas impecables del frac de su visitante—. Una hija, Arthur, es mucho más entrañable que un hijo.

Declaró que el matrimonio es una lotería y que sin amor y sin comprensión no existe la felicidad.

Su propia vida no había sido siempre feliz, pues hubo en ella días buenos y días malos... Sonrió dulcemente.

—Éste es uno de los días buenos...

Dijo cosas muy halagadoras para Kipps y le dio las gracias por haber sido tan bueno con su hijo.

—Eso no es nada... —protestó Kipps.

Pero ella continuó desarrollando el mismo tema.

—¡Son los dos tan listos, tan artistas...! Yo les llamo «mis alhajas gemelas».

Estaba repitiendo lo que ya le había dicho en Lympne de que sus hijos necesitaban oportunidades del mismo modo que otras personas necesitan aire para respirar, cuando se vio bruscamente interrumpida por la aparición de Helen. Se hizo el silencio durante unos segundos, quizás a causa de la sorpresa de Helen al contemplar el magnífico atuendo de Kipps. La joven reponiéndose al fin, avanzó hacia él con la mano extendida.

—Acabo de llegar —comenzó a decir Kipps, y se interrumpió sin saber cómo terminar la frase.

—¿No quieres una taza de té? —preguntó Helen.

Se dirigió a la ventana, desde donde contempló la plaza, y después se volvió a mirar a Kipps.

—Voy a preparar el té —dijo bruscamente.

Y con estas palabras desapareció de nuevo.

Mrs. Walshingham y Kipps se miraron, y la primera sonrió con indulgencia.

—Es natural que sientan timidez al principio —dijo, comprensiva.

Estaba explicando que Helen había sido siempre muy sensible, cuando apareció la sirvienta con las cosas del té. Después llegó Helen, que se instaló detrás de la mesita

de bambú y rompió el hielo poniéndose a servir las tazas. Después comenzó a hablar de la próxima representación al aire libre de una obra de Shakespeare, y el momento de tensión pasó. Hablaron de sus opiniones sobre el teatro.

—No acaban de gustarme las comedias en escena No sé por qué, no me producen ninguna sensación de realidad.

—¡Pero si todas las comedias están escritas para la escena! —exclamó Helen mirando al azucarero.

—Ya lo sé —dijo Kipps.

Cuando acabaron de tomar el té, Kipps se levantó.

—No se vaya todavía —dijo *Mrs. Walshingham* cogiéndole de la mano—. Estoy segura de que ustedes dos tienen muchas cosas que decirse.

Y con estas palabras se dirigió a la puerta y salió de la habitación.

6

Entre otras cosas que a Kipps le parecieron igualmente adecuadas a la situación, nuestro hombre pensó en aquel momento abrazar a Helen con ardor, en cuanto la puerta se hubiera cerrado detrás de su madre. También pensó escapar lo antes posible por la ventana. Pero recordó a tiempo que debía mantener la puerta abierta para que saliera *Mrs. Walshingham*, y cuando se volvió, después de cumplir aquel deber de cortesía, descubrió que Helen estaba inaccesible detrás de la mesa del té. Terminó de cerrar la puerta y avanzó hacia ella con las manos cruzadas a la espalda. Después se llevó una de ellas al bigote, mientras se decía que no debía preocuparse y que por lo menos tenía la seguridad de estar vestido de un modo adecuado para la situación. En un profundo rincón de su mente apareció, con una mezcla de duda y de sorpresa, la percepción de que sus sentimientos hacia Helen eran ahora muy distintos, de que en Lympne se había llevado el viento algo muy precioso que existiera hasta entonces entre ellos... Mientras tanto, ella le miraba con el aire de crítica de quien contempla una adquisición.

—Has sido muy amable al venir a ver a mamá —dijo sonriendo ligeramente.

Hubo una pausa, durante la cual los dos se miraron como si hubiera esperado algo muy distinto y les extrañara no encontrarlo. Kipps estaba de pie al borde de la mesa, y para ocupar sus pensamientos cogió un librito de tapas color castaño que descansaba sobre ella.

—Hoy te he comprado un anillo —dijo por decir algo, abriendo maquinalmente el libro. Después guardó silencio y cuando habló de nuevo lo hizo con más naturalidad —: ¿Sabes que apenas puedo creerlo?

—¿No? —preguntó Helen, que tampoco podía apenas creer en su buena suerte.

—No —prosiguió Kipps—; es como si todo hubiera cambiado. Resulta más

extraño aún que cuando me enteré de lo de la herencia. Es como si no fuera yo mismo. Siento que... —La miró confuso a los ojos y a Helen le pareció que con aquel gesto cobraba vida—. Yo no sé nada. No valgo nada. Según vayas tratándome, irás dándote más y más cuenta de ello.

—Pero yo voy a ayudarte.

—Tendrás que ayudarme muchísimo.

La joven se adelantó hasta la ventana, tomó una decisión y se volvió hacia Kipps con las manos a la espalda.

—Todas esas cosas que te preocupan no tienen importancia. Si no te importara..., si me dejaras que yo te enseñara...

—Te ruego que lo hagas.

—Entonces, lo haré.

—Es posible que para ti no tengan importancia, pero la tienen para mí.

—Si no te ofende que te las explique...

—¿Cómo va a ofenderme que lo hagas tú?

—Es que no permitiré que lo haga ningún extraño.

—¡Ah! —exclamó Kipps abrumado por intensa emoción,

—Hay unas cuantas cosas... Por ejemplo, has de tener más cuidado con la pronunciación de las palabras... ¿No te importa que te lo diga?

—Me gusta que lo hagas.

—Hay que aspirar las haches.

—Ya lo sé. Me lo han dicho. Me lo ha dicho un escritor y actor amigo mío que va a darme una o dos lecciones.

—Me alegro mucho. No se necesita más que tener un poco de cuidado.

—Naturalmente, cuando están en escena tienen que hablar bien y para ello necesitan dar clase de dicción.

—Sí, claro —murmuró Helen, distraída.

—Supongo que no me costará mucho aprender.

—Y también has de tener cuidado en el vestir —dijo Helen siguiendo el hilo de sus pensamientos.

Kipps enrojeció, pero permaneció atento.

—¿De verdad no te importa que te lo diga?

—No, no...

—No debes... preocuparte demasiado del vestido. Es muy fácil pecar por exceso, caer en lo recargado, parecer el maniquí de una tienda. Es mejor asumir cierta naturalidad. Un verdadero caballero viste bien sin que parezca que ha estado esforzándose por vestir bien.

—¿Como si se hubiera puesto lo primero que encontró a mano? —preguntó Kipps con un hilo de voz.

—No exactamente, pero sí vestido con sencillez.

Kipps movió la cabeza asintiendo. Interiormente, en el colmo de la decepción,

sentía deseos de terminar a patadas con su sombrero de copa.

—Y tienes que acostumbrarte a estar más natural en visita —prosiguió Helen—. Hay que olvidarse de uno mismo y perder el miedo.

—Lo intentaré —dijo Kipps contemplando la tetera—. Haré todo lo que pueda.

—Ya sé que lo harás —dijo ella dejando descansar por un momento la mano sobre su hombro.

Pero Kipps no advirtió la caricia.

—Hay que aprender...—dijo, con la atención completamente distraída por los terribles esfuerzos que tenían lugar en su cerebro para traducir la frase: «Oye, ¿no crees que debes fijar la fecha?» a un inglés correcto y elegante. No lo había decidido aún, cuando llegó el momento de separarse...

Más tarde permaneció durante largo rato en su cuarto junto a la ventana abierta, repasando mentalmente la entrevista. Sus ojos descansaron con reproche sobre el sombrero de copa que se hallaba a su lado.

—¿Cómo va uno a saber todo eso? —preguntó en voz alta.

Se fijó entonces en que había una irregularidad en el ala del sombrero y, siempre pensativo, hizo una bola con su pañuelo y comenzó a pasarla por el fieltro con suavidad. Su expresión fue cambiando poco a poco.

—¿Cómo diablos va uno a saberlo? —repitió soltando el sombrero con irritación.

Se puso en pie, atravesó la habitación hasta donde estaba la librería y allí mismo comenzó a leer su capítulo diario de *Modales y reglas*.

CAPÍTULO IV

EL FABRICANTE DE BICICLETAS

1

De este modo se embarcó Kipps en su compromiso matrimonial y de este modo tuvo que prepararse para la empresa de casarse con una mujer de clase superior. La mañana siguiente le sorprendió vistiéndose con desacostumbrada seriedad, y la criada de su patrona comprobó que durante el desayuno estaba más silencioso que otros días. Mientras se tomaba su salmón ahumado y sus huevos con tocino, Kipps reflexionó profundamente. Iría a Nueva Romney para contar a sus tíos lo ocurrido y la situación en que se hallaba. Su amor por Helen le infundió valor para decidirse a hacer lo que Buggins le había dicho que haría si estuviera en su lugar, es decir, alquilar un automóvil para toda la tarde. Tomó un almuerzo frío y después, con aire firme y decidido, se puso una gorra y un abrigo que había comprado para este fin, y así equipado se dirigió a la tienda de automóviles. La transacción resultó muy sencilla y una hora después Kipps, con grandes gafas y cubierto de pies a cabeza, avanzaba a través de Dymchurch.

A poco se detuvo ante la tienda de sus tíos.

—Toque un poco la bocina, ¿quiere? —dijo Kipps—. Sí, eso es.

Al oír el estrépito, los dos viejos salieron a la calle.

—¡Pero si es Artie! —exclamó su tía.

Y Kipps disfrutó de su momento de triunfo.

Descendió del automóvil, se despojó de las envolturas y las gafas y el conductor se retiró para disfrutar de una hora de libertad. El viejo Kipps examinó el artefacto y desconcertó momentáneamente a su sobrino al preguntarle cuál era su precio. Los dos hombres permanecieron durante algún tiempo junto al automóvil, causando la admiración del vecindario, y después atravesaron la tienda para beber algo en la salita.

—Todo esto no son más que experimentos todavía —había dicho el viejo Kipps para que lo oyeran los vecinos—. Hijo mío, sigue mi consejo y espera por lo menos un año antes de comprarte un automóvil para tu uso.

(De todos modos, Kipps no había expresado la intención de hacer nada semejante).

—¿Te gusta el *whisky* que te envié? —preguntó mientras evitaba tropezar con los juguetes que llenaban por completo la tienda.

—Es un *whisky* excelente, hijo mío —contestó su tío haciendo uso de todo su

tacto y diplomacia—. No me cabe la menor duda de ello y de que te ha costado un buen pico. ¡Pero a mí no acaba de convencerme! Tiene algo que me produce dolor de estómago, como si me lo quemara.

—Es muy buen *whisky*. Sé de buena fuente que es el que beben los críticos teatrales de Londres.

—No lo dudo, hijo mío; pero ellos se han quemado el hígado hace mucho tiempo, y yo no. Ellos no están delicados como yo. Mi estómago ha sido siempre extremadamente delicado y a veces se niega a retener cualquier cosa que tomo o bebo. En cambio, me gustaron mucho los cigarros. Puedes mandarme más...

No se puede llevar una conversación al tema del amor si se empieza por hablar de las consecuencias gástricas de la comida y la bebida, por lo que Kipps, después de estudiar un grabado de Morland que su tío había adquirido recientemente en una subasta (en perfecto estado, a no ser porque tenía un agujero en el centro), abordó el tema de la mudanza de los dos viejos.

Al principio, cuando tuvo lugar el cambio de fortuna de Kipps, se había hablado mucho del futuro de sus tíos. Habían decidido que recibirían una renta confortable, y la frase «retirarse de los negocios» se había repetido muchas veces. Kipps les había descrito la casita ideal, con una enredadera llena de flores alrededor de la puerta, donde el sol brillara eternamente y nunca soplara el viento. Era un sueño muy agradable, pero cuando llegaba el momento de elegir tal o cual casa, Kipps se veía siempre sorprendido por el cariño que los viejos tenían a su hogar, que le habían dicho toda la vida que era la más incómoda y peor hecha de todas las moradas.

—No tenemos prisa por mudarnos —decía *Mrs.* Kipps.

—Cuando nos mudemos será para instalarnos definitivamente. No quiero andar de un lado para otro —declaraba su esposo.

—Podemos seguir aquí un poco de tiempo, ya que hemos pasado tantos años.

—Hijo mío, deja que yo busque algo que acabe de llenarme...

Y ya el hecho de buscar producía al viejo Kipps una felicidad mayor incluso que la que podría proporcionarle la mera posesión. De vez en cuando cerraba la tienda con más o menos eficacia contra la intrusión de los compradores y se lanzaba al mundo a buscar nueva materia para sus sueños; ninguna casa era demasiado grande para que se informara sobre ella. Las que estaban ocupadas le gustaban más que las vacías, y cuando sus iracundos inquilinos protestaban por aquella invasión de sus Lacones más íntimos, declaraba con énfasis.

—No crean que van a vivir aquí para siempre. Si lo creen, se equivocan...

Además surgieron inesperadas dificultades de otra índole.

—Si vamos a vivir en una casa mayor —dijo un día *Mrs.* Kipps—, necesitaremos una criada. Y yo no quiero en mi casa a ninguna chica que se ría de mí, me rompa los cacharros y me estropee la ropa.

—Si vamos a vivir en una casa más pequeña —dijo otro día *Mrs.* Kipps—, no habrá sitio para la gata.

Por lo visto, una habitación para la gata era absolutamente imprescindible. La reproducción de ésta, aunque poco frecuente, tenía lugar de vez en cuando.

—No quiero malvender todo lo de la tienda —dijo una vez el viejo Kipps—. Llevo años acumulándolo. El otro día puse un letrero en el escaparate diciendo que liquidaba el negocio, pero no han venido más clientes que de costumbre. Ayer sólo se presentó un hombre que pidió una escopeta de aire comprimido. Excusas para espiarnos y reírse de nosotros a nuestra espalda. Se fue sin comprar nada.

Durante algún tiempo hablaron de ello, sin que Kipps encontrara nunca el momento adecuado para comunicarles la gran noticia. En un momento dado, deseando apartarse del peligroso tema de las mudanzas, su tío le preguntó:

—¿Y a qué te dedicas en Folkestone? Tendré que ir a visitarte un día de éstos.

Pero antes de que Kipps pudiera aprovechar la ocasión, el viejo había pasado a exponer sus ideas sobre el trato que debe darse a las patronas y las costumbres que éstas tienen de engañar al prójimo. Y de aquel modo pasó la oportunidad. Kipps se dijo que lo mejor sería salir a la calle a dar un paseo, decidir el modo de plantear la cuestión y hacerlo así a la vuelta. Pero ya en la calle y solo, sus pensamientos vagaron por regiones muy distintas.

Sus pasos le habían llevado en dirección a la iglesia y se apoyó durante algunos instantes en la verja que años atrás había sido testigo de la carrera que echara con Ann Pornick. Tenía que poner orden en sus pensamientos, pues su mente era como un lago agitado por el viento. La imagen de Helen y del futuro se veía rota y mezclada con reflejos fragmentarios de cosas lejanas, del *whisky* bebido en compañía de Chitterlow, de recuerdos dormidos desde hacía mucho tiempo y que la calle principal de Nueva Romney había despertado aquella tarde, valiéndose de algún truco de luz o de ambiente...

De pronto oyó que gritaban junto a él:

—¡Eh! ¡Art!

Y he aquí que Sid Pornick volvía a entrar en su mundo, al aparecer a su lado tendiéndole una mano amistosa.

Estaba muy cambiado, pero seguía siendo el Sid que Kipps había conocido años atrás. Tenía la misma boca grande, las mismas pecas, la misma nariz chata y el mismo parecido con su hermana Ann sin tener su belleza; pero su voz era distinta y su labio superior exhibía un bigote muy rubio y espeso.

—En este mismo momento estaba pensando en ti —dijo Kipps dándole la mano— y preguntándome si volvería a verte alguna vez. Y aquí estás.

—De vez en cuando me gusta venir por aquí —declaró Sid—. ¿Y qué haces tú?

—Nada de particular —dijo Kipps—. Acabo de...

—No has cambiado mucho —interrumpió Sid.

—¿No?

—Te conocí en cuanto te vi de espaldas, a pesar del sombrero que llevas. Me dije que no podía ser otra persona que Art Kipps, y así fue.

Kipps hizo un movimiento con el cuello como si quisiera mirarse por detrás y comprobar la exactitud de las palabras de su amigo. Después volvió a mirar a éste.

—¡Tienes todo un bigote, Sid!

—Supongo que estás de vacaciones, ¿no?

—Pues... en parte. Acabo de recibir...

—Pues yo sí que estoy de vacaciones —continuó Sid—. Ahora soy yo mismo el que me tomo vacaciones cuando quiero. Me he instalado por mi cuenta.

—¿Aquí?

—¡Nada de eso! En Hammersmith. He puesto una fábrica en pequeño. —Sid hablaba con una afectada naturalidad, como si no existiera un sentimiento llamado orgullo.

—¿Una sastrería?

—¡No, no! Ingeniería. Fabrico bicicletas. —Se introdujo la mano en el bolsillo del chaleco y sacó una cantidad de folletos de color rosa. Entregó uno de ellos a su amigo, pero sus explicaciones no permitieron que Kipps pudiera leerlo—. Ésa es nuestra marca, mi marca para ser exactos..., ¿ves? Obtuve un traspaso con mi nombre... Cubiertas «Pantocar», ocho libras..., sí, éstas..., «Clinchres», diez libras; «Dunlops», once libras; «Damas», una libra más. La mejor máquina de Londres a precios razonables. Sin descuentos, naturalmente. Las hago por encargo. He hecho ya diecisiete. —Reflexionó mirando al mar—. Y ahora he venido a darme una vuelta por aquí. A mi madre le gusta que venga de vez en cuando.

—Creí que os habíais marchado todos...

—¿Después de la muerte de mi padre? ¡No! Mi madre volvió aquí y está viviendo en una de las casitas de Muggett. El aire del mar le sienta bien. Prefiere vivir aquí a vivir en Hammersmith... y yo puedo correr con el gasto. Aquí se reúne con las amigas, charlan, toman el té juntas... Supongo que tú no te habrás casado, ¿verdad, Kipps?

Kipps movió negativamente la cabeza.

—Yo... —comenzó.

—Pues yo sí. Llevo dos años casado y tengo un crío.

Por fin, Kipps consiguió intercalar una palabra en la conversación.

—Yo me comprometí hace dos días —dijo.

—¡Eso está bien! ¿Y quién es la afortunada?

Kipps se esforzó por hablar sin dar importancia a sus palabras y se metió las manos en los bolsillos.

—Es hija de un abogado de Folkestone. De bastante buena familia. Está emparentada con el conde de Beauprés...

—¿Cómo?

—He tenido mucha suerte. He recibido una herencia.

Instintivamente los ojos de Sid se fijaron en la calidad del traje de su amigo.

—¿De cuánto?

—De unas mil doscientas libras al año —dijo Kipps con más naturalidad que nunca.

—¡Por todos los santos! —exclamó Sid, retrocediendo uno o dos pasos.

—Fue mi abuelo —dijo Kipps intentando demostrar calma y hablar con sencillez—. Yo apenas sabía que tenía un abuelo y de pronto... ¡bum! Cuando el abogado me lo dijo estuve a punto de desmayarme

—¿Cuánto has dicho? —preguntó Sid con cierta aspereza.

—Mil doscientas libras al año... aproximadamente.

Sid le alargó la mano con fingida satisfacción y le dijo que se alegraba muchísimo.

—Un fantástico golpe de suerte —dijo—. Eso es, un fantástico golpe de suerte —repitió mientras la sonrisa se borraba de sus labios—. Naturalmente, es preferible que te haya tocado a ti que a mí. No te envidio. Yo no podría quedarme con ese dinero si lo tuviera.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kipps.

—Porque soy socialista y estoy en contra de los ricos. ¿Qué es la riqueza? El dinero robado a los pobres. Los ricos deben considerar su fortuna como algo que no les pertenece y que tienen a su custodia. Al menos yo lo consideraría así. La distribución actual de la riqueza... —comenzó a decir. Pero se interrumpió y continuó con franca amargura después de una pausa—: Todo esto no tiene sentido. ¿Quién va a trabajar con gusto en un mundo como el nuestro? Trabajas con todas tus fuerzas y el mundo apenas te retribuye... En cambio, a otros les invita a no hacer nada en absoluto y les paga mil doscientas libras al año. ¿Quién va a poder respetar las leyes y costumbres, si contempla esta insensatez? ¡Mil doscientas libras al año! —repitió. Pero al ver la expresión de Kipps su voz se suavizó—. No me refiero especialmente a ti, Kipps. Más vale que te haya tocado a ti que a otras personas. Pero...

Apoyó ambas manos en la verja y repitió como hablando consigo mismo:

—Mil doscientas libras al año... ¡Vas a convertirte en un elegante, Kipps!

—Nada de eso —dijo Kipps—. ¡No hay miedo!

—No puedes tener esa cantidad de dinero y seguir como antes. Pronto no querrás descender a hablar con un simple mecánico como yo.

—Eso no ocurrirá, Sid —dijo Kipps con completa convicción—. Yo no soy de esa clase de personas.

—¡Ah...! —exclamó Sid con involuntario escepticismo—. El dinero te hará cambiar. Además, ya estás en las garras de una elegante.

—¿Qué dices?

—Esa chica con quien te vas a casar. Según Masterman...

—¿Quién es Masterman?

—Un buen amigo mío que vive con nosotros. Masterman dice que en un matrimonio es siempre la mujer la que manda y la que hace cambiar al marido. Siempre. No existen las diferencias sociales hasta que aparece la mujer.

—Tú no sabes... —comenzó a decir Kipps.

—¡Quién lo había de decir! —exclamó Sid moviendo la cabeza—. ¡Art Kipps con mil doscientas libras al año!

Kipps intentó que su amigo olvidara el abismo que de repente había surgido entre los dos.

—¿Te acuerdas de los hurones, Sid?

—Ya lo creo.

—¿Te acuerdas de los restos de aquel barco?

—Me parece que lo estoy oliendo... Tenían un olor horrible.

Kipps permaneció silencioso unos momentos, con los ojos fijos en la cara de su amigo.

—Oye, Sid: ¿cómo está Ann?

—Está muy bien.

—¿Dónde está?

—Sirviendo... en un sitio llamado Ashford.

—¡Oh!

La expresión de Sid se hizo más adusta.

—Ella y yo no nos llevamos muy bien porque yo no quiero que esté sirviendo. Ya sé que pertenecemos a una clase muy modesta, pero, de todos modos, no me gusta. No sé por qué una hermana mía ha de estar al servicio de otras personas. No. Aunque las otras personas tengan mil doscientas libras al año...

Kipps no se dio por aludido.

—¿Te acuerdas que nos encontraste aquí un día, cuando ella y yo estábamos echando carreras? No corría mal para ser una chica.

Estas palabras dieron vida en su memoria a una imagen más brillante que la que hasta entonces había recordado, una imagen tan real que le pareció que la muchacha respiraba junto a él, una imagen que no se desvaneció del todo ni siquiera cuando, una hora después, se encontró de nuevo en Folkestone.

Pero Sid no pensaba permitir que las reminiscencias de su amigo cambiaran el curso de la conversación.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero? No sé qué puedes hacer. Deberías hablar con Masterman. Él te sugeriría muchas cosas. ¿Qué haría yo si recibiera una herencia así? Tal como están las cosas no sería conveniente devolverlo al Estado. Quizá fundara un nuevo periódico socialista, que nos hace mucha falta.

Sid pasó algunos minutos intentando ahogar, sumiéndose en especulaciones, la amargura que se había apoderado de él.

—Tengo que volver al automóvil —dijo Kipps por fin, después de haberle escuchado con gran paciencia.

—¿Cómo? ¿Tienes un automóvil?

—No. Lo he alquilado por unas horas

—¿Cuánto te ha costado?

—Cinco libras.

—¡Con eso se podría mantener a cinco familias durante una semana! ¡Qué barbaridad! —exclamó Sid profundamente escandalizado.

Sin embargo, arrastrado por una especie de fascinación, acompañó a Kipps y estuvo presente cuando éste tomó asiento en el artefacto. Se alegró de comprobar que no se trataba del modelo más moderno, pero éste era un consuelo muy pequeño. Antes de montar, Kipps había agitado varias veces violentamente la puerta de la tienda para hacer sonar la campanilla y advertir a sus tíos de su marcha. Sid le ayudó a ponerse el abrigo.

—¡Adiós, Sid! —dijo Kipps.

—¡Adiós, Kipps! —exclamó Sid.

Los viejos salieron a la calle para despedirle. Su tío estaba radiante.

—Estoy tentado de irme contigo, Artie —dijo—. ¡Espera! ¡Tengo algo que puedes llevarte!

Volvió a entrar en la tienda y salió con el grabado de Morland, perforado en el centro.

—Quédate con esto, muchacho —aconsejó—. Haz que te lo reparen. Es lo más valioso que te he proporcionado hasta ahora.

Entonces el motor comenzó a rugir y a resoplar, mientras el viejo Kipps se movía inquieto de un lado para otro de la calle previendo terribles catástrofes. Cuando el vehículo arrancó por último, dijo adiós a su sobrino con el bastón y se volvió hacia Sid.

—Si tú pudieras fabricar una cosa así, Pornick, podrías estar orgulloso.

—Yo haré algo mucho mejor que eso, y no tardaré mucho —dijo Sid con las manos metidas en el bolsillo.

—No estoy yo muy seguro —murmuró el viejo.

El motor del automóvil siguió rugiendo y emitiendo toda clase de ruidos, hasta que el vehículo dobló la esquina y desapareció. Sid permaneció inmóvil unos instantes, sin oír la contestación a su jactancia. El joven mecánico acababa de descubrir que haber fabricado diecisiete bicicletas no era una cosa tan importante después de todo, y que son los descubrimientos de esta clase los que más hieren nuestra dignidad...

Encogiéndose de hombros con resignación se dirigió por fin a la casa de su madre. Ésta le había hecho un exquisito pastel para acompañar al té y sintió una gran decepción al ver que él lo consumía sin apenas darse cuenta. ¡Siempre le habían gustado mucho esa clase de pasteles, y ahora que ella se había tomado el trabajo de confeccionarle uno...!

Sid no le dijo —como no lo dijo a nadie— que había visto a Kipps. De momento no deseaba hablar de Kipps.

CAPÍTULO V

EL DISCÍPULO

1

Cuando Kipps reflexionó sobre lo ocurrido aquella tarde, advirtió por primera vez que el verdadero amor, al menos en su caso tropezaba con muchas y grandes incompatibilidades. Sin percibirlo del todo, comprendió que existía una incompleta incongruencia entre la revelación que no pudo hacer a sus tíos y el círculo de las ideas de éstos. Esta incongruencia, más que otra cosa, fue lo que le había hecho guardar silencio: la percepción inconsciente de que al trasladarse de Folkestone a Nueva Romney se trasladaba de un ambiente en el que su compromiso con Helen era algo normal y conveniente, a otro en el que se contemplaría con incrédula desconfianza. A esto se unía el recuerdo de que, al oír la noticia, Sid Pornick había sufrido un brusco cambio. Al conocer su repentino enriquecimiento le había hecho decir, con evidente hostilidad, que muy pronto no querría descender a hablar con un pobre mecánico como él. Kipps no estaba preparado para la desagradable verdad de que el camino del progreso social está lleno de amistades rotas. Y el primer atisbo de este hecho le había causado una penosa confusión mental.

Desde el día pasado en el castillo de Lympne sus relaciones con Helen habían entrado en una nueva fase. Había deseado a Helen como las almas buenas desean el cielo, sin comprender el alcance de sus deseos. Pero ahora había pasado la primera etapa de reverente veneración, y la diosa, desprovista de su velo de misterio, se había inclinado hacia él, se había apoderado con firmeza de su persona y se movía a su lado. A Helen le gustaba Kipps. Y, cosa curiosa, muy pronto le había besado en la mejilla, mientras que él no lo había hecho todavía. Kipps no podía analizar sus sentimientos. Sólo sabía que el mundo que le rodeaba había experimentado un profundo cambio; pero la verdad era que aunque todavía la adoraba y la temía, aunque todavía se sentía ridículamente orgulloso de su compromiso, había dejado de amarla. Ese algo sutil, entretejido con delicados sentimientos de ternura y deseo, se había desvanecido imperceptiblemente y había desaparecido para siempre de su corazón. No obstante, ni ella ni él sospechaban nada de esto.

Helen se dedicó a educarle, con perfecta buena fe. Le daba consejos sobre su acento; le aconsejaba sobre su comportamiento, sus trajes y su manera de ver las cosas. Uno y otro día hundía cruelmente el filo de su inteligencia en los rincones más sensibles de la secreta vanidad de Kipps y reducía a pedazos su orgullo más íntimo. El joven intentaba evitar en lo posible estas lecciones, haciendo gran uso de Coote.

Pero los detalles que se le pasaban por alto eran muy numerosos...

Por su parte, Helen consideraba admirable su buena voluntad e iba sintiéndose más y más maternal respecto a él. Consideraba «espantosas» su educación y sus amistades anteriores. No concedía importancia a Nueva Romney, porque aquello estaba muy lejano, pero descubrió influencias más próximas, averiguó con asombro que en las habitaciones de Kipps tenían lugar de vez en cuando nocturnas sesiones musicales (se escandalizó mucho cuando supo que Kipps cantaba al son del banjo), y que entre las amistades de su prometido se contaban personas tan poco recomendables y vulgares como Buggins, Pearce y Carshot, y sobre todo, un terrible fenómeno social llamado Chitterlow.

Éste se cernió sobre ellos la primera tarde que salieron solos.

Iban andando junto al puerto en dirección a Sandgate (en el último momento *Mrs. Walshingham* no había podido acompañarles), cuando Chitterlow apareció de pronto en su radio visual. Tema puesto el traje a rayas y el sombrero de paja que se había comprado con el dinero que Kipps le diera por adelantado para pagar sus clases de dicción, llevaba las manos en los bolsillos, y el hecho de que mirara con atención a todos cuantos pasaban por su lado, revelaba que estaba sumido en el examen de sus semejantes, para crear los personajes de su próxima obra

—¡Hola! —exclamó al ver a Kipps, quitándose el sombrero de paja con un gesto tan ampuloso, que a Helen le pareció el de un prestidigitador a punto de sacar de él una paloma.

—¡Hola, Chitterlow! —repuso Kipps un poco cortado y sin descubrirse.

—Un momento, muchacho —prosiguió Chitterlow poniéndole una mano sobre el hombro—. Perdóneme, querida —añadió inclinándose ante Helen como un noble de la corte de los zares, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Se llevó aparte a Kipps y le habló en tono confidencial, mientras Helen les contemplaba con el más profundo asombro.

—Quiero hablarle de mi obra —explicó.

—¿Qué pasa con su obra? —preguntó Kipps, consciente de la proximidad de Helen.

—La cosa va bien. Hay en el aire un fuerte olor a sindicato. Muy fuerte.

—Eso está muy bien —dijo Kipps.

—No se lo diga a todo el mundo —indicó Chitterlow llevándose un dedo a los labios, con lo que indicaba demasiado a las claras a quién se refería con ese «todo el mundo»—, pero parece que va a ser un éxito. Bueno, no quiero entretenerle. Hasta pronto. ¿Vendrá por casa?

—Sí.

—¿Esta noche?

—A las ocho.

Después, e inclinándose no como un noble, sino como un verdadero príncipe, Chitterlow saludó y se alejó luego de lanzar a Helen una mirada inquisitiva...

Durante algún tiempo los dos jóvenes guardaron silencio.

—Era Chitterlow —dijo al fin Kipps, señalando a su amigo con la cabeza.

—¿Es amigo tuyo?

—En cierto modo. Un día me atropelló con su bicicleta y de ese modo nos conocimos.

Nuestro joven se esforzaba por hablar con claridad mientras Helen examinaba su perfil.

—¿Qué es lo que hace?

—Se dedica al teatro. Por lo menos escribe comedias.

—¿Y las vende?

—Algunas.

—¿A quién?

—A mucha gente. Vende participaciones. No sé cómo es que no te he hablado antes de él.

Helen contempló por encima del hombro la figura de Chitterlow, que al parecer no logró inspirarle una confianza absoluta. Se volvió hacia Kipps y dijo con tono autoritario:

—Tienes que hablarme de Chitterlow. Ahora.

Y comenzaron las explicaciones...

La obra teatral de aficionados que habían ido a ver a Sandgate, fue para Kipps como un refugio. Mientras buscaban sitio, y durante los entreactos, se esforzó por olvidar que debía seguir explicando el carácter de sus relaciones con su amigo. Pero Helen insistió en seguir hablando de Chitterlow en el camino de vuelta a Folkestone. En su decisión de llegar al fondo del asunto había algo como una preocupación maternal, y le interrogó como interrogaría una maestra de escuela a un colegial rebelde. Muy pronto Kipps sintió que se le teñían de rojo las orejas.

—¿Has visto alguna de sus obras?

—Él me ha contado una.

—¿Pero la has visto en teatro?

—No. No ha estrenado ninguna todavía. Pero lo hará pronto.

—Prométeme que no harás nada sin consultarme.

Naturalmente Kipps se lo prometió.

Los dos prosiguieron su camino en silencio.

—No se puede ser amigo de todo el mundo —dijo Helen instantes después.

—Claro que no. Pero en cierto modo fue él quien me ayudó en lo de la herencia.

A continuación Kipps expuso, a su manera, lo ocurrido con el anuncio del periódico.

—No me gustaría romper con él de repente —explicó.

Helen no dijo nada durante algún tiempo, y cuando habló de nuevo, sus pensamientos parecieron haber cambiado de rumbo.

—Pronto viviremos en Londres —comentó—. Esto seguirá únicamente mientras

estemos aquí.

Era ésta la primera insinuación que hacía de sus proyectos postnupciales.

—Alquilaremos un pisito agradable, no demasiado hacia el Oeste, y allí nos rodearemos de nuestro círculo exclusivo de amistades.

2

Durante el resto de aquel verano Kipps siguió recibiendo lecciones. Convirtió su deseo de aprender en un secreto a voces, hasta el punto de que Helen tuvo que insinuarle que su modestia y su franqueza eran excesivas. Todos los amigos hacían a su modo cuanto estaba en su poder para ayudar a Helen en su tarea. Coote seguía siendo el más importante de los profesores, el tutor, por así decirlo (puesto que existen muchas dificultades que un hombre puede plantear a otro hombre, pero de ningún modo a la mujer que ama) y todos los demás colaboraban con él. Hasta la joven de las pecas le daba lecciones de pronunciación. *Miss Coote* se especializó en el desarrollo de las cualidades artísticas de Kipps, ya que desde el principio se había formado la opinión de que nuestro héroe poseía una extraordinaria sensibilidad para el arte; los comentarios del joven sobre sus cuadros, le habían parecido muy inteligentes y cada vez que iba a visitarles le enseñaba una obra de arte, un libro ilustrado, un grabado de Botticelli, en color. *Las cien mejores pinturas*, una historia resumida del arte alemán o alguna revista de muebles y decoración.

—Yo sé que le gustan mucho estas cosas —solía decir.

—Sí, sí, me gustan mucho —contestaba Kipps.

Muy pronto adquirió un vocabulario bastante rico en exclamaciones apreciativas.

Cuando los *Walshingham* le llevaron un día a la Academia de Artes y Oficios, se comportó de un modo inteligente en extremo. Durante algún tiempo guardó un prudente silencio y por fin se decidió a hacer un comentario sobre una acuarela de vivos colores.

—Esto es muy bonito —dijo a *Mrs. Walshingham*—. Me refiero a aquel cuadro de color.

Siempre decía estas cosas preferentemente a la madre y no a la hija, a no ser que tuviera una seguridad absoluta de que sus palabras eran acertadas.

Cada vez se entendía mejor con *Mrs. Walshingham* y sentía mayor admiración por su tacto y delicadeza; muchas veces se dijo que su futura madre política era la representación del señorío. Sus vestidos estaban siempre en el más perfecto orden y el color desvaído de su cabello y de su rostro, junto con la modestia de sus actitudes y sus emociones, contribuían al efecto general. Kipps era un hombre como tantos otros y él mismo así lo comprendía, pero junto a la madre de Helen se sentía más importante, lo que aumentaba el respeto que sentía hacia ella. La mano que *Mrs.*

Walshingham dejaba reposar de vez en cuando sobre su brazo, era de líneas finas y etéreas. Y además, desde el primer momento le llamó por su nombre de pila.

Ella no le daba lecciones como los demás, sino que le guiaba con infinito tacto. Su conversación era anecdótica más que didáctica. Por ejemplo, solía decir: «Me gusta que la gente haga tal cosa». Le contaba anécdotas ejemplares y hazañas caballerescas; repetía comentarios oídos en los ferrocarriles y en los ómnibus y detalles sin importancia, pero que podían ser de utilidad para Kipps, tales como que cierto día en el ómnibus un hombre había servido de intermediario entre ella y el conductor, y al tender a éste el cambio, se había quitado el sombrero. Inculcó tan profundamente en Kipps la costumbre de quitarse el sombrero, que nuestro joven se descubría si se encontraba en la estación de ferrocarril con una mujer y permanecía de aquel modo hasta que, por tropezar con dificultades en el manejo del dinero y los billetes, se veía obligado a ponerse el sombrero de nuevo. *Mrs.* Walshingham le hablaba también de sus dos hijos (llamándoles con frecuencia «sus alhajas gemelas») y mencionaba sus dotes, sus temperamentos, sus ambiciones y su extraordinario talento. Necesitaban una oportunidad, decía, del mismo modo que las demás personas necesitan aire para respirar...

En las conversaciones entre ambos, Kipps había dado siempre por hecho (y ella al parecer también) que viviría con ellos en el piso londinense soñado por Helen. Pero un día quedó sorprendido al enterarse de que aquello no sería así.

—Nosotros necesitaremos nuestro propio círculo... —dijo Helen con decisión.

—¿Pero no crees que va a sentirse muy sola? —preguntó Kipps.

—Aquí conoce a mucha gente, a los Wace, a *Mrs.* Pebble, a *Mrs.* Botting y a muchas más.

Y de aquel modo Helen arrojó de su mente toda preocupación a ese respecto.

La participación del joven Walshingham en el sindicato educativo de Kipps era menor. Pero en cambio brilló cuando fueron todos a Londres en una expedición artística. Entonces aquel hombre de negocios en embrión enseñó a Kipps a comprar los semanarios más apropiados para leer en el tren, a comprar cigarrillos con boquilla dorada y cigarrillos de un chelín; le enseñó lo que debía pedir para el almuerzo y a beber Mosela en la cena, a calcular el precio de un coche de alquiler (a penique el minuto), a examinar con distinción la cuenta del hotel y a ir sentado en el tren como un hombre sumido en profundos pensamientos, en vez de parecer un tonto y traicionarse ante los demás pasajeros.

Las conversaciones entre Helen y Kipps no eran nunca sentimentales. En aquel aspecto los dos sentían una curiosa timidez. El futuro se representaba ante Kipps con completa claridad, como una campaña conjunta de las dos «alhajas gemelas» de *Mrs.* Walshingham contra el Gran Mundo, en la que Kipps sería considerado como una pieza más del equipaje y como fuente de suministro. Repetían muchas veces que seguirían siendo muy pobres (lo que dejaba asombrado a Kipps, aunque no hacía ningún comentario), hasta que el hermano comenzara a triunfar en su carrera. Pero

añadían que si tenían suerte podrían llegar muy lejos.

Cuando Helen hablaba de Londres sus ojos se hacían soñadores, como cuando uno contempla con la imaginación un país distante. Ya parecía existir el núcleo del tan ansiado círculo de amistades. El joven Walshingham era socio de un pequeño club de periodistas y gente literaria. Por otra parte, estaban los Revel. Los dos hermanos eran grandes amigos de los Revel. Sidney Revel había enseñado en una de las mejores escuelas de Folkestone antes de su rápido ascenso en el mundo como escritor de ensayos epigramáticos, el significado de los cuales estaba muy por encima de la inteligencia del público vulgar. El joven Walshingham le había invitado varias veces a tomar el té y fue él quien había aconsejado a Helen que intentara escribir.

—Es muy fácil —había dicho Sidney.

Ya entonces él escribía artículos de vez en cuando, para algunos periódicos vespertinos y para algunos semanarios. Después se había ido a vivir a Londres y se había convertido casi inevitablemente en un crítico teatral. Más tarde escribió los ensayos y por último *Corazones rojos latiendo*, la novela que le había consagrado. Se trataba de una narración de aventuras, ingenua, emotiva, osada y franca, pero en ningún momento, como había dicho la crítica, morbosa. Había conocido a una viuda americana con mucho dinero y se había casado con ella. Helen explicó a Kipps que habían tomado un piso en Londres y ocupaban un puesto muy importante en la sociedad literaria y artística de la capital. Helen hablaba mucho de los Revel y cuando mencionaba a Sidney se quedaba pensativa. Naturalmente, hablaba sólo de él porque todavía no había conocido a *Mrs. Revel*.

Kipps se enteró de que con ocasión de su matrimonio y de su traslado a Londres, habrían de sufrir el cambio de nombre insinuado por Coote. Se transformarían en *Mr. y Mrs. Cuyps*. ¿O era Cuypp?

—Al principio me resultará extraño —dijo Kipps—, pero supongo que pronto me acostumbraré...

Así, pues, cada uno a su modo, todos pusieron su granito de arena en la tarea de refinar y ejercitar la inteligencia de Kipps. Detrás de todas estas otras influencias, presidiéndolas y corrigiéndolas, por así decirlo, se alzaba la sombra de Coote, como una especie de maestro de ceremonias. Mientras contemplaba a nuestro héroe con mirada solícita, pensaba que todo marchaba admirablemente. El carácter de Kipps le servía de estudio y lo comentaba con su hermana, con *Mrs. Walshingham*, con la joven de las pecas, o con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle.

—Es un carácter interesante —decía—. Es una especie de caballero instintivo. Le atraen todas estas cosas y aprende de día en día. Pronto adquirirá mayor soltura. Le cogimos en el momento oportuno. Ahora..., mejor dicho, el año que viene, debe hacer un curso de literatura. Eso es lo que necesita más que nada.

—Ahora lo que le interesa es montar en bicicleta —dijo *Mrs. Walshingham*.

—Eso está bien para el verano, pero necesita una ocupación intelectual más seria, algo que le saque de sí mismo. El *savoir faire* y el olvido de uno mismo es la mitad

El mundo, tal como Coote lo presentaba, era en parte una ramificación, en parte una ampliación y en parte una rectificación del mundo de Kipps, del mundo que había heredado de sus tíos en Nueva Romney y se había desarrollado en el almacén de Sharford; en resumen, el mundo del pueblo británico. Contenía el mismo sutil sentido de las diferencias sociales que había movido a *Mrs.* Kipps a prohibir a su sobrino que jugara con los chicos de los labradores, y el mismo miedo a todo lo vulgar, que había mantenido la escogida calidad del personal del establecimiento de *Mr.* Sharford. Pero ahora Kipps no tenía ya razón alguna para dudar de su posición en el mundo y permanecía junto a Coote con seguridad total, dentro de la esfera en la que se mueven los auténticos caballeros. En esta esfera hay también distinciones de rango, pero no de clase; en ella están incluidos los Grandes Señores y también los personajes modestos y distinguidos, como Coote, que pueden incluso tener alguna profesión y ocupaciones muy distintas; hay aristócratas, pero hay también gente con medios económicos reducidos. Todos ellos pueden visitarse unos a otros, se comportan de un modo parecido y constituyen el estado dentro del Estado, que se llama Sociedad.

—Pero ¿es esto lo que se llama «estar en sociedad»? —preguntaba el discípulo.

—Sí —decía Coote—. Naturalmente, aquí no hay mucho movimiento, pero aun así, la sociedad local sigue las mismas reglas trazadas.

—¿Hacer visitas y todo eso?

—Precisamente.

Kipps reflexionó, silbó unos compases y se decidió a abordar un problema de conciencia.

—A veces me pregunto si debería vestirme de etiqueta para cenar cuando estoy aquí solo.

Coote meditó unos instantes, sólo unos instantes, sobre el asunto.

—Creo que ponerte traje de etiqueta sería un poco excesivo —dijo al fin—. Pero podrías al menos cambiarte de traje o ponerte una chaqueta de más ceremonia. Eso es lo que yo haría, al menos si no tuviera que trabajar... y si no fuera pobre.

Tosió ligeramente y se llevó la mano a la nuca.

Después de esta conversación, la cuenta del lavadero de Kipps se cuadruplicó. Y cuando iba a escuchar los conciertos de la banda de música, podía vérselo con la chaqueta desabrochada para lucir su corbata blanca. Él y Coote fumaban los cigarrillos emboquillados que el joven Walshingham había declarado mientras escuchaban la música, y al sonar los primeros compases del himno nacional se ponían

de pie con la cabeza religiosamente descubierta. Al menos no podía decirse de ellos que eran desleales.

Los límites de la Sociedad estaban muy cerca de Coote y de Kipps, y el caballero que se precie de tal tiene la obligación de saber quiénes están por «debajo» de él y comportarse con ellos como está reglamentado.

—Esto, para mí, es lo más difícil —dijo Kipps.

Tenía que cultivar una cierta «distancia» y adquirir el arte de saber reprimir la presunción de sus antiguos amigos. Coote reconoció que era difícil.

—Yo estoy muy metido en el grupo de los empleados del almacén —dijo Kipps—. Eso es lo que lo hace tan difícil.

—Puedes hacérselo ver de un modo indirecto.

—¿Cómo?

—Pues... ya se te ocurrirá cuando llegue el momento.

La ocasión llegó una de las tardes en que el almacén cerraba pronto. Kipps estaba sentado en la primera fila junto a la banda de música, con la chaqueta completamente desabrochada y un sombrero nuevo echado sobre los ojos, mientras esperaba a Coote. Habían proyectado oír música durante una hora y servir después de auditorio a *Miss* Coote y a la joven de las pecas, que iban a tocar varios dúos de Beethoven. Cuando Kipps se inclinó hacia atrás en el asiento, sumido en su ocupación favorita en tales ocasiones (consistente en suponer que todos cuantos le rodeaban se estaban preguntando quién era él), sintió un golpe en la espalda y llegó a sus oídos la voz de Pearce.

—Esto de ser un caballero no está mal —dijo éste acercando una silla de un penique junto a la butaca de Kipps, mientras Buggins aparecía por el otro lado sonriendo y apoyándose en su bastón. Kipps comprobó con horror que estaba fumando una vulgar pipa.

Dos señoras vestidas a la última moda, que estaban sentadas junto a ellos, miraron a Pearce y después apartaron rápidamente la vista sin ocultar su asombro.

—Pero a Kipps no le ha cambiado —dijo Buggins quitándose la pipa de la boca y contemplando a su amigo.

—¡Hola! —saludó Kipps sin demasiada cordialidad—. ¿Cómo va la vida?

—No va mal. La semana que viene tengo vacaciones. Si no te das prisa, Kipps, iré al Continente antes que tú.

—¿Vas a Boulogne?

—*Ya lo creo. Parley vous Francey...?*

—Yo iré allí cualquier día.

Se hizo una pausa. Pearce se llevó a la boca un extremo del bastón y contempló a Kipps. Después paseó la mirada por las personas que había a su alrededor.

—Oye, Kipps —preguntó en voz alta—: ¿has visto últimamente a su señoría?

Kipps comprendió que su amigo quería impresionar a los que pudieran oírle, pero respondió tranquilamente:

—No, no la he visto.

—Estaba con *Sir William* la otra noche —siguió diciendo Pearce, siempre en voz alta— y preguntó por ti.

Kipps creyó advertir que las dos señoras sonreían débilmente, hablaban entre sí y miraban a Pearce de reojo. Kipps sintió que la sangre se le subía a la cara.

—¿Ah, sí? —repuso.

Buggins se echó a reír, de buen humor.

—*Sir William* está muy fastidiado con su gota —continuó Pearce, imperturbable.

Buggins siguió riendo con la pipa entre los dientes y Kipps vio que en aquel momento llegaba Coote. Éste saludó a Pearce con la cabeza.

—Supongo que no habrás esperado mucho tiempo, Kipps —dijo.

—Te he reservado una silla —contestó Kipps.

—¿Estás con tus amigos?

—No se preocupe; nosotros, encantados —dijo Pearce cordialmente—. Cuantos más seamos, mejor. ¿Por qué no te sientas, Buggins?

Buggins movió la cabeza como para decir algo y Coote tosió discretamente.

—¿Le han entretenido los negocios...? —preguntó Pearce.

Coote se puso pálido y fingió no oír. Su mirada se perdió en la lejanía y, al reconocer a un amigo, le saludó quitándose el sombrero con movimiento convulso.

Pearce, que también se había puesto algo pálido, se dirigió a Kipps en voz baja.

—¿No es *Mr. Coote*? —preguntó.

Cuando habló de nuevo, Coote se dirigió a Kipps directa y exclusivamente.

—He venido muy tarde —dijo—. Creo que debemos marcharnos ya.

Kipps se puso en pie.

—Muy bien —asintió.

—¿Qué camino llevan? —preguntó Pearce, que también se levantó, mientras sacudía la ceniza que le había caído en una manga.

Coote quedó momentáneamente sin aliento, pero al fin consiguió reunir las fuerzas suficiente para asestar el golpe que consideraba necesario.

—Gracias; pero me parece que no requerimos para nada su compañía.

Y, sin más, giró sobre sus talones y echó a andar.

Kipps se sorprendió tropezando con las sillas y con los pies de la gente mientras andaba precipitadamente detrás de su amigo. Por fin lograron verse fuera del recinto del concierto. Coote no dijo nada durante algún tiempo, pero al fin comentó, malhumorado;

—¡Qué impertinencia!

Kipps no contestó.

Aquel incidente constituyó una interesante lección sobre el medio de guardar las «distancias» y Kipps tardó mucho tiempo en olvidarlo. Veía sobre todo la expresión de Pearce, entre asombrada y furiosa. Sentía como si hubiera golpeado a Pearce en la cara estando indefenso. No pudo concentrarse en los dúos de Beethoven y hasta

olvidó decir, cuando terminó uno de ellos, cuánto había disfrutado escuchándolo.

4

Pero no debes imaginar, lector, que el ideal nacional de lo que debe ser un caballero depende únicamente del comportamiento, la selección de amistades y el apartamiento de las relaciones degradantes. Hay también un lado serio, un aspecto más profundo, del verdadero «auténtico caballero». El «auténtico caballero» es profundamente religioso, como Coote y como *Mrs. Walshingham*, pero esto nunca es evidente fuera de los muros de la iglesia, excepto quizá, de vez en cuando, al hacer una pausa significativa o lanzar una mirada profunda. Muy pronto Kipps había aprendido a hacer la pausa y a lanzar la mirada; en una palabra, lo que constituye el más alto refinamiento de la espiritualidad, la piedad impresionista.

Y el «auténtico caballero» es también patriota. Cuando uno veía a Coote quitándose el sombrero al escuchar los acordes del himno nacional, se adivinaban las patrióticas emociones que pueden anidar en el pecho de un caballero, de un auténtico caballero.

Pero éstos no eran sino destellos momentáneos. Por lo demás, el auténtico caballero evitaba en lo posible hablar de religión, de nacionalismo, de pasiones, de economía, de política y, sobre todo, de los puntos esenciales de la vida, nacimiento y muerte.

—No se habla de esas cosas —decía Coote haciendo un gesto con la mano.

—Naturalmente... —replicaba Kipps con idéntico tono de voz.

Profundidades en las que era preferible no bucear. No se habla, pero se insinúa. Basta con que hable la acción. A pesar de que los *Walshingham* no eran demasiado observantes, Kipps, que anteriormente había variado de iglesia cada domingo, tenía ahora un asiento propio en *Saint Stylites*. Allí se le veía siempre en el servicio vespertino y algunas veces por la mañana, vestido con sobria elegancia y sin perder de vista a Coote. Ahora no tenía ya dificultad alguna en seguir el servicio en el libro. Volvió a observar los ritos (que había abandonado poco después de su Confirmación, cuando la joven que había declarado ser su hermana adoptiva abandonara el almacén). Una noche le presentaron al honorable y reverendo *Densmore*. Kipps se sintió aturdido para poder hablar y el noble clérigo tampoco tuvo mucho que decir, pero al fin y al cabo fueron presentados...

No. No debes imaginar, lector, que el ideal británico de lo que debe ser un caballero carece de un aspecto serio y digno. Sin duda la imaginación se resiste a visualizar a Coote haciendo gala de extraordinarias dotes en el campo del valor. Pero aunque somos caritativos, debemos reconocer que hay personas que hacen cosas imperdonables, personas que se colocan fuera de ella desde el principio. Contra éstos,

la Sociedad ha inventado para los suyos una terrible protección: la negación del saludo. Esto no es ninguna broma. Significa la excomuni3n. Esta negaci3n puede hacerla un individuo, simb3licamente, un grupo de individuos, o la clase alta en general. Es f3cil imaginar a Coote cumpliendo este deber. Coote, p3lido y erguido, sin hablar, pasando junto al transgresor de la ley social con ojos implacables y labios apretados...

A Kipps no se le ocurri3 nunca pensar que un d3a tendr3a que sufrir aquel terrible castigo, que ser3a para Coote alguien con quien no solamente hab3a terminado para siempre, sino que adem3s era un desterrado del mundo de los escogidos.

Y, sin embargo, as3 hab3a de ser.

No puedo ocultar ya por m3s tiempo que todos los adelantos que hac3a Kipps estaban destinados a sufrir el m3s espantoso derrumbamiento. Hasta ahora, lector, le has visto ascender. Le has visto hacerse m3s y m3s refinado cada d3a, ir m3s cuidadosamente vestido, tropezar con menos torpeza al poner en pr3ctica las costumbres de la vida social. Has visto aumentar el abismo que le separaba de sus antiguos compa1eros. Y al fin lo he mostrado vestido impecablemente en una atm3sfera de luces y de c3nticos, en su asiento propio de una de las iglesias de moda en Folkestone... He tenido cuidado de evitar la nota tr3gica que desde ahora tendr3 que deslizarse en mi narraci3n. Sin embargo, la red tendida por sus amigos de la clase inferior se extend3a a sus pies y, adem3s, lat3a algo extraño en las fibras m3s íntimas de su ser...

CAPÍTULO VI

DISCORDANCIAS

1

Cierto día salió Kipps hacia Nueva Romney montado en la bicicleta que ya manejaba perfectamente, para dar a sus tíos la noticia de su compromiso. Era ya un ciclista experto, pero todavía necesitaba entrenamiento. El viento del sudoeste, aún disfrazado de brisa veraniega, al darle de frente, equivalía a subir una cuesta y, por lo tanto, de vez en cuando descendía de la máquina y descansaba caminando unos metros. Iba andando por fuera de Nueva Romney, pensando en hacer su entrada triunfal en el pueblo (sujetándose al manillar con una sola mano), cuando de pronto se tropezó con Ann Pornick.

Por casualidad había estado pensando en ella en aquel mismo instante. Había estado pensando cosas muy curiosas, como por ejemplo si no tendría Nueva Romney cierto encanto impalpable que faltaba en el gran mundo de Folkestone, al otro lado de la colina. Aquí todo resultaba más familiar, más hogareño. Al pasar por delante de la casa del viejo Clifferdown observó que habían arreglado la puerta con una cuerda nueva. En Folkestone no se daba cuenta de estas cosas y le tenía sin cuidado que edificaran trescientas casas. Pensándolo despacio, aquello era muy raro. Estaba muy bien eso de tener mil doscientas libras al año; estaba muy bien ir en los tranvías y los ómnibus pensando que ninguno de los presentes era tan rico como él; estaba muy bien comprar y encargar esto y aquello y no tener que trabajar nunca y ser el prometido de una parienta del conde de Beauprés; pero los días que pasara años atrás en Nueva Romney habían estado presididos por una ilusión que todas estas cosas nuevas no contenían. Todo le había hecho feliz, las vacaciones, la luz del sol, la playa, la calle Mayor. Recordó aquellas vacaciones, que en sus tiempos de aprendiz, al mirarlas retrospectivamente, le habían parecido tan maravillosas. Y resultaba extraño comprobar que ahora, aun en medio de su actual esplendor, seguían pareciéndoselo.

Pero todo aquello había pasado para siempre; seguramente había ocurrido algo en el mundo, algo que había apagado el brillo que tuviera en aquellos tiempos. Él mismo había cambiado, Sid estaba cambiado también, terriblemente cambiado, y sin duda Ann lo estaría, como ellos...

Se la imaginó con el pelo revuelto y las mejillas rojas, tal como la viera a su lado aquel día inolvidable, después de medir sus fuerzas.

Sí, debía estar muy cambiada y sin duda había desaparecido para siempre el

mágico encanto que de niña la envolvía de pies a cabeza. Mientras pensaba en esto, levantó la vista y vio a Ann.

Ésta tenía siete años más y estaba muy cambiada, pero de momento a Kipps le pareció que era la misma chiquilla de siempre.

—¡Ann! —exclamó.

—¡Pero si es Art Kipps!

Entonces fue cuando él se dio cuenta de los cambios que había sufrido su amiga..., todos ellos favorables. Era muy bonita, y sus ojos azules, tan oscuros como él los recordaba; pero ahora Kipps era otra vez el más alto de los dos. Ann llevaba un vestido muy sencillo que proclamaba a las claras su condición de mujer sana, y lucía un sombrero adornado con flores. Sonrió a Kipps con franca alegría y le brillaron los ojos.

Kipps comprendió que Sid no había contado a su hermana su cambio de fortuna. Al meditar sobre el comportamiento de Sid, había llegado a la convicción de que él fue el culpable, por haber presumido de un modo exasperante con sus palabras. Por lo tanto, esta vez procuró no pecar en el mismo sentido y cayó en el extremo opuesto.

—Sí, me estoy tomando unas vacaciones —dijo.

—Yo también —dijo Ann.

—¿Vienes de dar un paseo?

Ann le mostró en silencio el ramo de flores silvestres que llevaba en la mano.

—Hace mucho tiempo que no te he visto, Ann. ¿Cuánto tiempo hace? Siete..., casi ocho años.

—Es mejor no contar —dijo Ann.

—¡Parece imposible que haga tanto tiempo!

—Ya estás hecho un hombre. Tienes bigote —dijo Ann, oliendo sus flores y mirándole por encima de ellas no sin admiración.

Kipps se ruborizó...

Muy pronto llegaron a la bifurcación del camino.

—Yo voy por aquí hasta casa de mamá —dijo Ann.

—Te acompañaré un poco, si me lo permites.

Las distinciones sociales que en Folkestone son obligaciones ineludibles en Nueva Romney no existen, y por lo tanto a Kipps le pareció la cosa más natural del mundo acompañar a Ann, a pesar de que la joven no era más que una sirvienta. Los dos se hablaban ya con toda naturalidad y soltura y pronto se vieron sumidos en íntimas evocaciones. Kipps comprobó, asombrado, que no había transcurrido mucho rato, sin que hablaran del siguiente modo:

—¿Te acuerdas de aquella media moneda de seis peniques? ¿La que cortamos juntos?

—Sí...

—Yo la tengo todavía. —La muchacha titubeó antes de preguntar—: ¿Tienes tú la tuya, Artie?

—Claro que sí. ¿Qué te creías? —contestó Kipps, mientras se preguntaba interiormente por qué hacía tantos años que no contemplaba aquella media moneda.

Ann le sonrió.

—No creí por un momento que la guardaras, y muchas veces he dicho a mí misma que era una tonta al guardar la otra mitad. Además —añadió—, en realidad no quería decir nada...

Mientras hablaba levantó los ojos y su mirada se cruzó con la de Kipps.

—¿Tú crees? —dijo Kipps al cabo de unos segundos, consciente de que estaba siendo infiel a Helen.

—Al menos no quería decir mucho —concluyó Ann—. ¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

—Estoy viviendo en Folkestone... —comenzó a decir Kipps. Tuvo una ligera vacilación y decidió que aquello bastaba por el momento—. ¿No te ha dicho Sid que nos encontramos aquí?

—¡No! ¿Aquí?

—Sí, el otro día. Hará una semana.

—Entonces yo no había venido aún.

—Quizá por eso no te lo dijera.

—Sid ha salido adelante —dijo Ann—. Tiene tienda propia, Artie.

—Sí, ya lo sé.

Habían llegado a la casa donde vivía la madre de Ann.

—¿Vas a entrar? —preguntó Kipps.

—Supongo que sí.

Los dos permanecieron mirándose silenciosos durante unos instantes.

—¿Vienes a menudo a Nueva Romney? —preguntó Ann.

—De vez en cuando...

Otra pausa. Ann le tendió la mano.

—Me alegro de haberte encontrado.

Pero en un rincón olvidado del corazón de Kipps había revivido un sentimiento cuya existencia no hubiera podido sospechar muy poco antes.

—Ann...

—¿Sí...? —dijo ella sonriendo.

Se miraron mutuamente a los ojos y Kipps sintió que renacían en él todas las emociones de su adolescencia. La presencia de Ann desterró todo lo demás. La joven respiraba aceleradamente junto a él, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—Me alegro muchísimo de haberte encontrado de nuevo —dijo—. Me has hecho recordar tiempos pasados.

—¿Verdad que sí?

Nueva pausa. Kipps hubiera querido tener con ella una larga conversación, dar un paseo juntos, acercarse a ella como fuere, y, sobre todo, hubiese deseado disfrutar por más tiempo de la mirada acariciadora de sus ojos. Pero el recuerdo de Folkestone se

impuso en su interior.

—Tengo que irme —dijo despidiéndose y alejándose como impelido por una voluntad superior a la suya...

Cuando, desde la esquina, volvió la vista hacia atrás, ella estaba aún a la puerta con expresión algo desconcertada por su marcha repentina. Kipps titubeó un momento, estuvo a punto de volverse y por fin saludó con el sombrero... (¡Aquel sombrero! ¡El sombrero que representaba a la civilización...!).

Poco después estaba sumido distraídamente en una conversación con su tío. Éste intentaba convencerle de que comprara unos cuantos relojes de pared para venderlos a mayor precio. Le decía también que en una tienda de Lydd había globos, uno terrestre y otro celeste, que resultarían muy decorativos en un salón y que con toda seguridad aumentarían de valor... Kipps no logró recordar nunca si había accedido o no a hacer aquella compra.

Era posible que el viento del sudoeste le ayudara a la vuelta; el caso es que atravesó Dymchurch sin apenas darse cuenta de por dónde iba. Cuando salió de nuevo al campo, le pareció que las colinas de la izquierda y los árboles de la derecha se cernían sobre él obligándole a avanzar por un camino recto y estrecho. No podía volverse en aquella máquina aún no domesticada del todo, pero sabía que detrás de él se extendía, bajo el cielo crepuscular, la vasta llanura que tan bien conocía. Aquello dio materia a sus pensamientos... Mientras atravesaba Hythe se dijo que era indudable que entre las existencias de un hombre que era o pronto sería un auténtico caballero y la de Ann, existía y existiría una total incompatibilidad.

Ya cerca de Seabrook comenzó a pensar que en cierto modo se había degradado al acompañar a Ann... Después de todo, ¡no era más que una sirvienta!

¡Ann!

Aquella muchacha hacía que surgieran en él los instintos de miembro de la clase baja. Había habido un momento en el que se había sorprendido a sí mismo pensando que resultaría muy agradable besarla en los labios. Ann tenía un encanto indefinible..., al menos para Kipps. Éste tuvo la impresión de que durante todo el tiempo que habían estado separados, ella se había hecho más suya, se había entregado del todo a él.

¡Había guardado aquella media moneda durante todos aquellos años!

Ésa era la cosa más halagadora que jamás le había ocurrido a Kipps.

2

Aquel atardecer, teniendo entre las manos *El arte de conversar*, se sumió en extrañas meditaciones. Después se puso en pie, paseó por la habitación, se acercó a la ventana, se obligó a volver a la realidad y trató de leer *Sésamo y las lilas*.

Pero tampoco en este libro logró Kipps concentrar su atención. Se echó para atrás y cerró los ojos. Tan pronto sonreía como suspiraba. De pronto se levantó, sacó de su bolsillo un manojito de llaves, las miró y, tomando una repentina decisión, subió al piso de arriba. Allí abrió la cajita amarilla que una vez había contenido todo cuando poseía en el mundo. En un rincón de su interior había un paquetito sellado con lacre rojo para defenderlo de la curiosidad ajena. Kipps no lo había tocado desde hacía muchos años. Sostuvo este paquete entre los dedos durante un momento y al fin rompió el sello...

Cuando aquella noche estaba a punto de acostarse, recordó algo por primera vez.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta—. ¡Tampoco esta vez se lo he dicho!
¡Tendré que volver a Nueva Romney!

Se metió en la cama y permaneció pensativo durante largo tiempo.

«Extraño mundo...», reflexionó.

Recordó que Ann se había fijado en su bigote y entonces se embarcó en un mar de egoístas suposiciones. Se imaginó a sí mismo revelando a Ann el total de su fortuna. ¡Qué sorpresa se llevaría!

Por último suspiró profundamente, apagó la luz y poco después estaba dormido...

Pero a la mañana siguiente, y durante todo el día; se sorprendió pensando en Ann..., en Ann la deseable, en Ann la dulce, la cálida. Y con extraordinaria fuerza deseó volver a Nueva Romney... para desear inmediatamente, con idéntica intensidad, no volver jamás.

Aquella tarde, sentado junto al puerto, se le ocurrió una idea.

«Supongo que debí decirle que voy a casarme...».

Todos los sueños e impresiones que parecían haberse borrado de su memoria, volvieron a representarse en su corazón. Recordó cómo había vuelto a Nueva Romney para pasar las vacaciones de Navidad, decidido firmemente a besarla, y recordó el horrible vacío que sintiera al descubrir que se había marchado del pueblo.

Ahora le parecía increíble, y sin embargo no del todo ilógico, haber derramado lágrimas por ella..., ¿cuántos años atrás?

3

Yo debería dar todos los días las gracias a mi Hacedor por no haberme delegado a mí para juzgar al mundo de los hombres. Porque tendría que compaginar una enorme injusticia con una indecisión espasmódica que prolongaría, en vez de mitigar, la amargura de la vida. No tendría caridad ninguna con la consciente superioridad humana; con los obispos, los políticos venales, los jueces y todo el resto de las almas que se alimentan de sus semejantes, sobre todo con los obispos, hacia los que siento una atávica antipatía y para los que sueño con no poca frecuencia con el castigo de

las galeras... Como digo, trataría a toda esta gente sin compasión alguna; pero, por otro lado, con personas como Kipps es donde sería víctima de la más exasperante indecisión. El juicio de los humanos se detendría en Kipps. Todo el mundo y todas las cosas tendrían que esperar. La balanza se inclinaría de un lado para otro, y cada vez que pareciera dispuesta a dejarse caer definitivamente en un sentido, mis dedos la pondrían de nuevo en movimiento. Reyes, guerreros, hombres de Estado, mujeres brillantes, personalidades en general, todos permanecerían esperando, jadeantes de indignación, sin ser juzgados, sin ser tenidos en cuenta, o, peor aún, condenados con indiferencia por importunos, mientras mis ojos escudriñaban por todas partes, buscando la menor cosa que pudiera decir a favor de Kipps... Pero aunque temo que nada pueda salvarle de ser condenado, no tengo más remedio que relatar que antes de que hubieran pasado dos días estaba hablando de nuevo con Ann.

Puedo buscar excusas. La noche anterior había sido testigo de una discusión entre Chitterlow y el joven Walshingham. Los dos habían acudido a visitarle con pocos minutos de diferencia y los dos, sirviéndose generosas raciones de *whisky*, se pusieron a discutir en presencia de Kipps. Al principio parecía que iba a ganar Walshingham, pero por fin, vociferando con todas sus fuerzas, Chitterlow le obligó a guardar silencio. Chitterlow había empezado hablando de las grandes cantidades de dinero que pueden ganar los autores teatrales, y el joven Walshingham le hizo callar exhibiendo de un modo impresionante sus conocimientos de la alta finanza. Si Chitterlow alardeaba de millares de libras, Walshingham alardeaba de cientos de millares y hablaba de las riquezas de las naciones. Se disponía a hablar del superhombre, pasando por la economía política, cuando Chitterlow se recobró de su primera derrota y volvió a obtener una victoria.

—Hablando de mujeres y de sus artes de seducción... —comenzó a decir (aunque, a decir verdad, no estaban hablando de mujeres, sino de la corrupción de la sociedad por medio de la especulación).

Pronto quedó de manifiesto que en este nuevo campo Chitterlow era invencible. ¡Sabía tanto! ¡Había conocido a tantas! El joven Walshingham se esforzó por ponerse a su altura por medio de epigramas y anécdotas, pero hasta Kipps comprendió que sus aportaciones al tema provenían de los libros y no de la experiencia. Era evidente que Walshingham no había conocido nunca una pasión verdadera. Sin embargo, Chitterlow convencía y asombraba. Se había escapado con mujeres, otras se habían escapado con él, había estado enamorado de varias a la vez («sin contar a Bessie»), había amado y perdido, había amado y triunfado, había amado sin ser correspondido. Habló del estado moral de América (país en el que había tenido gran éxito). Contó un incidente de romántica sencillez, un sueño delirante de amor y belleza, en un viaje en barco de sábado a lunes, por el río Hudson. Después pasó a cantar las alabanzas de Kipling, asegurando que este escritor sabía lo que se decía cuando escribía versos sobre el amor, versos que Chitterlow se apresuró a recitar en beneficio de sus amigos. (Como digo, estas cosas afectan los prejuicios morales del más fuerte de los

hombres).

—Me gustaría escribir como Kipling —dijo Chitterlow—. Describir la vida y el amor como él la describe. Pero si nos atrevemos a llevar la vida a la escena, a poner las realidades de la vida en la escena, el mundo reacciona en contra nuestra. Sólo Kipling pudo aventurarse a ello. Oigan este verso que me ha maravillado muchas veces. Otros muchos versos suyos me han maravillado también, pero ninguno como éste. Y, sin embargo, hay en él algo con lo que no puedo estar muy de acuerdo. A ver si lo están ustedes:

*Yo gocé donde pude,
y ahora el goce debo pagar,
que cuántas más mujeres hubieras conocido,
más difícil te será acostumbrarte a tener una.*

»En mi caso por lo menos (aunque esto no prueba nada, porque no intento negar que yo soy excepcional en muchas cosas), esto no tiene aplicación (se lo confío a ustedes en la seguridad de que no van a divulgarlo), porque yo he sido siempre fiel a Muriel desde que nos casamos, desde que... Ni una sola vez. Ni siquiera por casualidad he hecho o dicho la menor cosa que...

Sus ojillos oscuros quedaron pensativos después de hacer aquella confidencia y volvió a recitar con voz grave y profunda las líneas de Kipling.

—Sí —dijo Walshingham aprovechando una pausa en aquel torrente de palabras —; hay que conocer a las mujeres. Y el único medio es la experiencia.

—Hablando de experiencias, muchacho... —dijo Chitterlow volviendo a tomar la voz cantante.

Y de aquel modo siguieron hablando. *Ex pede Herculem*, como diría Coote, el cultivado políglota. Kipps se acostó a las primeras horas del amanecer. La cabeza le daba vueltas a causa de las palabras escuchadas y del *whisky* bebido. Permaneció algún tiempo sentado en la cama, reflexionando tristemente sobre la monogamia, institución que había echado una sombra sobre su vida y permitiendo que sus pensamientos, después de dar algunos rodeos, llegaran por fin a dar forma a la posibilidad de engañar al menos una vez a su prometida con Ann.

4

Pasó varios días resistiendo y luchando contra el deseo de volver a Nueva Romney.

No sé si esto puede contar como paliativo de su conducta. Supongo que el hombre de alma y espíritu fuerte, el hombre de temple debe ser insensible al ambiente creado

por las palabras de un tercero, pero yo nunca he pretendido dar a Kipps un puesto en estas altas esferas morales. El hecho es que al día siguiente pasó la tarde con Ann y no sintió el menor escrúpulo en hacer el papel de un enamorado en potencia.

Se tropezó con ella en la calle Mayor, y cediendo a un impulso momentáneo le propuso dar un paseo «para recordar los viejos tiempos».

—Encantada... —dijo Ann.

Su rápido consentimiento casi asustó a Kipps.

—¿Ahora mismo? —insistió mirando la calle de arriba abajo.

—Muy bien, Artie. Precisamente yo iba paseando en dirección a Saint Mary.

—Vamos hacia allá por detrás de la iglesia —dijo Kipps.

Pocos minutos después se acercaban al mar hablando como si nunca hubieran dejado de verse. Al principio hablaron de Sid. A Kipps no se le ocurrió pensar que Ann era una «mujer» en el sentido que daba Chitterlow a la palabra, sino únicamente que era «Ann». Pero después, recordando la conversación de sus amigos, se puso a pensar de un modo muy distinto. Llegaron a la playa y se sentaron en el suelo encima de los guijarros. Kipps apoyó todo el peso de su cuerpo sobre un codo y se puso a jugar con las piedrecillas, mientras Ann, toda ella iluminada por los rayos del sol, le contemplaba. De vez en cuando guardaban silencio. Agotaron el tema de Sid, agotaron el tema de Ann y Kipps no quería hablar de su herencia... Así, pues, pronto se sorprendió insinuando una conversación amorosa.

—Conservo todavía la media moneda —dijo.

—¿De veras? Yo siempre conservé la mía.. —contestó ella.

Hubo una pausa. Después se dijeron mutuamente lo a menudo que se habían acordado el uno del otro en los pasados años, y aunque es posible que Kipps no fuera sincero, Ann sí lo era.

—He conocido a mucha gente —dijo Ann—, pero nunca a nadie como tú, Artie.

—Ha sido muy hermoso volver a encontrarnos...

¡Mira este barco! Se está acercando muy de prisa...

Kipps permaneció algún tiempo silencioso, pero pronto se sintió emprendedor. Dejó caer los guijarros como por casualidad en la mano de Ann y después acarició, como excusándose, el lugar donde habían caído. Esto hubiera conducido a toda clase de coqueterías si se hubiera tratado, por ejemplo, de Fio Bates, pero Kipps quedó desconcertado al ver que Ann no hacía ningún movimiento y le sonreía con los ojos medio cerrados para defenderlos de los reflejos del sol. Era evidente que se tomaba todo aquello como la cosa más natural del mundo.

Kipps empezó a hablar de nuevo, y acordándose de Chitterlow, aseguró a Ann que nunca la había olvidado.

—Tampoco yo te olvidaré nunca, Artie —contestó ella—. Es extraño, ¿verdad?

El joven también pensó que era extraño. Sintió que le invadían los recuerdos y preguntó de pronto:

—¿Te acuerdas de los escarabajos, Ann?

Sin embargo, lo que Kipps recordaba de aquella tarde no eran precisamente los escarabajos. Se había dado cuenta en aquel momento de que nunca había besado a Ann. Levantó los ojos y allí, muy cerca, vio sus labios entreabiertos.

Años atrás había deseado ardientemente besarla, y su memoria, dando un salto, redujo a la nada el período intermedio. Recordó el propósito que se hiciera entonces y olvidó todo lo que había ocurrido después. Además, había aprendido muchas cosas desde los días de su adolescencia. Esta vez no pidió permiso. Siguió hablando, sintió que sus nervios se contraían y que sus ideas se hacían más claras.

Al fin, habiéndose asegurado de que nadie les veía, se sentó junto a ella e hizo un comentario sobre lo clara que estaba la tarde y lo cercano que parecía estar Dungeness. Después se hizo una vez más el silencio.

—Ann... —susurró en voz baja, rodeando los hombros de la joven con un brazo que temblaba.

Ella permaneció muda y no ofreció ninguna resistencia. Kipps recordó más tarde que la expresión de sus ojos había sido solemne.

Volvió el rostro de Ann hacia él y la besó en los labios. Ella le devolvió el beso con la franqueza y la ternura de una niña.

5

A Kipps le resultó curioso comprobar que, al pensar retrospectivamente en su infidelidad, no experimentaba la satisfacción que había esperado. No cabía duda de que el hecho de haber ido a la playa con una «mujer», de haberle hablado de amor y haberla besado, cuando estaba prometido a otra «mujer», era algo digno de Chitterlow; pero, sin saber por qué, no podía considerar a aquellas dos personas como «mujeres», sino como Ann y Helen. Sobre todo, se resistía a dar el calificativo de «mujer», en aquel sentido, a Helen. Había algo en los dulces ojos de Ann, en su franca sonrisa, en la ingenua presión de su mano, que resultaba indefenso y conmovedor, algo que daba a todo el asunto un sabor con el que Kipps no había contado. Un verso del poema de Kipling que Chitterlow había recitado, se repetía machaconamente en su imaginación. El que se refería al conocimiento de las mujeres... Pero en realidad él sólo había conseguido conocerse a sí mismo.

Deseaba intensamente volver a Ann y a explicarle... No estaba muy seguro de qué era lo que deseaba explicar...

En realidad no estaba muy seguro de nada. Es difícil resumir nuestra vida entera en un esquema coherente, y, para Kipps, su existencia consistía en una sucesión de estados de ánimo. Cuando pensaba en Helen o en Ann o en cualquiera de sus amigos, recordaba éste o aquel aspecto de cada uno de ellos, y a menudo los diferentes aspectos de una persona resultaban absolutamente incompatibles entre sí. Él amaba a

Helen, él adoraba a Helen... y también estaba empezando a odiarla con profunda intensidad. Cuando recordaba aquella excursión a Lympne, su ser se inundaba de emociones profundas, vagas y románticas; cuando pensaba en acompañarla a la fuerza en sus visitas o recordaba su último comentario sarcástico, se sorprendía a sí mismo inventando toda clase de insultos dirigidos a ella. Sin embargo, Ann, con quien había tenido mucho menos contacto que con Helen, resultaba una imagen mucho más sencilla. Era bonita, era dulcemente femenina y en su imaginación resultaba posible poseerla, mientras que Helen le parecía demasiado remota e inaccesible. Más que por ninguna otra cosa, Ann le atraía por el respeto que sentía hacia él. La mirada de sus ojos era un bálsamo para su vanidad perpetuamente herida...

Las ideas de Kipps se veían influidas por palabras escuchadas por casualidad y por toda clase de circunstancias externas. Sin embargo, en su imaginación, esto, al menos, estaba completamente claro: que haber ido a ver a Ann por segunda vez, haberle dado a entender que ella había sido la imagen central de sus pensamientos durante todos aquellos años y, sobre todo, haberla besado, había sido una acción indigna y vil. Pero desgraciadamente aquel destello de lucidez se produjo en su cerebro unas horas demasiado tarde.

6

Transcurrieron cuatro días. Kipps se levantó muy tarde, se hizo un corte en la barbilla mientras se afeitaba, dejó caer una zapatilla en el agua del baño y, malhumorado, lanzó una maldición.

Es posible, querido lector, que también tú conozcas por experiencia esas intolerables mañanas en las que parece que no tienes ni deseos ni fuerzas para levantarte, en que todo sale mal, todo se cae y todo se rompe, y detestas incluso a los pájaros que cantan en los árboles. A menudo, tales despertares siguen a una noche de insomnio y son debidos a una mala digestión o a alguna íntima preocupación. En el caso de Kipps (a pesar de que Chitterlow le había acompañado también la noche anterior), las preocupaciones habían jugado el papel principal. Durante varios días se le habían ido amontonando cosas desagradables, y en las horas de la madrugada, sin poder conciliar el sueño, Kipps les había pasado revista.

La principal preocupación marchaba bajo esta bandera:

MR. KIPPS

MRS. BINDON BOTTING

le recibirá en su casa el jueves 16 de setiembre

Anagramas, de 4 a 6,30 R. S. V. t.

Una bandera que era el facsímil de una tarjeta de invitación incrustada en el marco de su espejo. En relación con aquel documento terriblemente significativo había tenido con Helen lo que Kipps solamente podía describir como «unas palabras».

Hacía tiempo que era motivo de discusión entre los dos el hecho de que Kipps no aprovechara con suficiente energía las oportunidades que se le ofrecían de practicar las costumbres de la sociedad, y mucho menos buscaba oportunidades por su cuenta. Era evidente que el joven sentía un extraño terror hacia esa diversión vespertina llamada «la visita», y Helen no dejaba de repetirle que aquel terror era estúpido y debía ser vencido. La primera vez que Kipps reveló aquella debilidad fue en casa de los Coote, el día antes de besar a Ann. Estaban todos reunidos charlando agradablemente, cuando la doncella anunció la visita de la más joven de las señoritas Wace. Inmediatamente Kipps manifestó un profundo horror y se levantó a medias de su silla.

—¡Santo Dios! —protestó—. ¿Puedo escapar al piso de arriba?

Pero tuvo que volver a sentarse, porque ya era demasiado tarde. Y probablemente la más joven de las señoritas Wace oyó sus palabras al entrar.

Helen no dijo nada por el momento, aunque es posible que su actitud revelara a las claras su sorpresa, pero más tarde dijo a Kipps que tenía que acostumbrarse a ver gente y sugirió que hiciera una serie de visitas oficiales con ella y con *Mrs. Walshingham*. Kipps asintió de mala gana, por no discutir, pero llegado el momento mostró un talento para la evasión que su prometida no le había atribuido nunca. Helen consiguió por fin que Kipps accediera a acompañarla a visitar a *Miss Puchafer*, de Radnor Park, lo que no resultaría muy difícil, ya que siendo *Miss Puchafer* casi totalmente sorda, podía hablarse de cualquier cosa. Pero cuando llegaron a la puerta de la casa, Kipps logró escabullirse.

—No puedo entrar —murmuró con un hilo de voz.

—Tienes que hacerlo —dijo Helen, hermosa como siempre, pero con más dureza que de costumbre.

—No puedo.

Kipps sacó precipitadamente un pañuelo, se lo llevó a la cara y contempló con mirada hostil a su prometida por encima de él.

—Imposible —dijo con voz ronca a través del pañuelo—. Me está sangrando la nariz...

Pero aquél fue el final de su capacidad de resistencia y cuando llegó la invitación para el té con anagramas, Helen redujo a la nada sus débiles protestas. Insistió y dijo francamente:

—¡Tengo que hablarte muy en serio sobre esto!

Y así lo hizo...

Coote le explicó algo de la naturaleza de los anagramas y lo que significaba aquel juego. Un anagrama, le explicó, era una palabra con las mismas letras que otra, pero

en diferente orden. Por ejemplo.

T. O. C. O. E. sería un anagrama de su propio nombre, Coote.

—T. O. C. O. E. —repitió Kipps cuidadosamente.

—También puede ser T. O. E. C. O. —dijo Coote.

—También puede ser T. O. E. C. O. —dijo Kipps moviendo la cabeza al pronunciar cada letra, para hacerse más fácil la cosa—. Como si fuera «Toe y Co.» —concluyó, haciendo esfuerzos por comprender.

Cuando Kipps logró enterarse al fin de lo que era un anagrama, Coote pasó a explicarle lo que era un té. Kipps supo que habría de treinta a sesenta personas presentes y que cada una de ellas llevaría prendido un anagrama con un alfiler.

—Te dan una tarjeta para que apuntes en ella lo que crees la solución —explicó Coote—. Resulta bastante divertido.

—¡Sí, sí, claro! —exclamó Kipps con fingido entusiasmo.

—Todas estas cosas animan mucho las reuniones —explicó Coote.

Kipps sonrió y asintió con la cabeza.

Pero, a pesar de todo, en las primeras horas de la madrugada sus meditaciones se vieron ensombrecidas por la visión de aquel té con anagramas. Se imaginaba a sí mismo mezclado entre treinta o sesenta personas que lucían una enorme cantidad de letras del alfabeto y se imaginó sobre todo las letras P. I. K. P. S. y T. O. E. C. O... Se veía intentando formar una palabra con sentido común entre aquella interminable procesión de letras y letras...

Pero la palabra que por último pronunció en voz alta en medio del silencio de la noche fue: «¡Maldición!».

Y entre aquel maremágnun, se representó la figura de Helen tal como la viera cuando tuvieron las «palabras», con expresión endurecida, irritada, decepcionada. Se imaginó una y otra vez a sí mismo esforzándose por encontrar, bajo su mirada vigilante, el significado de los anagramas...

Intentó pensar en otras cosas, sin caer en un tema aún más peligroso, encabezado por las figuras de Buggins, Pearce y Carshot, tres amistades cortadas que surgían ante él en medio de la oscuridad de la noche convirtiendo sus horribles aprensiones previas en un mudo remordimiento. La noche anterior les correspondía acudir a casa de Kipps y tocar el banjo, y Kipps, con trémula incertidumbre, había colocado la botella de *whisky* entre una fila de vasos y abierto una caja de cigarros escogidos. Pero todo fue en vano. Era evidente que, a su vez, ellos no requerían la compañía de Kipps. En su lugar había aparecido Chitterlow, deseoso de saber en qué había quedado el proyecto del sindicato. Había rechazado todo menos el *whisky* con soda muy poco cargado, al menos hasta que hubieran dejado el asunto decidido, e inmediatamente pasó a exponer sus razonamientos. Muy pronto, y por pura distracción, se sirvió un segundo *whisky* y, como consecuencia, las palabras comenzaron a salir de sus labios con mayor fluidez. Se puso entonces a exponer ante Kipps las alteraciones que había hecho en su comedia (había decidido volver a incluir

la escena del insecto en la nuca), repitió a Kipps de pe a pa una discusión que había tenido el día antes con *Mrs. Chitterlow*, le habló de sus planes para cuando la comedia se hubiera estrenado con éxito, le explicó por qué el honorable Thomas Norgate no había financiado nunca un sindicato y le habló también de sus opiniones sobre aquél. Pero si sus ideas se mezclaban y acumulaban, el resumen de todo ello estaba perfectamente claro. Kipps había de ser el principal participante en el sindicato y su contribución alcanzaría la cifra de dos mil libras. Kipps gimió al recordarlo más tarde a solas en la cama, se volvió y le pareció ver la imagen de Helen contemplándole al otro lado. «Prométeme que no harás nada sin consultarme», le había exigido...

Kipps se dio otra vuelta en el sentido opuesto y durante algún tiempo permaneció inmóvil. Se sentía como un conejo caído en una trampa.

De pronto, con extraordinaria claridad, su corazón deseó intensamente estar al lado de Ann y la vio como la había visto en Nueva Romney, sentada en la playa acariciada por los rayos del sol. Su corazón la llamó en la oscuridad, con la angustia de una llamada pidiendo socorro. Supo entonces, como si lo hubiera sabido siempre, que había dejado de amar a Helen. Deseaba a Ann, deseaba tenerla entre sus brazos, besarla una y otra vez y apartarse para siempre de todas sus preocupaciones...

Se levantó tarde, pero aquel descubrimiento seguía latente en su interior sin que la luz del día pudiera dejarlo relegado al olvido. Se levantó desalentado y se hizo un corte al afeitarse, pero al fin logró verse en el comedor y llamó al timbre para que le trajeran los componentes de su variado desayuno. En seguida concentró su atención en el correo. Había dos cartas, además de los acostumbrados folletos de propaganda. Una de ellas estaba escrita en papel de luto. Como la escritura le era desconocida, Kipps decidió abrirla primero. En el interior del sobre descubrió una tarjeta:

*MRS. RAYMOND WACE
solicita tener el placer de la compañía de
MR. KIPPS
para cenar el martes, 21 de setiembre, a las ocho de la noche
R. S. V. P.*

Kipps concentró precipitadamente la atención en la segunda carta. Era de su tío y decía lo que sigue:

*«Mi querido sobrino.
Tu carta nos ha llenado de asombro aunque hace tiempo que suponíamos que ocurriría algo por el estilo, pero esperamos que sea para bien. Nos parece muy bien que tu prometida esté emparentada con el conde de Beauprés, pero ten mucho cuidado de que no se*

aprovechen de ti, porque habrá mucha gente que quiera engañarte ahora que tus circunstancias han cambiado. Hubo un tiempo en que yo estuve de criado en casa del viejo conde y recuerdo que era muy tacaño con las propinas y que sufría mucho de los callos. Un caballero muy difícil de complacer. Supongo que habrá olvidado por completo mi existencia y de todos modos es preferible no remover el pasado. Mañana es día de ómnibus, y como dices que tu prometida vive muy cerca cerraremos la tienda, ya que ahora tenemos muy poco trabajo, e iremos allí para conocerla y darle un beso. Se alegrará mucho de conocer a tus viejos tíos. Nosotros hubiéramos querido conocerla antes de que la cosa fuera un hecho, pero ya no hay remedio. Esperando que todo salga bien, te abraza tu tío

EDWARD GEORGE KIPPS

»Te llevaré un poco de ruibarbo que he encontrado y que seguramente no habrá en Folkestone, y también un ramo de flores para ella».

«¡Dios mío! ¡Es hoy cuando vienen! —se dijo Kipps poniéndose en pie de un salto, con la carta en la mano—. ¿Cómo diablos...? ¡Imposible! ¡Pretenden dar un beso a Helen!».

Se representó el desastre que se cernía sobre él y sintió que le dominaba la desesperación.

«¡Y es demasiado tarde para ponerles un telegrama y decirles que no vengan!».

7

Unos veinte minutos después, un recadero se vio interpelado por un joven de rostro pálido y desesperado que llevaba un paraguas y una pesada maleta.

—Por favor, lléveme esto a la estación —dijo el joven—. Quiero coger el primer tren para Londres. Tendrá que darse prisa porque no tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO VII

LONDRES

1

Londres constituía el tercer mundo de Kipps. Sin duda existían otros mundos, pero Kipps sólo conocía esos tres: en primer lugar estaban Nueva Romney y el almacén, que habían sido su primer mundo, su mundo de origen, el mundo que contenía también a Ann; el segundo era el de la cultura y el refinamiento, el mundo a que había sido introducido por Coote y dentro del cual contraería muy pronto matrimonio, un mundo que a pasos agigantados iba haciéndose absolutamente incompatible con el primero; el tercero era un mundo todavía inexplorado: Londres.

Kipps se representaba Londres como un lugar de grandes espacios e increíbles multitudes concentradas alrededor de la estación de *Charing Cross* y el «Royal Grand Hotel»; un lugar que contenía toda clase de tiendas y restaurantes, donde a personas tan inteligentes como el joven *Walshingham* les era posible elegir una comida plato por plato, inspirando un evidente respeto al camarero que anotaba el encargo. Había también exposiciones de cosas muy complicadas (los *Walshingham* le habían llevado a visitar la Academia de Artes y Oficios y un Museo de Pinturas) y muchísimos teatros. Londres contaba además con innumerables coches de alquiler. El joven *Walshingham* alquilaba uno a cada momento (durante los dos días de su estancia con Kipps en la ciudad habían tomado nueve), de modo que nuestro héroe no sentía ya mucho respeto por aquellos vehículos. Había aprendido que en cualquier lugar donde se estuviera, si se encontraba uno perdido, no había más que llamar a un coche y decir: «Royal Grand Hotel». Día y noche, estos polvorientos artefactos devuelven a los londinenses a su punto de origen, y si no fuera por su actividad muy pronto toda la población (tan vasta e incomprensible es la intrincada complejidad de esta gran urbe), se vería perdida para siempre. Al menos esto es lo que se dijo Kipps. Y yo he oído decir lo mismo a gran número de turistas procedentes de América.

El tren en que viajaba nuestro joven estaba compuesto de vagones con pasillo. Kipps olvidó sus preocupaciones por el momento, admirando aquel moderno sustituto de los compartimentos individuales. Pasó del coche de los no fumadores al de los fumadores, fumó allí un cigarrillo y paseó desde su vagón de segunda hasta uno de primera. Pero muy pronto todas sus ansiedades volvieron a apoderarse de él. La sensación de aventura que le había producido su escapatoria, se evaporó casi en seguida y se representó a sus tíos llegando a su casa para descubrir que él se había fugado. Había dejado una esquila para ellos diciéndoles que había tenido que salir

urgentemente por «cuestiones de negocios» y había dado orden de que les trataran como si se tratara de él mismo. El motivo inmediato de su acción había sido un miedo espantoso de que se produjera el encuentro entre aquellos viejos, personas excelentes pero sin pulir, y los Walshingham. Sin embargo, ahora que el peligro de que esto tuviera lugar había pasado, comprendió lo exasperados que se sentirían los dos.

Pero ¿cómo explicárselo?

¡Nunca debió darles la noticia por carta!

Debió callarse y decírselo más adelante.

Debió consultar a Helen.

«Prométeme...», le había dicho ésta.

«Oh, ¡maldita sea!», exclamó Kipps poniéndose en pie y dirigiéndose al vagón de fumadores, donde se puso a consumir cigarrillo tras cigarrillo.

¿Y si (¡espantosa posibilidad!) averiguaban la dirección de los Walshingham y se decidían a visitarles...?

Por fortuna, en *Charing Cross* se distrajo de nuevo.

Tomó un coche a la manera de Walshingham y le agradó ver el respeto que reflejaron los ojos del cochero cuando mencionó el «Royal Grand Hotel». Kipps imitó en todo con gran éxito el proceder de Walshingham en su anterior visita a Londres. En conserjería se mostraron muy corteses con él y le dieron una excelente habitación de catorce chelines por noche.

Subió hasta ella y pasó largo rato examinando el mobiliario, contemplando su imagen en los diversos espejos y sentándose por fin al borde de la cama, mientras silbaba una tonada. Pero al comprobar que la imagen de Ann volvía una vez más a tomar posesión de su cerebro se puso en pie y bajó por la escalera después de una momentánea vacilación delante del ascensor. Había pensado almorzar, pero en lugar de ello se dirigió al gran salón y se entretuvo leyendo durante largo rato una guía de los hoteles europeos, hasta que de pronto surgió en su imaginación la idea de si tendría derecho a utilizar aquella principesca estancia sin pagar algo aparte. Empezaba a tener apetito, pero el terror que sentía por las costumbres sociales en la mesa era muy fuerte. Al fin, pasando junto a un portero uniformado, se dirigió al comedor. Pero al vislumbrar un sinfín de camareros y mesas y gran complicación de copas y cubiertos, el terror se apoderó de él y retrocedió, musitando que se había equivocado de camino.

Estuvo paseando por el vestíbulo hasta que le pareció que el portero uniformado le miraba con desconfianza y entonces subió de nuevo a su habitación por la escalera, cogió el sombrero y el paraguas y salió a la calle. Iría comer a un restaurante.

Al cruzar la puerta del hotel tuvo un minuto de satisfacción y se dijo que todos cuantos pasaban por la calle se fijarían en él y exclamarían para sí: «¡Uno de esos elegantes!». Un cochero se llevó la mano a la gorra, pero Kipps denegó con un gesto...

Entonces volvió a acordarse de que tenía hambre.

Sin embargo, se esforzó por convencerse de que no había prisa por comer, a pesar de las protestas de su estómago, y tomó dirección Este, hacia el Strand. Se dijo que muy pronto encontraría un lugar que le conviniera, mientras intentaba recordar los platos que el joven Walshingham había pedido. Sobre todo, no quería ir a un sitio elegante y hacer el ridículo. Cerca de Essex Street encontró un local con el escaparate brillantemente iluminado, en el que se exhibían chuletas, tomates y lechugas. Se detuvo ante él durante unos segundos, hasta que comprendió que allí aquellas cosas se compraban crudas, para cocinarlas en casa. Sea como fuere, ya el hecho de sentir dudas le hizo seguir adelante sin pensarlo más. Poco después llegó a otro sitio en el que se exhibían botellas de champaña, una fuente de espárragos y una minuta con marco dorado, según el cual allí se podía almorzar por dos chelines. Se disponía a entrar, cuando afortunadamente descubrió a dos camareros que le miraban desde dentro con la más irónica de las expresiones. Siguió su camino, y cuando bajaba por Fleet Street llegó hasta él un aroma de comida caliente. Vio una taberna a pocos pasos, una taberna con varias puertas, pero no acabó de decidir cuál de aquellas puertas era la que debía abrirse para entrar, y por ello prefirió no probar fortuna. Empezaba a ponerse nervioso y a sentirse fatigado.

Titubeó en Farringdon Street y desde allí, pasando junto a San Pablo, se dirigió a Cheapside. Kipps estaba ya completamente desmoralizado y se imaginaba que cada restaurante o casa de comidas que veía presentaba más obstáculos para él. No sabía con qué actitud debía entrar y qué debía hacer con el sombrero; ignoraba qué debía decir al camarero y cómo se llamaban los diferentes alimentos; estaba completamente convencido de que tartamudearía y caería en el más completo ridículo, ¡se reirían de él! Cuanto más hambre sentía, más insoportable se le hacía la idea de que alguien pudiera reírse de él. Al fin se le ocurrió una solución que explicaría su ignorancia. Entraría en uno de aquellos establecimientos y fingiría ser extranjero y no saber inglés. Entonces quizá le comprenderían... Mientras así iba discurriendo, se encontró en una parte de Londres en la que parecía no haber ninguna casa de comidas.

—¡Diablos! —exclamó Kipps irritado por su indecisión—. Entraré en el primer sitio que encuentre.

El primero que encontró fue una freiduría de pescado en una calle lateral, en la que también se servían salchichas hechas en una parrilla de gas.

Hubiera entrado allí, pero de pronto sintió un nuevo escrúpulo. Iba demasiado bien vestido para codearse con las personas que logró distinguir a través del cristal, todas las cuales estaban comiendo con evidente satisfacción.

E del comedor del «Royal Grand», cuando apareció ante él la única persona que conocía en Londres (como siempre aparece en Londres la única persona que uno conoce) y le dio una palmada en el hombro. Kipps estaba contemplando un escaparate a unos cuantos metros de la freiduría de pescado, fingiendo examinar con interés una gran cantidad de ropita de niño de color rosa, mientras intentaba decidirse a entrar en el establecimiento para comer aquellas apetitosas salchichas.

—¡Hola, Kipps! —exclamó Sid—. ¿Gastando los millones?

Kipps se volvió y comprobó con alegría que de los ojos de su amigo había desaparecido todo vestigio de la irritación que a él le había resultado tan dolorosa en Nueva Romney. Sid tenía un aspecto próspero y llevaba un sombrero nuevo que daba un toque de comercialismo a su vestimenta, por lo demás algo socialista. De momento su inopinada aparición alegró el corazón de Kipps. Le vio como un amigo que acudía en su auxilio, y sólo al cabo de unos instantes recordó que Sid era el hermano de Ann.

—Venía por aquí para comprar de segunda mano instrumentos de esmalte... Voy a esmaltar yo mismo.

—¿De veras? —preguntó Kipps.

—Sí. Es una gran ventaja que el cliente pueda elegir el color que desee. ¿Comprendes...? Y a ti, ¿qué te trae por aquí?

Kipps tuvo una momentánea visión de sus tíos al llegar a su casa de Folkestone.

—Quería cambiar un poco de ambiente —contestó.

Sid tomó una rápida decisión.

—Ven conmigo a casa. Hay allí una persona con quien me gustaría que hablaras.

Ni aun entonces se le ocurrió a Kipps pensar en Ann.

—Pues... el caso... —dijo intentando inventar una excusa cualquiera, pero sin conseguirlo—. El caso es que estaba mirando por aquí a ver si encontraba un sitio para comer.

—Por aquí no encontrarás nada —dijo Sid—. Sino crees que rebajarte a ir a los suburbios es un desdoro para ti, te propongo compartir conmigo una pierna de cordero que en estos momentos me está esperando...

Aquellas palabras afectaron profundamente a Kipps.

—No tardaremos media hora en llegar —dijo Sid.

Y la cosa quedó decidida.

Kipps descubrió entonces que en Londres existían otros medios de locomoción aparte de los coches de punto, y que uno de ellos era el ferrocarril subterráneo. Aquello le interesó muchísimo.

—¿No te importa ir en tercera? —preguntó Sid.

—¡Claro que no!

Mientras avanzaban en el vagón guardaron silencio a causa de los desconocidos que les rodeaban por todas partes, pero pronto Sid se puso a explicar a su amigo quién era la persona que quería que conociera.

—Se trata de un hombre que se llama Masterman. Te hará mucho bien... Ocupa la habitación principal de nuestro piso bajo. El motivo de habérselo alquilado no es tanto el sacar algún dinero como disfrutar de su compañía. En primer lugar nosotros no necesitamos toda la casa y, además, yo le conozco hace mucho tiempo. Le conocí en una de nuestras reuniones sociológicas. Muy pronto me dijo que no se encontraba a gusto en donde vivía y así fue cómo llegamos a un acuerdo. Es una excelente persona..., ¡excelente!, y sabe mucho de ciencia. En realidad es una especie de periodista. Ha escrito mucho, pero últimamente ha estado demasiado enfermo para poder hacer nada. Escribe versos y también artículos para el *Commonweal*. Tiene muchísimos libros, a pesar de que ha vendido muchos. Conoce a mucha gente y sabe de todo. Ha sido dentista, posee el título de farmacéutico y muchas veces le he visto leyendo libros en alemán y en francés. Todo lo ha conseguido con su propio esfuerzo. Estuvo aquí tres años... —Sid indicó South Kensington con un movimiento de cabeza— estudiando ciencia. Pero ya le conocerás. Cuando empieza a hablar es cuando se da uno cuenta de todo lo que sabe.

—¡Ah! —exclamó Kipps moviendo afirmativamente la cabeza, y con las dos manos apoyadas en el mango del paraguas.

—Algún día hará grandes cosas —prosiguió Sid—. Ya ha escrito un libro de ciencia que se llama *Fisiografía elemental*, y cuando tenga tiempo escribirá otro sobre la Alta Fisiografía.

Hizo una pausa para que Kipps comprendiera todo el significado de aquello.

—Yo no puedo presentarte a condes y caballeros distinguidos —continuó Sid—, pero en cambio puedo presentarte a una futura celebridad. Eso sí. A menos que..., a no ser que...

Sid titubeó sin decidirse a expresar sus temores con palabras.

—Tiene una tos terrible —dijo al fin.

—Seguramente no le interesará hablar conmigo.

—No te preocupes por eso. Le gusta mucho hablar. Habla con cualquiera... —dijo Sid para tranquilizarle. Y añadió una misteriosa frase en inglés con palabras latinas—: Él no *pute nada, non alienum*. Ya sabes.

—Sí, ya lo sé —repuso Kipps sin retirar las manos del puño del paraguas, aunque naturalmente no entendió una palabra.

3

A Kipps la tienda de Sid le pareció un establecimiento floreciente y vio que estaba lleno de la colección de bicicletas y piezas más extraordinarias que había visto en su vida.

—Éstas son las piezas de alquiler —explicó Sid haciéndole los honores—. Y ahí

tienes la mejor máquina, a precio democrático, de todo Londres, «La Bandera Roja», hecha por mí. ¿La ves?

Y diciendo esto señaló una máquina que ocupaba todo el escaparate.

—Ahí tengo el surtido de accesorios. Voy a dedicarme también a los motores...

—¿A los corderos? —preguntó Kipps, que no le había oído bien.

—Dije motores..., pero si pasas por aquí entraremos a atacar la pierna del cordero.

Abrió una puerta cuyo panel superior era una ventana cubierta por una cortina y descubrió una pequeña habitación con paredes rojas y muebles verdes; en el centro había una mesa cubierta con un impecable mantel blanco.

—¡Fanny! —gritó Sid—. ¡Aquí está Art Kipps!

Una mujer joven de ojos brillantes, que contaría unos veinticinco o veintiséis años, apareció por otra puerta con las mejillas rojas por haber estado cocinando. Se limpió una mano en el delantal, estrechó la de Kipps, sonrió y dijo que la comida estaría preparada inmediatamente. Dijo después que ya había oído hablar de Kipps y de su buena suerte. Mientras tanto, Sid desapareció en busca de cerveza y volvió con un vaso para él y otro para Kipps.

—Toma, bebe esto.

Kipps lo hizo así y se sintió mucho mejor.

—Serví la comida a *Mr. Masterman* hace una hora —dijo la esposa de Sid— porque no me pareció bien hacerle esperar.

Todo el mundo se puso en movimiento y muy pronto se sentaban cuatro a la mesa. El cuarto comensal era *Mr. Walt Whitman Pornick*, un caballero de año y medio de edad, a quien se le dio una cuchara para que se entretuviera golpeando la mesa y no hiciera diabluras. Este personaje aprendió muy pronto a pronunciar el nombre de Kipps y lo estuvo repitiendo durante toda la comida, combinándolo por turno con todas las palabras de su repertorio.

—¡Quiero Kipps más! —dijo una de las veces, suscitando la risa de todos.

—Tiene mucha facilidad para aprender las palabras —dijo *Mrs. Pornick*—. No se puede decir nada sin que en seguida lo aprenda.

No había servilletas ni ceremonia alguna, y Kipps se dijo que nunca había disfrutado tanto de una comida. Todos estaban contentos por el encuentro y sentían facilidad para la risa. La cosa marchó sobre ruedas desde el primer momento. Si se insinuaba una pausa, el pequeño Walt se encargaba de llenarla. La esposa de Sid, que combinaba una enorme admiración por la inteligencia de su esposo, su socialismo y su facilidad para los negocios con el sentimiento maternal propio de su sexo, se dirigía a ellos llamándoles «muchachos», y cuando no insistía para que Kipps repitiera de esto o aquello, hablaba de la disparidad existente entre ella y su marido.

—Nadie diría que se llevan un año de diferencia —dijo Kipps—. Parecen los dos de la misma edad. Nadie lo diría.

El recuerdo de su fortuna se había desvanecido hacía mucho tiempo de la

imaginación de Kipps, quien se sorprendió a sí mismo contemplando a sus anfitriones con profundo respeto. En realidad, Sid era un excelente muchacho. Con sus veintidós años tenía ya su propia casa y era el jefe de una familia con esposa e hijo. Él no necesitaba recibir ninguna herencia, y *Mrs. Pornick* ¡era tan afectuosa y agradable! ¡Y el niño...! Sí, Sid había progresado mucho. Kipps tuvo que pensar en sus riquezas para no sentirse un ser abyecto en comparación con él. Decidió que en la primera oportunidad compraría para Walt el juguete más grande y más caro que encontrara.

—¿Quieres más cerveza. Art?

—Sí, un poco más.

—Corta otro pedazo de pan para *Mr. Kipps*, Sid.

—¿Y tú no quieres un poco más?

Sid era un buen chico. De eso no cabía la menor duda.

Kipps se dijo también que, además, Sid era el hermano de Ann, pero no habló para nada de ella por excelentes razones. Después de todo, la irritación que había mostrado Sid al oír el nombre de su hermana el día que se encontraron en Nueva Romney parecía indicar que existía entre ellos cierto alejamiento. Y, por otra parte, tampoco sabía cómo estaban las relaciones entre Ann y su cuñada.

Pero, de todas formas, quedaba el hecho indudable de que Sid era el hermano de Ann.

Hasta el mobiliario de la habitación le pareció alegre y atractivo.

En un extremo había un aparador con varios platos de loza y unos cuantos cubiletes para beber cerveza. En una pared se veía un grabado de Walter, y a través de los cristales de la puerta que les separaba de la tienda se distinguían los anuncios en colores de un gran número de tratantes en bicicletas y un estante lleno de cajas con atractivos letreros.

Le pareció increíble haber estado aquella mañana en Folkestone, y que en aquel mismo momento sus tíos...

¡Brrr...! No quería pensar en sus tíos...

4

Cuando Sid le repitió su invitación de que subiera a conocer a Masterman, Kipps, satisfecho después de haber bebido una buena cantidad de cerveza y de haber saboreado el excelente asado elaborado por *Mrs. Pomick*, contestó que iría a verle con gran placer.

Sid preguntó a gritos desde abajo si podían subir, y al contestarles una voz acompañada de un golpe de tos, los dos amigos comenzaron a subir las escaleras.

—Masterman vale mucho —dijo Sid en voz baja—. Deberías oírle hablar en una reunión pública..., si está en forma, naturalmente.

Después de llamar con los nudillos penetraron en una habitación que estaba totalmente sumida en el desorden.

—Éste es mi amigo Kipps —dijo Sid—. Ya sabe, ese amigo de que le hablé. El que tiene mil doscientas libras al año.

Masterman estaba sentado mordisqueando una pipa vacía muy cerca del fuego, como si éste estuviera encendido y se hallaran en lo más crudo del invierno. Kipps le contempló durante unos instantes y después estudió los muebles de la habitación, la cama semioculta detrás de un biombo, una escupidera junto a la chimenea, los restos de comida encima de la cómoda y los libros y papeles desperdigados por todas partes. La cara de Masterman revelaba que era un hombre de unos cuarenta años, o más. Sus ojos tenían un brillo extraordinario y sus mejillas exhibían dos manchas rojas; el poblado bigote que le crecía encima del labio superior estaba cuidadosamente recortado; su dentadura era una ruina, se envolvía la garganta en una bufanda de punto y llevaba una camisa sin puños. No se levantó para saludar a Kipps, pero le tendió una mano muy delgada y con la otra señaló una butaca.

—Me alegro de conocerle —dijo—. Siéntese y póngase cómodo. ¿Quiere fumar?

Kipps contestó afirmativamente y sacó su pitillera. Se disponía a coger un cigarrillo, cuando lo pensó mejor y ofreció primero a Masterman y a Sid. Antes de aceptar uno, Masterman fingió sorprenderse de que su pipa estuviera apagada. Sid echó a un lado una de las hojas del biombo, que le molestaba, se sentó encima de la cama, ahora totalmente expuesta a la vista, y se preparó con cierta satisfacción a ser testigo del tratamiento a que Masterman sometería a Kipps.

—¿Y qué se siente al tener mil doscientas libras al año? —preguntó Masterman llevándose el cigarrillo a la boca.

—Resulta algo extraño —confesó Kipps después de un tiempo de reflexión—. Resulta muy extraño...

—Yo nunca lo he comprobado —dijo Masterman.

—Cuesta bastante acostumbrarse. Se lo digo por experiencia.

Masterman aspiró el humo del tabaco y contempló a Kipps con ojos curiosos.

—Supongo que sí —dijo al cabo de un rato—. ¿Y le ha hecho completamente feliz? —preguntó bruscamente.

—Nada de eso —contestó Kipps.

Masterman sonrió.

—No. ¿Pero le ha hecho más feliz que antes?

—Al principio, sí.

—Sí. Pero se acostumbró usted. Por ejemplo, ¿cuánto duró la primera alegría delirante que sintió al enterarse de su fortuna?

—Pues... quizá una semana —dijo Kipps.

Masterman movió la cabeza.

—Eso es lo que me desanima a mí de amasar dinero —dijo a Sid—. Se acostumbra uno a tenerlo. La sensación de novedad no dura. Siempre he pensado que

sería así y resulta interesante ver confirmada mi teoría. Me temo que seguiré molestandoles viviendo aquí durante algún tiempo.

—Ya sabe que no nos molesta —contestó Sid.

—¡Veinticuatro mil libras...! —exclamó Masterman arrojando una nube de humo—. ¡Santo Dios! ¿No le agobian?

—A veces sí.

—¿Va a casarse?

—Sí.

—¡Hum...! Supongo que con una dama de elevada posición...

—Efectivamente. Es prima del conde de Beauprés.

Masterman se acomodó en su asiento con el aire de quien ha acumulado todos los datos que necesita.

—Dudo mucho —dijo, dejando caer al suelo la ceniza— de que una gran pérdida o ganancia de dinero, tal como están las cosas hoy en día, tenga la menor importancia en la felicidad propia. Debería tenerla... Si el dinero fuera lo que debe ser, el precio de un trabajo, deberíamos recibir un aumento de felicidad por cada libra ganada. Pero el hecho es que nuestra época está desequilibrada y que el dinero, como todo lo demás, no es otra cosa que un espejismo.

Volvió la cara hacia Kipps y dio énfasis a sus palabras haciendo un ademán con su mano huesuda.

—Si yo no lo creyera así, me preocuparía de conseguir dinero. Pero al ver las cosas con claridad ¡se pierde de tal modo el ánimo...! ¿Creyó usted al recibir el dinero que con él podría comprar todo lo que quisiera?

—Algo así...

—Y descubrió que no era cierto. Descubrió que todo es cuestión de saber dónde comprar y cómo comprar, y que una vez adquirida una cosa siempre hay otra que no se puede lograr con dinero.

—El primer día me compré un banjo... —dijo Kipps.

Sid comenzó a hablar desde el borde de la cama, donde estaba sentado.

—Todo eso está muy bien, Masterman —dijo—; pero, después de todo, el dinero da la fuerza. Se pueden hacer toda clase de cosas con dinero...

—Estoy hablando de felicidad —repuso Masterman—. Se pueden hacer toda clase de cosas en un sitio público con una pistola cargada, pero nada que pueda hacer feliz a nadie. Nada. La fuerza es algo completamente distinto. En cuanto a la felicidad, es necesario que el mundo esté en orden para que el dinero, las propiedades y todas esas cosas tengan un valor verdadero. Y, como ya he dicho antes, este mundo nuestro está en completo desequilibrio. El hombre es hoy día un animal social que se mueve por el Globo y una comunidad no puede ser feliz en un sitio y desgraciada en otro. Ha de ser todo, o nada. La equivocación más grande del mundo es no comprenderlo así. Por lo tanto, la gente cree que existe una clase o un orden por encima o por debajo de ellos, o un país o un hogar en alguna parte del Globo donde

podrían sentirse felices y a salvo... El hecho es que la Sociedad es un cuerpo que está sano, o enfermo. Así es la ley. La Sociedad en que nosotros vivimos está enferma. Es una inválida, febril, rebelde, desnutrida. Por ejemplo, no puede uno sentir que las piernas no le duelen si tiene neuralgia, o que no le duele la garganta si se le ha roto un brazo. Ésta es mi teoría y esto es lo que ustedes aprenderán también. Y estoy tan convencido de que tengo razón, que me contento con permanecer aquí y esperar el final de mis días, seguro de que no puedo mejorar el estado del mundo por mucho que me preocupe... en el momento actual y en lo que a mí se refiere, naturalmente. Ya no soy ni siquiera ambicioso. Mi egoísmo está en el fondo de un pozo, con un filosófico ladrillo atado al cuello. El mundo está enfermo, mis días son cortos y mis fuerzas son escasas. Soy tan feliz aquí como podría serlo en cualquier otro sitio.

Tosió, permaneció silencioso unos instantes y señaló a Kipps con el dedo índice.

—Usted ha tenido la oportunidad de comparar dos escalas sociales. ¿Cree usted que las personas que ahora le rodean son más felices que las otras?

—No —respondió Kipps, pensativo—. No se me había ocurrido pensarlo hasta ahora, pero... no. No lo son.

—Y si descendiera usted al último escalón social y subiera al más elevado, descubriría lo mismo. El hombre es un animal gregario y ninguna cantidad de dinero, por muy elevada que sea, podrá trasladarle a otra época que aquélla en que ha nacido. En toda la escala social hay descontento. Nadie está completamente seguro y todos sienten preocupación e intranquilidad. La antigua tradición ha desaparecido o está desapareciendo, y no hay nadie que pueda crear una nueva tradición. ¿Dónde están ahora los nobles? ¿Dónde están los caballeros? Desaparecieron en cuanto el campesino descubrió que no era feliz y dejó de ser un campesino. Ahora hay hombres grandes y hombres mezquinos. Y eso es todo. Ninguno de nosotros sabe dónde está cada uno. Los que viajan en un vagón de tercera y los que viajan en uno de los automóviles nuevos de dos mil libras, no se diferencian en nada. La sociedad elegante es tan baja, tan vulgar y tan incómoda para un alma equilibrada, como cualquier otra de las graduaciones sociales. No queda en el mundo ninguna sociedad de un nivel elevado. Así, pues, ¿de qué sirve intentar subir?

—¡Muy bien dicho! —dijo Sid.

—Es cierto —asintió Kipps.

—Yo no lo intento —dijo Masterman, aceptando un nuevo cigarrillo de los que Kipps le ofrecía—. No. Este mundo carece de orden. Está roto en muchos pedazos y dudo que pueda curarse. Estamos en el principio de la Decadencia del Mundo. —Hizo girar el cigarrillo entre sus dedos delgados y repitió con satisfacción—: La Decadencia del Mundo.

—A nosotros nos toca hacerlo resurgir —dijo Sid mirando a Kipps.

—¡Ah! Sid es un optimista —dijo Masterman.

—También lo es usted por lo general.

Kipps encendió un nuevo cigarrillo con aire pensativo.

—Francamente —prosiguió Masterman cruzando las piernas y despidiendo el humo por la nariz—, francamente, creo que esta civilización nuestra está a punto de venirse abajo.

—Existe el Socialismo —dijo Sid.

—Pero no la imaginación suficiente para utilizarlo.

—Tendremos que crearla.

—Dentro de un par de siglos, quizá —dijo Masterman—. Pero mientras tanto sufriremos un ataque muy grave de confusión universal. Confusión universal. Como una de esas catástrofes en las que muere un gran número de personas del modo más innecesario, al contemplar un espectáculo o apiñándose para tomar un tren. Consideraciones de orden Comercial e Industrial. Explotación política. Guerras de Tarifas. Revoluciones. Y un gran derramamiento de sangre porque unos idiotas llaman amarillo a la mitad del mundo blanco. Estas cosas cambian la actitud de todos hacia todos. Y todo el mundo sufrirá las consecuencias. Todos vamos a sentirnos tan cómodos y felices como una familia durante una mudanza. ¿Qué otra cosa podemos esperar?

Kipps habló entonces, pero no en respuesta a la pregunta de Masterman.

—Nunca he acabado de comprender la finalidad del Socialismo. ¿Qué es lo que va a hacer?

Los otros dos habían imaginado que Kipps tenía alguna idea elemental del asunto, pero en cuanto comprendieron que no era así Sid se sumió en un mar de explicaciones y en seguida se le unió Masterman, que abandonó su actitud de hombre indiferente dispuesto a morir. Al principio se limitó a corregir la versión de Sid, pero no tardó mucho en dirigir él la conversación. Toda su persona pareció transformarse. Se inclinó hacia adelante, dejó descansar un codo sobre las rodillas y su rostro adquirió un tinte rosado. Expuso sus teorías contra la propiedad y la clase propietaria con tanta fuerza, que Kipps quedó completamente aturdido y no se le ocurrió preguntar con qué se rellenaría el vacío que se crearía con aquella abolición. Durante algún tiempo olvidó totalmente su propia opulencia. Parecía que en el interior de Masterman se había encendido una luz. Abandonó su languidez y reforzó sus palabras con expresivos ademanes de sus manos flacas y largas. Kipps vio que según iba argumentando iba sintiéndose furioso.

—Hoy en día el mundo está regido por hombres ricos que pueden hacer su voluntad casi por completo. ¿Y qué hacen? Contribuyen a que la energía del mundo se desperdicie.

—¡Bien dicho! —exclamó Kipps.

Masterman se puso en pie y se colocó de espaldas a la chimenea.

—Colectivamente, los ricos de hoy no tienen ni sentimientos ni imaginación —prosiguió—. No. Poseen maquinaria, tienen más conocimientos y más fuerza de la que nunca se pudo soñar. ¿Y en qué la utilizan? Piense en lo que están haciendo con ello, Kipps, y piense por contraste en lo que podrían hacer. Dios pone en sus manos

algo como el automóvil, y todo lo que se les ocurre hacer con él es correr por las carreteras envueltos en gafas y fundas, matando niños y haciendo que la máquina resulte odiosa a la Humanidad. («¡Bien dicho!», exclamó Sid). Dios pone en sus manos medios de comunicación, una fuerza sin paralelo alguno en la historia de los tiempos y una libertad absoluta. ¡Y todo lo desperdician! Aquí, a sus pies (los ojos de Kipps siguieron la dirección del dedo índice del orador y se fijaron en la alfombra de la chimenea), bajo sus ruedas malditas, la gran masa humana suda y trabaja en la oscuridad... oscuridad creada porque los otros no dejan pasar la luz. Y la oscuridad se hace mayor día por día. Si no sabes arrastrarte, rufianear, o robar, has de permanecer en el agujero donde naciste. ¡Mientras las bestias de arriba intentan apoderarse de todo! Se oponen a que tengamos escuelas, se oponen a que tengamos luz y aire, nos engañan y después intentan olvidarnos... No existen reglas ni guías, sino accidentes y casualidades felices. Nuestras multitudes aumentan y el grupo de dirigentes no hace provisión alguna, no prevé nada, no anticipa nada.

Masterman guardó silencio, dio un paso y permaneció de pie junto a Kipps dominado por la cólera.

Kipps movió la cabeza para no comprometerse y mantuvo los ojos fijos en la zapatilla del orador mientras éste proseguía su discurso.

—No es como si pudieran demostrarnos que han sacado algún beneficio del olvido en que nos tienen, Kipps, no pueden. Son ruines, mezquinos y cobardes. ¡Piense en sus mujeres, por ejemplo! ¡Pintadas, teñidas, ocultando sus formas deformadas bajo metros y metros de tela! No hay una sola mujer en la sociedad elegante de hoy día que no esté dispuesta a venderse en cuerpo y alma, que no fuera capaz de lamer las botas a un judío o de casarse con un negro, antes de vivir como es debido con cien libras al año. ¡Lo que para usted y para mí, Sid, representaría la riqueza! Ellos lo saben, y saben que nosotros lo sabemos... Nadie cree en ellos. Nadie cree ya en la nobleza. Nadie cree ya en la realeza. Nadie cree ya que la ley contenga su justicia... Pero la gente tiene hábitos y costumbres adquiridos hace mucho tiempo y sigue viviendo en el mismo agujero con tal de tener trabajo, con tal de recibir su sueldo semanal. Esto no durará, Kipps. —Tosió e hizo una pausa—. Esperaré a que vengan los años de escasez... —exclamó. De pronto su tos se hizo más fuerte y escupió sangre en el suelo—. No es nada —dijo al oír la exclamación de horror que salió de los labios de Kipps.

Siguió hablando, a pesar de verse interrumpido a cada momento por la tos. Sid le contempló sumido en un éxtasis de dolorosa admiración.

—Contemple el fraude en que han convertido la vida, la miserable burla que hacen de las esperanzas de la juventud. ¿Qué he tenido yo, por ejemplo? A los trece años me vi obligado a entrar en una fábrica como un conejo podría verse obligado a entrar en una caja cloroformizada. ¡A los trece años! ¡Cuando los hijos de ellos son todavía unos bebés! Pero hasta un niño de esa edad podía darse cuenta del infierno que es una fábrica. Allí sólo existe la monotonía, el trabajo continuo, el desprecio y el

deshonor. Y, por último, la muerte.

Kipps recordó entonces la voz de Minton, que tiempo atrás le dijera: «... encerrados en una alcantarilla hasta morir». Pero Masterman hablaba con vehemente indignación, en lugar de hacerlo con la resignación y el pesimismo de Minton.

—Al fin, de un modo o de otro, conseguí salir —dijo ya más calmado, volviendo a sentarse en la silla—. Algunos salían por un golpe de suerte, otros valiéndose de la astucia, y otros para dejarse caer al suelo, por así decirlo, y morir. Éste es el destino del hombre pobre, Kipps. La mayoría no logramos nunca la libertad. Yo trabajaba todo el día y estudiaba la mitad de la noche, y aquí estoy ahora, sufriendo las consecuencias lógicas de aquello. ¡Y nunca se me ofreció una oportunidad, nunca! — En un arranque de cólera dio un puñetazo en el brazo de la silla—. Esos miserables han prohibido las becas para mayores de diecinueve años por miedo a los hombres como yo. Después de esa edad no podemos hacer nada. Todo nuestro esfuerzo es inútil. Cuando llegué a aprender lo necesario, se me cerraron las puertas. Yo creí que el saber obraría el milagro. ¡Lo creí sinceramente! Luché por aprender, lo mismo que otros hombres luchan por conseguir alimentos. He pasado hambre por aprender. He dado la espalda a las mujeres; hasta eso he hecho. He reventado mi maldito pulmón... —Alzó la voz con furia imponente— y sé que valgo más que diez príncipes reunidos. Sin embargo, estoy vencido e inutilizado. Me ha vencido una jauría de perros. No tengo valor alguno ni para mí mismo ni para el mundo. He hecho entrega de mi vida y con ello no he conseguido otra cosa que llegar a valer demasiado y no servir para nada en este mundo desquiciado. Si en vez de dedicarme a aprender, me hubiera propuesto engañar y estafar a mis semejantes... En fin, ya es demasiado tarde. Es demasiado tarde para todo. ¡Y pensar que allá en Nueva York un niño mimado de la sociedad está haciéndose rico traficando con trigo! ¡Santo Dios! —exclamó con voz ronca asiendo con fuerza los brazos de la butaca—. ¡Santo Dios! ¡Si pudiera acogotarle! ¡Aun ahora, matándole, haría algo por la humanidad!

Miró a Kipps con ojos brillantes de ira y de pronto toda su actitud experimentó un brusco cambio. Alguien se acercaba con las cosas del té y Sid se levantó para abrir la puerta.

—Todo lo cual se reduce a esto —dijo Masterman, calmado una vez más—: el mundo está desequilibrado y no hay alma viviente que no esté desperdiciando al menos la mitad de sus energías. Así lo descubrirá usted más pronto o más tarde, allá donde le lleven sus pasos... ¿Le importa que fume otro de sus cigarrillos?

Lo encendió con mano temblorosa y se puso en pie cuando la esposa de Sid entró en la habitación. La joven le miró y preguntó con cierta severidad al observar el tinte rosado de sus mejillas:

—¿Ya ha estado hablando del Socialismo?

A las seis de aquella tarde Kipps avanzaba hacia el Este por el parque. Puedes imaginártelo fácilmente, lector. Es un hombre respetablemente vestido, que se mueve a través de un mundo algunas veces incomprensible, pero siempre inmenso. Tan pronto va pensativo como silba alegremente o mira a su alrededor. Hay pocos jinetes en la pista del parque. De vez en cuando un carruaje pasa junto a él. Entre los grandes rododendros y laureles, hay unos cuantos grupos de personas vestidas en el estilo que él adoptó para visitar a los Walshingham al principio de su compromiso con Helen. En medio de la desordenada confusión en que se hallaba sumido en sus pensamientos, Kipps lamentó una vez más no haberse vestido de otro modo en aquella ocasión...

Tentado por una silla pintada de verde, se sentó en ella después de un ligero titubeo, se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

Apoyó la barbilla en el mando del paraguas y reflexionó sobre Masterman y sus ataques contra el mundo.

«Debe de estar un poco chiflado», se dijo Kipps.

Reflexionó profundamente unos minutos.

—¿Qué querría decir con eso de «los años de escasez»?

Allí en el parque el mundo parecía sólido y próspero, capaz de defenderse de las garras moribundas de Masterman. Y sin embargo...

Era curioso que le hubiera recordado a Minton.

Sus pensamientos se fijaron después en un tema más importante. Al despedirse, Sid le había preguntado si había visto a Ann, y sin darle tiempo a contestar había añadido que ahora tendría más oportunidad de verla porque estaba sirviendo en Folkestone.

El recuerdo de estas palabras le hizo olvidar el interrogante de si efectivamente el mundo estaría desequilibrado, como decía el filósofo.

¡Ann!

¡Podría tropezarse con ella cualquier día!

Pensativo, se tiró del bigote.

Le gustaría mucho encontrarse con Ann...

¡Pero sería espantoso que tal cosa ocurriera...! ¡En Folkestone! Era demasiado cerca...

Se sumió en un sueño en el que se vio a sí mismo encontrándose con Ann mientras se dirigía a escuchar la banda de música, vestido con su traje de etiqueta. Y muy pronto sus sueños se convirtieron en una pesadilla.

¿Qué ocurriría si la encontraba yendo con Helen?

—¡Dios mío! —exclamó Kipps.

La vida le había originado una nueva complicación que iba multiplicándose por

momentos. Durante unos instantes deseó con fervor no haber besado a Ann, no haber ido a Nueva Romney por segunda vez. Se maravilló de haber podido olvidar a Helen en aquella ocasión. La imagen de Helen tomó posesión de sus pensamientos. Tendría que escribirle una carta diciéndole que había venido a Londres a pasar uno o dos días. Escribiría también a sus tíos explicándoles que había tenido que venir por cuestiones de negocios. Para los viejos eso bastaba, pero Helen era distinta. Ella insistiría en que le diera más explicaciones.

Deseó no tener que volver nunca más a Folkestone. Ésa sería la mejor solución.

Entonces le llamó la atención, al pasar por su lado, un grupo compuesto de dos caballeros impecablemente vestidos y una dama exquisita. Sin duda hablaban de temas elevados. La dama tocó el brazo del caballero de su izquierda con uno de sus guantes. Un grupo de miembros de la aristocracia, sin duda.

El alma de Kipps contempló la vida en general con la misma timidez con que un pajarillo recién nacido se asomaría al borde del nido. ¡Qué cosa tan extraordinaria era la vida y qué cantidad de gente diversa habitaba el mundo!

Encendió un cigarrillo y se sumió en mentales especulaciones sobre aquel grupo, mientras contemplaba como se alejaban. Probablemente todos ellos tendrían rentas superiores a mil doscientas libras. Aunque quizá no fuera así. Probablemente ninguno de ellos sospechó, al pasar por su lado, que también él era un caballero de medios independientes, aunque estuviera vestido con menos elegancia. Naturalmente, para ellos todo resultaba fácil. Desde niños estaban acostumbrados a vestir bien y a obrar de un modo adecuado a cada momento. Nunca habían sentido las dudas y las perplejidades que sentía Kipps; nunca se habían visto mezclados con toda clase de personas incompatibles entre sí. Si aquella dama, por ejemplo, se comprometiera con aquel caballero, no tendría que temer ningún encuentro con un tío corpulento y vulgar, o con Chitterlow, o con la mirada peligrosamente significativa de Pearce.

Sus pensamientos volvieron a concentrarse en Helen.

Cuando estuvieran casados y se hubieran convertido en los señores Cuyps o Cuyp (porque Coote no había acabado de decidir si la «s» era o no necesaria), y vivieran en su piso del West End, libres para siempre de bajas amistades, ¿vendrían los dos a pasear aquí por las tardes vestidos igual que aquel grupo? Resultaría muy agradable hacerlo. Si los trajes eran adecuados...

Helen resultaba a veces difícil de comprender.

Kipps arrojó pensativo nubes de humo por la boca y por la nariz.

Tendrían que asistir a té, tendrían que asistir a cenas y comidas, tendrían que hacer visitas... Naturalmente, algún día llegaría a acostumbrarse.

¡Pero, para empezar, eso de los anagramas resultaba excesivo! Ya era bastante difícil saber cuándo había que usar el tenedor y cuándo la cuchara.

Entonces empezó a dudar si, efectivamente, llegaría a acostumbrarse algún día.

Contempló durante unos minutos a una pareja que montaba a caballo y volvió a sumirse una vez más en sus preocupaciones.

Tendría que escribir a Helen. ¿Qué le diría para explicar su ausencia del té con anagramas? Ella había dejado bien sentado que quería que acudiese. Kipps se representó el rostro de su prometida, sin sentir excesiva ternura. Sabía que haría un espantoso ridículo en ese absurdo té. Podía saltárselo y llegar a tiempo para la cena. Las cenas sociales eran también muy difíciles, pero no tanto como los anagramas. Además, podía ocurrir que lo primero que hiciera al llegar a Folkestone fuera tropezarse con Ann. ¿Y si efectivamente se encontraba con ella estando con Helen?

¡En esta vida todo era posible!

¡Gracias a Dios que iban a vivir en Londres!

Pero aquello le hizo acordarse de Chitterlow. También los Chitterlow iban a trasladarse a Londres. Si no conseguían dinero, irían a Londres a buscarlo, y si lo conseguían irían a Londres para producir su comedia. Intentó imaginarse un acontecimiento social invadido por Chitterlow y su retórica, por su flujo torrencial de palabras, y vio, como si estuviera ocurriendo en realidad, a todos los invitados aplastados como espigas después del paso de un huracán.

¡Al diablo Chitterlow!

Pero algún día, de algún modo, tendría que ajustar cuentas con él... Y tampoco podía olvidar a Sid. Sid era el hermano de Ann. Con repentino horror comprendió que había cometido una terrible indiscreción social al aceptar la invitación de Sid.

Sid no pertenecía a esa clase de personas a quienes se puede negar el saludo.. Y, además, era el hermano de Ann. Kipps no quería darle de lado. Sería peor que hacerlo con Buggins y Pearce. Mucho peor. ¡Y después de una comida tan agradable! Sería como si diera de lado a Ann.

Pero ¿y si se lo encontraba cuando iba con Helen o Coote?

—¡Demonio...! —exclamó, hecho un mar de confusiones.

Tiró furioso el cigarrillo y siguió su camino hacia los esplendores del «Royal Grand».

¡Y la gente se imagina que con tener dinero carece uno de preocupaciones!

6

Kipps soportó la grandiosidad del «Royal Grand Hotel» durante tres días y tres noches y después se batió en retirada. El «Royal Grand» derrotó y deshizo a Kipps, no intencionadamente, sino por un lujo, una organización y un confort llevados al extremo.

A su vuelta el primer día, se encontró con una dificultad. Había perdido la pieza circular de cartón que le habían dado con el número de su habitación. Se dedicó a vagar durante algún tiempo por el vestíbulo y los pasillos, en un estado de profunda perplejidad, hasta que pensó que todos los camareros y empleados de uniforme

debían estar observándole y burlándose de él. Junto a la peluquería se encontró con un personaje de aspecto bondadoso, vestido con un traje de color verde botella, a quien expuso su problema.

—Oiga —dijo con la más amable de sus sonrisas—, no consigo dar con mi cuarto...

El personaje vestido de verde, en lugar de reírse de él como podía haber hecho, se mostró extremadamente solícito, explicó a Kipps lo que tenía que hacer, le consiguió una llave y le condujo en el ascensor y a lo largo de un pasillo hasta su cuarto. Kipps le dio una propina de media corona.

Una vez a salvo en su habitación, Kipps se dispuso a prepararse para la cena. Recordando las enseñanzas del joven Walshingham, había traído consigo su ropa de etiqueta. Desgraciadamente, debido a la prisa con que salió huyendo de sus tíos, se le había olvidado incluir en la maleta sus otros zapatos y tardó algún tiempo en decidirse entre ponerse las zapatillas rojas con una flor dorada, o limpiar los zapatos que llevaba puestos con una toalla y seguir con ellos. Pero como había andado mucho y le dolían un poco los pies, acabó por ponerse las zapatillas.

Sin embargo, cuando ya vestido salió de su habitación y vio a los camareros y a los demás huéspedes del hotel dirigir atónitas miradas a sus pies, lamentó no haber elegido los zapatos. ¡Y menos mal que para compensar el efecto llevaba el clac debajo del brazo!

No tuvo mucha dificultad en encontrar el comedor. Se trataba de un local de grandes proporciones y magníficamente decorado. Mucha gente estaba ya cenando en las mesitas iluminadas con lámparas eléctricas. Los caballeros vestían de etiqueta y las damas lucían los escotes más descarados. Kipps, que no había visto hasta entonces a ninguna mujer en traje de noche, intentó convencerse de que sus ojos le engañaban. También había personas que no estaban vestidas de etiqueta y que seguramente se estarían preguntando a qué noble familia representaba Kipps. En un rincón había una orquesta. Todos los miembros de ésta contemplaron al unísono las zapatillas rojas de Kipps, haciendo desaparecer de aquel modo toda probabilidad de recibir una propina en lo que a este personaje se refería. El principal inconveniente de aquel magnífico local era el excesivo espacio que había que atravesar antes de conseguir ocultar las zapatillas rojas debajo de una mesa.

Eligió una mesita (no la que le ofrecía un camarero de expresión socarrona, sino otra), se sentó y no sabiendo qué hacer con el sombrero que llevaba en la mano, decidió, después de un momento de profunda reflexión, levantarse ligeramente y sentarse encima de él. (Al marcharse se lo dejó olvidado en la silla y un camarero se lo entregó al día siguiente).

Colocó la servilleta cuidadosamente a un lado y eligió la sopa sin tropiezo alguno.

—Que sea clara, por favor.

Pero le aturdió un poco verse enfrentado con una carta de vinos con marco dorado. La volvió, descubrió una sección dedicada al *whisky* y tuvo una brillante

idea.

—Oiga —dijo al camarero moviendo la cabeza con ademán confidencial—. ¿Tienen *whisky* «Tres estrellas»?

El camarero se retiró para averiguarlo y Kipps siguió tomando la sopa, satisfecho de sí mismo. Cuando volvió el camarero para decirle que no tenían esa clase de *whisky*, pidió un clarete de en medio de la lista.

—Entonces tomaré esto —indicó. (Sabía que el clarete era un vino bueno).

—¿Media botella? —preguntó el camarero.

—Eso es.

Kipps se dijo interiormente que estaba progresando. Cuando terminó la sopa se echó para atrás, sintiéndose un verdadero hombre de mundo, y paseó la vista lentamente por la habitación dejándola descansar en las damas con traje de noche que se hallaban a su derecha.

¡Nunca lo hubiera creído! ¡Una de ellas no llevaba más que una tira de terciopelo encima de los hombros!

Miró otra vez. Otra reía alegremente con una copa de vino medio levantada. Nuestro joven se dijo que debía ser una mujer muy mala. La del terciopelo negro estaba comiendo pedazos de pan y hablando muy de prisa.

Kipps deseó que Buggins estuviera allí con él para verlas.

Entonces observó que un camarero le estaba mirando, y enrojeció. No volvió a levantar la vista durante algún tiempo y titubeó indeciso, sin recordar si debía usar el cuchillo o el tenedor para comer el pescado. Pero en aquel momento observó que una señora vestida de rosa sentada en una mesa a su izquierda estaba comiendo el pescado con un utensilio completamente distinto.

Pero cuando le llegó el turno al *vol au vent* fue cuando empezaron las preocupaciones. Primero decidió meter el cuchillo. Mas cuando levantó la vista, vio que la señora vestida de rosa estaba usando el tenedor, y precipitadamente dejó el cuchillo encima del mantel con una gran cantidad de crema adherida a la hoja... Pronto descubrió que, en su mano inexperta, en vez de ser un instrumento de captura el tenedor se convertía en un instrumento de persecución. Sus orejas adquirieron un tono subido. Miró a la señora vestida de rosa y descubrió que ésta le había estado contemplando y sonreía hablando con su acompañante.

Kipps se dijo que aborrecía a la señora vestida de rosa.

Por fin, tras grandes esfuerzos, consiguió atravesar un gran trozo de *vol au vent* y se lo llevó directamente a la boca. Pero era un fragmento demasiado grande y se le escapó en todas direcciones.

Aquí Kipps lanzó una exclamación demasiado fuerte para llevarla a la imprenta y recurrió a la cuchara.

El camarero que le atendía se fue a hablar con sus compañeros, sin duda para burlarse de él. Kipps empezó a ponerse furioso.

—¡Eh! —gritó gesticulando—. ¡Llévense esto!

Todo el grupo de su derecha, el grupo de las señoras escotadas, le miró.

Kipps se encolerizó ante la injusticia de aquella gente que se reía de él. Después de todo, ellos habían tenido ventajas que a él se le habían negado. Y ahora, que estaba allí esforzándose por aprender, se miraban unos a otros y se reían como idiotas. Intentó cogerlos in fraganti y, sin conseguirlo, se refugió en una segunda copa de vino.

De pronto se sintió socialista. Deseaba que se acercaran los años de estrechez para que todas estas cosas se acabaran.

Le ofrecieron carne con guisantes, pero con un ademán detuvo al camarero.

—No quiero guisantes —dijo.

Conocía por experiencia el peligro y la dificultad que ofrecía comer guisantes. Cuando éstos se alejaron se sintió lleno de amargura. El eco de la retórica ardiente de Masterman comenzó a reverberar en su cerebro. ¡Bonita clase de gente era ésta para reírse de nadie! ¡Mujeres medio desnudas! Eso era lo que le hacía sentirse tan molesto. ¿Cómo iba a poder comer rodeado de gente medio desnuda? De todas formas, se alegraba de no ser uno de ellos. ¡Que le miraran si querían! Decidió que al que volviera a mirarle le preguntaría si tenía monos en la cara. Los envolvió a todos en una mirada furibunda. Por una desgraciada casualidad, la orquesta estaba tocando en aquel momento una truculenta marcha militar. El cambio mental que sufrió Kipps fue, en cierto sentido, lo que los psicólogos llaman una conversión. En un instante los ideales de Kipps sufrieron una transformación total. Él, que había llegado a ser casi un caballero, el dócil alumno de Coote, el puntilloso cumplidor de las reglas sociales, se convirtió de pronto en un rebelde, un proscrito, un enemigo de la sociedad y del orden social. Allí estaba aquella gente rodeada del producto de sus robos, aquella gente que dominaba al mundo...

—No, gracias —dijo cuando el camarero le ofreció otro plato.

Kipps lanzó una mirada desdeñosa a la señora de la izquierda.

Después rechazó otra fuente. No le gustaba su aspecto. ¡Demasiado complicada! Probablemente el cocinero era extranjero. Se terminó el vino y el pan...

—No, gracias.

—No, gracias.

Descubrió los ojos de un comensal fijos en él con curiosidad, y a su vez le contempló como si quisiera comérselo vivo. ¿No podía acaso rechazar la comida si quería?

—¿Qué es esto? —preguntó señalando un gran cono verde.

—Helado —repuso el camarero.

—Tomaré un poco —decidió Kipps.

Cogió el tenedor y la cuchara y se lanzó al ataque. Pero le sorprendió ver que aquello se resistía.

—¡Vamos! —exclamó con concentrada ira.

Y el truncado vértice del cono salió por el aire con extraordinaria velocidad y

cayó al suelo a unos dos metros de distancia.

En la mesa contigua todos reían ya francamente.

¿Les tiraba el resto del cono?

¿O sería mejor huir?

Lo mejor era hacer una retirada honrosa.

—No, no quiero más —dijo Kipps deteniendo con un gesto a un camarero que, excesivamente cortés, le ofrecía un segundo trozo.

Dudó sobre si debería dar a entender que había tirado el helado a propósito al suelo, enfadado por la mala calidad de la comida; pero decidió no hacerlo. Puso las dos manos sobre la mesa, echó la silla hacia atrás, desenredó una de sus zapatillas de la servilleta, que se le había caído, se metió la mano en los bolsillos y salió limpiándose mentalmente el polvo de los zapatos. Dejaba a su espalda un trozo de helado derritiéndose en el suelo, su clac comprimido sobre la silla y, además, todas las ambiciones sociales que había alimentado en su vida.

7

Kipps llegó a Folkestone a tiempo para el té con anagramas. Pero no debes imaginar, lector, que el cambio que tuvo lugar en su interior en el comedor del «Royal Grand Hotel» influyó para nada en sus opiniones personales sobre la reunión social e intelectual que se cernía sobre él y de la que había querido escapar. Volvió a Folkestone porque el «Royal Grand» pudo más que él.

Durante los tres días en los que intentó imponerse al hotel, en el alma de Kipps tuvo lugar, bajo un exterior de calma, una terrible batalla de escrúpulos, dudas y temores. No pensaba permitir que su enemigo le venciera con facilidad, pero al final no tuvo más remedio que declararse derrotado. La diferencia entre ambos contendientes era demasiado grande. Por un lado, Kipps, con, entre otras cosas, un solo par de zapatos; por otro, un sinfín de pasillos y habitaciones con más de mil personas todas ellas ocupadas en mirar a Kipps como un bicho raro, en reírse de él y en buscar ocasiones de humillarle. Por ejemplo, después de aquella famosa cena, la camarera del piso, una joven orgullosa y con aires de superioridad, acudió a la habitación de Kipps porque éste había tocado el timbre creyendo que era el botón de la luz.

—Oiga —dijo el joven llevándose la mano a la barbilla (pues se había dado un golpe al andar a tientas a la caza y captura del interruptor)—. ¿Por qué no hay velas o cerillas en este hotel? ¡No todo el mundo está acostumbrado a estos modernismos!

—Evidentemente, no —repuso la camarera con mal disimulo desdén, dando un portazo al salir.

«Supongo que debí darle una propina», pensó Kipps.

Después de aquello se limpió los zapatos con un pañuelo de bolsillo, salió a dar un paseo y alquiló un coche para volver. Pero en el segundo «*round*» el hotel volvió a derrotarle. Porque por no haber dejado los zapatos a la puerta de su habitación, se vio obligado a volver a limpiárselos él mismo por la mañana. Cuando ya estaba completamente vestido, apareció un camarero trayéndole agua caliente y le contempló con sorpresa al ver que había utilizado la fría. Kipps pidió entonces el desayuno, y consiguió que se lo trajeran sin grandes dificultades.

Tropezó después con el inconveniente de que el día se componía de veinticuatro horas y de que durante ellas no tenía nada en absoluto que hacer. Todavía le dolían un poco los pies como consecuencia de la excursión pedestre del día anterior, y no se sintió con ánimos para dar nuevos paseos. Salió y entró varias veces del hotel y el portero, que se llevaba la mano a la gorra cada vez que le veía, fue quien primero hizo pensar a Kipps en la conveniencia de dar propinas.

«Lo que quiere es una propina», pensó.

De modo que a la primera oportunidad le dio un chelín. Y habiéndose metido una vez la mano en el bolsillo, no existía razón para no seguir haciéndolo. Compró un periódico y regaló al chiquillo del puesto el resto del chelín, después subió en el ascensor, dio seis peniques al ascensorista y se olvidó inadvertidamente el periódico en el ascensor. En el pasillo se encontró con la camarera y le dio media corona. Estaba decidido a que todo el hotel supiera cuál era su posición económica. No le gustaba aquel lugar; no le gustaba ni política, ni social, ni moralmente, pero decidió que nadie podría tacharle de tacaño mientras viviera entre sus lujosas paredes. Bajó en el ascensor (dando otra propina), y cuando se le acercó un camarero para devolverle el clac, le regaló media corona. Tuvo entonces la vaga sensación de que estaba atacando de flanco al hotel y sobornando al personal. Éste acabaría por considerarle como «todo un carácter» y encontrarle simpático. Descubrió que sus reservas de moneda pequeña empezaban a disminuir y las repuso en conserjería. Dio una propina a un empleado que se parecía al que le había conducido a su habitación el día anterior, pero cuando vio que uno de los residentes del hotel le miraba con curiosidad, se preguntó si habría obrado bien en aquel caso. Por último salió a la calle, tomó varios autobuses hasta su punto de destino, vagó por remotos suburbios y volvió sobre sus pasos. Almorzó en Islington y a las tres estaba de nuevo en el «Royal Grand», agotado y harto de Londres. Pensó entonces que la campaña de propinas en la que se había embarcado era equivocada después de todo. Y se confirmó en esta sospecha al observar que los empleados le contemplaban, sin ningún respeto, como preguntándose a quién daría dinero primero. No obstante, si a aquellas alturas cambiaba de táctica creerían que estaba un poco loco. Además, no todo el mundo era tan rico como él. ¡Él daba las propinas que quería! Sin embargo...

Cada vez se convencía más de que el establecimiento era más fuerte que él.

Fingió estar demasiado abstraído para reparar en los camareros que le miraban, y después de dejar el sombrero y el paraguas en el guardarropa entró en una salita

donde se servía el té de la tarde.

Allí logró lo que al principio consideró como un punto a su favor. La habitación estaba solitaria y silenciosa. Se reclinó hacia atrás en actitud de descanso, hasta que se dio cuenta de que su postura le hacía exhibir demasiado los zapatos llenos de polvo. Se irguió inmediatamente y en seguida empezaron a llegar personas de la clase media, que acomodándose junto a nuestro héroe se dispusieron a tomar el té, haciendo revivir de aquel modo en Kipps la animosidad del día anterior.

A pocos metros de él se había instalado una señora de cabello muy rubio. Estaba hablando con un clérigo a quien posiblemente había invitado a tomar el té con ella.

—No —dijo aquella señora—. *Lady Jane* sería capaz de hacer eso.

—¡Oh, no! —exclamó el clérigo.

—¡La pobre *Lady Jane* fue siempre tan sensible!

La voz de la señora rubia, clara y enfática, se dejó oír claramente en todos los rincones de la sala.

Un hombre grueso, calvo, de aspecto impotente, se unió entonces a la pareja, cogió una silla y la plantó firmemente dando la espalda a Kipps, lo que ofendió muchísimo a éste.

—¿Le estás contando la desgracia de la pobre *Lady Jane*? —preguntó el recién llegado.

Una señorita magníficamente ataviada y un joven vestido con un traje de corte impecable, se instalaron a la derecha, con aire de excluir a Kipps.

—Se lo he dicho —dijo el hombre en voz alta.

—¿De veras? —preguntó la joven sonriendo.

Sin duda todos estaban de acuerdo en que Kipps era un extraño en su mundo, por lo que él sintió un gran deseo de recordarles su existencia. Decidió, pues, interrumpir la conversación de un modo dramático. ¿Qué haría? ¿Se sumiría en un monólogo al estilo de Masterman? Pero en seguida abandonó esta idea. Paseó la mirada por la habitación y descubrió un gramófono automático.

Se le ocurrió a Kipps que no sería mala idea oír un poco de música y que poniendo aquello en marcha demostraría que era un hombre de buen gusto acostumbrado a tomar el té en sociedad. Se puso en pie, se dirigió hacia el aparato y examinó la lista de piezas musicales. Eligió una al azar, echó una moneda de seis peniques y se dispuso a escuchar una romántica melodía.

Teniendo en cuenta el elevado tono social del «Royal Grand», el instrumento aquél metía demasiado ruido. Al ponerse en marcha dio paso a tres rugidos ensordecedores, rompiendo de aquel modo el silencio en que había estado sumido durante años. La pieza elegida por Kipps parecía estar compuesta únicamente de trompetas, trombones y frenos de ferrocarril. Fue como la explosión de una granada de metralla, como un fuego de rebote. La música, si así puede llamársele, descendió sobre la amiga de *Lady Jane* haciendo que una observación profundamente ingeniosa quedara ignorada para siempre. La joven que había entrado acompañada de su pareja

abandonó gritando la habitación. Y el artefacto siguió produciendo sonidos increíbles; música americana, llena de notas americanas, llena del espíritu que impera en los gritos del Oeste y en los rugidos del período de elecciones; música gozosa y exorbitante; música gigantesca del futuro, que arrastra consigo al oyente como si estuviera dentro de un barril en las cataratas del Niágara...

Todo el mundo miró espantado a su alrededor y la conversación tuvo que ser sustituida por gestos y ademanes.

La amiga de *Lady Jane* se mostró terriblemente agitada.

—¿No se le puede hacer parar? —vociferó señalando con una mano enguantada y diciendo algo al camarero sobre «aquel insoportable joven».

—¡Esto no debería estar permitido! —dijo también a gritos el clérigo amigo de *Lady Jane*.

A una indicación del hombre grueso y calvo, el clérigo movió la cabeza.

La gente empezó a retirarse. Y Kipps se arrellanó en su asiento, satisfecho de sí mismo.

Después pagó la consumición, dio una propina generosa, se puso en pie con la mayor naturalidad y se dirigió a la puerta. Su retirada fue evidentemente el golpe de gracia para la amiga de *Lady Jane*. Y desde la puerta Kipps pudo ver sus ademanes frenéticos como si quisiera decir: «¿Nadie puede detener esta música?».

Las notas acompañaron a Kipps al pasillo, le persiguieron hasta el ascensor y sólo se extinguieron completamente en el silencio de su habitación. Poco después, al mirar por la ventana, descubrió que la amiga de *Lady Jane* y los demás componentes del grupo se habían hecho trasladar el té al jardín.

Sí, aquél fue un punto a su favor. Pero fue el único. Todos los demás los ganó la burguesía y el hotel. Y más tarde hasta se preguntó si efectivamente había sido aquello un punto a su favor. Pensándolo bien, era un poco grosero interrumpir a la gente mientras está hablando...

Vio que un empleado le contemplaba desde la conserjería y de pronto se le ocurrió que el hotel podía vengarse de él al presentarle la cuenta. Probablemente le pedirían libras y libras por su simple estancia allí.

¿Y qué haría si no le llegaba el dinero?

El empleado de conserjería tenía una cara muy desagradable, justamente la clase de cara que estaría dispuesta a sacar ventaja del vacilante Kipps.

Vio que, junto a él, otro empleado se llevaba la mano a la gorra. Automáticamente le dio un chelín. Pero empezaba a cansarse. Y además la nueva campaña le estaba resultando demasiado cara.

Si el hotel le presentaba una cuenta excesiva, ¿que debería hacer? ¿Negarse a pagar? ¿Armar un escándalo?

No podría vencer a todos aquellos hombres vestidos de verde...

Salió a la calle a eso de las siete, caminó durante largo rato y cenó en Easton Road; después anduvo por Edgware Road y se sentó en el «Metropolitan Music

Hall», hasta que el espectáculo le aburrió y volvió al hotel para acostarse. Dio seis peniques al ascensorista y le deseó buenas noches. Ya en la cama, repasó las propinas del día, revivió los horrores de aquella memorable cena y oyó de nuevo los triunfantes rugidos de la música puesta en libertad después de quién sabe cuánto tiempo de silencio. Al día siguiente todo el mundo habría oído hablar de él. ¡No podía seguir allí! Se confesó derrotado. Ninguna de aquellas personas se habría tropezado jamás con un idiota tan grande como él. ¡Uf...!

El método que empleó para anunciar su retirada al conserje rezumaba amargura.

—Me marcho de aquí —dijo resoplando furiosamente—. Prepáreme la cuenta.

—¿Un desayuno? —preguntó el conserje.

—¿Es que tengo cara de comer dos?

Al marcharse, con las mejillas rojas, movimientos convulsivos y el corazón amargado, Kipps repartió propinas a todos cuantos se acercaron a él, incluyendo a un mercader de diamantes sudafricano que estaba esperando a su mujer en el vestíbulo. Y al cochero que le llevó a la estación de *Charing Cross* le regaló una moneda de cuatro chelines, por no tener cambio, deseando interiormente poder abrasarle vivo. En seguida, para hacer economías, rehusó la ayuda de un mozo y llevó él mismo su maleta al tren.

CAPÍTULO VIII

KIPPS ENTRA EN SOCIEDAD

1

Entregándose en manos de un destino inexorable, Kipps acudió al té con anagramas.

Al menor allí se encontraría con Helen en presencia de otras personas y le resultaría más fácil explicarle el motivo de su pequeña escapada a Londres. No la había visto desde su última visita a Nueva Romney. Pero era su prometida, tendría que casarse con ella y, por lo tanto, cuanto antes aclararan las cosas, mejor. Al recordar sus proyectos de hacerse socialista, desafiar al mundo y repudiar para siempre a la sociedad, se sintió desanimado. Helen nunca permitiría tal cosa. En cuanto a los anagramas, haría cuanto estuviera de su mano. No podía hacer más. Debía enterrar para siempre en un rincón de su memoria lo ocurrido en el «Royal Grand» y lo ocurrido en Nueva Romney y emprender la reconstrucción de sus ambiciones desmoronadas. Ann, Buggins, Chitterlow, todas estas personas vistas a la luz del nuevo tren de Folkestone, eran lo que habían sido siempre: personas de posición social inferior, que habrían de ser eliminadas de su mundo. Era una lástima que una de ellas fuera Ann. Pensó en Ann durante unos momentos, hasta que el recuerdo del té con anagramas borró su imagen de sus pensamientos. Se dijo que si conseguía ver a Coote aquella tarde, podría llegar a un acuerdo con él respecto al modo de solucionar los anagramas. No sería una vulgar trampa, sino una pequeña mixtificación. Probablemente Coote le indicaría la solución de uno o dos de aquellos enigmas, lo que, aunque no bastara para conseguir un premio, sí era suficiente para evitar su total humillación. Y si aquel remedio le fallaba, podía asumir una actitud humorista y fingir que estaba fingiendo ser muy torpe... En realidad, había muchas salidas, si uno quería molestarse en buscarlas...

El traje que llevó Kipps al té con anagramas era un término medio entre el último grito de la moda y un conjunto para playa. Una especie de medias tintas. Porque el primer reproche que le hiciera Helen estaba todavía presente en su memoria. Llevó una chaqueta de vestir, pero la compensó con un sombrero panamá de forma romántica, guantes grises y, como toque de color, botines de color castaño. El otro hombre invitado al té (aparte de los eclesiásticos), un médico con una esposa muy atractiva, llevaba un sencillo traje oscuro de vestir. Coote no se hallaba presente.

Kipps estaba un poco pálido, pero era completamente dueño de sí cuando se aproximaba a la puerta de *Mrs. Bindon Botting*.

Dio una vuelta a la manzana mientras entraban otros invitados y al fin se decidió a afrontar la situación como un hombre. La puerta se abrió a su llamada y tras ella apareció... ¡Ann!

Al fondo, medio escondida detrás de unas plantas, se veía a la mayor de las señoritas Botting hablando con dos de los invitados. Se oían muchas voces femeninas...

Nuestros dos jóvenes estaban demasiado asombrados para saludarse, a pesar de que la última vez que se vieran se habían despedido con bastante efusión. Los dos estaban ya nerviosos de antemano por verse obligados a enfrentarse con una situación sin precedentes: un té con anagramas.

—¡Dios mío! —exclamó únicamente Ann.

Se había puesto muy pálida, pero mecánicamente cogió el sombrero de Kipps, mientras éste se quitaba los guantes.

—¡Ann! —dijo él en voz baja—. ¡Qué casualidad!

La mayor de las señoritas Botting sabía que Kipps era uno de esos invitados que requieren una solicitud especial, por lo que salió a su encuentro armada de todos sus encantos. Le dijo que le agradecía muchísimo que hubiera acudido a la fiesta y que su presencia allí era para todos un gran placer. ¡Resultaba tan difícil convencer a los hombres de que compartieran con las mujeres sus diversiones!

Kipps la siguió como un autómatas hasta la sala. Allí se encontró con Helen, que le resultó extraña, quizá porque llevaba un sombrero nuevo nada favorecedor. Era como si no la hubiera visto desde hacía años. Y además le dejó asombrado porque no parecía resentida por su repentina marcha a Londres. Le tendió una mano sonriendo.

—¿Te has atrevido por fin a afrontar los anagramas? —preguntó.

La segunda de las señoritas Botting se acercó a ellos llevando en la mano gran número de rectángulos de papel, con misteriosas frases escritas.

—Cojan un anagrama —dijo.

Y sin esperar a que hicieran ningún movimiento prendió con un alfiler uno de aquellos documentos en la solapa de Kipps. Las letras eran CYP SHI, y desde el primer momento sospechó Kipps que era aquél un anagrama de Cuyps. También le entregó un objeto parecido a un programa de baile, del que colgaba un lápiz muy pequeño. Le presentaron a mucha gente y pronto se encontró en un rincón con una señora regordeta, que le hablaba con frases rápidas y cortas sin darle tiempo a contestar.

—Mucho calor —decía la señora—. Sí, mucho calor. Mucho calor todo el verano. Un año extraordinario. Todos los años son ahora extraordinarios. No sé adónde vamos a ir a parar. ¿No lo cree usted así, *Mr. Kipps*?

—Sí, claro —asintió Kipps preguntándose mentalmente si Ann estaría todavía en el vestíbulo. ¡Ann...! No debió mirarla con ojos de pez, mientras fingía no conocerla. Aquello no estaba bien. Pero, ¿qué era lo que estaba bien?

La señora regordeta procedió entonces a efectuar una segunda descarga de

palabras.

—Espero que le gusten los anagramas, *Mr. Kipps*. Una cosa muy difícil. Sin embargo, hay que hacer algo para reunir a la gente, y al menos esto es mejor que el Ludo. ¿No cree, *Mr. Kipps*?

Ann pasó junto a la puerta abierta y sus ojos cargados de interrogación se cruzaron con los de Kipps. Algo se había dislocado en el mundo para los dos...

Debió decirle que estaba prometido para casarse. Debió haberle explicado todo. Quizá no fuera aún demasiado tarde para hacerlo...

—¿No lo cree así, *Mr. Kipps*?

—Sí, claro —afirmó Kipps por tercera vez.

Una señora con sonrisa cansada, exhibiendo el anagrama de «Wogdelenk» se acercó a la interlocutora de Kipps y las dos se pusieron a hablar. Kipps miró a su alrededor. Helen estaba sumida en una conversación con un pastor joven. Los dos reían alegremente. Kipps se sintió dominado por el deseo de hablar con Ann y comenzó a deslizarse hacia la puerta.

—¿Qué es usted? —le preguntó una muchacha muy alta y extraordinariamente rubia, leyendo el anagrama de nuestro héroe—. No tengo idea de lo que esto quiere decir. Yo soy «*Sir Bubh*». ¿No cree usted que los anagramas son una enfermedad crónica?

Kipps contestó con sonidos guturales, y la joven se convirtió de pronto en el núcleo de un grupo que había formado un sindicato para las adivinanzas y que se interpuso entre él y la salida. La joven alta y rubia no volvió a ocuparse de él. Kipps se encontró acorralado entre dos mesas, mientras llegaba a sus oídos la conversación de «Wogdelenk» y la señora regordeta que antes había hablado con él.

—Despidió al mismo tiempo a las dos doncellas —decía la señora regordeta—. Ya era hora de que lo hiciera. Ésta que tiene ahora no me parece ninguna maravilla. Es bonita, sí, pero una doncella no necesita ser bonita. Y tampoco parece muy lista. Tiene una expresión como atontada.

—Eso no quiere decir nada —contestó la dueña del anagrama de «Wogdelenk»—. Las mías son más bien robustas. ¿Y cree usted que hacen su trabajo? ¡En absoluto!

Kipps se sintió profundamente ajeno a aquella gente y profundamente unido a Ann.

Contempló el sombrero de la señora regordeta y se dijo que era muy feo. A cada frase se bamboleaba hacia adelante y, por otra parte, la pluma que exhibía era demasiado larga.

—¡No ha adivinado ni siquiera uno! —exclamó uno de los componentes del grupo que rodeaba a la joven alta y rubia.

Esta vez no se referían a él, pero muy pronto se darían cuenta de que, aparte de sospechar que su propio anagrama era Cuyps, no tenía la menor idea de lo que se trataba. ¡Qué ruido estaban haciendo! ¡Aquello era como un mercado! De pronto el fuego de la rebelión hizo presa de él. Esta gente era un hatajo de idiotas, los

anagramas eran una idiotez y él había sido un idiota de primera clase al acudir. Allí estaba Helen, todavía riendo con el pastor. ¡Lástima que no pudiera casarse con el clérigo y dejarle a él en paz! Entonces sabría lo que tenía que hacer. Le molestaba toda la reunión, colectiva e individualmente. ¿Por qué intentaban convertirle en uno de ellos? Por todas partes descubrió imperfecciones. En el sombrero de la joven alta y rubia se veían dos alfileres, y el pelo que se escapaba por debajo no podía ser sometido a un escrutinio demasiado exigente. *Mrs.* «Wogdelenk» llevaba una especie de vendaje para las muelas hecho de encaje, y, cerca de ella, otra exhibía gran profusión de alhajas en el cuello y en los brazos. Todas estaban sobrecargadas y ninguna era tan bonita, tan sencilla y tan limpia como Ann. Recordó las palabras de Masterman. Aquí estaba toda la gente con dinero, con tiempo libre, con todas las oportunidades que quisieran para aprender e instruirse, y todo lo que se les ocurría era reunirse en un par de habitaciones y decir estupideces de anagramas y cosas parecidas.

¿Significaba «Cypshi» verdaderamente Cuyps?

De pronto tomó una firme decisión. ¡Iba a marcharse de ahí!

—Perdón... —dijo comenzando a abrirse paso entre los invitados.

¡No quería saber nada de todo aquello!

Sin saber cómo se encontró junto a Helen.

—Me voy —declaró.

Pero ella le dedicó la más breve de las miradas, sin, al parecer, haberle oído siquiera.

—De todas formas, *Mr.* Spratlingdown, debe reconocer que el conformismo tiene también un límite... estaba diciendo.

Cuando Kipps alcanzó un arco hecho en la pared y cubierto con una cortina, se encontró de pronto con Ann que llevaba en las manos una bandeja con varias azucareras.

—¡Qué tipos...! —dijo. Se interrumpió y añadió en tono de confianza—: Tengo que casarme con ella...

—Señaló al sombrero nuevo de Helen y se dio cuenta de que estaba pisando la falda de alguien.

Ann se le quedó mirando en silencio. Todo aquello estaba más allá del límite de su comprensión.

Kipps se encontró, sin saber cómo, en una habitación más pequeña y después en el vestíbulo, al pie de la escalera. Hasta sus oídos llegó el fru-frú de una falda y muy pronto se vio interpelado por su anfitriona.

—¿Pero es que se va usted, *Mr.* Kipps?

—Sí. He de irme. Tengo que irme.

—¡Pero, *Mr.* Kipps!

—Tengo que irme. Me encuentro enfermo.

—Pero ¿antes de que empecemos los anagramas? ¿Antes de que tomemos el té?

Ann apareció en aquel momento detrás de ellos.

—¡Tengo que marcharme! —insistió Kipps.

Si seguía perdiendo el tiempo en discusiones, Helen se daría cuenta de lo que ocurría.

—Si no tiene más remedio que irse...

—Se me ha olvidado una cosa —dijo Kipps, cuyo ánimo comenzaba a flaquear—. De verdad, tengo que irme...

Mrs. Botting se volvió con dignidad ofendida y Ann, con una calma externa, que ocultaba el torbellino de sus pensamientos, se adelantó para abrir la puerta.

—Lo siento mucho —dijo Kipps—. Lo siento mucho.

Sus palabras iban dirigidas en parte a su anfitriona y en parte a Ann.

Inmediatamente un impulso superior a él le hizo salir a la calle. Volvió la cabeza y en aquel momento se cerró la puerta con fuerza.

Echó a andar hacia el puerto, avergonzado y perplejo, recordando la mirada llena de asombro de Mrs. Botting.

Pronto, sin embargo, al advertir que la gente que pasaba por su lado se volvía a mirarle, dejó de pensar en ella y se dio cuenta de que todavía llevaba en la solapa el rectángulo de papel con las letras CYP SHI.

—¡Maldito anagrama! —exclamó arrancándose de un tirón.

Y las letras, cumplida su misión, se vieron arrastradas por la brisa que se había levantado a la orilla del mar.

2

Kipps se vistió para la cena de Mrs. Wace con media hora de anticipación y se sentó para esperar a Coote que había quedado en venir a buscarle. A su lado estaba el libro. *Modales y reglas de la buena sociedad*. Había estado leyendo la pulida prosa del miembro de la aristocracia que era su autor, en la página 96:

«Aceptar una invitación es un deber que sólo motivos de salud, desgracias de familia u otras razones de importancia, justifican no cumplir...».

No quiso leer más y se sumió en tetricos pensamientos.

Aquella tarde había tenido una seria conversación con Helen. Se había propuesto explicar a su prometida el cambio que habían sufrido sus ideas, pero no tuvo valor para hacerlo. Empezó dando rodeos al asunto.

—No me gusta la vida de sociedad —había dicho.

—Pero tendrás que ver gente siempre, quieras o no —repuso Helen.

—Depende de la clase de gente. —Se armó de valor y añadió—: Con franqueza, ninguno de los que estaban en el té con anagramas me pareció un genio.

—Tienes que ver a toda clase de gente si quieres conocer mundo.

Kipps guardó silencio durante unos minutos, sin saber qué contestar.

—Mi querido Arthur —dijo ella, casi con afecto—, no te pediría que asistieras a estas cosas si no creyera que es conveniente para los dos; ¿no crees?

Kipps asintió en silencio.

—Cuando vayamos a Londres, comprenderás que ha sido por tu bien. Antes de ponerse a nadar en el mar hay que aprender en una piscina. La gente que vive aquí te sirve para entrenarte. Es posible que sean un poco ridículos y estrechos de miras y que ninguno tenga ideas brillantes, pero eso no tiene ninguna importancia. Pronto adquirirás soltura y *savoir faire*.

Kipps intentó hablar, pero sintió que le fallaba su capacidad de expresión. Suspiró profundamente.

—Pronto te acostumbrarás... —dijo Helen.

Mientras esperaba a Coote, Kipps recordó aquella conversación y pensó en el porvenir que se le presentaba, viviendo en Londres, y asistiendo a té y a fiestas. Se dijo que tendría por compañía constante al joven Walshingham, que no volvería a ver a Ann.. En aquel momento entró la patrona con un paquetito dirigido a «Arthur Kipps, Esquire».

—Una joven ha traído esto, *Mr. Kipps* —dijo la patrona con cierta severidad.

—¿Eh? ¿Una joven? —repitió Kipps empezando a comprender el significado de aquello.

—Sí, una joven —dijo la patrona con frialdad.

—¡Ah! —exclamó Kipps—. Está bien.

Con el paquete en la mano esperó a que la puerta se cerrara de nuevo y entonces, sintiendo que su nerviosismo aumentaba por momentos, se dispuso a abrirlo. Un sexto sentido, más rápido que el tacto o la vista, le reveló cuál era el contenido. Era la media moneda de seis peniques de Ann. Y con ella, ¡ni una palabra!

Entonces, ¡debió de oírle!

Estaba de pie con el sobre en la mano, cuando oyó en la habitación contigua la voz de Coote, y segundos después aparecía éste vestido de etiqueta, con guantes de un color blanco verdoso y una gran corbata blanca con bordes negros.

—Llevo luto por un primo en tercer grado —explicó—. Resulta bien, ¿verdad?

Advirtió que Kipps estaba pálido y preocupado, lo que achacó a la inminente función social que se cernía sobre él.

—Mantén ese ánimo, Kipps, muchacho, y saldrás bien del paso —dijo, apoyando un guante fraternal en la manga de Kipps.

3

a cena llegó a su crisis, en lo que a las emociones de Kipps se refiere, cuando *Mrs.*

L Bindon Botting se puso a hablar del servicio, pero antes de aquello habían ocurrido varias cosas de mayor o menor magnitud, que ya le perturbaron de antemano. Una de ellas fue (si el lector me permite mencionar una cosa de naturaleza tan íntima) el comportamiento del brazo izquierdo de sus tirantes. El elástico (de un alegre color escarlata) se había escapado de la hebilla, abrochada sin duda precipitadamente, y mostraba una fuerte tendencia a colocarse en ángulo oblicuo, como una condecoración oficial, por encima de su impecable camisa. La primera vez que ocurrió fue antes de que entraran a comer. Volvió a colocarlo en su sitio de un tirón aprovechando un momento en que nadie le miraba, y, desde entonces, la supresión de aquella original innovación en la estereotipada monotonía del traje de etiqueta masculino fue su preocupación principal. Más tarde se dijo que su horror había sido excesivo; al menos nadie pareció advertir nada anormal en él. Sin embargo, lector, puedes imaginarle toda la noche con un ojo y una mano ocupadas en atender a aquel punto débil, hiciera lo que hiciera el resto de su persona.

Pero esto, como digo, era un detalle sin importancia. Lo que le horrorizó mucho más fue ver a Helen con traje de noche.

La joven había permitido que su imaginación viajara en dirección a Londres y aquel traje era, quizás, una insinuación de lo que serían sus cenas en el pisito que tantas veces había descrito a Kipps y que iba a ser el núcleo de un delicioso grupo artístico y literario.

De todos los trajes femeninos presentes, era aquél el más atrevido. Todos los invitados pudieron comprobar que *Miss* Walshingham tenía unos brazos y unos hombros en modo alguno despreciables, y también que no sólo poseía una gran dignidad y una poderosa inteligencia, sino grandes atractivos de otro orden. Era el primer traje de noche que se hacía, con el que las finanzas de los Walshingham pagaban tributo al futuro color de rosa que se extendía ante ellos. Su anfitriona resplandecía dentro de un traje negro con adornos dorados. Las demás señoras no llamaban la atención. *Mrs.* Walshingham lucía un vestido con un discreto escote en forma de V, y *Mrs.* Bindon Botting no exhibía ante el mundo más que sus brazos gordezuelos y pecosos. La mayor de las señoritas Botting llevaban los brazos cubiertos, igual que *Mrs.* Wace.

Pero no así Helen. Ésta estaba muy hermosa (Kipps, como los demás, tuvo que reconocerlo); ella lo sabía y con una sonrisa radiante le dio a entender que había olvidado sus diferencias de por la tarde. Mas para Kipps aquélla fue la gota que hizo rebosar el vaso. Al ponerse aquel traje se había hecho a sus ojos tan remota, tan extraña, tan imposible como esposa y compañera, como si la misma Venus hubiera declarado ante testigos su deseo de casarse con él. Eso... ¡si alguna vez le había parecido la esposa y compañera adecuada!

Ella, por su parte, atribuyó su aturdimiento a humilde admiración y reverencia, y después de dirigirle aquella sonrisa luminosa hizo girar sus bien torneados hombros y dirigió la palabra a *Mrs.* Bindon Botting. Kipps se introdujo la mano en el bolsillo y

apretó la media moneda de seis peniques de Ann como si fuera un talismán. Pero en seguida tuvo que abandonarla para volver a su sitio el tirante rebelde Entonces le dio un golpe de tos.

—*Miss Wace* me ha dicho que viene *Mr. Revel* —estaba diciendo *Mrs. Botting*.

—¿Verdad que es maravilloso? —repuso Helen—. Anoche estuvimos con él. Ha venido aquí antes de salir para París, donde va a reunirse por fin con su mujer.

La mirada de Kipps descansó un momento en Helen y después se fijó interrogante y casi acusadora en la de Coote. ¿Dónde quedaba ahora el Evangelio de la «supresión» que tanto le había predicado? ¿Dónde quedaba aquello de que había que silenciar la Religión, la Política, el Nacimiento, la Muerte, el Baño, los Niños y «todas esas cosas» que un verdadero caballero nunca debe mencionar? Él no había hablado de esta cuestión ni siquiera con su mentor, pero no dudó por un momento de que éste, la quintaesencia del refinamiento y la delicadeza, sólo podía considerar de un modo estas confidencias. Observó entonces, con una mezcla de alivio y disgusto, la confirmación de sus temores. Por cierta contracción de los músculos en las mandíbulas de Coote, por el hecho de que evitaba mirar en su dirección, por la manera casi convulsa con que apretaba los guantes, que soltaba de vez en cuando para llevarse la mano a la corbata de ribete negro o a la nuca, y por una creciente disposición a la tos, comprendió que Coote no aprobaba las palabras de su prometida.

Para Kipps, Helen había sido una vez un sueño delicado y maravilloso, una persona misteriosa, etérea y romántica. Pero ésta fue su materialización definitiva, éste fue el momento en que perdió para siempre toda su fascinación. Sin saber cómo (Kipps había olvidado de qué modo aquello pudo ocurrir y ahora le resultaba completamente incomprensible) se había ligado a aquella mujer dominante y decidida, cuya sombra había amado mucho tiempo atrás. Tendría que llevar adelante el asunto como un caballero. Y sin embargo...

¡Estaba sacrificando a Ann!

Aunque tuviera que pasar por muchas otras cosas, no volvería a permitir que Helen se vistiera de aquel modo... ¿Debería decirle algo sobre su traje aquella misma noche? Mejor sería dejarlo para el día siguiente. Se mostraría firme y hablaría de este modo:

«No me importa nada lo que puedas decir. Estoy decidido. No pienso consentirlo. ¿Me oyes?».

Naturalmente, ella respondería algo inesperado. Siempre decía cosas inesperadas. Pero por una vez él no la escucharía y se limitaría a repetir sus palabras.

De vez en cuando sus pensamientos se veían interrumpidos por la dialéctica agresiva de *Mrs. Wace* y poco después llegó *Revel*, que se transformó en el héroe de la noche.

El autor de la novela *Corazones rojos latiendo* era un hombre menos imponente de lo que Kipps se había anticipado, pero muy pronto, con sus modales autoritarios, compensó de un modo más que suficiente la decepción que su aspecto físico hubiera

podido provocar. Aunque habitualmente vivía en Londres, su cuello y su corbata no tenían nada de particular y su persona no llamaba la atención en ningún sentido. Al verle se pensaba que, más que los ejercicios ecuestres, las hazañas amorosas y las apasionadas aventuras descritas en su novela, practicaba la vida muelle de butaca; su cuerpo traicionaba cierta tendencia a la obesidad, su cabello era escaso y de color indefinido; tenía la nariz corta y la barbilla asimétrica. Un ojo miraba con más fijeza que el otro. Su aspecto hubiera resultado ordinario y vulgar a no ser por su bigote engomado, que, en medio de las demás facciones, le daba una nota de personalidad junto con las caprichosas arrugas que rodeaban al más grande de sus dos ojos. Al entrar en la habitación su mirada buscó y encontró la de Helen y se dieron la mano con un aire de intimidad que a Kipps le llamó la atención sin razón alguna definida. Al mismo tiempo que se daban la mano, oyó la tos característica de Coote (un sonido como el que produciría una oveja muy vieja al balar a un cuarto de milla de distancia). Una idea confusa comenzó a tomar forma en la mente de Kipps, pero entonces entraron todos en el comedor y el brazo desnudo de Helen se colgó del suyo. El estado de ánimo de Kipps no era el más indicado para sostener una conversación. Helen le miró y aunque él ni siquiera lo advirtió, le apretó cariñosamente el brazo. Él estaba luchando, mientras tanto, por vencer cierto ahogo que experimentaba su sistema respiratorio. Delante de ellos iba Coote hablando amablemente con *Mrs. Walshingham*; a la cabeza de la procesión avanzaba *Mrs. Bindon Botting* llevando al lado la figura erecta y marcial de *Mr. Wace*. El último era Revel, quien, junto a *Mrs. Wace*, alababa cortésmente el empapelado de las paredes. Kipps se maravilló de la soltura y aplomo de que todos hacían gala.

A partir de la primera cucharada de sopa, se hizo evidente que Revel se consideraba a sí mismo responsable de encauzar la conversación. Y antes de que hubieran terminado con aquel mismo plato, se hizo también evidente que *Mrs. Bindon Botting* se inclinaba a considerar excesivo su sentido de la responsabilidad. En su círculo, *Mrs. Bindon Botting* tenía fama de ser una persona muy ingeniosa, con facilidad casi irlandesa para la descripción humorística. Podía tener entretenida a la gente durante toda la tarde, contando cómo su jardinero se había casado, describiendo su nuevo hogar, o cómo un tal Stigson Warder había enseñado a sus hijos a tocar toda clase de instrumentos musicales, porque sus dotes para la música eran extraordinarias. «¡Tocan hasta el trombón!», decía levantando la voz. Generalmente sus amigos conspiraban para hacerla hablar, pero en esta ocasión se olvidaron de ella, impidiendo que su inteligencia brillara ante los ojos de *Mr. Revel*. Al cabo de un rato de silencio, se dijo que la única solución era interrumpir la conversación por su cuenta. Varias veces intentó atraer hacia sí, sin ningún éxito, la atención de los demás comensales, y, por último, Revel se apoderó de un tópico que ella consideraba exclusivamente suyo, el servicio doméstico.

Llegó a aquel tema después de hablar de los lugares adecuados para vivir.

—Vamos a dejar la casa de Bolton —dijo Revel— y alquilar una en Wimbledon.

También estoy pensando tomar habitaciones en el «Hotel de Dañe». Resultaría mucho más conveniente en muchos sentidos. Mi mujer es una entusiasta del golf y de toda clase de deportes y a mí me gusta sentarme en los clubs (no tengo la resistencia necesaria para dedicarme a esos higiénicos ejercicios). Además, no pueden ustedes imaginarse la desmoralización que han sufrido las criadas de Londres en los últimos tres años.

—Lo mismo pasa en todas partes —dijo *Mrs. Bindon Botting*.

—Posiblemente. Una amiga mía lo llama «la tradición servil en decadencia» y lo considera como un fenómeno esperanzador.

—Debía haber conocido a mis dos últimas criadas —dijo *Mrs. Bindon Botting*, volviéndose hacia *Mrs. Wace* sin dar tiempo a que *Revel* recuperara la iniciativa.

—Y no te he dicho, querida —dijo hablando con voluble rapidez—, que otra vez tengo crisis doméstica.

—¿La criada nueva?

—Sí, la criadita nueva. Se me ha despedido sin darme tiempo siquiera a que busque otra.

—¿Y por qué? —preguntó el joven *Walshingham*.

—¡Misterio! Todo iba perfectamente hasta el día del té con anagramas. Aquel día por la noche estuvo llorando amargamente durante una hora o más y se despidió.

Sus ojos descansaron un momento pensativos en *Kipps* y preguntó:

—¿Tendrán algo deprimente los anagramas?

—Yo creo que... —comenzó a decir *Revel*.

Pero *Mrs. Bindon Botting* triunfó una vez más.

—Al principio me pregunté si los anagramas podrían haber ofendido los principios morales de mi doméstica. Nunca se puede saber. La interrogamos, pero fue inútil. Nos dijo que tenía que marcharse y que no podía darnos ninguna explicación.

—En estos desórdenes se percibe a lo lejos el último resplandor moribundo de la era romántica —dijo *Revel*.

Kipps se llevó distraídamente el tenedor a los labios e intentó concentrar su atención en la comida.

—Supongamos, *Mrs. Botting* —prosiguió *Revel*—, o al menos intentamos suponer, que se trata del amor.

Kipps hizo toda clase de ruidos con el tenedor y el cuchillo.

—¡Claro que se trata del amor! —dijo *Mrs. Botting*—. ¿Qué otra cosa puede ser? Estas pasiones están latentes en nuestra servidumbre a todas horas. Algún soldado atractivo y mujeriego...

—Las pasiones de las criadas... —comenzó a decir

Revel, logrando al fin convertirse una vez más en el centro de la conversación.

A los ruidos y el desorden de los modales de *Kipps* siguió una extraña calma. Por una vez en la vida, había tomado una decisión por su libre voluntad. No volvió a escuchar las palabras de *Revel*. Dejó a un lado el cuchillo y el tenedor y rechazó todo

lo que le ofrecieron desde aquel momento. Coote le contempló preocupado, y las mejillas de Helen se tiñeron de rojo.

4

A eso de las nueve de aquella noche, alguien llamó violentamente a la puerta de *Mrs. Botting*. Un joven con traje de etiqueta, sombrero de copa y otros signos de exaltada posición social, esperaba impaciente. Una tira de elástico escarlata atravesaba su camisa en diagonal, dándole un aire aún más distinguido y disimulando algunas manchas de vino tinto que se le habían caído durante la cena. Llevaba el sombrero echado hacia atrás, exhibiendo de aquel modo un cabello cuyo extremado desorden revelaba todo el alcance de su desesperación. Nuestro joven había quemado sus naves y se había negado a reunirse con las damas después de cenar. Coote había protestado, intentando hacerle volver a la razón.

—Hasta ahora te está saliendo muy bien —le dijo por tranquilizarle.

Kipps había contestado que eso le importaba un rábano, y después de un breve forcejeo para librarse del brazo de *Walshingham* había conseguido alcanzar la puerta.

—Tengo algo que hacer en casa —había dicho, sin más explicaciones.

Y aquí estaba, decidido a todo. La puerta se abrió, revelando el vestíbulo exquisitamente amueblado de *Mrs. Bindon Botting*, iluminado por luces de color de rosa. Y en primer término, con su uniforme blanco y negro, se hallaba *Ann*, que al ver a *Kipps*, palideció.

—*Ann* —dijo el joven—. Quiero hablar contigo. Tengo algo que decirte. ¿Me oyes? Yo...

—Ésta no es la puerta adecuada para hablar conmigo —interrumpió *Ann*.

—¡Pero, *Ann*! Se trata de algo especial.

—Ya has hablado bastante.

—*Ann*...

—Además, esa puerta que ves ahí abajo es la del servicio. ¡Si me sorprendieran hablando con un amigo en esta puerta...!

—Pero, *Ann*, yo...

—Por la otra puerta después de las nueve. Soy una criada y probablemente seguiré siéndolo toda la vida. Si vienes de visita a esta casa, ya es distinto y me dirás a quién debo anunciar. Tú tienes tus amigos y yo los míos, y no necesitas hablar conmigo.

—Pero, *Ann*, yo quiero pedirte...

En aquel momento apareció alguien en el vestíbulo, detrás de *Ann*.

—Aquí no es —dijo *Ann*—. No conozco a nadie de ese nombre.

Y sin más, le cerró la puerta en las narices.

—¿Quién era, Ann? —dijo la tía de *Mrs.* Bindon Botting.

—Un caballero un poco bebido, señora. Se había equivocado de casa.

—¿Por quién preguntaba? —insistió la señora, no del todo convencida.

—Por alguien que no conocemos, señora —respondió Ann atravesando el vestíbulo en dirección a la cocina.

—Espero que no estuvieras demasiado brusca con él.

—Estuve con él como se merecía por su modo de portarse —dijo Ann con la respiración entrecortada.

Y la tía de *Mrs.* Bindon Botting, comprendiendo de pronto que aquella llamada estaba en cierto modo relacionada con las tribulaciones sentimentales de la muchacha, decidió dejarla tranquila, después de someterla a un vacilante escrutinio.

La tía de *Mrs.* Bindon Botting era una señora extremadamente simpática y cariñosa; se interesaba por las criadas, les inculcaba la piedad y les hacía confesar sus secretos a pesar de que a veces, ruborizándose y mintiendo, ellas intentaban resistir. Pero Ann era demasiado reservada y su carácter, en ocasiones, imponía respeto...

Por tanto, la pobre señora subió de nuevo la escalera sin preguntar nada más.

5

La puerta de servicio se abrió y Kipps entró, acalorado y jadeante, en la cocina.

—Toma —dijo ofreciendo a Ann las dos mitades de la moneda de seis peniques.

Ann siguió inmóvil detrás de la puerta de la cocina. Estaba muy pálida y Kipps vio que había llorado.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿No lo ves?

Ann hizo un ligero movimiento con la cabeza.

—La he guardado todos estos años.

—Pues la has guardado demasiado tiempo.

Kipps cerró la boca y también él palideció. El amuleto le había fallado.

—¡Ann! —exclamó.

—¿Qué?

—Ann...

La conversación volvió a interrumpirse.

Kipps hizo un movimiento con las manos y avanzó un paso.

Pero Ann movió la cabeza con decisión y se colocó a la defensiva.

—Mira, Ann —dijo Kipps—. Reconozco que he sido un idiota.

Los dos se miraron a los ojos, desesperados.

—Ann, quiero casarme contigo.

Ann se agarró al borde de la mesa.

—No puedes —dijo débilmente.

Kipps dio un nuevo paso hacia delante y la joven se echó para atrás, manteniendo la misma distancia entre los dos.

—Tengo que casarme contigo —dijo.

—No puedes.

—Tengo que casarme contigo. Ann.

—No puedes ir por ahí casándote con todo el mundo. Tienes que casarte con ella.

—No pienso casarme con ella.

Ann movió la cabeza.

—Estás prometido a esa chica. A esa señorita, mejor dicho. No puedes ser novio mío también.

—No quiero ser novio tuyo. Ya estoy harto de noviazgos. Lo que quiero es casarme contigo. ¿Me oyes? Casarme contigo en seguida.

Ann palideció aún más.

—Pero, ¿qué quieres decir?

—Quiero que vengas conmigo a Londres y que nos casemos. Ahora mismo.

—Pero, ¿qué dices?

Kipps, armándose de paciencia, se lo explicó de nuevo.

—Quiero que vengas conmigo y que nos casemos antes de que nadie pueda impedirlo. ¿Comprendes?

—¿En Londres?

—En Londres.

Una vez más se miraron a los ojos.

—No puede ser —dijo Ann—. Por de pronto, falta una semana para que se termine el mes de servicio.

Consideraron aquel inconveniente durante unos segundos, como si no pudiera ser remontado.

—Mira, Ann, ¡pide permiso para marcharte! ¡Pide permiso!

—Ella no me lo daría.

—¡Entonces ven conmigo sin pedírselo!

—Se quedará con mi maleta...

—No se quedará con ella.

—Sí se quedará.

—Te digo que no.

—Tú no la conoces.

—¡Maldita sea! ¡Pues que se quede con ella, si quiere! ¡Que se quede con ella! ¿Qué importa? ¡Yo te compraré doscientas maletas...!

—No estaría bien dejarla de este modo.

—No tienes que pensar en ella, Ann, sino en mí, sólo en mí.

—Y además no te has portado bien conmigo —dijo la joven—. No te has portado

bien conmigo, Artie. No debiste...

—Yo no he dicho que me haya portado bien —interrumpió Kipps—. Ann..., no he venido aquí para discutir. Quiero que me contestes sí o no. He sido un idiota. ¡Sí, un verdadero idiota! ¿No te basta que lo confiese? Me he metido en un lío tras otro y he hecho el ridículo... —Su mirada se hizo aún más suplicante y continuó—: No es como si no nos quisiéramos, Ann...

Viendo que ella continuaba impasible reanudó su discurso.

—Yo creí que probablemente no volvería a verte más, Ann. Te aseguro que así fue. No es como si hubiéramos estado siempre juntos. No sabía lo que quería y me porté como un idiota. Lo mismo le hubiera pasado a cualquiera. Pero ahora sé lo que quiero y lo que no quiero. ¡Ann...!

—¿Qué?

—¿Vendrás conmigo...? ¿Vendrás conmigo?

Silencio.

—Si no me contestas, Ann... Estoy desesperado... Si no me contestas, si no dices que vendrás conmigo, saldré ahora mismo de aquí...

Se volvió hacia la puerta sin terminar su amenaza.

—Me iré —repitió—. ¡No tengo un solo amigo en el mundo! No sé por qué he hecho las cosas que he hecho. Lo único que sé es que no puedo seguir viviendo en este mundo.

Hizo un ruido ininteligible con la garganta.

—Me iré a la escollera...

Musitando frases de autocompasión, consiguió abrir la puerta. Era evidente que estaba decidido a marcharse.

—¡Artie! —exclamó Ann.

Kipps se volvió y los dos se miraron un instante, con los nervios en tensión.

—Iré contigo —dijo Ann.

Kipps cerró la puerta y dio unos pasos hacia ella. De pronto, cayeron uno en brazos del otro.

—¡Artie! ¡No te vayas! —sollozó Ann.

Nunca supieron cuánto tiempo estuvieron abrazados.

—¡He sido tan desgraciado! —exclamó Kipps.

El sombrero rodó por el suelo hasta un rincón, donde permaneció olvidado.

—¡He sido tan desgraciado! —repitió Kipps—. ¡He sufrido tanto, Ann!

—¡Pst! ¡Calla! —dijo Ann, que temblaba de pies a cabeza, mientras acariciaba el cabello de Kipps—. Calla... Ella está escuchando. Te oirá desde la escalera, Artie...

Las últimas palabras de Ann cuando, una hora después, se escaparon (*Mrs.* y *Miss* Bindon Botting acababan de volver a casa), merecen párrafo aparte:
—No creas que yo haría esto por todo el mundo... —Fue lo que dijo.

CAPÍTULO IX

EL MONSTRUO MARINO

1

Imagíname, lector, escapando del difícil y complejo sistema social, como si en ello les fuera la vida; primero a pie hasta la Estación Central de Folkestone; después en un vagón de primera, con la maleta de Kipps por todo equipaje, hasta Charing Cross, y desde allí en un coche, a través de las calles de Londres palpitantes de vida, hasta la casa de Sid. Kipps mira continuamente por la ventanilla.

—Creo que es la esquina siguiente —decía una y otra vez.

Porque tenía el convencimiento de que Sid estaba inmune contra toda persecución y temía que nunca logaran encontrarle. Al fin, hallada la casa, pagó al cochero con una generosidad adecuada a la ocasión y se volvió hacia su futuro cuñado.

—Ann y yo vamos a casarnos —anunció.

—Pero yo creí... —comenzó a decir Sid.

Sin dejarle hablar, Kipps le indicó la conveniencia de entrar en la tienda, donde le daría toda clase de explicaciones.

—Sería inútil que discutiera con vosotros —dijo Sid, sonriendo según iba dándose cuenta de la situación—. Las cosas ya están hechas.

Y hasta Masterman, habiéndose enterado de lo ocurrido, bajó majestuosamente de su cuarto para felicitarles.

—Estaba seguro de que le resultaría opresiva la vida de las clases superiores —dijo tendiendo a Kipps una mano huesuda—. Pero nunca creí que tendría la originalidad de escaparse... ¡Cómo va a rabiarse su antigua prometida! Pero no se preocupe. Eso ya no tiene importancia.

Durante la cena prosiguió su discurso.

—Había emprendido usted una subida que no llevaba a ninguna parte. Siempre hubiera ido subiendo de un refinamiento a otro, sin alcanzar nunca una cumbre en la que se sintiera satisfecho. Esta cumbre no existe. La única cumbre que existe en el mundo que ha abandonado, es aquella en que hombres y mujeres se entregan al juego y al vicio, mezclados con arzobispos, generales y toda esa gente... Usted hubiera pasado la vida en uno de tantos peldaños, por debajo incluso de los que poseen automóviles, mientras su esposa se movería incesantemente entre su círculo de amistades y se quejaría de no tener una posición más elevada. Yo descubrí todo esto hace mucho tiempo. He conocido mujeres así. Y ya no pretendo subir ningún peldaño en la escala social.

—He pensado muchas veces en todo lo que dijo usted el día en que le conocí — confesó Kipps.

—No recuerdo lo que dije entonces —repuso Masterman—. Pero, sea como fuere, ha obrado usted del modo más noble y más cuerdo y esto hoy en día es un raro espectáculo. Va a casarse con una mujer de posición igual a la suya y va a vivir su vida independientemente de lo que los de arriba o los de abajo crean que debe hacer. Ésta es la única actitud que hoy puede tomarse. Rodearnos de nuestro propio mundo y de nuestro propio hogar; protegerlo contra todo y casarnos con la mujer que nos estaba destinada... Supongo que esto sería lo que yo haría si pudiera... Pero afortunadamente para el mundo, las personas como yo no nacemos por parejas. Además... De todos modos...

Y de pronto, aprovechando una interrupción del pequeño Walt, se sumió en sus pensamientos.

Permaneció en silencio largo rato y por fin volvió a darse cuenta de lo que le rodeaba.

—Después de todo, no hay que perder la esperanza —dijo.

—¿De qué? —preguntó Sid.

—Donde hay vida hay esperanza —intercaló la esposa de Sid—. Pero ninguno de ustedes está comiendo bastante.

Masterman levantó su copa.

—¡Brindo por la Esperanza, que es la Luz del Mundo! —exclamó.

Sid, rebosante de satisfacción, miró a Kipps, como queriendo darle a entender que en ninguna de sus comidas y cenas de sociedad le habían presentado a un tipo como aquél.

—¡Por la Esperanza! —repitió Masterman—. Lo mejor que podemos tener. Esperanza de vida... Sí...

Sus palabras emocionaron a todos. Hasta el pequeño Walt quedó impresionado.

2

Dedicaron los días anteriores a la boda a hacer agradables excursiones. Una vez fueron en lancha a Kew y admiraron los cuadros de flores; otro día fueron temprano al Palacio de Cristal y se divirtieron mucho. Llegaron tan pronto que todo estaba cerrado y cubierto con lonas. En aquellas enormes estancias vacías se sintieron como diminutas criaturas y les pareció que el eco de sus pisadas resonaban de un modo ensordecedor. Contemplaron esculturas de grupos de salvajes y Ann dijo que debían ser unas personas muy raras y que se alegraba de que no existieran en Inglaterra. Después estudiaron, pensativos, un gran número de estatuas clásicas, sin hacer excesivos comentarios. Kipps dijo que el mundo debía de resultar muy extraño

en la antigüedad, pero Ann repuso que no creía que la gente fuera vestida de aquel modo por la calle. Al fin, como el local estaba demasiado solitario, salieron al exterior y pasearon sintiendo la caricia de los rayos del sol.

—No he visto nunca nada más bonito —declaró Kipps, volviéndose a contemplar el enorme edificio de cristal, con la imagen de Paxton en el centro de la fachada.

—¡Lo que ha debido de costar hacerlo! —exclamó Ann.

Paseando, llegaron a una parte donde había cuevas y lagos y, entre todo ello, curiosos vestigios que les hicieron pensar en la omnipotencia del Creador del Universo. Pasaron bajo un arco hecho con mandíbulas de ballena y descubrieron sobre la hierba, como asombradas de sí mismas, efigies de iguanodontes, dinosaurios, mastodontes y otros animales similares, esculpidos en tonos verde y oro.

Aquellos monstruos impresionaron profundamente a Kipps, quien durante algún tiempo no consiguió hablar de otra cosa.

—No sé cómo conseguían lo suficiente para comer... —dijo varias veces.

3

Más tarde, aquel mismo día, sentados en un banco en presencia del monstruo marino que se cierne sobre el lago, los Kipps se pusieron a hablar del futuro. Habían comido en el Palacio de Cristal, habían visto cuadros y toda clase de cosas, y ello, unido a la luz ambarina del sol, les hacía sentirse filosóficos. Kipps rompió el contemplativo silencio en que se hallaban sumidos, haciendo de pronto alusión a una de sus principales preocupaciones.

—Ofreeceré a Helen una compensación por daños y perjuicios. Si a pesar de ello, insiste en demandarme por rompimiento de promesa... yo no puedo hacer más... No pueden llevar mis cartas al Tribunal, porque no le he escrito ninguna. De todas formas, supongo que con mil o dos mil libras quedará solucionado el asunto. Eso no me preocupa. No, no me preocupa mucho, Ann...

Ninguno de ellos habló por el momento. Kipps prosiguió:

—Es magnífico que por fin vayamos a casarnos. ¡Qué curioso! ¡Cómo suceden las cosas! Si no te hubiera encontrado aquel día, ¿dónde estaría yo ahora? Y después de haberte encontrado, tampoco se me ocurrió que podíamos casarnos hasta... hasta la noche en que fui a buscarte.

—Tampoco a mí se me ocurrió —dijo Ann contemplando el agua con ojos pensativos.

Durante algún tiempo Kipps se limitó a contemplar, arrobado, el rostro encantador de su novia, y después de una pausa ésta volvió a hablar.

—Supongo que éste era nuestro destino —dijo.

—No comprendo cómo pude pensar en casarme con ella —musitó Kipps.

—No era la mujer apropiada para ti.

—¿Apropiada? ¡Claro que no! ¿Cómo pude tener semejante idea?

—Supongo que ella se te insinuó.

Kipps se sintió momentáneamente tentado a afirmar que así había sido, pero cuando se disponía a hacerlo, su innata honradez se lo impidió.

—No, no fue así, Ann. Es curioso. No sé cómo ocurrió, pero desde luego no como tú dices. No me acuerdo... No. La vida es muy extraña, de eso no cabe duda. Y supongo que yo también soy un individuo extraño. Algunas veces parece que no sé lo que hago. Pero...

Los dos callaron y Kipps se acarició pensativo el bigote. Al fin, después de unos instantes, sus labios dibujaron una sonrisa.

—Tomaremos una casita en Hythe —dijo.

—Sí, mucho mejor que en Folkestone —le respondió Ann.

—Una casita muy pequeña —dijo Kipps—. Naturalmente, tenemos Hughenden, pero está alquilada. Y además es demasiado grande. Aparte de que yo no viviría ahora en Folkestone por nada en el mundo.

—Me hace mucha ilusión tener mi propia casa —dijo Ann—. Desde que estoy sirviendo he pensado siempre lo maravilloso que sería llevar mi propia casa.

—¿Y sabrás manejar bien al servicio?

—¿Al servicio? No necesitamos servicio —repuso Ann con un sobresalto.

—Al menos necesitarás una criada que haga el trabajo pesado.

—¿Y no poder entrar en mi propia cocina?

—Una criada es necesaria.

—Podemos buscar una mujer que venga a ayudarme unas horas —dijo Ann—. Además... si yo tuviera una de esas chicas que ahora se ponen a servir, ¿le quitaría a cada momento la escoba y volvería a limpiarlo todo yo misma? Me las arreglaría mucho mejor sin ella.

—De todas maneras necesitamos una criada —insistió Kipps—. ¿Qué vamos a hacer, si no, si queremos salir juntos o algo por el estilo?

—Entonces tomaré una muy joven para enseñarla a mi manera —dijo Ann.

Kipps dejó las cosas así y se volvió a hablar de su futura casa.

—En Hythe hay muchas casas libres, exactamente como la que nos hace falta, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Tendremos una cocina, un comedor y un cuartito pequeño, un cuartito pequeño para estar por las tardes.

—Tiene que ser una casa hecha con sentido común. Hay algunas que no tienen bastante luz y otras con escalera muy empinada por la que hay que subir continuamente cosas. Nuestra casa tendrá el fregadero y el depósito de agua en el piso donde esté la cocina. Como tú no has estado sirviendo, Artie, no sabes de qué manera tan absurda están hechas algunas casas, como si el arquitecto se hubiera preguntado qué era lo que resultaría más incómodo para las criadas.

—Nuestra casa será muy pequeña —dijo Kipps—. ¿Para que necesitamos una

grande? Llevaremos una vida muy tranquila. Saldremos de vez en cuando y volveremos pronto a casa. Si no tenemos otra cosa que hacer, leeremos juntos. Invitaremos de vez en cuando a Buggins y a Sid a pasar la noche. Tendremos bicicletas...

—No me imagino montada en bicicleta...

—Compraremos un remolque y en él irás como una reina. Te llevaré a Nueva Romney muy a menudo para ver a los viejos.

—Sí, eso me gustaría... —dijo Ann.

—Tendremos una casita sin pretensiones, con muebles cómodos. No habrá objetos de arte, ni cosas parecidas, sino que todo será muy sencillo.

—Pero nada de socialismo, ¿eh? —dijo Ann, sintiendo nacer en ella una repentina desconfianza.

—Nada de socialismo. Sencillez, simplemente.

—El socialismo está muy bien para quienes lo entienden, Artie, pero yo no estoy de acuerdo con sus teorías.

—En realidad yo tampoco —dijo Kipps—. No discuto con quien lo predica, pero nada de eso me parece real. Aunque hay que reconocer que Masterman es un individuo muy listo, Ann.

—Al principio no me fue simpático, Artie, pero ahora sí... en cierto sentido. Hace falta tiempo para comprenderle.

—Es tan inteligente, que la mitad de las veces no entiendo nada de lo que dice. Es el hombre más inteligente que he conocido. Nunca he oído hablar a nadie de ese modo. Debía escribir un libro... Es triste que un hombre como él no pueda ganarse la vida.

—¿Es porque está enfermo? —dijo Ann.

—Sí, supongo que sí.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio durante largo rato.

—Seremos muy felices en una casita así, ¿no crees, Ann?

Ella le miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Me parece que ya la estoy viendo —continuó Kipps—. Ante todo, tiene que ser muy pequeña. Todos los días tomaremos el té en la cocina, el agua estará siempre hirviendo y el gato dormirá en la alfombrilla de la chimenea. Y tú estarás siempre allí conmigo.

Los dos se contemplaron con mutua satisfacción y Kipps continuó:

—Me parece que hace más de media hora que no te he besado, Ann. Al menos no lo he hecho desde que estuvimos en las cuevas.

Porque besar a Ann era para él ya casi tan necesario como el respirar.

Ella movió la cabeza sonriendo.

—Es mejor que seas sensato y sigas hablando de *Mr. Masterman*...

Pero las ideas de Kipps habían cambiado de dirección.

—Me gusta tu pelo —dijo acariciándolo—. Lo tenías igual cuando eras una

chiquilla. Con grandes ondas... Me he acordado de él muchas veces. ¿Te acuerdas de las carreras que hicimos aquel día detrás de la iglesia?

Durante algún tiempo ambos permanecieron silenciosos, sumidos en agradables reminiscencias.

—Es extraño —dijo Kipps.

—¿Qué es extraño?

—Cómo ha ocurrido todo. ¿Quién hubiera pensado, hace seis semanas, que ahora estaríamos aquí juntos? ¿Quién hubiera pensado que yo tendría dinero?

Su mirada se posó en el gran monstruo marino. Al principio le contempló con indiferencia, pero de pronto sus ojos asumieron una expresión de perplejidad.

—¡Demonio!

Ann sintió interés por saber el motivo de aquella exclamación, y Kipps le puso una mano en el brazo y señaló con el dedo. Ann escudriñó el monstruo y después fijó de nuevo en Kipps una mirada interrogante.

—¿No lo ves? —preguntó Kipps.

—¿El qué?

—Que es exacto a Coote.

—Pero si ya no existen... —dijo Ann todavía sin comprender.

—Es posible que no, pero a pesar de ello es exacto a Coote.

Kipps especuló sobre las efigies monstruosas que se erguían a su alrededor.

—Me gustaría saber cómo se extinguieron todos estos animales antediluvianos. Ningún hombre pudo matarlos.

—Es muy sencillo —dijo Ann—. Les sorprendió el Diluvio...

Kipps reflexionó sobre aquella solución.

—Pero yo creí que tuvieron que meter en el Arca a dos animales de cada especie...

—Dentro de los límites de lo razonable... —dijo Ann.

Y los Kipps dejaron así la cuestión.

El gran monstruo marino, verde y oro, no hizo ningún caso de sus palabras y siguió contemplando el infinito por encima de sus cabezas, sereno e inflexible. Como si fuera el mismo Coote, Coote el perfecto, que les negaba el saludo.

Su serenidad podía tomarse por la paciencia y el estoicismo de una fuerza capaz de esperar el tiempo necesario para conseguir sus fines. Aquella calma majestuosa acabó por hacer que los Kipps se sintieran incómodos. Así, pues, los dos jóvenes se pusieron en pie y siguieron su camino, mirando de vez en cuando para atrás.

Y Nupcial, que es en verdad una diosa muy noble y muy buena, se inclinó hacia ellos y bendijo su unión.

TERCERA PARTE

LOS KIPPS

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

1

Las lunas de miel, como todas las cosas de este mundo tienen su fin. Vemos, pues, a *Mr.* y a *Mrs.* Kipps descendiendo al andén de Hythe, a donde han ido en busca de la casita que planearon un día, para hacer real el sueño de que hablaron en el jardín del Palacio de Cristal. Forman una pareja valiente, pero los dos no son más que simples criaturas y el mundo es un sistema de complejidades, demasiado difícil e intrincado para que puedan ponerse a su altura. Kipps lleva un traje gris y una corbata elegante. *Mrs.* Kipps es la misma mujer-niña, sana y alegre. Sólo que ahora lleva sombrero.

Es un sombrero muy distinto del que solía usar antes los domingos que tenía libres, un sombrero adornado con plumas, un hebilla, lazos, y otras cosas. El precio de aquel sombrero dejaría a mucha gente sin aliento... ¡costó dos guineas! Kipps lo eligió y Kipps lo pagó. Y después de comprarlo, los dos habían abandonado la tienda con las mejillas rojas, contentos de verse libres de la vendedora y de su sonrisa impertinente.

—Artie —dijo Ann—. No debiste...

Eso fue todo. Pero, como el lector ya se habrá imaginado, el sombrero no favorecía a Ann. Ninguno de sus trajes nuevos le sentaba bien. El estilo sencillo, barato y limpio de su ropa anterior, había dado paso no sólo a aquel sombrero, sino a varias otras cosas del mismo orden. Y entre todas aquellas prendas, surgía su carita encantadora, como la cara de una niña, en el colmo del asombro ante todo lo que le estaba ocurriendo.

Compraron aquel sombrero una tarde que fueron a ver las tiendas de Bond Street. Kipps miró a la gente que pasaba por la calle y la comparó con Ann. Había observado el sombrero de una señora de aspecto orgulloso y aristocrático, que pasó junto a ellos en una fogosa berlina, y en aquel mismo instante decidió comprar a Ann la cosa más parecida que encontrara.

Los mozos de la estación debieron encontrar algo extraño en la vestimenta de Ann y lo mismo les ocurrió a los cocheros que esperaban fuera y a los dos jugadores de golf y a la señora con sus dos hijas que también bajaron del tren. Kipps, un poco pálido y no del todo dueño de sí, sabía que era a ellos a quienes miraban. En cuanto a

Ann... Es difícil saber lo que Ann pensaba de todas estas cosas.

—¡Eh, oiga! —dijo Kipps haciendo una señal a un cochero—. Tengo ahí un baúl marcado A. K. —dijo al inspector de los billetes.

—Pregúntele a un mozo —repuso el inspector dándole la espalda.

—¡Qué diablos...! —exclamó Kipps entre dientes.

2

Una cosa es sentarse al sol y hablar de la casa que a uno le gustaría tener, y otra muy distinta es conseguirla. Nosotros los ingleses (y hoy en día todo el mundo) vivimos en una extraña atmósfera en la que dejamos de lado las cosas importantes para preocuparnos de las pequeñas; estamos entregados a la mezquindad y la pequeñez que constituyen el intercambio; los modales en la mesa y otros detalles sin importancia constituyen la sustancia de nuestras vidas. No podemos librarnos de estas cadenas, ni siquiera dando el paso desesperado de escapar a Londres con una joven de posición social y medios de fortuna inferiores a los nuestros. Las brumas de las emociones exaltadas se desvanecen y pasan, y entonces nos vemos rechazados por todas las deidades que nos inspiran respeto y temor, viviendo bajo la mirada escudriñadora del Sistema Social, sabiendo que éste somete nuestra ropa, nuestra actitud, nuestras pretensiones y nuestros menores movimientos a un juicio continuo.

Nuestro mundo de hoy es un mundo concebido mezquinamente... y todo cuanto lo compone es una nueva mezquindad que intenta ocultar este hecho. Por de pronto existen en él muy pocas casitas verdaderamente confortables. Y estas pocas no se consiguen así como así; no pueden comprarse con dinero en los tiempos innobles en que vivimos. Las casas, por lo general, están construidas en terrenos que pertenecen a hombres monstruosamente ricos, y las construyen hombres codiciosos a quienes sólo les importa ganar dinero. ¿Qué se puede esperar en estas ridículas condiciones? Ir en busca de casa es espiar la desnudez de este mundo pretencioso, es ver a lo que se reduce nuestra civilización cuando la despojamos de cortinas, tapices, alfombras y todo cuanto nos distrae de los puntos principales de la vida. Vemos entonces planos mezquinos, ejecutados maquinalmente, para fines mezquinos. Vemos los intereses de los seres humanos dejados de lado. Se nos representan sin disfraz alguno los secretos y la sustancia de todos los «Chester Coote» que nos rodean diariamente.

De modo que vemos a nuestro ingenuo y simpático matrimonio Kipps, ir y venir de acá para allá en

Hythe, en Sandgate, en Ashford, en Canterbury, en Deal y en Dover (y por último hasta en Folkestone), buscando por todos lados y sin encontrar lo que habían soñado...

No estaban muy seguros de lo que querían, pero sí lo estaban de que ninguna de

las casas que vieron era la de sus sueños. Y fue tanto lo que buscaron y tanto lo que se movieron, que sus deseos comenzaron a perder forma. Vieron habitaciones con las maderas del piso separadas entre sí y llenas de astillas, vieron elocuentes huellas del paso de industriosos ratones, cocinas con una cucaracha muerta en el armario vacío y una gran variedad de carboneras y armarios oscuros por todas partes. Había ocasiones en que les parecía que debían ser víctimas de una conspiración por parte de los agentes de alquileres, tan deprimente resulta una casa vacía de segunda mano, en comparación con la más humilde de las viviendas habitadas.

Generalmente las viviendas eran demasiado grandes. Tenían inmensos ventanales que requerían pesados cortinajes, innumerables dormitorios, escaleras con cientos de peldaños y cocinas que hacían protestar a Ann. Ésta había acabado por enterarse debidamente de cuál era la posición social de Kipps y reconocer la necesidad de una sirvienta.

—¡Pero, por Dios! —exclamaba—. ¡En esta casa harían falta diez criadas!

Cuando no eran demasiado grandes, eran casi siempre el resultado de una edificación especulativa, la edificación que fue el principal desastre del siglo XIX. Ann rechazó muchas casas por húmedas, y hasta las más modernas de las que habían estado en uso mostraban bien a las claras su enfermiza constitución; la pintura de las paredes se resquebrajaba, los suelos se astillaban, las puertas no cerraban bien, el papel se despegaba, los ladrillos estaban saltados y los barandales de las escaleras oxidados. La naturaleza, en forma de arañas, cucarachas, ratones, ratas, hongos y extraños olores estaban empezando a ganar la batalla...

Además, la distribución era siempre todo, menos cómoda. Todas las casas que vieron tenían en común el hecho de que los arquitectos, al trazar los planos, no habían pensado que las muchachas de servir eran seres humanos, como decía Ann. La democracia social de su hermano Sid se le había metido en la sangre, y ella y Kipps continuaron descubriendo en la vivienda contemporánea una falta de consideración general hacia el servicio doméstico.

—¡Hay escaleras en la cocina, Artie! —decía Ann—. Las pobres tendrán que subir y bajar y acabar rendidas sólo porque no se les ha ocurrido a los que hicieron la casa utilizar el sentido común. ¡Y arriba no hay agua! ¡Hay que subirla toda en cubos...! Todo esto ocurre porque son los hombres los que hacen las casas...

Como puedes ver, lector, el matrimonio Kipps buscaba una casita razonable y sencilla. Pero eso sólo existía en países soñados por su imaginación o es posible que exista en todas partes en el año 1975 después de Jesucristo. Y entonces faltaba mucho para esa fecha.

Pero fue una tontería por parte de Kipps ponerse a construir una casa. Lo hizo por la extraordinaria animosidad que había concebido hacia los agentes de alquileres.

Todo el mundo aborrece a éstos del mismo modo que todo el mundo quiere a los marineros. No cabe duda de que se trata de un odio muy injusto, pero la labor del novelista no es exponer principios de ética, sino limitarse a los hechos reales. Todo el mundo odia a los agentes de alquileres porque están en un plano de ventaja. Los demás oficios tienen un tanto por ciento de dar y otro de tomar. En el caso de los agentes de alquileres todo es cuestión de tomar. El abogado teme que el cliente le sustituya por otro, el médico no se atreve a ir demasiado lejos, el novelista (aunque el lector no lo sabe) se inclina del modo más abyecto ante los menores deseos del lector; en cuanto a los comerciantes, los lecheros son capaces de librar batalla entre sí ante la puerta de un parroquiano, y los verduleros se echan a llorar si ven que otra casa es preferida a la suya. Pero ¿quién oyó jamás hablar de un agente de alquileres que se esfuerce por servir a alguien? El cliente busca una casa y se dirige a él. El cliente está cansado, agotado, lleno de ansiedad; él está en calma, limpio, inactivo, reticente y ocioso. El cliente le suplica que reduzca la ventana, que pinte los techos, que busque otras casas para poder elegir, que necesita un invernadero... pero, ¡bastante que le importa a él! ¿El cliente quiere, por ejemplo, disponer de una casa? Él se muestra exactamente igual, sereno, indiferente. Recuerdo que en una ocasión se entretuvo limpiándose los dientes con un palillo, mientras contestaba a las preguntas que yo le hacía. Los agentes de alquileres se burlan de la competencia; todos son iguales; no se les puede herir acudiendo a la oficina de enfrente, no se les puede despedir. Lo más que se puede hacer es despedirse uno mismo. Están situados a salvo detrás de un inmenso pupitre de bronce y madera, demasiado lejos para que podamos atacarles repentinamente con el paraguas. Por otro lado, tirar las llaves que nos prestan, en lugar de devolvérselas, constituye un robo y como tal se castiga...

Kipps se decidió a construir por su cuenta a causa de un agente de alquiler de Dover, Con voz algo temblorosa, nuestro amigo le había presentado un ultimátum: no quería sótano, no quería más de ocho habitaciones, exigía que hubiera agua caliente y fría en el piso de arriba, carbonera con puertas, para evitar que el polvo entrara en la cocina, etc.

—Si quiere todo eso, tendrá que construir la casa usted mismo —había dicho el agente, suspirando con cansancio.

Entonces fue cuando Kipps contestó, sin ninguna intención de cumplir sus palabras, naturalmente, sino sólo para dar a aquel impertinente una respuesta adecuada:

—¡Eso es lo que haré si esto sigue así!

Y entonces el agente de alquileres se permitió sonreír con ironía.

Cuando Kipps reflexionó sobre sus palabras, quedó sorprendido al descubrir que la idea no era tan descabellada. Después de todo, mucha gente ha edificado casas. De

lo contrario no habría tantas en el mundo. ¡Sí, mandaría hacer una casa! Entonces iría a ver al agente y le diría: «Mire, amigo, mientras usted me estaba buscando una casa adecuada, yo me he construido una». Se iría a verlos a todos, uno por uno. A los agentes de Folkestone, de Dover, de Ashford, de Canterbury, de Margate, de Ramsgate... Y quizás entonces lamentarían su actitud. Kipps tomó la decisión definitivamente durante las horas de la madrugada.

—Ann... —dijo—. ¡Ann! —repitió despertando a su mujer con la punta del codo. La joven despertó al fin lo suficiente para preguntar qué era lo que ocurría.

—Voy a construir una casa, Ann.

—¿Eh? —preguntó Ann, como si estuviera despierta.

—¡Que voy a construir una casa!

Ann musitó unas palabras incoherentes en el sentido de que sería preferible que dejara aquello para por la mañana, e inmediatamente se volvió y siguió durmiendo.

Pero Kipps permaneció despierto largo rato, construyendo mentalmente su casa y por la mañana, mientras desayunaban, expuso su decisión. Había aguantado demasiado tiempo los malos modales de los agentes de alquileres, y construir una casa por su cuenta sería para él una dulce venganza.

—Además, haremos una casita pequeña y confortable como la que hemos soñado... —añadió.

Así, pues, sin pensarlo más, alquilaron por un año una vivienda con sótano, sin agua en el piso de arriba, sin cuarto de baño, con grandes ventanas que había que limpiar desde el exterior, con escaleras de piedra, con una carbonera abierta por todos lados, sin suficientes armarios, sin chimenea en el cuarto de servicio y con el suelo lleno de astillas... En resumen, una vivienda típica de la clase media inglesa. Y después de añadir a esta casa unos cuantos muebles, una lánguida sirvienta con el pelo teñido, llamada Gwendolen que iba a casarse con un sargento; después de pasar varias noches en vela haciendo exploraciones nocturnas en busca de ladrones, puesto que se hallaban en un edificio del que él era personalmente responsable, Kipps concedió al fin su atención al proyecto de construir su propio hogar.

4

Al principio pidió consejo a unos y a otros, porque tropezó con grandes dificultades para llevar a cabo sus planes. Un día entró en la casa de un maestro albañil y dijo a la señora que le recibió que quería construir por su cuenta, que estaba decidido y que quería hacer el encargo en aquel mismo momento. Pero ella contestó que su marido no estaba y que tendría que esperar unas horas. Kipps se marchó sin dar su nombre. Después se dirigió a un hombre que iba en un carro, al enterarse de que trabajaba en la construcción de una casa cercana de Saltwood. Pero el

desconocido se mostró al principio escéptico y después sarcástico.

—Supongo que tiene usted la costumbre de construir una casa todos los meses —dijo dando la espalda a Kipps con profundo desdén.

El joven pasó después a consultar a Carshot y a Pearce. Éste conocía a un hombre de Ashford cuyo hermano era arquitecto y como en estos casos siempre es preferible tratar con alguien conocido, los Kipps decidieron dirigirse a él. Y así lo hicieron... con ciertas reservas mentales.

El arquitecto, hermano del amigo de Pearce, era un individuo de corta estatura, que llevaba siempre un maletín negro y un sombrero cilíndrico. Se sentó a la mesa del comedor con el sombrero y el maletín a distancias exactamente equidistantes, a su derecha y a su izquierda, manteniendo una actitud completamente impasible mientras Kipps, ante la chimenea, le exponía sus deseos.

Ann contemplaba la escena sentada junto a la librería. Los dos estaban sobre ascuas.

El arquitecto comenzó por preguntar qué lugar habían elegido para edificar y quedó desconcertado al descubrir que ni siquiera esto estaba decidido.

—Yo pensaba edificar en cualquier parte —dijo Kipps—. No se me ha ocurrido pensar en el sitio.

El arquitecto dijo que hubiera preferido ver el lugar para saber dónde colocar lo que llamó «la fachada trasera». Pero añadió que, naturalmente, era posible proyectar una casa «en el aire», si sus clientes, así lo deseaban. Kipps sintió que enrojecía y confiando secretamente en que aquello no hiciera subir mucho los gastos, contestó que podían hacerlo así.

El arquitecto entonces, con una tos seca, abrió el maletín, extrajo de él un rollo de esparadrapo, varias galletas secas, un recipiente de metal, un par de guantes nuevos, un reloj, un ramito de violetas, un paquete de tornillos y por último un librito de apuntes. Volvió a colocar los demás objetos en su sitio, abrió el cuaderno, se llevó un lápiz a los labios y preguntó:

—¿Y qué comodidades necesitan?

A lo que Ann, que había seguido todos sus movimientos con la más profunda atención y cierto temor, replicó con la prontitud de quien ha estado esperando que le hagan una pregunta:

—¡Armarios!

El arquitecto tomó nota.

—¿Y cuántas habitaciones? —dijo pasando a los detalles secundarios.

Los jóvenes se miraron. Aquello estaba resultando muy difícil.

—¿Cuántos dormitorios, por ejemplo? —preguntó el arquitecto.

—¿Uno? —sugirió Kipps, decidido a reducir gastos a toda costa.

—¡Acuérdate de Gwendolen! —dijo Ann.

—Además, si algún día desean tener huéspedes... —añadió el arquitecto.

—Dos, entonces —dijo Kipps—. Queremos una casa muy pequeña...

—Pero la más pequeña de las casas... —objetó el arquitecto.

Paso a paso acabó por convencerles de la absoluta necesidad de contar con seis dormitorios, para lo cual hasta mencionó, como una remota posibilidad, que quizá «los niños» los necesitaran. Ann se adelantó hasta la mesa, se sentó y planeó una de sus condiciones:

—De todas formas, quiero que cada habitación tenga agua caliente y fría —declaró.

Aquélla era una idea inspirada por Sid.

—Sí —dijo Kipps desde su puesto ante la chimenea—, cada dormitorio habrá de tener agua caliente y fría. Eso está decidido.

Fue entonces cuando por primera vez el arquitecto se dio cuenta de que tenía que tratar con una pareja de excepcional originalidad, y como había pasado la tarde anterior estudiando los planos de tres casas, publicados en la revista de arquitectura, y pensaba combinarlos para trazar un proyecto propio, naturalmente se esforzó por luchar contra aquellas ideas noveles. Explicó, pues, que toda la cuestión de fontanería resultaba costosa en extremo y que todo lo que no estaba incluido en sus proyectos era igualmente costoso, y sólo cuando Ann dijo que prefería no hacer la casa si ésta no iba a resultar conforme a sus deseos y Kipps declaró que no le importaba el precio mientras tuviera lo que deseaba, permitió que en el adquirido profesionalismo de sus planos apareciera una modificación original. Después de lo cual puso broche a la discusión con un nuevo golpe de tos.

—Naturalmente, si no les importa ir en contra de los tiempos...

Explicó que había pensado en un estilo arquitectónico Reina Ana (en cuanto oyó su nombre, Ann movió negativamente la cabeza en un aparte a Kipps) en lo que se refería a la fachada. Dijo que a él le gustaba hacer las fachadas de un estilo definido, aunque podía tener una mezcla; pero siempre con un estilo predominante. La ventaja de lo que llamaba estilo Reina

Ana era la diversidad de sus aspectos... Pero, en fin, si ellos querían hacerlo de otro modo, también era posible. Ahora se hacían casas de todos tipos, algunas sin estilo definido y, sin embargo, muy atractivas. Dijo que era frecuente poner una escalera de roble y una galería.

Indicó que su discurso sobre estilos había llegado a su fin por medio de un nuevo acceso de tos, y volvió a abrir el librito de apuntes que había cerrado en un momento de descriptivo entusiasmo.

—Seis dormitorios —dijo humedeciendo los labios—. Uno con barrotes en la ventana, apropiado para niños si es necesario.

Siguió a ello una interesante divagación sobre la arquitectura en general en la que Kipps apenas tomó parte. De la cuestión de los dormitorios pasaron a la cocina, y en este terreno Ana expresó sus ideas con tan inteligente precisión que se ganó la admiración del arquitecto. Sostuvo que generalmente las carboneras eran demasiado bajas e incómodas y rechazó como poco práctica la idea de colocar la cocina con la

carbonera en el piso alto, ya que eso llevaría consigo tener que subir el carbón y ponerlo todo perdido. Decidieron por último hacer una carbonera exterior en el primer piso, unida a la cocina por una escalera también exterior. El arquitecto tomó nota de todo ello.

De allí pasaron, por inspiración del arquitecto, a la posibilidad de la calefacción por gas. Kipps dijo que la calefacción por gas calienta la atmósfera; al tropezarse con la mirada de asombro de su interlocutor, se ruborizó y permaneció largo rato sin decir nada.

Dos días después recibieron una carta en la que el arquitecto les decía que había encontrado en su libro de notas toda clase de detalles en cuanto al sistema de ventilación, así como el número de dormitorios, la fontanería, las dimensiones de la cocina, los armarios y la carbonera, pero nada en absoluto referente a una sala, un comedor, una biblioteca o despacho y el presupuesto aproximado. Añadía que esperaba recibir instrucciones. Daba a entender que un cuarto de estar, un comedor, una sala y un despacho para *Mr. Kipps* eran imprescindibles. La joven pareja estudió arduamente el problema. Y Ann se mostró restrictiva en este aspecto.

—No sé para qué necesitamos una sala, un comedor y un cuarto de estar. Si fuéramos a alquilar la casa, lo comprendería. Pero no vamos a hacer tal cosa. Por lo tanto no necesitamos tantas habitaciones. Por ejemplo, habla de un vestíbulo. ¿Para qué sirve un vestíbulo? ¡Sólo para dar trabajo! ¡Y un despacho...!

Desde que leyó la carta, Kipps había estado silbando y acariciándose el bigote.

—Creo que me gustaría tener un despacho... No muy grande, desde luego, pero sí una habitación con una mesa y librerías, como la que había en Hughenden.

Sólo después de haber hablado nuevamente con el arquitecto y haber comprobado que la idea de suprimir la sala le escandalizaba, consintieron en añadir aquella estancia. Consintieron para agradecerle.

—Pero nunca la usaremos —dijo Ann.

El capricho de Kipps de tener un estudio prevaleció.

—Así podré leer. Siempre he deseado leer. Me acostumbraré a ir allí y leer durante una hora todos los días. Un hombre como yo debe conocer a Shakespeare y a otros muchos como él. Además, necesitamos un sitio donde colocar la Enciclopedia. Un despacho siempre es lo que he deseado. Si se tiene un despacho hay que leer. Si no se tiene, lo único que se lee son novelas baratas.

Levantó los ojos hacia Ann y quedó sorprendido al ver que ella le contemplaba pensativa, sin compartir su entusiasmo.

—¡Será maravilloso tener nuestra casita! ¿Verdad, Ann?

—No será una casita, si tiene tantas habitaciones —contestó la joven.

No quedó la menor duda sobre esto, cuando examinaron los planos. El arquitecto dibujó tres planos distintos sobre un papel azulado y transparente, de olor desagradable. Les dio un colorido muy bonito y marchó en seguida a mostrárselo a los dos jóvenes. El primer proyecto era sencillo, pero así y todo producía la impresión de ser una casa muy grande; el segundo contaba con un invernadero, varios miradores, un alero todo alrededor de la fachada y una especie de galería y resultaba mucho más imponente; el tercer proyecto era toda una mansión, cuajada de adornos externos e internos; en resumen, el fruto grandioso de la mente creadora del hombre. El arquitecto admitió, al presentárselo, que quizá fuera demasiado suntuoso para Hythe; dijo que se había dejado llevar por la inspiración y había creado una mansión moderna, en el mejor estilo de Folkestone. Tenía un vestíbulo central con una escalinata, una galería morisca, una terraza estilo Tudor, dos terrazas almenadas sobre el pórtico, un ala octogonal con una cúpula oriental, líneas amarillas para romper la monotonía del rojo de la fachada y otros muchos adornos y atractivos. Era el tipo de casa, voluptuoso a su modo, que un magnate de la ciudad se construiría para su uso. Pero a los Kipps les pareció algo excesivo. El primer proyecto tenía siete dormitorios, el segundo ocho, el tercero once; el arquitecto explicó que habían ido encajándose como piedrecillas en las botas de un montañero.

—Son demasiado grandes —dijo Ann en cuanto el arquitecto desenrolló los planos.

Kipps, deseoso de no comprometerse más de lo que ya lo estaba, escuchaba mientras el creador de aquel engendro iba señalando los puntos de interés con una lima, perteneciente al equipo de manicura de bolsillo que llevaba en el maletín. Ann observaba la cara de Kipps y se comunicaba con él furtivamente por encima de la cabeza del arquitecto.

—Demasiado grande —dijeron los labios de Ann.

—Resulta un poco grande para lo que yo tenía pensado —dijo Kipps tranquilizando a Ann con la mirada.

—No le parecerá grande cuando la vea construida —aseguró el arquitecto—. Le doy mi palabra.

—No necesitamos más que seis dormitorios —insistió Kipps.

—Entonces, convierta éste en cuarto de armarios.

Una profunda sensación de impotencia obligó a Kipps a guardar silencio.

—Bien —dijo el arquitecto extendiendo los tres planos—. ¿Cuál eligen ustedes?

Kipps preguntó cuánto costaría cada uno de ellos, y al oírle Ann hizo gestos de alarma. Pero el arquitecto no pudo darles más que una idea vaga y general.

Cuando al fin se marchó, no se habían comprometido a nada. Kipps había prometido estudiar el asunto..

—No podemos hacer esa casa —dijo Ann.

—Todas ellas son demasiado grandes —asintió Kipps.

—Necesitaríamos... ¡Ni con cuatro criadas tendríamos bastante!

Kipps se acercó a la chimenea e intentó tranquilizar a su mujer.

—La próxima vez que venga, le explicaré que no es eso lo que queremos. Es... es un mal entendido. No tienes por qué preocuparte, Ann.

—Después de todo no veo la ventaja de construir una casa —dijo Ann.

—Ahora que hemos empezado tenemos que hacerlo. Suponiendo que hiciéramos...

Extendió el más sencillo de los tres planos y se rascó la cabeza con perplejidad.

6

Fue una desgraciada coincidencia que el viejo Kipps apareciera al día siguiente. El viejo Kipps ejercía una peculiar influencia sobre su sobrino. Le impelía a alardear y a hacer afirmaciones que no estaban muy en consonancia con su carácter. Kipps había tenido gran dificultad en reconciliar a los dos viejos con la idea de su *mesalliance*, y de vez en cuando aquella controversia hallaba todavía un eco en las palabras de su tío. Es posible que se debiera a esto y no a simple vanidad el que Kipps hiciera excesivo alarde de bienestar físico y moral cada vez que aparecía el viejo tío. Su tía no se había reconciliado aún con la idea de su casamiento; rechazaba todas las invitaciones que le hacía el joven matrimonio y se mostró taciturna en la única ocasión en que sus sobrinos acudieron a visitarla de paso hacia la casa de Mrs. Pornick. Mostró una tendencia a sorbetear que evidentemente tenía por causa el desdén y no un catarro, y negándose a tener en cuenta la presencia de Ann se limitó a hablar con Kipps o a monologar. La visita fue muy corta, la conversación se limitó a monosílabos y pausas, no se ofreció nada de comer ni de beber y Ann salió de allí con las mejillas teñidas de rojo. Cuando repitieron la visita a Nueva Romney, se negó a acercarse a la tienda.

Pero el viejo Kipps, después de haberse sentado una vez a la mesa del nuevo matrimonio y de haber encontrado la comida de su gusto, comenzó a ablandarse respecto a Ann y volvió a visitarles una y otra vez. Acudía en el ómnibus y, exceptuando los momentos en que tenía la boca completamente llena, daba a su sobrino toda clase de consejos sin dejarle apenas hablar, hasta que llegaba la hora de tomar el ómnibus de regreso. A veces iban juntos paseando hasta el puerto y allí entablaba negociaciones con los boteros para adquirir uno de sus botes, o decía a Kipps que estaba pensando comprar un negocio en Hythe. No indicaba de dónde pensaba sacar el capital para hacerlo, y de vez en cuando resultaba evidente que pensaba en ello como una ocupación para su sobrino y no para él.

Pero a pesar de todo esto, seguía mirando a Ann con una expresión peculiar, y Kipps seguía asumiendo ante él una actitud que podría calificarse de bravucona. Fue su tío quien le convenció, por ejemplo, de que volviera un día a casa con una caja de

puros de nueve peniques y de que sustituyera el *whisky* «Tres Estrellas» por la marca de etiqueta blanca consumida habitualmente por casi todo el mundo.

—Esto contiene algo de *whisky*, muchacho —dijo el viejo Kipps cuando lo probó, asumiendo una actitud de conecedor.

—He visto muchos oficiales cuando venían hacia acá —le dijo en otra ocasión—. Tú deberías alistarte como voluntario, muchacho.

—Quizá lo haga más adelante —repuso Kipps.

—En seguida te harían oficial. Necesitan oficiales. Y además no todo el mundo puede permitirse ese lujo. Estoy seguro de que se alegrarían mucho de tenerte entre ellos... ¿No te has comprado un perro todavía?

—Todavía no, tío. ¿Un cigarro?

—¿Ni un automóvil?

—Todavía no, tío.

—No tengas prisa. Y cuando lo compres, cómprate uno que sea bueno y te dure toda la vida aunque tengas que pagar más dinero por él... Me sorprende que no alquiles uno más a menudo.

—A Ann no parecen gustarle los automóviles.

—¡Ah! Supongo que no —comentó su tío lanzando una mirada significativa a la puerta—. No está acostumbrada a salir. Debe de encontrarse más a gusto dentro de casa.

—Estamos pensando construirnos una casa —dijo Kipps precipitadamente.

—Yo no lo haría en tu lugar, muchacho —comentó su tío.

Pero Kipps estaba ya sacando los planos de un cajón, para evitar tener que escuchar otro comentario acerca de Ann.

—¡Hum! —exclamó el viejo, un poco impresionado por el olor y la desusada transparencia del papel que su sobrino puso en sus manos—. Conque estáis pensando en construirnos una casa, ¿eh?

Kipps comenzó por mostrarle el menos ambicioso de los tres proyectos.

—«Plano de casa para Arthur Kipps, Esquire» —leyó su tío lentamente después de ponerse las gafas—. ¡Hum..!

Tardó algún tiempo en dar su opinión, y cuando Ann entró en la habitación le halló examinando los proyectos del arquitecto con expresión dubitativa.

—No hemos podido encontrar una casa decente por ningún lado —dijo Kipps apoyándose en la mesa y asumiendo un tono de gran naturalidad—. De modo que se me ocurrió que lo mejor sería construirnos una a nuestro gusto.

Al viejo Kipps le agradaron aquellas palabras.

—Pensamos que quizá... —dijo Ann.

—Naturalmente, es una especulación —interrumpió el viejo examinando el plano a una distancia de medio metro o más y frunciendo el ceño—. Nunca hubiera creído que queríais vivir en una casa de este tipo. Es la vivienda que elegiría el gerente de un Banco, pero no un caballero, Artie.

—Es sencilla, desde luego —dijo Kipps de pie junto a su tío, contemplando el plano que ahora le pareció menos grandioso que la primera vez que lo mostró el arquitecto.

—No debéis haceros una casa demasiado sencilla.

—Si es cómoda... —comenzó Ann.

El viejo Kipps la miró por encima de las gafas.

—En este mundo, hija mía, si quieres vivir de acuerdo con tu posición tendrás que olvidarte de la comodidad.

Y de aquel modo expresó en inglés contemporáneo la frase antigua de *noblesse oblige*.

—Ésta es la casa de un comerciante retirado o de un abogado del tres al cuarto. Pero vosotros...

—Ése no es el único proyecto —interrumpió Kipps, mostrándole el segundo.

Fue el tercero el que logró la aprobación de su tío.

—¡Eso es una casa, muchacho! —dijo al echarle la primera mirada.

Ann se colocó detrás de su marido mientras el viejo se extendía sobre la conveniencia de la casa más grande.

—Es necesario que mandéis hacer una sala de billar —indicó—. No veo que esté aquí incluida. Lo demás está bastante bien. A muchos de los oficiales les gustaría jugar una partida de billar...

—Esa casa tiene once dormitorios —dijo Ann—. ¿No le parecen demasiados, tío?

—Los necesitaréis. Según vayáis subiendo en sociedad, tendréis huéspedes. Amigos de tu marido... Hay que tenerlo todo previsto. También necesitaréis un gran jardín.

—Con un gran jardín habrá que tomar un jardinero —dijo Ann.

—Si no lo tenéis —contestó el viejo Kipps armándose de paciencia—, ¿cómo vais a evitar que todos los chiquillos y vagabundos que pasen por las calles miren por la ventana del salón?

—No estamos acostumbrados a tener un gran jardín —insistió Ann con terquedad—. Estamos muy contentos sin él. Estamos acostumbrados a no tenerlo.

—No se trata de lo a que estáis acostumbrados, sino de lo que *ahora*, conviene a vuestra posición.

Y con eso Ann quedó fuera de la discusión.

—«Despacho y biblioteca» —siguió leyendo el viejo Kipps—. Eso está bien. El otro día vi un «Tántalo» en Brookland que resultaría muy apropiado para la biblioteca de un caballero. Intentaré conseguirlo al menor precio posible...

Cuando llegó la hora de ir a tomar el autobús de vuelta para Nueva Romney, el viejo Kipps estaba entusiasmado con la idea de que su sobrino edificara por su cuenta, y era evidente que el mayor de los tres proyectos era su favorito y el que en su opinión debía llevarse a cabo.

Pero Ann no había vuelto a abrir la boca sobre aquel asunto.

Cuando Kipps volvió de acompañar a su tío, encontró a Ann sentada junto a la mesa, contemplando con enojo los tres proyectos.

—El tío tenía muy buen aspecto —dijo Kipps volviendo a situarse junto a la chimenea—. Subió las escaleras con la ligereza de un pájaro.

Ann continuó mirando los planos.

—¿No te gustan los planos? —Se aventuró Kipps a preguntar.

—No, no me gustan, Artie.

—A estas alturas tenemos que construir algo...

—Pero... ¡pero esto es demasiado, Artie!

—Sí... son grandes.

Kipps lanzó una rápida mirada a los dibujos y se dirigió a la ventana.

—Fíjate en esa cantidad de habitaciones. Tres criadas se perderían en esta casa, Artie.

—Es necesario que tengamos criadas —dijo Kipps.

Ann contempló con melancolía el trazado de su futura residencia.

—Tenemos que mantener nuestra posición por encima de todo —continuó Kipps volviéndose a ella—. Tienes que comprender, Ann, que ocupamos cierta posición social y que yo no puedo permitir que seas tú quien friegue los suelos. Tienes que contar con criadas. No querrás avergonzarme...

Ann abrió la boca como para hablar, pero guardó silencio.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Kipps.

—Nada —repuso Ann—. Sólo que yo quería una casita pequeña, Artie. Quería una casita pequeña y manejable para nosotros dos solos.

Los ojos de Kipps comenzaron a reflejar obstinación.

—No consentiré que nadie me mire por encima del hombro —declaró—. Y no me refiero únicamente al tío.

Ann le miró interrogante.

—No consentiré que ese Walshingham, por ejemplo, se burle de mí y se dé aires como dando a entender que no sabemos vivir como corresponde a nuestra situación. Ayer le encontré en la calle... Ni Coote tampoco. Yo sigo siendo el mismo. Seguimos siendo los mismos... a pesar de todo lo ocurrido.

Silencio y crujir de papeles. Kipps levantó la vista y vio que los ojos de Ann estaban llenos de lágrimas. Durante unos instantes los dos se contemplaron sin hablar.

—Sí, construiremos la casa más grande —dijo Ann con un sollozo—. No había pensado en eso, Artie.

Su mirada era firme y decidida y se esforzó por contener su emoción.

—Construiremos la casa grande. Nadie podrá decir que yo te arrastré hacia abajo... nadie. Yo creí... Siempre he tenido miedo de eso...

Kipps contempló el plano una vez más. El proyecto de la mayor de las casas le pareció de pronto magnífico.

—No, Artie. Nadie podrá decirlo —repitió Ann. Intentó reconciliarse ella también con el proyecto...

Después de todo, pensó Kipps al mirarla, quizá fuese más conveniente construir el segundo proyecto... Pero ya había ido tan lejos que no supo cómo decirlo.

Y de aquel modo los planos fueron a manos de los constructores y Kipps se comprometió a pagar dos mil quinientas libras por la edificación. Pero, naturalmente, podía hacerlo, porque contaba con una renta de mil doscientas libras al año.

8

Es extraordinario el número de dificultades con que uno tropieza al construir una casa.

—Oye, Ann —dijo Kipps un día—. Tendremos que dar nombre a la casa. Yo había pensado en «La Cabaña». Pero no estoy muy seguro de que sea adecuado. Todas las casas de los pescadores se llaman cabañas.

—¡A mí me gusta! —repuso Ann.

—Pero tiene once dormitorios y no sé cómo vamos a poder llamar cabaña a un sitio con once dormitorios. En realidad es más bien una Villa. Casi una Mansión. Al menos una Casa.

—Bueno —dijo Ann—, pues llámala Villa...

Kipps se sumió en meditaciones.

—¿Qué te parece «Villa Eureka»? —preguntó levantando la voz.

—¿Qué es Eureka?

—Es un nombre. Había una Sastrería Eureka. Y ahora que lo pienso, se pueden sacar muchos nombres de las tiendas. Recuerdo que había otra llamada Mariposa... ¡Pero no! Es mejor Eureka.

—Me parece un poco tonto ponerle un nombre que no significa nada —dijo Ann después de reflexionar.

—Quizás tengas razón. Aunque es lo que hace la mayoría de la gente.

De nuevo se puso a reflexionar.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Eureka?

—¡No! En Hastings había una casa muy grande enfrente de la escuela que se llamaba Santa Ana. Eso...

—No —interrumpió *Mrs.* Kipps con resolución—. Te lo agradezco mucho, pero no consentiré que los chicos del barrio se burlen de mí...

Consultaron a Carshot, que después de unos días de reflexión sugirió «Villa

Waddy», en recuerdo del abuelo de Kipps; al viejo Kipps, que se inclinaba por «Mansión de Upton», homónimo de la casa donde, tiempo atrás, había prestado servicios como mayordomo; a Buggins, que les aconsejó titularla simplemente «Número Uno» si no había otra casa cerca, o algo patriótico, como «Villa Imperio»; y a Pearce, a quien le gustaba «Sandringham». Pero a pesar de todos estos consejos, continuaban indecisos cuando entre violentas perturbaciones del espíritu y después de dar los pasos más complejos y dificultosos, Kipps se convirtió en el poco entusiasta propietario de media hectárea y presencié cómo comenzaban a abrir zanjas en el sitio que algún día sería su hogar.

CAPÍTULO II

LAS VISITAS

1

Los Kipps, sentados a la mesa entre los vestigios de una tarta de ruibarbo, comentaban el contenido de dos postales que les había traído el correo de la una. En aquel momento, cosa extraña, brillaba el sol. Era un día húmedo, del mes de marzo. Kipps estaba vestido con traje color castaño y corbata verde, y Ann tenía puesta una de esas túnicas sueltas que generalmente van unidas a sandalias griegas e ideas avanzadas. Pero Ann no tenía sandalias griegas ni tampoco ideas avanzadas y había adquirido la túnica, recientemente, siguiendo el consejo de la esposa de Sid.

—Es artística —había dicho Kipps cediendo al capricho de las mujeres.

—Es cómoda —había dicho Ann.

La habitación tenía una puerta de cristales que daba a un pequeño jardín. Desde allí se veía el puerto de Hythe, y el mar, de un color gris verdoso, se agitaba sin cesar en el horizonte.

El mobiliario del matrimonio, a excepción de varias litografías elegidas por Kipps que daban una nota de personalidad a las paredes, había sido escogido por un profesional y su estilo era de una elegancia mediocre. Había un aparador de roble que tenía un solo defecto... recordar a Kipps el arte del tallado en madera. El panel, hecho de espejo, reflejaba ahora la parte posterior de su cabeza. Sobre él había dos libros de la Biblioteca Pública y cada uno de ellos tenía entre las páginas un trozo de papel blanco para servir de señal. Pero ninguno de los dos jóvenes hubiera podido decir el título de uno de aquellos libros y mucho menos el nombre del autor. Encima de la chimenea había varios tarros de diversos colores, cada uno de ellos reflejado en el espejo, y en una pequeña vitrina se veía un par de jarras japonesas hechas en Birmingham (regalo de boda de Sid Pornick y señora) y varios abanicos chinos. Había también una alfombra turca de gran riqueza. Además de estos objetos la habitación contenía dos relojes de pared cuyo extremado aire de decrepitud atraía siempre a los aficionados a las antigüedades; un globo terrestre y otro celeste, este último también bastante deteriorado; un gran número de libros polvorientos y una lechuga disecada a la que faltaba un ojo, todo lo cual había sido adquirido gracias a los esfuerzos del viejo Kipps. El servicio de mesa era bastante parecido al de *Mrs. Bindon Botting*, aunque más costoso, y además había también copas de diferentes tamaños, aunque los Kipps nunca bebían vino...

Kipps se volvió de nuevo a la más legible de las dos postales.

—«Imposible verte hoy». ¡Me gusta su frescura! ¡Después de que todo me lo debe a mí!

—Creo que te trata con demasiada libertad —dijo Ann.

Kipps expresó su opinión sobre el joven Walshingham.

—Se está pasando de la raya —dijo—. Empiezo a desear que ella me hubiera demandado por rompimiento de promesa. Desde que él me dijo que su hermana no pensaba hacerlo, parece darme a entender que no tengo derecho alguno a gastar mi propio dinero.

—Nunca le gustó que construyeras la casa.

—¿Y qué demonio tiene eso que ver con él? —exclamó Kipps furioso—. ¡Un superhombre...! Pues si intenta asumir conmigo esa actitud, tendrá que oír algo que no va a gustarle ni poco ni mucho.

Después de aquella explosión, Kipps cogió la otra tarjeta.

—No consigo descifrar ni una palabra. Lo único que está claro es la firma de Chitterlow.

Se acercó la cartulina a los ojos y la sometió a un profundo escrutinio.

—Es como si la hubiera escrito alguien en pleno ataque epiléptico. Esta palabra podría ser «que» y esta segunda «precio». Lo demás resulta imposible de leer. Supongo que será para decirme que habrá dado algún paso para estrenar su obra, Ann.

—Supongo que sí.

Kipps volvió a concentrarse.

—Es inútil —dijo al fin—. No puedo descifrar el resto.

En total, un correo bastante desagradable. Dejó la carpeta sobre la mesa, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de cristales, donde Ann se unió a él después de intentar sacar algo en limpio de los jeroglíficos de Chitterlow.

—¿Qué podría hacer yo esta tarde? —dijo Kipps con las manos metidas en el bolsillo.

—Puedes dar un paseo —sugirió Ann.

—Ya fui a dar un paseo esta mañana... Pero supongo que tendré que ir a dar otro —añadió después de una pausa.

Durante unos minutos contemplaron el incesante movimiento del mar.

—Me gustaría saber por qué motivo no quiere verme —dijo Kipps volviendo al problema del joven Walshingham—. Eso de que está muy ocupado es una excusa.

Ann no pudo ofrecerle ninguna solución.

—¡Ya está lloviendo otra vez! —exclamó Kipps cuando las primeras gotas cayeron sobre los cristales—. Bueno, supongo que hay que hacer algo... Mira, Ann; me iré dando un paseo bajo la lluvia, pasaré por Newington y echaré un vistazo a las obras de la casa. Puedes darle permiso a Gwendolen para que salga antes de que yo vuelva, y si sigue lloviendo puede acercarse a ver a su hermana. Luego tomaremos el té y nosotros mismos tostaremos el pan... ¿Quieres?

—Sí. Yo encontraré algo que hacer en casa —asintió Ann—. Llévate el impermeable. Si no, cogerás frío.

—De acuerdo —dijo Kipps; y se fue a pedir a Gwendolen su impermeable y el otro par de botas.

2

Todo conspiró para desmoralizar a Kipps aquella tarde.

Cuando salió de casa, el suelo estaba tan calado que abandonó el proyecto de dirigirse a Newington y se volvió en dirección Este hacia Folkestone. El viento agitaba su impermeable y gruesos goterones le golpeaban las mejillas. Pero de pronto cesó la lluvia y el viento, y antes de que hubiera acabado de recorrer la calle mayor de Sandgate, hacía un magnífico día de primavera. ¡Y el pobre Kipps, con su impermeable y sus botas de lluvia estaba haciendo el ridículo!

La inercia le llevó a recorrer otro kilómetro, hasta el puerto, y allí los elementos y la obra del hombre se conjuraron para representar la comedia de que no había caído, hacía meses, una gota de lluvia. No había ni una nube en el cielo, y exceptuando algún que otro charco ocasional el asfalto estaba completamente seco. Un hombre con uno de esos abrigos que parecen hechos de tela corriente pero que están impermeabilizados, pasó junto a Kipps y le miró de arriba abajo.

Kipps lanzó una exclamación de fastidio. Su impermeable se le enredaba en las piernas y sus botas crujían.

—¿Por qué no hago nunca nada a derechas? —preguntó Kipps a un universo implacable.

Por su lado pasaban señoras distinguidas, gente elegante llevando en la mano un paraguas, niños rubios y bien cuidados. Naturalmente, lo apropiado para un día como aquél era un abrigo ligero y un paraguas.

A cualquiera se le hubiera ocurrido. Kipps tenía ambas cosas en casa, pero ¿cómo iba a explicárselo a todo el mundo? Decidió dar la vuelta junto al monumento de Harvey y escapar por los Jardines Clifton hacia el campo. Y en ese momento se encontró con Coote.

A aquellas alturas Kipps ya se sentía el más abyecto de los proscritos sociales y Coote acabó de darle el golpe de gracia. Pasaron el uno junto al otro, en direcciones opuestas, a un metro de distancia. Cuando Kipps vio a su antiguo mentor, sus piernas titubearon sin saber qué dirección tomar. Por su parte, Coote se sobresaltó visiblemente al reconocerle. Después, una especie de *rigor vitae* pasó por sus facciones, sacó la mandíbula y por debajo de su piel pareció que se movían errantes burbujas de aire (y digo «pareció» porque, naturalmente. Coote contaba, como todos los demás mortales, con tejidos que impedían que aquello se viera). Sus ojos se

fijaron en el horizonte y al pasar junto a Kipps, éste oyó perfectamente su respiración rítmica y decidida. Pasó de largo, y Kipps sintió como si le hundieran en un universo poblado únicamente por gatos muertos, cubos de basura y otros desperdicios. ¡La sociedad renegaba de él!

Y por un inexorable decreto de la Providencia, casi inmediatamente lo que quedaba de Kipps tuvo que pasar junto a una larga fila de colegialas que le sometieron a un irónico escrutinio.

Kipps recobró el conocimiento, por así decirlo, en la carretera que une la estación de Shorncliffe con Cheriton, aunque todavía no ha conseguido recordar cómo llegó hasta allí. Sus ideas estaban relacionadas con la novela que había terminado de leer la noche antes y en ellas influía la sensación de ser un paria, que le habían producido los últimos encuentros. La novela estaba en su casa, encima del aparador. Su contenido era social y político (no hay necesidad de revelar su título, ni el nombre del autor) y había sido escrita en tales términos que el cerebro de Kipps no tuvo posibilidad alguna de resistirse a su influjo. Había derribado todo el edificio de sus ideales, sus sueños de una existencia feliz y sencilla, había reducido a polvo su propósito de no tener en cuenta lo que pudiera decir la gente; había vuelto a rehabilitar en él el único concepto adecuado de la vida social británica. Uno de los personajes del libro era un joven adicto a literatura francesa, que vestía de un modo excesivamente individualista, que era continuo motivo de disgusto para su madre ya de cabellos canos, que se portó mal con una joven de la sociedad con quien le habían hecho comprometerse y que se casó con alguien que estaba muy por debajo de él socialmente. Aquello fue verdaderamente lo que acabó por hundirle...

Kipps no pudo evitar aplicar todo ello a su propio caso. Se imaginó lo que todo el mundo pensaría de él y el castigo que tendría que pagar por sus acciones. Y de ahí pasó a recordar la expresión helada del rostro de Coote.

¡Se lo tenía merecido!

Fue aquél un día de remordimientos. Más tarde se dirigió al lugar donde su casa empezaba a ser construida y contempló el desorden reinante, en un estado de ánimo rayano en la desesperación.

Había muy pocos hombres trabajando (sin duda los obreros desahogaban de aquel modo su rencor hacia él), y todo el lugar tenía un aspecto deprimente en gran manera. El letrero de «Wilkins, constructores. Hythe» parecía perdido entre aquel maremágnum de instrumentos, maderas, arena y ladrillos. Los cimientos eran trincheras llenas de cemento húmedo que iba secándose a trozos; las habitaciones estaban marcadas como cuadrados y rectángulos de hierba verde. Resultaban muy pequeñas... demasiado pequeñas. ¿Qué otra cosa podría esperarse? Naturalmente los constructores le estaban robando, haciendo la casa demasiado pequeña, edificando mal y usando malos materiales. Ya se lo había advertido su tío. Los constructores se estaban aprovechando de él, el joven Walshingham se estaba aprovechando de él. ¡Todo el mundo se estaba aprovechando de él! Se aprovechaban de él y se reían de él,

porque no le respetaban, y no le respetaban porque no sabía hacer las cosas como era debido. ¿Quién iba a respetarle?

Era un paria, no tenía puesto en la sociedad de la raza humana. Se le había ofrecido una oportunidad y él había dado la espalda. Se había «portado mal», ésta era la palabra...

En aquel lugar iba a levantarse una casa, una casa por la que tendría que pagar un dineral, una casa demasiado grande para Ann y para él, una casa con once dormitorios para la que necesitarían cuatro criadas que se burlarían de ellos continuamente.

¿Por qué pasos habían llegado hasta allí?

¡Éste era el fin de su buena suerte! ¡Qué oportunidad había perdido! Si hubiera llevado a cabo sus primeros propósitos, ¡cuánto mejor sería todo! Si hubiera contratado una especie de tutor, como fue su idea original, habría aprendido a hacer las cosas bien. Un tutor para caballeros que por causas ajenas a ellos necesitaban instruirse. Si hubiera leído más y hubiera hecho caso a Coote...

¡A Coote, que acababa de negarle el saludo!

¡Once dormitorios! ¿En qué había estado pensando? Nadie vendría a verle, nadie querría tener nada que ver con ellos. Hasta su tía se avergonzaba de él y su tío le trataba con superioridad ¡No tenía un solo amigo verdadero en el mundo! Buggins, Carshot y Pearce eran unos pobres empleados y los Pornick un grupo de socialistas. De pie entre los cimientos de su casa, se sintió como un hombre solitario rodeado de ruinas; allí permaneció, abatido, y se repitió una y otra vez que no era sino un pobre hombre equivocado. Se vio a sí mismo y a Ann, viviendo sus vidas vergonzosas en aquella absurda mansión; todo el mundo se reiría secretamente de ellos y de sus once dormitorios y nadie vendría a verles nunca. ¡Y en cuanto a Ann...!

¿Qué le pasaba a Ann? Últimamente había dejado de dar paseos, se mostraba caprichosa y fácil al llanto y no tenía ganas de comer. Precisamente cuando debía comportarse con más serenidad. Todo era parte del castigo que caía sobre él por sus errores; parte de los castigos sociales que aquella novela le hizo imaginar.

3

Abrió la puerta de la casa con su llavín, se dirigió al comedor y sacó los planos con la vana esperanza de descubrir que no había más que diez dormitorios. Pero fue inútil. El número seguía siendo once. Entonces advirtió que Ann estaba junto a él.

—¡Mira, Artie! —le dijo.

El joven levantó la vista, advirtió que su esposa sostenía en la mano varias cartulinas blancas y levantó las cejas en señal de muda interrogación.

—Hemos tenido visita —dijo Ann.

Kipps dejó a un lado los planos, cogió las tarjetas y las leyó en silencio, con cierta solemnidad. ¡Visitas! Entonces quizás, después de todo, no estaba solo en el mundo. *Mrs. G. Porrett Smith, Miss Porret Smith, Miss Mabel Porret Smith*, y una tarjeta más pequeña con el nombre del reverendo G. Porret Smith.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡Un reverendo!

—Vinieron una señora y dos señoritas, las tres elegantemente vestidas —dijo Ann.

—¿Y él?

—No había ningún «él».

—¿No...? —preguntó Kipps, alargando a su mujer la más pequeña de las tarjetas.

—No. Vinieron una señora y dos señoritas.

—Pero, entonces, ¿por qué dejaron la tarjeta con el nombre del reverendo G. Smith? ¿Para qué la dejaron, si no venía con ellas?

—Pues no venía con ellas.

—¿Estás segura de que no estaba oculto detrás de las señoras?

—Yo no vi a ningún hombre con ellas —repitió Ann.

—¡Qué extraño! —dijo Kipps. Pero entonces recordó una ocasión medio olvidada—. Ya sé lo que ha ocurrido —añadió agitando la tarjeta del reverendo—.

Les ha dado esquinazo. Eso es lo que ha hecho. Se escaparía mientras llamaban a la puerta. —Mientras hablaba, experimentaba cierta satisfacción por haber estado ausente—. ¿Y de qué hablaron, Ann?

Hubo una pausa.

—No les dejé entrar —dijo Ann.

Kipps levantó la vista y advirtió entonces por primera vez que a Ann le sucedía algo extraño. Sus mejillas estaban teñidas y parecía a punto de llorar.

—¿Que no les dejaste entrar?

—¡No! No entraron en casa.

El más profundo asombro hizo enmudecer a Kipps.

—Yo misma abrí la puerta —explicó Ann—. Había estado arriba sacando brillo al suelo. ¿Cómo iba a pensar que vendrían visitas, Artie? En todo el tiempo que llevamos aquí no ha venido nadie a visitarnos. Había mandado a Gwendolen a dar un paseo y tomar un poco el aire y yo estaba arriba sacando brillo al suelo para tenerlo terminado antes de que volviera. Pensé terminar con el suelo y preparar el té para tomarlo contigo. ¿Cómo iba a pensar que vendrían visitas?

Hizo una pausa.

—Bueno —dijo Kipps—. ¿Y qué pasó entonces?

—Entonces llamaron a la puerta. ¿Cómo iba yo a saber quién era? Creí que sería un vendedor ambulante, o alguien por el estilo. No me quité el delantal, ni me lavé las manos. Abrí la puerta y me encontré con ellas.

Se detuvo de nuevo, porque estaba llegando a la parte difícil de explicar.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Kipps.

—Ella me dijo: «¿Está *Mrs. Kipps*?». ¿Comprendes? Me preguntó a mí si estaba *Mrs. Kipps*.

—Sí...

—Y yo estaba toda llena de pintura y sin nada en la cabeza. No podía ser ni la señora, ni la criada. Me sentí tan avergonzada que deseé que el suelo me tragara. De verdad. Lo único que se me ocurrió fue decir: «No está en casa», por la fuerza de la costumbre, mientras extendía la bandeja. Y ellas me dieron las tarjetas y se fueron. No sé cómo voy a poder volver a mirar a esa señora a la cara. ¡Y eso es todo, Artie! Me miraron de arriba abajo y yo cerré la puerta.

—¡Santo Dios! —exclamó Kipps.

Ann se dirigió a la chimenea y atizó el fuego con mano temblorosa.

—Ni por cinco libras hubiera deseado que sucediera una cosa así, Ann —dijo Kipps—. ¡La familia de un reverendo!

Ann dejó caer las tenazas con estrépito en su sitio, se puso en pie y contempló en el espejo su cara arrebolada. La desilusión de Kipps iba en aumento por minutos.

—Debiste tener más juicio, Ann; debiste pensar las cosas...

Permaneció sentado con las tarjetas en la mano, consciente de que el desastre se cernía sobre él. La mesa estaba preparada, el pan tostado, la tetera caliente y el agua hirviendo encima del fuego..

Ann contempló un momento a su marido y después se dispuso a servir el té.

—¡Uf! —exclamó Kipps, incapaz de expresar la totalidad de sus emociones.

—Es inútil empezar a darle vueltas ahora que no tiene remedio —dijo Ann.

—¿Tú crees? ¡Pues yo no! Esta gente, buena gente, viene a visitarnos y se encuentra con que tú le das una bofetada moral...

—Yo no les di una bofetada moral.

—Sí que se la diste. Les diste con la puerta en las narices y ya no volveremos a verles. ¡Ni por un billete de diez libras hubiera querido que sucediera esto!

Durante unos minutos ninguno de los dos habló, y el único sonido fue el causado por lo movimientos de Ann al preparar el té.

—Toma, Artie —dijo ofreciendo una taza a su marido.

Kipps cogió la taza.

—Ya tiene azúcar —advirtió Ann.

—Oh, maldita sea, ¿qué importa eso? —contestó Kipps cogiendo un nuevo terrón con dedos temblorosos y dejando la taza con excesiva fuerza sobre el aparador—. ¿Qué importa eso? ¡Ni por veinte libras hubiera querido que ocurriera una cosa así! —añadió volviendo al tema que le obsesionaba.

Durante uno o dos minutos permaneció silencioso. Y entonces Ann pronunció las palabras fatales que le hicieron estallar.

—¡Artie! —dijo.

—¿Qué?

—Ahí al lado tienes tostadas con mantequilla.

Hubo una pausa durante la cual marido y mujer se contemplaron mutuamente.

—¡Tostadas con mantequilla! —repitió Kipps—. ¡Me pones a mal con la gente y luego intentas hacer que lo olvide llenándome de tostadas con mantequilla! ¡Tostadas con mantequilla! Ésta era la primera oportunidad que teníamos de alternar con gente de nuestra posición... Mira, Ann, tienes que devolverles la visita.

—¿Devolverles la visita?

—Sí, devolverles la visita. ¡Eso es lo que tienes que hacer! Lo sé... —se interrumpió y señaló con el dedo la variada colección de libros que había en un rincón—. Lo dice *Modales y reglas de la buena sociedad*. Tienes que enterarte de cuántas tarjetas hay que dejar y después irás a dejarlas. ¿Comprendes?

La cara de Ann expresó profundo terror.

—¡Pero, Artie! ¿Cómo puedo hacer tal cosa?

—¿Que cómo puedes? No lo sé, pero tienes que hacerlo. No te conocerán si te pones el sombrero de Bond Street. Y si te reconocen, tampoco te dirán nada. —Su voz se hizo implorante—. Tienes que hacerlo, Ann.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo.

—No puedo hacerlo y no lo haré. Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas, si es razonable. Pero no puedo volver a presentarme delante de esa gente después de lo que ha pasado.

—¿No quieres hacerlo?

—¡No!

—¡De modo que tenemos que despedirnos de ellos!

No volveremos a verles más. ¡Y así será siempre! ¡No conocemos a nadie y nunca conoceremos a nadie! Y tú no quieres poner nada de tu parte, ni aprender a hacer las cosas como es debido.

Hubo una terrible pausa.

—¡La verdad es que nunca debí casarme contigo, Artie!

—Mira, Ann, no salgas ahora con ésas.

—No debí casarme contigo, Artie. No estoy a la altura de tu posición. Si no me hubieras dicho que ibas a tirarte al mar...

Se interrumpió ahogada por unos irreprimibles sollozos.

—No sé por qué no haces un esfuerzo por aprender, Ann... Yo he aprendido. ¿Por qué no ibas a aprender tú? Pero en lugar de intentarlo, se te ocurre mandar a la criada a dar un paseo y ponerte a sacar brillo al suelo cuando vienen las visitas...

—¿Cómo iba yo a saber que iban a venir tus importantes visitas? —exclamó Ann poniéndose en pie y saliendo de la habitación, sin tocar el té con tostadas que se había prometido tomar tan agradablemente en compañía de su marido.

Kipps quedó sumido en momentánea consternación. Pero pronto volvió a endurecerse.

—¡Qué manera de portarse...! —exclamó indignado para sí.

Durante largo rato siguió murmurando frases entrecortadas y repitiendo con desdén las palabras de Ann: «¡No puedo hacerlo y no lo haré!» y considerándola mentalmente el origen de todas sus desdichas.

De pronto se inclinó y levantó la tapadera de porcelana que cubría una fuente redonda.

—¡Al demonio las tostadas con mantequilla! —gritó al verlas. Y volvió a taparlas con todas sus fuerzas...

Cuando Gwendolen volvió, comprendió que las cosas no estaban como debieran. Sentado junto al fuego, Kipps leía un volumen de la «Enciclopedia británica» elegido al azar, y Ann estaba en el piso de arriba, de donde bajó más tarde con los ojos hinchados. Delante del fuego y todavía en perfectas condiciones, se hallaba una fuente de tostadas, cubiertas con una tapadera de porcelana rota en mil pedazos.

«Han debido pelearse —se dijo Gwendolen atendiendo a sus deberes en la cocina, con el sombrero todavía puesto y la boca llena—. Me parece que los dos están un poco chiflados...», decidió sirviéndose otra tostada de las que Ann había cubierto generosamente con mantequilla.

4

Los Kipps no volvieron a dirigirse la palabra aquel día. La cuestión de las tarjetas y de las tostadas era para ellos algo tan serio como las diferencias raciales de la Humanidad. Los dos vibraban de indignación. En las primeras horas de la madrugada, Kipps permanecía despierto sintiéndose el más desgraciado de los hombres y a punto estuvo de echarse a llorar. Se dijo que la vida era desoladora y que carecía de sentido y pensó en su absurda casa, en su exilio social, en su mal comportamiento con Helen, en su poco conveniente matrimonio con Ann...

Advirtió entonces que la respiración de su esposa era irregular... Escuchó. ¡Ann estaba despierta y sollozaba!

El joven se esforzó por no enternecerse. Endureció el corazón y pronto Ann quedó inmóvil.

5

¡Éstas son las tragedias, minúsculas y sin sentido, de tales vidas!

Cuando pienso en ellos y los imagino sufriendo en medio de la oscuridad, mi visión penetra las tinieblas, sobre ellos se inclina un monstruo de las mismas

proporciones que los dinosaurios del Palacio de Cristal. Un monstruo parecido a Coote, un monstruo de orgullo, de indolencia, de todo lo que es oscuro y destructivo en la vida. Es la materia y las tinieblas, es la antialma, es la fuerza más poderosa de nuestro país, la Estupidez. Mi matrimonio Kipps vive a su sombra. Sharford y su sistema de aprendizaje, la Academia de Hastings, las ideas de Coote, las ideas de los viejos Kipps, todas las ideas que han hecho a Kipps como es, son parte de esas sombras. De no ser por la existencia de aquel monstruo, no se moverían entre falsas ideas, para herirse mutuamente de aquel modo; de no ser por él, la promesa de su infancia y su juventud hubiera dado un fruto mejor; en ellos hubiera despertado la facultad de pensar para hacerlo al mismo ritmo que el mundo, y el sol de la literatura hubiera bañado a sus almas; sus vidas no se hubieran sentido incompatibles como en este momento y no estarían privados de la comprensión, de la visión del Grial que embellece la vida. Yo me he reído y me río de estas dos personas; y he querido hacerte reír a ti, lector... Pero a través de la oscuridad veo las almas de los Kipps tal como son, como temblorosa materia latente, como cuerpos de niños desnutridos, enfermos e ignorantes... Niños que sienten dolor, se equivocan y sufren y no comprenden por qué.

CAPÍTULO III

EL FINAL

1

A la mañana siguiente llegó un extraño telegrama de Folkestone. «Ruego acudas inmediatamente Urgente. *Walshingham*». Y Kipps, después de un desayuno agitado, pero siempre generoso, salió precipitadamente.

Cuando volvió, estaba muy pálido y traía el traje en desorden. Abrió la puerta con el llavín y entró en el comedor, donde Ann se hallaba cosiendo. La joven oyó que su marido dejaba caer el sombrero al suelo y no se molestaba en recogerlo.

—Tengo algo que decirte, Ann —anunció Kipps, olvidado al parecer de sus diferencias del día anterior. Se acercó a la chimenea se apoyó en ésta y contempló a Ann como si la viera por primera vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ann sin dejar de coser.

—¡Se ha ido!

Ann levantó la mirada y abandonó su trabajo.

—¿Quién se ha ido? —preguntó, advirtiendo por primera vez la palidez de Kipps.

—*Walshingham*. He estado con ella y ella me lo ha dicho.

—¿Que se ha ido? ¿Qué quieres decir?

—¡Que se ha escapado!

—¿Para qué?

—Para hacer una cura de salud —dijo Kipps con repentino sarcasmo—. Ha estado especulando. Ha especulado con nuestro dinero y con el de su madre y su hermana y ahora se ha escapado. Eso es todo, Ann.

—¿Quieres decir que...?

—¡Quiero decir que ha volado y que nuestras veinticuatro mil libras han volado también! ¡Y aquí estamos! ¡Arruinados! ¡Eso es lo que ocurre, Ann! —jadeó.

Ann no encontró las palabras adecuadas para la ocasión.

—¡Dios mío! —exclamó por todo comentario.

Kipps dio unos pasos por la habitación y hundió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Ha especulado con todo el dinero, con el último penique. Y lo ha perdido todo. Hasta sus labios habían perdido el color.

—¿Quieres decir que no nos queda nada, Artie?

—¡Ni un penique! Ni un simple penique, Ann. Nada. —Kipps sintió que le dominaba la ira y amenazó al aire con el puño cerrado—. ¡Si le tuviera al alcance de

la mano, le... le... le retorcería el cuello! Le... le... —Levantó la voz hasta convertirla casi en un grito, pero afortunadamente recordó la presencia de Gwendolen en la cocina y a duras penas consiguió calmarse.

—Pero, Artie —dijo Ann esforzándose por comprender el alcance de aquello—, ¿quieres decir que se ha llevado nuestro dinero?

—Ha escapado con él —contestó Kipps haciendo un gesto con el que intentaba explicar muchas cosas y que no explicaba nada—. Por lo visto se había dedicado a comprar cosas caras y venderlas baratas y a hacer el idiota con todo el dinero que tenía a su alcance. Eso es lo que ha hecho, Ann —repitió esta última frase varias veces, añadiendo una serie de adjetivos violentos.

—¿De modo que nos hemos quedado sin dinero, Artie?

—¡Demonio, Ann! ¿No te lo estoy diciendo? —estalló Kipps—. ¿No te lo he dicho varias veces? —Inmediatamente se arrepintió—. Perdóname, Ann, no he debido gritar de este modo, pero tengo los nervios deshechos y casi no sé lo que digo. Hasta el último penique...

—Pero, Artie...

Kipps lanzó una exclamación, se dirigió a la puerta de cristales y contempló un momento el mar iluminado por el sol.

—Lo que quiero decir —dijo volviendo junto a Ann con aire de exasperación— es que nos ha robado y se ha largado. Eso es lo que quiero decir, Ann.

Ann abandonó la labor sobre sus rodillas.

—Pero, ¿qué vamos a hacer, Artie?

Kipps indicó ignorancia, cólera y desesperación con un gesto de las manos. Cogió uno de los adornos que había sobre la chimenea y volvió a colocarlo en su sitio.

—¿Dices que la viste a ella? —preguntó Ann—. ¿Y qué te dijo exactamente?

—Me dijo que fuera a ver a un abogado, me dijo que consiguiera que alguien me ayudara en seguida. Ahí estaba, vestida de negro como de costumbre, hablando como si nada hubiera ocurrido... ¡Helen! Helen no tiene sentimientos. Me miró frente a frente y me dijo: «Ha sido culpa mía. Debí haberte advertido... pero teniendo en cuenta las circunstancias, era muy difícil». Fue tan franca que no pude decirle nada. No me di verdaderamente cuenta de la situación hasta que me acompañó a la puerta y aun entonces no se me ocurrió nada que decir. Más vale así. Habló como si estuviera haciendo una visita de cumplido y me dijo... ¿Qué fue lo que me dijo de su madre...? «Mi madre está abrumada de dolor, de modo que, naturalmente, todo cae sobre mí».

—¿Y te aconsejó que fueras a ver a un abogado?

—Sí. En seguida me fui a ver a Bean.

—¿Bean?

—Sí. El que estaba encargado al principio de mis asuntos.

—¿Y qué te dijo?

—Primero estuvo muy frío, pero acabó por suavizarse. No podía decirme nada hasta que no supiera los hechos. Pero yo conozco bastante a Walshingham para saber

que los hechos no van a servirnos de nada. —Reflexionó unos instantes y añadió—: Es el derrumbamiento, Ann. Probablemente, además, nos habrá dejado llenos de deudas. Tenemos que salir del lío lo mejor que podamos... Tenemos que empezar de nuevo, aunque no tengo idea de cómo hacerlo. Mientras venía a casa he estado dando vueltas al asunto. Tenemos que ganarnos la vida de un modo o de otro, porque se ha acabado para siempre el tener tiempo libre, dinero para gastar y ninguna preocupación, Ann. Hemos sido unos ingenuos. Y ahora nos hemos cogido los dedos. ¡Oh, Dios santo...!

Entonces llegó hasta ellos un ruido desde el pasillo, el producido por los zapatos de la criada. Como si fuera parte integrante del destino, Gwendolen apareció dispuesta a poner la mesa para la comida. Kipps dominó su cólera. Ann cogió de nuevo la labor y se inclinó sobre ella, y los Kipps consiguieron ocultar la desesperación que sentían mientras su sirvienta estaba en la habitación. La chica colocó el mantel y los cubiertos con lentitud e imprecisión, y Kipps, después de murmurar algo inaudible, se dirigió de nuevo a la ventana. Ann se levantó y guardó la labor.

—Cuando pienso en los viejos... —dijo Kipps en cuanto se hubo cerrado la puerta detrás de Gwendolen—, cuando pienso en los viejos y en que tendré que decírselo, me entran ganas de darme golpes con la cabeza contra la pared. Y Buggins... Buggins, a quien he prometido ayudar a poner una sastrería...

En aquel punto volvió Gwendolen, haciendo que renaciera la calma.

La comida estaba ante ellos. La criada, según su costumbre, dejó la puerta abierta y Kipps la cerró cuidadosamente antes de sentarse. Después contempló su plato sin tocarlo.

—Me siento incapaz de probar bocado —dijo.

—Tienes que comer, Artie...

Durante unos minutos los dos comieron con una especie de melancólico apetito, sumidos en profundas reflexiones.

—Después de todo —dijo de pronto Kipps—, no pueden ponernos en la calle hasta dentro de dos meses. De eso estoy seguro.

—¿Ponernos en la calle? —exclamó Ann.

—Estamos arruinados —dijo Kipps afectando un aire de naturalidad mientras se servía las patatas con manos temblorosas.

Se hizo un largo silencio. Ann dejó de comer y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Más patatas, Artie? —sollozó Ann.

—No podría —repuso Kipps—. No...

Apartó de sí el plato lleno, se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

—No sé qué vamos a hacer —dijo—. ¡Oh, Dios santo! —exclamó cogiendo un libro y tirándolo al suelo.

Entonces su mirada se posó en otra tarjeta de Chitterlow que había llegado en el correo de la mañana y que estaba sobre la chimenea. La cogió, paseó la vista por el

mensaje, completamente ilegible, y volvió a dejarla en su sitio.

—¡Un retraso! —dijo con desdén—. No producido por los... ¿los qué? ¿Cómo pretende que nadie le entienda? Dice no sé qué del Strand. ¡Nunca más podrá sacarme ni un chelín! ¡Estoy hundido para siempre!

Estas dramáticas palabras le produjeron cierto alivio momentáneo. Volvió a pasear de un lado para otro ante la chimenea y de pronto se sentó junto a Ann, apretó los puños y apoyó la barbilla sobre ellos.

—He sido un estúpido, Ann —repitió monótonamente—. He sido un estúpido y un idiota. Pero, aunque lo reconozco, esto es muy duro para nosotros. Muy duro.

—¿Cómo ibas tú a saberlo?

—En cierto modo lo sabía. Lo intuía. ¡Y aquí estamos! No me importaría tanto si estuviera yo solo, pero se trata de ti, Ann. ¡Estamos hundidos para siempre! Y tú... —se interrumpió a tiempo, para no agravar la situación—. Yo sabía que no se podía confiar en él y sin embargo le dejé el dinero. Y ahora tú pagarás las consecuencias... No sé lo que va a ser de nosotros.

Kipps levantó la barbilla y sus ojos brillaron coléricos.

—¿Cómo sabes que lo ha especulado todo? —preguntó Ann después de contemplarle un rato en silencio.

—Lo sé —repuso Kipps, irritado.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Ella no lo sabe, pero puedes estar segura de que es así. Me dijo que sabía que algo raro estaba pasando y cuando descubrió que se había marchado dejando una nota para ella, comprendió lo que se avecinaba. Walshingham se embarcó por la noche y fue Helen quien puso el telegrama.

Ann contempló a su marido con ojos llenos de ternura y perplejidad. Era la primera vez que le veía tan pálido y desesperado y acercó la mano a su brazo sin atreverse a tocarle. La pérdida que acaban de sufrir le parecía una cosa muy remota. Lo principal para ella eran los sentimientos de su marido.

—¿Cómo sabes que...? —Temerosa de irritarle, se interrumpió sin acabar la frase.

La imaginación de Kipps seguía dando vueltas y más vueltas a lo ocurrido.

—No puedo soportarlo, Ann, no puedo... Y tú...

—No sirve de nada pensar en ello.

—Yo sigo pensando y pensando y preguntándome qué vamos a hacer. —Kipps guardó silencio y por fin tomó una decisión—. No podría quedarme en casa esta tarde. Será mejor que me vaya a dar un paseo. No te serviré más que de estorbo, Ann, y estoy seguro de que si sigo aquí encerrado acabaría por dar gritos y tirarlo todo al suelo. No puedo tener las manos quietas. Seguiré pensando que pude haberlo evitado y seguiré insultándome por mi estupidez...

Calló al fin, entre avergonzado y suplicante. Tenía la sensación de que estaba proponiendo que le permitiese abandonarla en casa. Ann le miró con los ojos llenos

de lágrimas.

—Haz lo que creas que es mejor para ti, Artie... —dijo—. Yo me dedicaré a la limpieza. Es inútil despedir a Gwendolen antes de que termine el mes, y los cuartos de arriba necesitan un repaso general. Será mejor que lo haga ahora que tengo quien me ayude —añadió con cierto humorismo.

—Sí, creo que me iré a dar un paseo —decidió Kipps.

Si así nuestro pobre Kipps salió de casa para desahogar toda su inmensa desesperación. La fuerza de la costumbre le encaminó al principio al lugar donde estaban edificando lo que iba a ser su futuro hogar, pero al advertirlo dio media vuelta y se puso a recorrer las verdes praderas hacia el lado de Postling: Pronto no fue más que una figurilla negra que se movía rápidamente en dirección a las colinas que nunca había pisado hasta entonces...

2

Volvió cuando ya había anochecido. Ann salió a recibirle al pasillo.

—¿Dónde has estado, Artie? —preguntó con voz en la que vibraba la ansiedad.

—He estado andando y andando, procurando cansarme y pensando todo el tiempo en lo que vamos a hacer. Intentando decidir algo concreto.

—No creí que tardaras tanto.

Kipps sintió de pronto que le invadía un gran remordimiento.

—No sé lo que vamos a hacer —repitió poco después.

—No puedes hacer mucho, Artie, hasta que hables con *Mr. Bean*.

—No, no puedo hacer nada. Eso es lo peor. Y mientras tanto siento que si no hago algo mi cabeza va a estallar... Mientras andaba, iba construyendo mentalmente anuncios por palabras ofreciéndome para trabajar en cualquier cosa. «Buen vendedor y almacenista..., escaparatista...». ¡Dios mío! ¡Tener que empezar de nuevo con todo eso...! Tú podrías irte a vivir algún tiempo con Sid..., y yo te mandaré todo el dinero que ganara. ¡Oh, no sé! ¡No sé!

Una vez acostados procuraron dormir. Pero fue inútil. De pronto Kipps dijo con voz ahogada:

—No tuve intención de asustarte viniendo tan tarde, Ann. Seguí andando sin darme cuenta de la hora, porque me hacía sentirme mejor. Llegué a lo alto de la colina más allá de Stanford y estuve allí sentado mucho tiempo. No hice más que mirar la puesta de sol...

—Probablemente la cosa no está tan mal como crees, Artie —dijo Ann después de un largo intervalo de silencio.

—Está muy mal.

—Probablemente mejor de lo que crees. Si nos quedara un poquito...

De nuevo callaron los dos.

—Ann —dijo la voz de Kipps en la oscuridad.

—¿Qué?

—Ann... —se interrumpió de nuevo, como si quisiera detener sus palabras—. He estado pensando... —dijo volviendo a empezar—. He estado pensando que me he enfadado contigo y me he portado como un idiota por tonterías, por ejemplo lo de las tarjetas, Ann —su voz se rompió en un sollozo—. Pero hemos sido felices, Ann...

Y entonces los dos se echaron a llorar.

Estaban estrechamente abrazados, tan unidos como no lo habían estado desde los primeros días de su matrimonio...

Y el desastre que se cernía sobre ellos no pudo impedir que al fin se durmieran rendidos, con sus pobres cabezas juntas sobre una de las almohadas. No podían hacer nada ni decidir nada. Fuera lo que fuera lo que el destino les reservaba, al menos se tenían el uno al otro...

3

Kipps volvió de su segunda entrevista con *Mr. Bean* en un estado de profunda agitación. Abrió la puerta con el llavín y cerró tras él de un portazo.

—¡Ann! —gritó—. ¡Ann!

Ann contestó desde lejos algo inaudible.

—¡Tengo novedades que contarte! —gritó Kipps.

Ann apareció, con cierta aprensión, a la puerta de la cocina.

—¡Ann! —dijo Kipps entrando delante de ella en el comedor porque sus noticias eran demasiado importantes para comunicárselas en el pasillo—. Bean dice que probablemente nos quedarán... —decidió prolongar la incertidumbre de su esposa—. ¡Adivina!

—No puedo, Artie.

—¡Piensa en mucho dinero!

—¿Cien libras, quizá?

Kipps habló con extraordinaria énfasis.

—¡Más de mil libras!

Ann le miró sin decir nada y sus mejillas palidieron.

—Más de mil —repitió Kipps—. Probablemente más.

Cerró la puerta del comedor y dio precipitadamente un paso hacia delante, porque era evidente que Ann había perdido completamente el control de sí misma ante aquella mitigación de su desgracia. Se tambaleó y cayó en brazos de su marido.

—¡Artie! —dijo al fin sollozando y abrazándole.

—Es casi seguro —dijo Kipps—. ¡Mil libras!

—Ya te dije, Artie, que probablemente la cosa no estaría tan mal —dijo Ann llorando todavía encima de su hombro.

—Hay cosas que Walshingham no pudo tocar —explicó Kipps, pasando a explicar los detalles—. El terreno que compramos, por ejemplo. Está todo pagado y con lo que hay construido vale quizá quinientas o seiscientas libras, digamos trescientas, para ponernos en lo peor. Bean dice que podemos venderlo y ganar todavía dinero. Dice que mucha gente vende casas a medio hacer. Después está Hughenden. Hughenden tiene una hipoteca por menos de la mitad de su valor. De allí podremos sacar unas cien libras y además nos queda el alquiler hasta el verano. Dice que probablemente habrá otras cosas. ¡Mil libras! Eso es lo que ha calculado. Pero me dijo que quizás hubiera más.

Los dos estaban ya sentados a la mesa.

—Esto lo cambia todo —dijo Ann.

—He estado pensando mientras volvía a casa, Ann. He venido en automóvil. Es la primera vez que monto en uno, desde hace muchos días. No necesitamos despedir a Gwendolen; por lo menos hasta después. No tendremos que marcharnos de aquí por el momento. Y podemos seguir ayudando a los viejos y a tu madre... Cuando venía me entraron ganas de dar gritos de alegría y estuve a punto de echar a correr para decírtelo antes.

—¡Oh, Artie, cuánto me alegro de poder seguir aquí y estar cómodos por lo menos ahora! —dijo Ann.

—Casi se lo conté al conductor del coche..., pero era demasiado taciturno. ¿Comprendes lo que esto significa, Ann? Podremos poner una tienda, podemos hacer cualquier otra cosa...

Durante largo rato los dos se abandonaron a transportes de alegría y después pasaron a dar forma a sus nuevos planes.

—Tenemos que poner una tienda —dijo Kipps, cuya imaginación había estado trabajando a un ritmo febril.

—¿De telas?

—Para eso hace falta mucho capital... Más de mil libras, si se quiere hacer bien.

—¿Una sastrería, entonces, como lo que pensaba Buggins?

Kipps tardó unos segundos en contestar y en seguida pasó a exponer lo que había pensado.

—Mira, Ann, se me ha ocurrido otra idea. Siempre he pensado que una pequeña librería... Aun antes de todo esto me hubiera gustado tener algo que hacer, en lugar de estar siempre desocupado.

—Tú no entiendes mucho de libros, ¿verdad, Artie? —reflexionó Ann.

—No hace falta entender —explicó él—. Cuando iba a la biblioteca de Folkestone, vi que allí las señoras reaccionan de un modo muy distinto a como lo hacen en las tiendas de telas. En la de Sharford, si no teníamos lo que querían decían

que no y se marchaban. Pero en una librería es distinto. Después de todo, los libros se parecen unos a otros y lo que la gente quiere es leer y entretenerse. No tiene importancia lo que se compra, como cuando se trata de telas y otras cosas. En las bibliotecas y librerías, el público se lleva lo que se le indica y además se siente agradecido. Acuérdate de lo que hicimos tú y yo el día que fuimos a comprar los libros... —Se interrumpió y guardó silencio unos segundos—. El otro día leí un anuncio, Ann. Se lo he consultado a *Mr. Bean*. Pedían quinientas libras.

—¿Para qué?

—Sucursales —dijo Kipps.

Ann siguió sin comprender.

—Es como una sociedad que instala librerías en todo el país —explicó Kipps—. Yo no te lo dije, pero me informé antes de lo de Walshingham. Se me ocurrió que me gustaría tener una tienda, pero no hice nada, porque me pareció un poco ridículo. Y además hubiera sido indigno de mi posición. —Sus orejas se tiñeron de rojo—. Era una especie de ilusión secreta que entonces no podía poner en práctica.

Al fin los Kipps se hablaban el uno al otro con sinceridad. Y pronto sus mentes comenzaron a imaginarse, como marco para sus vidas, una pequeña tienda.

—Se me ocurrió un día que fui a Folkestone y vi a un hombre joven silbando alegremente mientras arreglaba el escaparate de una librería... Me dije entonces que no sería mala idea poner una tienda de libros para no estar ocioso. Así podría sentarme a leer cuando no tuviera ningún cliente. ¿Comprendes? Lo que siempre he querido hacer...

Los dos tenían los codos sobre la mesa y se miraban a los ojos.

—Probablemente seremos más felices que si hubiéramos seguido siendo ricos... —dijo Kipps de pronto.

—No estábamos a la altura... —comenzó a decir Ann, que se interrumpió en seguida.

—Éramos como peces fuera del agua —sonrió Kipps—. Ahora no necesitarás devolver la visita a esa gente —añadió—. En eso has salido ganando.

—¡Es verdad! —exclamó Ann con los ojos brillantes—. Ahora nadie vendrá a dejarnos tarjetas, Artie, nadie. ¡Nos hemos librado de eso!

—¡Y no necesitamos fingir! Seremos gente sencilla sin una posición que mantener. No tendremos criada, si no quieres; no intentaremos vestarnos mejor que los demás. Si no fuera porque no me gusta que me roben, maldito lo que me importaría haber perdido ese dinero. Y creo —dijo con profunda satisfacción—, creo sinceramente, Ann, que al final resultará que hemos hecho un buen negocio.

El curioso anuncio que de aquel modo llenó de entusiasmo la imaginación de Kip haciéndole soñar con una tienda de libros, era una insignificante faceta de un gran proyecto de origen trasatlántico para modernizar los métodos de venta de libros existentes en el viejo mundo. Era un proyecto tan lleno de entusiasmo y tan prometedor, que sembró el más profundo escepticismo en la mente de *Mr. Bean*. Kipps siguió informándose y recibió un folleto ilustrado (demasiado bien presentado, en opinión de *Mr. Bean*, para que se tratara de una empresa de empuje) que acabó de convencerle. *Mr. Bean* no le permitió invertir su capital en acciones de una compañía cuyo proyecto era alterar el mundo de los libros, pero no pudo evitar que Kipps se convirtiera en uno de sus socios. Y de este modo, cuando comprendieron que no podían crear una nueva Era y la «Unión Comercial de Libreros Asociados, Ltda.» se disolvió, liquidó (lo que quedaba del capital) y se trasladó a otra parte para hacer nuevos proyectos, Kipps permaneció flotando, sin sufrir daño alguno, en este incierto universo, como librero independiente.

A no ser por el pequeño detalle de que fracasó, la «Unión Comercial de Libreros Asociados» parecía destinada a alcanzar el más grande de los éxitos. Su idea era comprar al por mayor a todos sus miembros y asociados e intercambiar entre sí el material; tener una lista común de libros y una biblioteca pública también común, con un escaparate en el que un cartel explicaría estas cosas al inteligente transeúnte. Era un proyecto plausible y alentador, pero tenía el hándicap de estar controlado por jóvenes que se creían superhombres e incluso genios. Kipps fue varias veces a Londres y un agente fue varias veces a Hythe; *Mr. Bean* intervino en varias ocasiones y por último en la calle Mayor de Hythe apareció una tienda sobre cuyo escaparate se leía la muestra de «Unión Comercial de Libreros Asociados», escrito con artísticos tipos de letra que los futuros clientes apreciarían en todo su valor. Debajo se leía: «Arthur Kipps».

Dudo que Kipps hubiera sido nunca más feliz que durante aquellas semanas de preparativos.

Exceptuando poner una mercería, creo que no hay nada mejor que poner una tienda de libros. Porque, desde luego, no hay gozo terrestre parecido al que se experimenta al instalar una pequeña mercería. Imagina, lector, por ejemplo, tener un cajón lleno de cintas de distintos tamaños, colores y anchos, o un ejército de cajas, grandes y pequeñas, cada una de las cuales exhibe una muestra de botones. Imagina, lector, la variedad de carretes de hilo, los minúsculos sobres de agujas, arreglados por tamaños. Los pobres príncipes y los desgraciados ricos sólo pueden probar la sombra de estas delicias haciendo colecciones de sellos o de mariposas. Escribo, naturalmente, para aquéllos a quienes estas cosas atraen; hay personas que no ven ningún atractivo en unas tiras de papel llenas de alfileres alineados. Yo escribo para los verdaderos sabios y mientras escribo me asombro de que Kipps no pusiera una mercería. No lo hizo. Pero incluso poner una tienda de libros es por lo menos veinte veces más interesante que hacer edificar una casa en un espacio ilimitado y con

tiempo ilimitado, o hacer cualquiera de las cosas en que se entretienen las personas de elevada posición social.

Imagínate, pues, lector, a Kipps «yendo a dar una vuelta a ver cómo va la tienda», la tienda que no va a significar una pérdida, o un gasto de dinero, sino un beneficio. No se acerca a ella demasiado de prisa; cuando aparece ante su vista afloja el paso e inclina la cabeza hacia un lado. Cruza a la acera de enfrente para inspeccionar mejor la fachada y ve que su nombre está ya esbozado con líneas blancas; se detiene a mitad de la calzada y escudriña detalles imaginarios mientras que le contempla uno de sus futuros vecinos, y el anticuario de enfrente; y por fin entra... Huele a pintura y a madera fresca. Ya están los vidrios puestos y un carpintero trabaja afanosamente colocando estanterías adicionales a los lados de las ventanas. El mostrador y la mesa están terminados. Kipps se acerca a la caja, la caja que ha de ser el centro estratégico de la tienda, quita el serrín con la mano y saca el cajón; aquí irá el oro, aquí la plata, aquí el cobre... Los billetes estarán guardados debajo. Después apoya los codos sobre la mesa, descansa la barbilla en los puños y llena los estantes con material imaginario; más libros de los que podrá leer jamás. Todos los días, si tiene la preocupación de lavarse antes las manos para no estropear los libros, podrá leer, como ha deseado siempre. Bajo el mostrador, a la derecha, habrá papel y cordel para envolver los volúmenes vendidos; en el estante de la izquierda habrá revistas de arte. Sigue soñando, atiende a un cliente imaginario, recibe un chelín y siete peniques, hace un paquete y abre la puerta. Y se pregunta cómo pudo pensar alguna vez que una tienda es un lugar desagradable.

—Ahora es diferente —dice por fin—. Porque la tienda es mía.

Sí, por eso es diferente...

Imagina también, lector, a Kipps manejando sus libros de cuentas con cierto aire de sacristán y contemplando una y otra vez su nombre debajo de las facturas: «Arthur Kipps (complicada rúbrica), “Unión Comercial de Libreros Asociados”» (un dibujo decorativo). Imagina, lector, a Ann sentada a la luz de la lámpara, cosiendo prendas diminutas destinadas a un ser desconocido que pronto entrará en sus vidas. Junto a ella está Kipps. Tiene en la mano uno de aquellos impresos y en el otro un sello de goma empapado en tinta de color púrpura, que le ha manchado los dedos. De vez en cuando pone el sello con gran cuidado en el papel y cuando lo levanta aparece un dibujo ovalado que dice así: «Pagado, Arthur Kipps. “Unión Comercial de Libreros Asociados”», y la fecha.

De vez en cuando fija la vista en una caja que contiene pequeñas etiquetas redondas con el siguiente letrero: «Este libro fue comprado a la “Unión Comercial de Libreros Asociados”». Pasa la lengua por una de ellas con lentitud y la pega en el papel. Porque la «Unión Comercial de Libreros Asociados», entre otras brillantes innovaciones, creó el ingenioso sistema de recuperar de nuevo sus libros como parte del pago por otros nuevos, dentro de un cierto período de tiempo. Cuando fracasó, mucha gente se encontró con gran cantidad de aquellas etiquetas.

En medio de todo aquel movimiento, entre todas esas idas y venidas anteriores a su traslado, tuvo lugar la gran crisis que cayó sobre los Kipps, y una mañana, durante las primeras horas de la madrugada, vino al mundo el hijo de Ann...

Kipps iba entrando rápidamente en la madurez de su vida. El alma, una vez ratonil, que tanto se asombró de descubrir «tubos» en el interior del cuerpo humano y que de tal modo se escandalizó al ver los hombros desnudos de una mujer, que había sufrido tormentos de angustia y vergüenza por haber perdido un sombrero en un hotel y que había palidecido ante la necesidad de asistir a un té con anagramas, se enfrentó por fin con las cosas que son verdaderamente reales. De pronto tuvo lugar junto a él el acontecimiento supremo de la vida: el nacimiento de un ser humano. Pasó por horas de impaciencia, por horas de un miedo impotente, y al amanecer le pusieron en los brazos un objeto maravilloso, una criatura tierna y débil, increíblemente conmovedora y suave, con manos diminutas, al ver las cuales sintió que se le encogía el corazón. Lo tuvo entre sus brazos y le tocó las mejillas con las yemas de los dedos, como si temiera que sus labios pudieran lastimarle. ¡Y esta maravilla era su hijo!

Ann le pareció una mujer desconocida y sublime. Su frente y sus labios estaban perlados de sudor y en contra de los temores de Kipps, que había esperado verla pálida y agotada, un saludable rubor teñía sus mejillas. Tenía el aspecto de quien acaba de realizar un acto fatigoso y vigorizador. Kipps se inclinó sobre ella, la besó y no encontró palabras para expresar sus sentimientos. Ella no podía hablar mucho, pero le acarició un brazo con la mano y le dijo una sola frase:

—Pesa más de cuatro kilos, Artie. El de Bessie... El de Bessie no llegaba a los cuatro.

Haber dado a Kipps la satisfacción de quedar por encima de Sid por la diferencia de unos cuantos gramos, constituía para ella el mayor de los placeres. Contempló un momento a su marido y después cerró los ojos, mientras la enfermera, con gesto maternal, hacía salir a Kipps de la habitación.

Kipps estaba demasiado preocupado con sus propios asuntos para volver a acordarse de Chitterlow. Aquel buen hombre había conseguido sus dos mil libras. Kipps se alegraba de que hubieran ido a parar a él, y no al joven Walshingham, y no volvió a pensar en el asunto. En cuanto a las complicadas transacciones que llevaba a cabo y proclamaba en postales ilegibles, eran como voces pasajeras oídas en la calle. Kipps las dejaba a un lado, o las metía entre las páginas de los libros, donde

se perdían para siempre y pasaban a mano de los compradores, que quedaban profundamente intrigados al no poder descifrar su contenido.

Pero una mañana, cuando nuestro librero estaba limpiando el local antes del desayuno, Chitterlow apareció de pronto en la puerta de la tienda.

Fue aquélla la visita más inesperada del mundo. Estaba vestido de etiqueta y sobre su enmarañado cabello rojo llevaba un sombrero de copa, ligeramente caído hacia adelante. Abrió la puerta y extendió una mano como para demostrar de qué modo se deben estallar los guantes. Tenía los ojos brillantes y el ceño tan fruncido como sólo puede fruncirlo un actor. Toda su persona emanaba verdadero entusiasmo y, como digo, el espectáculo en conjunto era realmente sorprendente.

La campanilla se agitó durante algún tiempo. Luego, durante un segundo interminable, todo permaneció silencioso. Kipps había quedado sumido en el colmo de la estupefacción, y si hubiera poseído una capacidad de asombro diez veces mayor, todavía no se hubiera repuesto.

—¡Chitterlow! —dijo al fin, con el plumero en la mano, dudando, a pesar de la evidencia de sus ojos, si soñaba o estaba despierto.

Su viejo amigo lanzó una exclamación ininteligible, sin cambiar de postura. No podía hablar. El fantástico discurso que había preparado se había borrado de su memoria. Kipps contempló sus contorsiones faciales recordando inconscientemente las teorías de Lombroso referentes a los genios.

De pronto las facciones de Chitterlow se movieron convulsivamente y el pobre hombre rompió a llorar.

—¡Mi viejo Kipps! ¡El bueno de Kipps! ¡Oh, Kipps! —dijo mezclando la risa con los sollozos del modo más desconcertante—. ¡Mi obra! ¡Oh, mi obra! —sollozando agarrando el brazo de su amigo—. ¡Mi obra, Kipps! (Más sollozos). ¿Se ha enterado?

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Kipps con profunda compasión—. ¿Ha sido un fra...?

—¡No! —gritó Chitterlow—. ¡No! ¡Ha sido un éxito! ¡Amigo Kipps! ¡Mi querido Kipps! ¡Ha sido un... (sollozos), un gran éxito!

Se apartó de Kipps y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Dio unos pasos por la tienda y se sentó por fin en una de las sillas de dibujo especial, hechas para la «Unión Comercial de Libreros Asociados». Sacó del bolsillo un diminuto pañuelo de mujer hecho de encaje y se lo llevó a los ojos.

—¡Mi obra! —exclamó ocultando la cara entre las manos.

Hizo un esfuerzo por dominarse. Kipps se dijo que parecía una criatura pequeña e indefensa. De pronto surgió su voluminosa nariz por encima del pañuelo.

—Estoy aturdido —dijo con voz ahogada, limpiándose las lágrimas una vez más—. Tuve que venir a decírselo... Esto se me pasará en seguida —añadió sin moverse de la silla.

Kipps le miró compadecido de tan buena fortuna. Después oyó pisadas y se dirigió a la puerta que comunicaba la tienda con la casa.

—Un momento —dijo—. No entres ahora en la tienda, Ann. Ha venido Chitterlow y está un poco nervioso. Pero en seguida se le pasará. Porque, ¿sabes?... —Su voz se convirtió en un susurro, como quien da la noticia de la muerte de un amigo...—, ha tenido un éxito con su obra.

Y diciendo aquellas palabras, la obligó a retirarse para que no viera las lágrimas de un hombre, para que no viera llorar a un hombre...

Chitterlow se sintió mejor muy pronto, pero tardó aún bastante tiempo en expresar todo su entusiasmo.

—Tuve que venir a decírselo —explicó—. Tenía que asombrar a alguien. Muriel está en Dymchurch.

Se sonó con estrépito y cuando habló de nuevo, era ya el optimista que Kipps había conocido siempre.

—Todavía no sabe nada, muchacho. Está en Dymchurch con una amiga porque dijo que ya había asistido a otros estrenos míos y que prefería estar muy lejos. No me he acostado en toda la noche y me tiemblan un poco las piernas. Fue un éxito, muchacho. ¡Toda la compañía se quedó asombrada!

Miró fijamente al suelo y continuó sus explicaciones.

—Al principio de la obra el público se rió un poco, pero no desacompadamente. Esto fue en el segundo acto, ya sabe, en la escena del insecto en la nuca de aquel hombre. Crisole hizo el papel de un modo soberbio. Y entonces fue cuando el público empezó a reír de verdad. —El volumen de la voz de Chitterlow iba aumentando gradualmente de volumen—. ¡Hasta a mí me hizo reír! Les pasamos al tercer acto sin darles tiempo a que se les enfriara el entusiasmo. Nunca he asistido a un estreno semejante. Risas, risas, risas, risas, risas (al repetir la palabra por séptima vez, concedió a su voz toda su potencia), se reían de todo. Se reían de cosas con las que nunca intenté hacer reír. Y en medio de las carcajadas cayó el telón.. Me llamaron al escenario, pero no pude decir ni una palabra. ¡Qué gritos de entusiasmo! Era como moverse entre el agua del Niágara. Me pareció que era la primera vez que oía al público... Y después hicieron salir a los muchachos. —La emoción le hizo callar unos instantes—. Los muchachos... —murmuró.

Sus palabras se multiplicaron y su entusiasmo aumentó por momentos. Muy pronto había recuperado su antigua personalidad. Estaba terriblemente agitado y parecía incapaz de permanecer tranquilo en el mismo sitio. Cuando convenció a Kipps de que no volvería a desfallecer, entró en la vivienda, dio la mano a *Mrs.* Kipps, se sentó y volvió a levantarse inmediatamente. Se dirigió al rincón donde estaba la cuna, contempló distraídamente al primogénito de los Kipps y dijo que se alegraba sobre todo por el pequeño... Inmediatamente reanudó el hilo de su discurso. Bebió ruidosamente una taza de café y paseó de un lado a otro por la habitación sin dejar de hablar, mientras sus amigos desayunaban intentando comprender sus frases deshilvanadas. El niño durmió tranquilamente durante toda la escena.

—Perdóneme si no me siento, *Mrs.* Kipps. No puedo sentarme; de otro modo lo

haría por consideración a usted. Me alegro por ustedes, por Muriel y por todos mis buenos amigos. Esto significa dinero, significa mucho dinero, cientos y miles... Si usted hubiera oído al público, estaría tan segura como yo.

Guardó silencio unos instantes intentando decidirse por un tópico y por fin estalló y se puso a hablar de todos a la vez. Fue como un torrente de agua al romperse el dique que la detiene. En aquel torbellino se mezclaron toda clase de cosas. Por ejemplo, habló de este modo de sus proyectos para el futuro:

—Me alegro de que esto haya ocurrido ahora y no antes. Porque ahora he aprendido una lección y pueden ustedes estar seguros de que seré muy sensato. Hemos aprendido el valor del dinero.

Habló de la posibilidad de comprar una casa en el campo; o de vivir en Venecia, por el arte que contiene esta ciudad; o de tomar un piso en Westminster; o una casa en el West End. También declaró que quería abandonar la bebida y el tabaco y que había ciertas bebidas que eran especialmente perjudiciales para un hombre de su constitución. Pero estos planes y proyectos no excluyeron toda clase de cálculos sobre los probables Beneficios de la obra, basándose en la suposición de que se hicieran mil representaciones aquí y en América; tampoco olvidó la parte que correspondería a Kipps y reiteró muchas veces la satisfacción con que «pagaría aquella parte». Se refirió después a la sorpresa y el pesar con que se había enterado por fuente indirecta de la doblez del joven Walshingham, y a la antipatía que él siempre había sentido por Walshingham y los hombres de su clase. Sin saber cómo ni por qué, surgió también en la conversación el nombre de Napoleón. Todo ello expuesto en forma de una sola frase llena de paréntesis y cláusulas subordinadas que parecían desconocer la existencia del punto final.

En medio de este diluvio llegó el *Daily News*, como el rayo de luz en el cuadro de Watts. Las aguas se calmaron cuando Chitterlow abrió las páginas del periódico y descubrió en él una columna, una columna entera, de alabanzas. Él sostuvo el papel, Kipps lo leyó por encima de su mano izquierda y Ann por debajo de su mano derecha. Al verlo en letras de molde se desvanecieron las secretas dudas que Kipps pudo haber albergado y Chitterlow volvió a la realidad. Entonces se despidió vertiginosamente, para ir a comprar un ejemplar de cada uno de los periódicos matutinos y mandárselos a Muriel a Dymchurch. No los había comprado en Charing Cross porque se lo impidió la despedida que le habían dado los muchachos, aparte de que había cogido el tren por los pelos, y de que el puesto no se había abierto todavía. Dijo adiós a sus amigos en el colmo de la agitación, salió a la calle iluminada por el sol y echó a andar como si flotara entre nubes. Ann y Kipps vieron cómo se detenía junto a un vendedor de periódicos.

—Quiero un ejemplar de cada uno —le oyeron decir con su magnífica voz de bajo.

Aquél fue también un día de suerte para el chiquillo. Nuestros amigos le oyeron lanzar una exclamación de alegría al terminar la transacción.

Chitterlow siguió su camino agitando un puñado de periódicos. El vendedor se repuso de su emoción, examinó de nuevo el objeto que brillaba en la palma de su mano, se lo guardó en el bolsillo, contempló a Chitterlow unos instantes y por fin reanudó su trabajo diario...

Ann y Kipps contemplaron cómo se alejaba aquel exponente de la felicidad humana y guardaron silencio hasta que desapareció en la esquina.

—Me alegro muchísimo —dijo Ann por fin, con un ligero suspiro.

—Yo también —afirmó Kipps—. Porque si ha habido alguna vez un hombre que ha trabajado y ha sabido esperar, ha sido Chitterlow...

Atravesaron la tienda pensativos y después de echar una ojeada al niño, que seguía durmiendo pacíficamente, reanudaron su interrumpido desayuno.

—Si ha habido alguna vez un hombre que ha trabajado y ha sabido esperar, ha sido él —repitió Kipps cortando rebanadas de pan.

—Probablemente es cierto —dijo Ann con cierto aire de nostalgia.

—¿El qué es cierto?

—Eso de que vamos a ganar tanto dinero.

Kipps reflexionó.

—No sé por qué no había de ser cierto —decidió alargando a Ann un pedazo de pan con la punta del cuchillo—. Pero no dejaremos la tienda a pesar de todo —añadió después de un intervalo, en que volvió a reflexionar—. No tengo mucha confianza en el dinero, después de todo lo que nos ha ocurrido...

7

Eso fue hace dos años y, como todo el mundo sabe, la obra de Chitterlow está todavía en el cartel. Sí, era cierto. La comedia ha enriquecido a un pequeño teatro del Strand que en un tiempo estuvo a punto de quebrar; noche tras noche la famosa escena del insecto hace llorar de risa a un público abarrotado, y Kipps (a pesar de que Chitterlow no es, precisamente, lo que llamaríamos un hombre de negocios) es casi tan rico como cuando recibió la herencia. En Australia, en Lancashire, en Escocia, en Irlanda, en Nueva Orleans, en Jamaica, en Nueva York y en Montreal el público ha entrado por las puertas de los teatros, para enriquecimiento de Kipps, fascinado por el humorismo hasta, hace poco ignorado, del drama entomológico. Como una exhalación, surge la riqueza sobre nuestro planeta para ir a parar, al menos en parte, al bolsillo de Kipps.

—Es curioso... —dijo éste.

Estaba sentado en la cocina de su casa y mientras sus pensamientos volaban por esferas filosóficas, sonreía viendo cómo Ann daba al pequeño Artie Waddy Kipps su baño diario, junto al fuego. Kipps estaba siempre presente en esta ceremonia a no ser

que lo evitaran los parroquianos, porque aquella mezcla de olores a tabaco, jabón y domesticidad le atraía de un modo irresistible.

—Hola, amiguito —dijo amablemente moviendo la pipa delante de su hijo mientras pensaba, como todos los padres, que pocos niños podían tener un cuerpecito tan bien formado como el de su hijo.

—Papá «teñe» un cheque —dijo Arthur Waddy Kipps, emergiendo un momento de los pliegues de la toalla.

—Se acuerda de todo —dijo Ann—. No se puede decir nada delante de él.

—Papá «teñe» un cheque —repitió el niño prodigio.

—Sí, hijo mío, papá ha recibido un cheque. Que va a ir al Banco para el día en que tú estudies una carrera. ¿Comprendes? De ese modo no serás un ignorante en la vida.

—Papá «teñe» un cheque —insistió aquella extraordinaria criatura, concentrando después su atención en salpicar a todos los objetos con el pie. Cada vez que salpicaba se reía a carcajadas y había que sostenerle, por miedo a que se cayera dentro del baño. Por fin le envolvieron en la toalla desde la cabeza hasta los pies.

Y una vez seco, sus padres le pusieron un pijama de franela, le dieron un beso y la prima de Ann, Emma, que les ayudaba en la casa, se lo llevó a la cama. Cuando Ann hubo recogido el baño y volvió a la cocina, encontró a su marido con la pipa apagada y el cheque en la mano.

—Dos mil libras —dijo—. Es curioso. ¿Qué he hecho yo para ganar dos mil libras?

—¿Qué has hecho para no ganarlas?

Kipps reflexionó sobre aquel nuevo aspecto del asunto.

—Nunca dejaré la tienda —declaró por fin.

—Somos muy felices aquí —dijo Ann.

—Aunque tuviera cincuenta mil libras, no la dejaría.

—No, claro que no.

—El que tiene una tienda, la tiene siempre. Al cabo de un año, allí está la tienda. Pero el dinero..., ¡ya has visto cómo va y viene! El dinero no tiene sentido. Se mata uno intentando conseguirlo y viene cuando menos se piensa. ¿Dónde está ahora la fortuna de mi abuelo? ¡Desapareció! Y se llevó consigo a Walshingham... Es como jugar a los bolos. Allá va la bola, rodando y rodando y no sabes qué es lo que va a derribar. No tiene sentido. Walshingham desapareció y Helen se fue con ese Revel, que se sentó conmigo a la mesa. ¡Con un hombre casado...! Y Chitterlow es rico. ¡Qué sitio tan magnífico es ese «Gerrick Club» donde almorcé con él el otro día! Es mejor que cualquier hotel. Tiene lacayos con peluca, Ann. No camareros, no, sino lacayos. Él es rico y yo soy rico. Pero, se mire como se mire, no tiene sentido, Ann —terminó, moviendo la cabeza.

Meditó unos instantes sobre todas estas cosas y volvió a romper el silencio.

—A una cosa estoy decidido.

—¿A qué?

—Voy a repartirlo en la mayor cantidad de Bancos que pueda. ¿Comprendes? Un poco aquí y un poco allá. No pienso invertirlo en nada.

—Invertir no es más que tirar el dinero —dijo Ann.

—Y estoy medio inclinado a enterrar parte de ello abajo en la tienda, aunque supongo que si lo hiciera bajaría todas las noches para ver si estaba allí... No confío en nadie en cuestiones de dinero. —Dejó el cheque en la mesa del rincón, sonrió y dio unos golpecitos a la pipa, sin apartar los ojos del papel—. Supón que el viejo Bean quisiera hacerme la trastada también... Tiene el inconveniente de que es un poco cojo...

—¡No, no, Artie, él no lo haría!

—Era una broma. —Se puso en pie, dejó la pipa encima de la chimenea, cogió el cheque y después de doblarlo cuidadosamente volvió a metérselo en el bolsillo.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta.

—Así debe ser —dijo Kipps—. Mantén una tienda y la tienda te mantendrá a ti. Así es como veo yo las cosas, Ann.

Se aseguró de haber guardado bien el cheque en el bolsillo y abrió la puerta de comunicación...

Pero si es la tienda la que mantiene a Kipps, o Kipps quien mantiene a la tienda, es uno de los misterios comerciales que las personas como yo, de temperamento decididamente antiaritmético, somos incapaces de resolver. Sea como fuere, gracias a Dios a ambos les va muy bien.

La librería de Kipps está a mano izquierda de la calle Mayor de Hythe viniendo de Folkestone, frente al escaparate del anticuario (es muy fácil de encontrar), y allí, lector, puedes verle tú mismo, hablar con él y comprar este libro si lo deseas. Sé que lo tiene en los estantes. Muy delicadamente me he ocupado de que así sea. Por supuesto, el nombre del librero no es Kipps, pero todo lo demás es tal como te lo he contado. Puedes hablar con él de libros, de política, de la conveniencia de hacer un viaje a Boulogne y de los altos y bajos de la vida. Quizá te repita frases de Buggins (en cuyo establecimiento, situado en Rendezvous Street, Folkestone, se puede adquirir todo lo necesario para el guardarropa de un caballero). Y si tienes la suerte de encontrarle de buen humor, es posible que quizá te cuente cómo «una vez heredó una fortuna».

—Lo gasté todo —te dirá con una sonrisa—. Pero después hice otra..., especulando en el teatro. No necesito seguir con esta tienda, si no quiero. Pero es algo en qué entretenerme...

Y hasta puede ocurrir que te haga confidencias de carácter más íntimo.

—Yo he visto muchas cosas —me dijo un día—, ¡ya lo creo! ¡Yo sé lo que es la vida! ¡Sí, una vez... me escapé a ver mundo...!

(Naturalmente no debes decir a Kipps que él es «Kipps» o que he contado su vida en este libro. No tiene la más remota sospecha de que haya hecho tal cosa y nunca se

sabe cómo va a reaccionar la gente. Ahora yo soy un parroquiano antiguo y un verdadero amigo y por muchas razones preferiría que las cosas quedaran tal como están).

8

Una tarde de julio en que cerraron pronto la tienda, dejaron al niño con Emma y Kipps se llevó a Ann a dar una vuelta en barca por el Canal de Hythe. El sol se había ocultado en medio de una orgía de colores, dejando tras sí un mundo cálido y silencioso. Llegó el crepúsculo. El agua brillaba, el cielo mostraba un tono azul oscuro y los árboles inclinaban sus ramas sobre el agua, como lo hicieran la tarde que Kipps condujo a Helen en su canoa cuando sus ojos le parecieron estrellas resplandecientes. Kipps dejó de remar, se apoyó en los guiones, y de pronto pensó en el misterio de la vida y en el eterno por qué de todas las cosas. En el fondo de su ser se formuló una pregunta que asomó tímidamente y no llegó a salir a la superficie; una pregunta acerca del origen de la belleza, de la belleza impalpable, de la belleza indefinida, que de un modo tan extraño aparece entre los recuerdos y los sucesos de la vida. No llegó aquella pregunta a adquirir forma o sustancia; surgió meramente, como el fantasma de un rostro podría surgir de las profundidades de las aguas, y en seguida volvió a hundirse en la nada.

—Artie... —dijo Ann.

Kipps se sobresaltó y levantó la vista.

—¿Qué?

—¿En qué estás pensando, Artie?

El joven reflexionó.

—En realidad, creo que no estaba pensando en nada —dijo al fin, sonriendo—.

No...

Se apoyó de nuevo en los remos.

—Creo que estaba pensando en lo extraño que es todo, o en algo por el estilo...

—Artie, a veces tú mismo eres extraño...

—¿Verdad que sí? No creo que nunca haya existido una persona como yo.

Reflexionó durante otro minuto.

—Oh... No sé... —dijo por fin, y volviendo a la realidad comenzó a remar con brío.

Los Coote vivían en la plaza de Bouverie, en una casita cuya fachada principal estaba cubierta de enredaderas.